BIBLIOTECA DEL PENSAMIENTO NACIONAL

JORGE ABELARDO RAMOS

REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN EN LA ARGENTINA

1. Las masas y las lanzas

(1810-1862)



Peña Lillo

Ediciones Continente

COMPARTIR Y EMANCIPAR EL SABER

La edición y reedición digital de estas obras es una apuesta por enriquecer el acervo cultural de la Nación y un paso fundamental en la lucha por garantizar el consumo igualitario de los bienes culturales.

Esta biblioteca reúne los objetivos de la Dirección Nacional de Acción Federal que, a través de diferentes programas, alienta y promueve la inclusión, la revisión histórica y la reflexión crítica para todas las provincias, en pie de igualdad. Asimismo, la iniciativa se enmarca entre los propósitos del Instituto de Cultura Pública que lleva adelante la mencionada dirección.

La Biblioteca Federal representa, para la Secretaría de Cultura de la Nación, el fortalecimiento de uno de sus principales núcleos de acción: la federalización y democratización del saber.

Con más fuerza que nunca, en acciones de esta magnitud, se persigue la descentralización de los contenidos de carácter histórico y artístico que definen una identidad y constituyen un patrimonio público inalienable.

Dentro de esta biblioteca habita un ideal, la tentativa de construir un relato escrito en representación de aquellos que quedaron relegados en los escombros de la historia. Porque cuando el mercado deje de ser el terreno en que se libra la batalla por el derecho a la cultura, el saber popular tendrá el poder emancipador para defender la soberanía y la pluralidad.

Dra. María Elena Troncoso
Directora Nacional de Acción Federal
Directora de Asuntos Jurídicos (A/C)
Secretaría de Cultura de la Presidencia de la Nación

Diseño de tapa: STUDIO 16
Diseño de interior: Carlos Almar
Ramos, Jorge Abelardo

Revolución y contrarrevolución en la Argentina I: las masas y las lanzas : 1810-1862 . - la ed. - Buenos Aires : Continente, 2012.
176 p. ; 23x16 cm.
ISBN 978-950-754-354-8
1. Historia Argentina. I. Título.
CDD 982

Pavón 2229 (C1248AAE) Buenos Aires, Argentina
Tel.: (54 11) 4308-3535 - Fax: (54 11) 4308-4800
e-mail: info@edicontinente.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.
Libro de edición argentina

Este libro se terminó de imprimir en el mes de abril de 2012,
en Cooperativa Chilavert Artes Gráficas,
Chilavert 1136, CABA, Argentina - (5411) 4924-7676 - imprentachilavert@gmail.com
(Empresa recuperada y autogestionada por sus trabajadores)

Encuadernado en Cooperativa de Trabajo La Nueva Unión Ltda.,
Patagones 2746, CABA, Argentina - (5411) 4911-1586 - cooplanuevaunion@yahoo.com.ar (Empresa recuperada y autogestionada por sus trabajadores)
Las tapas fueron laminadas en Cooperativa Gráfica 22 de Mayo (ex Lacabril),
Av. Bernardino Rivadavia 700, Avellaneda, Bs. As., Argentina - (5411) 4208-1150 - lanuevalacabril@gmail.com
(Empresa recuperada y autogestionada por sus trabajadores)

A Laura, Víctor, Martín, Paula,
Ximena, María Victoria, Joaquín
y Francisco Abelardo

^ndice

Prólogo, *por Pacho O'Donnell*

Las dos Españas en la revolución americana
En España se pone el sol
El despotismo ilustrado
La crisis de un imperio posible
Moreno y el intervencionismo de Estado
Moreno, adversario del librecambismo
La pandilla del barranco
La provincia-metrópoli
La aparición histórica del gauchaje
La rebelión gauchesca

Las masas y las lanzas
Cómo escribían una Constitución los unitarios
El militar y el estanciero
Los generales se hacen caudillos
El motín de Arequito
La dictadura del puerto único
Pancho Ramírez, Supremo Entrerriano
Antagonismos entre el litoral y el interior

Artigas y la nación en armas
El programa revolucionario del artiguismo
La derrota porteña en Cepeda
Ramírez traiciona al Protector

Los hombres de casaca negra

El hechizo de Europa
La burguesía comercial en el poder
El unitarismo de frac
La Ley de Enfiteusis y su secreto
La filantropía de la Banca Baring
La guerra con el Brasil
La fracción rivadaviana da un golpe de Estado
Los ganaderos rompen con Rivadavia
El país de Facundo
Los ingleses en las montañas riojanas
La tierra purpúrea que Inglaterra perdió
El dorreguismo como tendencia
Los unitarios y el crimen de Navarro

Paz y Facundo: la tragedia mediterránea
El álgebra y la lanza
La capitulación de López

El nacionalismo ganadero
La política porteña: unitarismo y rosismo
Rosas y el capitalismo agrario
Los tres sectores de la economía argentina
La Ley de Aduanas y la ausencia de una política dinámica
Ferré, Rosas y Carlos Antonio López
Los mercaderes de opio bloquean el Río de la Plata
La clausura de los ríos
El Estado-tapón
La Vuelta de Obligado
Buenos Aires y el federalismo provinciano
Caseros y el Imperio británico

La provincia soberbia y rebelde

Un ganadero entrerriano en Buenos Aires
Los últimos caudillos se reúnen en San Nicolás
La burguesía porteña rechaza el Acuerdo
Se abrazan unitarios y rosistas porteños
Mitre fusila al general Costa, héroe de Martín García
Nuevos partidos porteños: pandilleros y chupandinos
La guerra económica entre la ciudad porteña y la Confederación
Derqui y el drama de Pavón

"Revolución y contrarrevolución en la Argentina", historia de una parcela de esa Nación fragmentada e inconclusa que es América Latina

Por Mario Oporto*

La primera edición de "Revolución y Contrarrevolución en la Argentina", apareció en 1957 publicado por Amerindia. Habían pasado dos años del derrocamiento de Juan Domingo Perón y algunos meses de los asesinatos del General Juan José Valle y sus seguidores, ocurrido en cárceles, cuarteles y basurales.

La obra de Jorge Abelardo Ramos llegaba entonces a una sociedad política cuyo clima de época eran los intentos "gorilas" de la "Revolución Fusiladora" de borrar la experiencia histórica más intensa del pueblo argentino y los esfuerzos del peronismo por organizarse por fuera del Estado y sostener la resistencia al régimen dictatorial.

El "Colorado" Ramos tenía 36 años. Había nacido en el barrio porteño de Flores el 23 de enero de 1921.

"Revolución y Contrarrevolución en la Argentina" no era su primer libro. En 1949 escribió "Ámerica Latina: un país. Su historia, su economía, su revolución", en una búsqueda inicial de explicar el proceso latinoamericano desde el marxismo pero con una visión nacional. Aquella primera obra -polémica y desafiante- era acompañada por su actividad de periodista y político. Numerosos artículos con su nombre o con variados seudónimos (Sevignac, Víctor Almagro, Pablo Carballo, Víctor Guerrero) aparecieron en Democracia, La Prensa o en publicaciones políticas que desde la izquierda habían brindado apoyo crítico al gobierno peronista.

En 1951 apareció "Alem, historia de un caudillo", y en 1954 "Crisis y resurrección de la literatura argentina". Por lo tanto, en 1957, cuando llega "Revolución y Contrarrevolución en la Argentina", su autor era un activo militante, talentoso escritor y original historiador, quien heredaba el ideal hispanoamericano de Manuel Ugarte y que se había formado en el materialismo histórico en grupos trotskystas desde su adolescencia.

"Revolución y Contrarrevolución en la Argentina" tuvo gran impacto en el debate político argentino y en las nuevas visiones del pasado que se enfrentaban a la historiografía "mitrista". Tuvo también muchas ediciones: en 1961 fue la segunda; una tercera ampliada en dos tomos en 1964, y en 1970 una cuarta editada en seis volúmenes.

Alrededor de esta obra se consolidaba el pensamiento de la Izquierda Nacional, fortalecido en la práctica política con la fundación del Partido Socialista de la Izquierda Nacional en 1962 y con la aparición de, tal vez, su obra fundamental: "Historia de la Nación Latinoamericana" en 1968, publicada por Peña Lillo.

Las ideas socialistas; el antiimperialismo; el nacionalismo latinoamericanista de izquierda; la necesidad de la Revolución Nacional; el enfrentamiento entre países opresores y países oprimidos; el análisis de la condición semicolonial de la Argentina; la contundente crítica a una izquierda antinacional, liberal y portuaria; la "balcanización de la Patria Grande"; las masas como sujetos de la historia, entre tantos otros conceptos, los desarrollará en "Revolución y Contrarrevolución" en una búsqueda de explicar la historia de los argentinos.

Es acertado Omar Acha cuando señala que la producción intelectual que la izquierda nacional aporta a la cultura política argentina es principalmente historiográfica.

En "Revolución y Contrarrevolución en la Argentina", Ramos relata la historia de una parcela de esa Nación fragmentada e inconclusa que es América Latina. Lo hace destacando como contradicciones principales que ordenan el proceso histórico, el del enfrentamiento entre el interior y Buenos Aires, la unidad nacional y los intereses del Puerto, la Nación independiente y el imperialismo, las masas y la oligarquía. En esas contradicciones se resolverá el carácter revolucionario o contrarrevolucionario de cada acontecimiento histórico.

Los ideales y las fuerzas que trabajan por la unidad continental se verán permanentemente enfrentados, como una constante de nuestra historia, a los intereses secesionistas de las oligarquías desintegradoras y proimperialistas. Para Ramos narrar la historia de la Nación es preguntarse por la definición, el origen y el porvenir de la Nación misma. Es definitorio el primer párrafo de su obra: "La historia de los argentinos se desenvuelve sobre un territorio que abrazó un día la mitad de América del Sur. ¿De dónde proceden nuestros límites actuales? El origen de estas fronteras ¿responde acaso a una razón legítima? ¿Nos separa una barrera idiomática, cierta muralla racial evidente? ¿O es, por el contrario, el resultado de un infortunio político, de una vicisitud de las armas, de una derrota nacional? Sin duda aparece como fruto de una crisis latinoamericana, puesto que América Latina fue en un día no muy lejano nuestra patria grande. Somos un país porque no pudimos ser una Nación y fuimos argentinos porque fracasamos en ser americanos. Aquí se encierra todo nuestro drama y la clave de la revolución que vendrá".

Estaba casi todo dicho. A desarrollar esa tesis, a contestar esos interrogantes, dedicó no solo su obra sino también su vida de militante político.

"Revolución y Contrarrevolución en la Argentina" se abre a partir de ese deslumbrante inicial párrafo a una interesante y controvertida agenda historiográfica: plantea la Revolución Americana desde el choque de las dos Españas. Reivindica la acción de Moreno y su Plan de Operaciones. Marca el antagonismo entre el Interior y el Litoral. Destaca el programa revolucionario de Artigas. Golpea al proyecto rivadaviano. Traza un paralelo entre Paz y Facundo Quiroga. Mira a Rosas desde la pertenencia de clase, lo ubica como parte de los intereses bonaerenses y destaca su defensa de la soberanía nacional en Obligado. Rescata a Pedro Ferré. Analiza a Urquiza. Destruye a Mitre en uno de sus capítulos más destacados. Valora a los caudillos. Compara a José Hernández y a Sarmiento. Resalta al Chacho Peñaloza y a Felipe Varela. También a López Jordán y a Adolfo Alsina. Llama Revolución a la de 1880 y desarrolla una particular y polémica visión de Roca y del "roquismo". Estudia la historia en clave "alberdiana". Denomina contrarrevolución a la del ‘90 y traza relaciones entre el roquismo y el yrigoyenismo. Escribe páginas destacadas cuando introduce al siglo XX y analiza la "factoría pampeana". Interpreta al Radicalismo como movimiento nacional. Juzga el papel histórico del Socialismo "juanbejustista" y del comunismo stalinista. Exalta a Manuel Ugarte. Pinta los "años locos". Muestra el ataque conservador a Yrigoyen y la restauración oligárquica con el golpe de 1930 y la década infame. Describe al imperialismo inglés y a sus lacayos locales. Pone en escena a los militantes del pensamiento nacional y al papel de FORJA. Narra, en textos memorables, las jornadas de octubre de 1945. Estudia el peronismo desde la categoría de "bonapartismo" tomada del Marx del 18 Brumario. Apoya desde la izquierda la "era del peronismo" y busca en el movimiento obrero el puente entre la revolución nacional y el socialismo. En sucesivas ediciones irá ampliando su agenda historiográfica hacia la historia del presente.

Será esta una obra fundamental en la historia del pensamiento político de la izquierda nacional, del nacionalismo popular y democrático, y del revisionismo marxista, federal y latinoamericano.

En sus páginas se vislumbra la continuidad de un camino que iniciaran Alberdi, Juan Álvarez y Manuel Ugarte. Y se escucha un diálogo silencioso y permanente con Jauretche o con Scalabrini Ortiz.

La influencia del pensamiento de Ramos y de su interpretación de la historia tuvo hondas repercusiones en todo el continente. Las polémicas que desató -muchas duras e intensas-, contribuyeron a enriquecer el pensamiento nacional y popular.

La Argentina que avanza tensada entre la revolución nacional y la contrarrevolución oligárquica tiene, en esta ya obra clásica del pensamiento nacional latinoamericano, una guía ineludible de análisis, pero también un compendio de interrogantes a resolver y nuevas preguntas a formular.

*Diputado de la Nación

Las dos Españas en la revolución americana

La historia de los argentinos se desenvuelve sobre un territorio que abrazó un día la mitad de América del Sur. ﾘ De dónde proceden nuestros límites actuales? El origen de estas fronteras ﾘ responde acaso a una razón histórica legítima? ﾘ Nos separa una barrera idiomática, cierta muralla racial evidente? ﾘ O es, por el contrario, el resultado de un infortunio político, de una vicisitud de las armas, de una derrota nacional? Sin duda aparece como fruto de una crisis latinoamericana, puesto que América Latina fue en un día no muy lejano nuestra patria grande.[1] Somos un país porque no pudimos integrar una nación y fuimos argentinos porque fracasamos en ser americanos. Aquí se encierra todo nuestro drama y la clave de la revolución que vendrá.

El ímpetu continental de los revolucionarios de Mayo había nacido en límites más vastos y complejos que los que hoy nos definen como Estado. Nuestra irrupción a la vida histórica se expresa en grandes campañas que recorren la América toda. Pero el reflujo posterior disuelve la antigua unidad. Aquella grandiosa nación que midieron las espadas de Bolívar y San Martín es amputada en veinte Estados. Los ejércitos de argentinos, colombianos y orientales, altoperuanos, venezolanos y chilenos que mezclados combatieron contra la reacción absolutista en América, se disociaron en dos decenas de ejércitos opuestos. Allí permanecen, montando la guardia en las fronteras de nuestra insularidad.[2] De ese hecho nació el mito antihistórico de nacionalidades que jamás existieron en el común origen y que son el símbolo provincial de nuestra debilidad frente al imperialismo moderno. La Nación, que hasta 1810 era el conjunto de América hispana, y en cierto sentido, también España, se disgrega en una polvareda difusa de pequeños Estados.[3] Vanidosos y ciegos, se reservan la soberanía de su propia miseria. Mientras disputan con sus vecinos mezquinas lonjas territoriales, los grandes Imperios, poderosos por esta balcanización, ofrecen sus buenos oficios como árbitros de nuestras disensiones de campanario.[4] En el siglo que presencia el movimiento de las nacionalidades, la América indoibérica pierde su unidad nacional.[5] En nuestros

---

1 Manuel Ugarte, *El porvenir de América Latina*, Sempere, Valencia, 1910, p. 18.

2 José León Suárez, *Carácter de la revolución americana*, Librería La Facultad, Buenos Aires, 1919, p. 48 y ss.

3 Simón Bolívar, *Proclamas y Discursos del Libertador* (recop. por Vicente Lecuna), Impirenta del Comercio, Caracas, 1939, p. 315.

4 Daniel Florencio O'Leary, *Bolívar y las Repúblicas del Sur*, América, Madrid, 1919, p. 95 y ss.

5 Bolívar, en su "Carta a Jamaica", 1815, declaraba su propósito de ｵ *formar de todo el mundo nuevo una grandiosa y sola nación, con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el*

días se festeja dicha tragedia: esta monstruosidad ilumina sombríamente la pérdida de la conciencia nacional latinoamericana.[6] Recobrarla por un acto de reposesión de nuestro pasado histórico será el primer paso de nuestra revolución. El proletariado latinoamericano del siglo XX se ha convertido en el heredero de todas las tareas nacionales que la historia dejó sin resolver.[7] Sería imposible evaluar lo que fuimos y lo que somos, si ignoramos por qué dejamos de ser. La Revolución de Mayo, que los reaccionarios seudodemocráticos de la Argentina actual santifican para ocultar su significado, es parte indivisible de un grandioso proceso iberoamericano que encuentra su centro hirviente en la Revolución española de 1809. Examinar la historia de las dos Españas nos permitirá comprender su patético desdoblamiento y su aventura americana.

En España se pone el sol

La clave de la decadencia "lenta e ingloriosa" de España debe buscarse en la debilidad orgánica de su burguesía industrial, el único y verdadero elemento centralizador de los Estados modernos. Ortega y Gasset señalaba en *El Espectador* que ｵ *a España le había faltado el gran siglo educador (...) Cuanto más se medita sobre nuestra historia* —diría—, *más clara se advierte la desastrosa ausencia del siglo XVIII. Este ha sido el triste destino de España, la nación europea que se ha saltado un siglo insustituible* ｻ.[8] Ortega aludía al Siglo de las Luces, tan injuriado en nuestros días por la reacción feudal refugiada en los ideólogos fascistas, pero que al fin de cuentas fue el siglo del triunfo político e intelectual de la burguesía moderna. Al suprimir en su revolución victoriosa las estalactitas feudales, abrió el camino no sólo a la emancipación de la personalidad, sino a una potente expansión de las fuerzas productivas.

El carácter históricamente atrasado de España pesó como un fardo sobre las espaldas de sus hijos. ｿCuáles eran sus causas? Después de alcanzar un período de grandeza mundial —la palabra "grandeza" será una palabra forzosamente española en España— se puso el sol. Mientras Europa

---

todo (...) ｡Qué bello sería que el Istmo de Panamá fuese entre nosotros lo que el Corinto para los griegos! Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de los representantes de las Repúblicas ｻ. (Cit. en Carlos Ibarguren, *San Martín íntimo*, Peuser, Buenos Aires, 1950, 2a ed., p. 134.)

6 Jorge Abelardo Ramos, *América Latina: Un país*, Octubre, Buenos Aires, 1949, p. 59. Véanse, asimismo: Manuel Gálvez, *Don Francisco de Miranda: el más universal de los americanos. Biografía*, Emecé, Buenos Aires, 1947; y Raúl Víctor Haya de la Torre, *Adónde va Indoamérica*, Indoamérica, Buenos Aires, 1954, p. 32 y ss.

7 León Trotsky, *Por los Estados Unidos Socialistas de América Latina*, Coyoacán, Buenos Aires, 1961, p. 30.

8 *El Espectador*, Revista de Occidente, Madrid, 1929, tomo VII, pp. 106 y 107.

desarrolla el capitalismo y la burguesía conquista el poder político, España queda al margen de ese proceso y, en cierto sentido, fuera de Europa, es decir, de ese Occidente magnético que daría cosas tan importantes al mundo. Si en su viaje a la península Sarmiento dirá: «*He estado en Europa y en España*»,[9] disociando despectivamente a la tierra ibérica del tronco continental, en nuestros días se plantea todavía la "desafricanización" de España, es decir, su integración al orbe técnico y espiritual del Viejo Mundo. Todos los españoles insignes han juzgado el hecho de que Africa comience en los Pirineos como la gran desgracia nacional de España.

La burguesía española había sido frecuentemente aplastada. Una de ellas fue la derrota de la sublevación de los comuneros de Castilla y de las hermandades de Valencia. Esta tentativa antifeudal de las ciudades españolas en el siglo XVI ahogó el poder económico de los centros urbanos, los derechos políticos del "tercer Estado" y las reivindicaciones de las masas populares. «*Las cabezas de los conspiradores* —escribía Marx aludiendo a don Juan de Padilla y sus amigos — c*ayeron en el patíbulo y las viejas libertades de España desaparecieron*».[10] La unión de la monarquía, la Iglesia y la nobleza totalmente sobrevivida fue fatal para el crecimiento económico de España; las propias disensiones de la Casa real con los señores, a los que aplastó sin transigir con la burguesía, no dejaron a las ciudades la posibilidad de intervenir independientemente en el destino nacional. El duelo clásico se entabló entre la España negra y la España revolucionaria.

Apoyado en las inmensas riquezas de la lejana América que constituían un patrimonio personal de la monarquía, Carlos V pudo reprimir sin dificultades en 1519 y 1520 la rebelión de los comuneros. Los metales preciosos bañados en la sangre de Atahualpa fueron inyectados en las arterias esclerosadas de una sociedad agonizante.[11] Ellos aceleraron la crisis de España. La ausencia de una gran industria imprimió su sello a la exangüe economía española. Al depreciar la

---

9 Suárez, ob. cit., p. 20.

10 Carlos Marx, *La revolución española*, Ed. en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1958, p. 9.

11 Cien años más tarde: «*Una arroba de lino valía en poder de nuestros ganaderos hacia la mitad del siglo XVII, 30 reales, y labrada 3.750, es decir, 125 veces más que el valor primitivo. La arroba de encajes de este hilo, delgados y preciosos, llegaba a valer casi tanto como la arroba de oro*». Y luego: «*España decayó en el siglo XVII de su antigua prosperidad y grandeza. Las flotas y galeones que cargados de oro y plata venían de las Indias, dieron ocasión a que los españoles perdieran su industria y aplicación al trabajo. Esta condición inconsiderada destruyó la agricultura, arruinó las fábricas y trocó en esterilidad la natural abundancia de nuestro suelo. Apenas desembarcaban aquellos tesoros en Sevilla, cuando desaparecían el oro y la plata del reino, mientras que Francia, Inglaterra, Holanda e Italia, y en general las naciones aficionadas a la industria, sin poseer cerros como el Potosí, sangraban a España con sus telares, imán de los metales preciosos*» (Manuel Colmeiro, *Historia de la Economía Política en España*, Madrid, 1863, 2 volúmenes).

moneda y elevar los salarios, todos los precios se fueron a las nubes: tales fueron los resultados de la lluvia de oro proveniente del Nuevo Mundo. La “revolución de los precios” arruinó a la España imperial.[12] Si su gloria nunca estuvo más alta que en los siglos del Descubrimiento y la Conquista, la formidable empresa destruyó los fundamentos de la sociedad española.[13]

Un rey burócrata y sombrío, espejo de un mundo en disgregación, gobernaba el maravilloso país de Alfonso el Sabio. Felipe II abandonará la explotación de las minas españolas. Los ingenieros desaparecieron; los técnicos no sabían cómo emplear sus conocimientos. Felipe ordenó cegar las minas de España para no depreciar el valor del “oro de las Indias”.[14] Toda la vida económica y financiera reposaba en los audaces galeones que cruzaban el Atlántico. Durante su reinado la población de España desciende de 10 millones a 8 millones de almas. El historiador portugués Oliveira Martins escribe:

> Sólo el obispado de Calahorra tenía 17.000 clérigos, tan dignos de castigos, dice Cabrera, que el empleo de alcalde de la prisión episcopal estaba dotado con 1.500 ducados. La clerecía representaba la cuarta parte de la población adulta; un censo hecho durante el reinado de Felipe II (1570) dio 312.000 curas, 200.000 clérigos de órdenes menores y 400.000 frailes La vitalidad de los órganos nacionales, agotada en tantos años de grandiosas empresas, desapareció de la tierra patria, y España parece un espectro, oprimida por un trono que todo lo absorbe. Gil Vicente dice que “Pronto ya no habrá villanos. ¡Todos del rey! ¡Todos del rey!”.[15]

Una locura tenebrosa parece gobernar los actos del monarca frailesco. Los magos y charlatanes de las finanzas, que prometen fórmulas providenciales, suscitan su interés. Alguien propone un día de ayuno de toda la nación para dar su importe al rey; otro dice haber descubierto

---

12 Rodolfo Puiggrós, *La España que conquistó al Nuevo Mundo*, Costa Amic, México, D.F., 1961, p. 120 y ss.

El mismo autor indica que las ciudades españolas exigieron a Carlos que «*aprendiera a hablar castellano*». España vivía bajo el flagelo de aventureros flamencos y borgoñones, acólitos del monarca extranjero. Carlos —por lo demás, ya Carlos V— abrió las puertas de la aduana española a la importación de sedas extranjeras y arruinó a la industria española (ob. cit., p. 182).

13 León Trotsky, *La revolución española y la táctica de los comunistas*, Fénix, Madrid, 1933, p. 54.

14 Rafael Altamira, que intenta una deplorable y frustrada defensa de Felipe II, menciona en su *Historia de España* una carta del monarca a su hermana en la que Felipe confiesa «*estar dispuesto a quemar 60 o 70.000 hombres si fuera necesario para extirpar de Flandes la herejía*» (ob. cit., Sudamericana, Buenos Aires, 1946, 2ª ed., p. 384).

15 J. P. Oliveira Martins, *Historia de la civilización ibérica*, El Ateneo, Buenos Aires, 1946, p. 306.

un polvo misterioso que se transforma, con un poco de azogue, en plata rutilante. Felipe II escucha a todos con delectación. Durante el gobierno de Carlos V había en Sevilla 16.000 telares de seda y lana; cuando sube al trono Felipe II sólo quedan cuatrocientos.[16] A comienzos del siglo XVIII, el siglo que asistirá al triunfo de la Revolución francesa y la Independencia de las colonias norteamericanas, la situación de España podía reflejarse en unas pocas cifras: si dejamos a un lado el ejército de hombres de sotana, había 722.724 nobles; 276.900 criados de nobles; 50.000 empleados en la hacienda pública; 19.000 empleados en otros ramos, y 2 millones de mendigos.

Toda la España ulterior del chulo y del torero estaba prefigurada en esa desdichada tierra de frailes, nobles y mendigos, envuelta en las miasmas feudales que caracterizaron históricamente el poder de los Austria. Sobre el Imperio en ruinas se eleva el genio de la picaresca. Entre las risas y las ahogadas lágrimas de sus grandes espíritus, la altanera España engendra una literatura nutrida de su propia tragedia.[17]

El despotismo ilustrado

El absolutismo de la monarquía española se expresó particularmente en la persona del Borbón Carlos III. Forjado en el marco de la descomposición general del país, el absolutismo no logró nunca asumir un papel decisivo en la modernización de España. A sus excelentes leyes, se oponían las grandes fuerza feudales, y en particular la Iglesia, que monopolizaba la cultura y la tierra. De ahí que el régimen absoluto, centralizador por definición, vivió en un perpetuo compromiso con los sectores feudales más reaccionarios de la España negra. Este compromiso se verificó a costa del desarrollo industrial y de la emancipación espiritual del país.[18]

Al ingresar en el siglo XIX, España estaba gobernada por Carlos IV, un Borbón, vástago irresoluto de aquel Carlos III que rodeado de un puñado de brillantes estadistas había intentado contagiar a España el espíritu de modernidad que soplaba desde la Francia revolucionaria. El régimen de los Borbones será conocido como el régimen del "despotismo ilustrado".[19] Este

---

[16] Ibíd., p. 307.

[17] En su *Historia de la literatura y el arte*, dice Arnold Hauser: «*A pesar de sus triunfos y tesoros, la victoriosa España hubo de ceder ante la supremacía económica de los mercachifles holandeses y de los piratas ingleses; no estaba en condiciones de aprovisionar a sus héroes probados en la guerra; el orgulloso hidalgo se convirtió en hambriento, si no en picaro y vagabundo*» (ob. cit., Guadarrama, Madrid, 1962, p. 398).

[18] G. Renard y G. Weuleresse, *Historia económica de la Europa moderna*, Argos, Buenos Aires, 1949, p. 46.

[19] Hans Roger Madol, *Godoy. El fin de la vieja España*, Revista de Occidente, Madrid, 1943, 2ª ed., p. 4.

sistema respondía en cierto modo a la peculiar situación española: las ideas más avanzadas del siglo, que eran las liberales, cundían por todas partes y penetraban en todas las esferas; pero en España el predominio social de los nobles y la gravitación de la Iglesia constituían poderosos obstáculos. Como la postración general del país exigía, sin embargo, la adopción de una política burguesa (desarrollo de la industria, educación común, preparación de técnicos, investigación científica, etc.), la burocracia borbónica se hizo intérprete de esa necesidad. En sus grandes estadistas —el conde de Aranda, Floridablanca, Campomanes, Jovellanos— se refugió el pensamiento moderno. "Todo para el pueblo sin el pueblo", tal era la divisa de estos aristócratas volterianos, escépticos en el credo y crédulos en la ciencia, amigos de los príncipes ilustrados, protectores de las artes y las industrias, voraces lectores: una restringida posibilidad que la historia acordó a la España decadente para remontar su curso.[20]

El despotismo ilustrado pretendía "aburguesar" el país desde arriba, sin democratizar desde la raíz la vieja estructura; en esa limitación, impuesta por la debilidad de la burguesía, la hostilidad de la Iglesia y la indigencia social del país, yacía el secreto de su fracaso. Hasta las tierras americanas llegó la influencia espiritual de estos borbónicos que eran la versión monárquica y absolutista del progreso de la época. Si en España el marqués de Esquilache hacía acortar las capas raídas del ejército de mendigos y ordenaba a sus tropas cortar las barbas y los cabellos a esa corte de los milagros que constituía el abismo social de Madrid, enviaba a las Indias los virreyes más emprendedores, como Vértiz; hecho simbólico, Vértiz, discípulo de Campomanes, creó el Colegio de Humanidades en Buenos Aires y el alumbrado público, que había costado en la capital de España una sublevación del pueblo más atrasado incitado por los frailes.[21]

El comercio libre con todos los puertos de España y América es obra de la era borbónica, del mismo modo que la protección de las industrias autóctonas. Sólo la energía indomable del gran rey pudo imponer las numerosas medidas de modernización en España, entre otras, la expulsión general de los jesuitas, el ejército civil más perspicaz y temible del Vaticano.[22] Así como la Compañía de Jesús constituía el partido ilegal del Papado en su lucha contra el protestantismo, la masonería fue el partido secreto de la burguesía europea en ascenso, que libraba su acción en las altas esferas de las naciones feudales declinantes, ganando para su causa, en grandes batallas intelectuales, a los nobles más evolucionados de su tiempo. De ahí que los ministros de Carlos III

---

[20] Vicente Fidel López, *Historia de la República Argentina. Su origen, su revolución y su desarrollo político*, Kraft, Buenos Aires, 1913, 10 volúmenes, tomo I, p. 362 y ss.

[21] López, ob. cit., p. 421.

[22] Luis Alberto Sánchez, *Breve historia de América*, Coli, México, 1944, p. 341.

fueran jefes de la Masonería española, del mismo modo que Miranda, Bolívar, San Martín y muchos otros caudillos de la Revolución americana se organizaban en logias. Desaparecida la función revolucionaria de la burguesía moderna, la masonería la sobrevivió, cayendo en nuestros días bajo el control del imperialismo; su ideología será "liberal" como hace dos siglos, pero este liberalismo ya será la antítesis de aquel otro que cumpliera fines históricamente progresivos. La orientación reaccionaria de la burguesía mundial ha convertido a la masonería en una simple cadena de transmisión de la política imperialista en América Latina.

La muerte de Carlos III y el ascenso al trono de su hijo Carlos IV no hizo sino señalar las contradicciones y la impotencia del despotismo ilustrado. El hombre de la pareja real será su mujer María Luisa, que adopta al joven Godoy como amante y lo impone a la corte y al gobierno.[23] Este incidente galante se prolongará durante muchos años y se verá en el valido y plebeyo Godoy a la encarnación de la burguesía española, que asciende al poder real en brazos de la reina infiel. Subrepticiamente, la burguesía revela su presencia: Godoy continuará de una manera mucho más primitiva, vacilante e incierta la tradición liberal de los estadistas de Carlos III. Pero la política borbónica se había agotado; el hijo del rey era Fernando, el que sería Séptimo, el rey felón, desleal, ultramontano.

Vemos encarnadas en la propia familia real las dos Españas: el liberalismo borbónico y la reacción feudal. A nuestra América habían transmigrado ambos: si la burocracia monopolista de los virreinatos contaba en sus cuadros a los reaccionarios de la España negra, también había discípulos de Aranda, Floridablanca y Campomanes. Manuel Belgrano era uno de ellos y la juventud revolucionaria de 1810 había aprendido su Rousseau en las traducciones españolas. Como bien dice Julio V. González en su estudio sobre Jovellanos, Vieytes, Belgrano y Moreno eran lectores de los publicistas de la España nueva, entre ellos, el más genial de todos, Bernardo de Ulloa.[24] Su obra *Restablecimiento de las fábricas, tráfico y comercio marítimo de España* será una anticipación del famoso "Plan de Operaciones" de Moreno en la hora del poder y del terror: los hombres de Mayo se hicieron revolucionarios en las fraguas españolas.[25]

---

23 Jacques Chastenet, *Godoy. Príncipe de la Paz*, Argos, Buenos Aires, 1946, p. 30.

24 Julio V. González, *Jovellanos. Su vida y su obra*, Homenaje del Centro Asturiano de Buenos Aires, 1945.

25 Enrique del Valle Iberlucea, *Los diputados de Buenos Aires en las Cortes de Cádiz y el nuevo sistema de gobierno económico de América*, Martín García, Buenos Aires, 1912, p. 149 y ss. Al comentar las ideas de Ulloa, dice Del Valle Iberlucea: « *El aumento de la población habría de conseguirse con el desarrollo de la industria, procurando que desaparezca el mal de traer todos los géneros con que se visten los españoles, de naciones extranjeras* » (ob. cit., p. 150).

La crisis de un imperio posible

El águila napoleónica dominaba el cielo de Europa. En su lucha gigantesca contra Inglaterra, Bonaparte se vio obligado a invadir España. Gran Bretaña encabezaba el bloqueo continental contra la Revolución francesa, cuya potencia irradiante no había muerto con el nuevo César. Los jacobinos sobrevivientes de la ola termidoriana eran generales de Bonaparte y todo su régimen, con la pompa prestada de la vieja Roma, trasudaba capitalismo, código civil, relaciones burguesas de producción, secularización de las costumbres, nuevos tiempos. Por eso Inglaterra le salió al paso y el emperador, esclavo de su estrategia antiinglesa y del mesianismo derivado del poder único, envió sus tropas a España.

Todo el edificio dinástico se derrumbó. La corte se rindió a la voluntad de Bonaparte. Fernando, el heredero del trono, se arrodilló ante el invasor, que impuso a su hermano José como nuevo rey de España.[26] El núcleo de los "afrancesados", es decir, el sector ilustrado de la nobleza liberal que rodeaba a la corte desde Carlos I, colaboró con el rey francés. Incurrió en el trágico error (muy explicable por lo demás, si se tiene en cuenta el tradicional horror de la nobleza por la soberanía popular) de ver a los extranjeros bajo el resplandor de la Revolución francesa, cuyas conquistas ambicionaban para España. Para los intelectuales "afrancesados" revestía mayor importancia el conjunto de medidas que Napoleón adoptó durante su breve hegemonía en España, que la resistencia nacional del pueblo contra el invasor; pero esto último, que se reveló esencial, debía implicar necesariamente la modernización política y la liquidación de la monarquía.[27]

Durante su permanencia en España, Bonaparte suprimió la Inquisición, redujo a una tercera parte los conventos existentes, derogó los derechos feudales, barrió con las aduanas interiores. Pero la tremenda importancia histórica de estos actos resultaba inferior al movimiento de masas que el invasor extranjero suscitó. El pueblo en armas reproducía a su manera la Revolución francesa y se plegaba con su instinto profundo al siglo XIX. Fue de esta manera que los elementos liberales ligados al viejo despotismo ilustrado se encontraron en el mismo bando que la inepta dinastía borbónica, los cortesanos adulones, la alta nobleza, la jerarquía eclesiástica y los mandos superiores del Ejército, para los cuales la voluntad real, que había abdicado ante el vencedor, revestía mayor significado que la independencia nacional.

A esta crisis respondió todo el pueblo de España el 2 de Mayo, iniciando el levantamiento

26 S. N. Rostovsky, V. M. Mirochevsky y B. K. Rubtzov, *Nueva historia de América Latina*, Problemas, Buenos Aires, 1941, tomo I, p. 104.

27 López, ob. cit., tomo II, p. 226.

nacional que constituye una de las más heroicas páginas de la historia moderna. Pérez Galdós habría de perpetuar en su ciclo novelesco las grandes jornadas. No olvidemos ese 2 de mayo en Madrid. De ese levantamiento arranca la existencia histórica de los americanos del Sur. Sólo estuvieron con el pueblo algunos sectores del ejército, que se lanzaron a organizar la guerra de guerrillas y que mantuvieron en jaque a los generales napoleónicos durante seis años.[28]

La situación del Ejército español merece una observación especial. Su descontento se expresaría a lo largo del siglo XIX mediante el sistema del "pronunciamiento", otra palabra acuñada en España; por medio de estos motines expresábase la irritación de las capas de la burguesía o de la clase media urbana, de los campesinos empobrecidos y de los profesionales arruinados. Por un lado, el Ejército era la única posibilidad de ascender en la escala social —fuera de la Iglesia—, lo que tenía como resultado la democratización de sus filas. Desde otro punto de vista, se manifestaba en sus cuadros la sensibilidad política nacida de su origen más plebeyo y la fuerza que le otorgaba la cohesión nacional de su estructura tanto más relevante cuanto que España nunca logró hasta hoy borrar sus tendencias centrífugas.[29]

Pero si la única clase social en que podía apoyarse el Ejército era la burguesía, ésta vivía aterrorizada por las sucesivas derrotas de varios siglos. De una insuperable cobardía, grandes sectores de la burguesía industrial catalana se trasladaron durante la revolución a Mallorca, temerosa de su piel. De este modo el Ejército español debió jugar un papel independiente en la política del país, aunque asumiendo la representación de algunos intereses nacionales. Ese ejército estaba influido por la ideología del liberalismo revolucionario. Gran parte de sus oficiales encabezaron la resistencia nacional contra el invasor. El general San Martín se formó en sus filas, del mismo modo que los hombres de Mayo habían sido educados por los maestros del liberalismo español.

Todo el pueblo de España se puso instantáneamente de pie. Se organizaron de inmediato Juntas populares que asumieron la representación del poder vacante: el rey Carlos IV y el príncipe heredero Fernando, que ya era VII, permanecían cautivos de Napoleón. Fernando VII, fue

[28] Ernesto Palacio, *Historia de la Argentina*, Peña Lillo, Buenos Aires, 1954, p. 161.

[29] «*En el país del particularismo y del separatismo, el ejército ha adquirido, por la fuerza de las cosas, una importancia enorme como fuerza de centralización y se ha convertido, no sólo en el punto de apoyo de la monarquía, sino también en el conductor del descontento de todas las fracciones de la clase dominante y, ante todo, de su propia clase (...) Las contradicciones en el ejército corresponden ordinariamente a las distintas armas. Cuanto más calificada es el arma, esto es, cuanta más inteligencia exige por parte de los soldados y oficiales, más aptos son éstos para asimilarse las ideas revolucionarias*» (Trotsky, *La revolución española y...*, ob. cit., p. 56).

llamado “el Deseado” por el pueblo, que luchaba en su nombre pero que de hecho hacía su propia guerra. Las Juntas populares se unificaron en una Junta Central y se nombraron diputados para las Cortes españolas, que se reunieron en Cádiz. La revolución nacional española llamó a las posesiones americanas a enviar diputados y declaró la igualdad de derechos entre españoles y americanos, del mismo modo que la abolición de los derechos abusivos sobre los indios, reconociendo al territorio de América como «*parte esencial e integrante de la monarquía española*».[30]

El levantamiento revolucionario en toda América no fue sino la prolongación en el Nuevo Mundo de la conmoción nacional de la vieja España que pugnaba por remozarse. Nuestra Revolución de Mayo, que adquiere casi simultáneamente un carácter continental, no fue un levantamiento contra España. ¡Dos Españas había y luchamos con una de ellas contra la otra! No fue para desasirnos de España que Mayo nació, sino para liberarnos juntos del yugo absolutista. Americanos y españoles combatieron mezclados en los dos campos. Si las Cortes revolucionarias de Cádiz incorporaban a América a su seno como la gran provincia española de ultramar, la otra España, por boca del virrey del Perú, llamaba a los americanos «*hombres destinados por la naturaleza para vegetar en la oscuridad y abatimiento*».[31]

Asumiendo la representación del espíritu de su época, el Inca Yupanqui, diputado americano, contestaría en Cádiz a los españoles reaccionarios que deseaban expulsar a los franceses manteniendo la subordinación de América: «*Un pueblo que oprime a otro no merece ser libre*».[32]

El regreso de Fernando VII y la derrota de la revolución ibérica fue nuestra derrota. La victoria fernandina acarreó a España un siglo y medio de frustración del que aún no se ha repuesto y nos lanzó a la independencia, para no capitular ante la reacción absolutista.

Pero esa independencia, privada de un núcleo centralizador en América Latina, nos costó la unidad nacional.

Poco antes de la invasión francesa a España, tuvo lugar la invasión inglesa en 1807 en el Río

---

30 Decreto de las Cortes del 14 de octubre de 1810 que sancionaba «*el inconcluso concepto de que los dominios españoles en ambos hemisferios forman una misma y sola monarquía, una misma y sola Nación y una sola familia, y que por lo mismo los naturales que sean originarios de dichos dominios europeos o ultramarinos, son iguales en derechos a los de esta Península*» (Del Valle Iberlucea, ob. cit., p. 91).

31 Mariano Moreno, *Escritos políticos y económicos*, Ocesa, Buenos Aires, 1961, p. 227.

32 En mi libro *Historia de la Nación Latinoamericana*, Peña Lillo, Buenos Aires, 1968, p. 136, he relatado la historia de esa frase y su eco en las ideas de Marx. (Hay una nueva edición de esta obra, bajo el sello de Peña Lillo / Continente, Buenos Aires, 2011; al respecto de esta referencia del autor, véase cap. IV, pgfo. 19., pp. 128 y 129. *[N. de E.]*)

de la Plata. En esa lucha cuyo protagonista fue el pueblo de Buenos Aires debe buscarse el origen de las fuerzas armadas argentinas, que nacieron combatiendo a las tropas británicas. Convendrá no olvidar en nuestros días este hecho profundamente simbólico.[33] Esos hacendados, peones, labradores, tenderos e intelectuales de comienzos del siglo XIX aprenden el manejo de las armas. Los invade el sentimiento de su propio poder ante la presencia de una fuerza que habla una lengua extraña y deposita su fe en una religión ajena. El estallido de la Revolución de Mayo, la invasión napoleónica y la creación de Juntas americanas similares a las formadas en la península, abren paso a su vez a una generación política que, tal como ocurrió en España, se dispone a llevar a la práctica la nueva idea de la soberanía del pueblo en el manejo de sus destinos.[34]

Mariano Moreno será su figura de rasgos más acusados; este joven enérgico, tan astuto como ardoroso, que revelará en pocos meses una intuición política asombrosa para su edad y su medio, será el más grande revolucionario de su época, el que disfrutará más efímeramente del poder y sobre quien la gloria se ensañará como en pocos para volver irreconocible su verdadero programa.[35]

Moreno asumirá la representación americana de la corriente más avanzada de la España en armas. Pero es un hijo robusto del continente criollo. Es mucho más radical que sus maestros liberales. La idea a que han rendido tributo muchas generaciones de argentinos, es que la Revolución de Mayo y su personaje central eran expresión del comercio libre, es decir, estaban asociados al interés y a la benevolencia británicos. Nuestra revolución es interpretada como norteamericana por el ejemplo del Norte, inglesa por el liberalismo británico, francesa por los libros de los enciclopedistas. Muy pocos han juzgado conveniente emparentaría con el vasto proceso revolucionario iniciado en la península.[36] Entre los argentinos, Alberdi primero, José León Suárez, Manuel Ugarte y Julio V. González, más tarde, por el contrario, han reafirmado el carácter de la Revolución americana y su filiación hispánica.

La Revolución de Mayo fue objeto de las intrigas y maquinaciones de Gran Bretaña. Es un hecho documentado que varios prohombres de la revolución estaban a sueldo de los ingleses, como Saturnino Rodríguez Peña —organizador de la fuga del general inglés Beresford—, y que los intereses de numerosos comerciantes españoles, criollos o ingleses residentes les dictaban la

33 Jorge Abelardo Ramos, *Historia política del Ejército argentino*, Peña Lillo, Buenos Aires, 1959, p. 7.
34 José Ingenieros, *La evolución de las ideas argentinas*, Elmer, Buenos Aires, 1956, tomo I, p. 95.
35 Rodolfo Puiggrós, *La época de Mariano Moreno*, Partenón, Buenos Aires, 1949, p. 46 y ss.
36 Suárez, ob. cit., p. 57.

lucha por el comercio libre.[37] No se ha escrito aún el libro que narre los entretelones de la política británica durante la víspera de la Revolución de Mayo. La apertura de los archivos del Imperio británico y su edición comentada, cuando los obreros ingleses tomen el poder, constituirá en el futuro una prueba insuperable del genio político inglés y de su insuperable perfidia.

Desde el primer día de Mayo se plantearon los antagonismos en el despliegue de la revolución. Conviene distinguir las tendencias fundamentales. Moreno representaba el jacobinismo revolucionario, es decir, la idea de la Nación en armas contra la reacción absolutista española y las maquinaciones de Inglaterra, poniendo a esta última en la segunda línea de peligro. La ideología de Moreno carecía de base material inmediata; era el producto de todo un sistema de ideas transmitido desde el corazón de la revolución española en marcha.[38] El jacobinismo no podía tener viabilidad sin la existencia del Tercer Estado, es decir, de la burguesía industrial. De ahí el fulgor asombroso del partido morenista y su rápido crepúsculo.

Por otro lado, estaban los comerciantes monopolistas españoles, encabezados por Álzaga, que veían tanto en el intercambio libre con los ingleses como en el triunfo del partido morenista, la extinción de sus privilegios políticos y comerciales.[39]

El tercer grupo estaba constituido por los comerciantes e importadores (apoyados por los ganaderos) interesados en el tráfico con Inglaterra, y con el comercio exterior en general.[40] Su representante más notable sería Rivadavia, verdadero fundador del partido unitario y precursor del mitrismo.[41]

Belgrano y Moreno se lanzaron con toda su generación a la lucha, pero fueron vencidos. Ya no quedaba lugar sino para la reaccionaria política rivadaviana, que tan desgraciadas consecuencias debía acarrear para el país.

La fama que rodea la "Representación de los Hacendados" ha servido para sumir en la oscuridad el "Plan de Operaciones". Verdadera síntesis del genio político de Belgrano, dicho

---

37 Ricardo Piccirilli, *Rivadavia*, Peuser, Buenos Aires, 1952, p. 63.

Rodríguez Peña recibía 10 chelines diarios, lo mismo que Aniceto Padilla, de Guillermo White, quien así lo informa a Lord Castlereagh el 10 de septiembre de 1807.

38 Juan Bautista Alberdi, *Grandes y pequeños hombres del Plata*, Garnier, París, 1912, p. 69.

39 Manuel Moreno, *Vida y Memorias del doctor don Mariano Moreno*, Rosso, Buenos Aires, 1938, p. 50 y ss.

40 Rodolfo Puiggrós, *Historia económica del Río de la Plata*, Siglo Veinte, Buenos Aires, 1948, p. 83.

41 Haydée E. Frizzi de Longoni, *Rivadavia y la economía argentina*, edición del autor, Buenos Aires, 1947, p. 65.

documento es el elemento decisivo para interpretar la naturaleza de la Revolución de Mayo y la razón de su eclipse. Ese plan fue redactado bajo la influencia de un esquema preparado por Belgrano bajo la orden de la Junta de Gobierno, que así lo determinó el 18 de julio de 1810.

Los modernos apologistas oligárquicos del 25 de Mayo, que no son sino los agentes nativos del imperialismo, los ladinos "democráticos" que sostienen a la clase ganadera y a las fuerzas retardatarias, insisten en presentarnos el año 10 como la fecha nupcial de la joven Argentina con su amigo británico. Prefieren pasar por alto la lucha del partido morenista, no por breve y trágica menos significativa, y glorificar los acontecimientos de Mayo bajo el signo del librecambismo más puro. Al mismo tiempo, Ricardo Levene y sus acólitos, tan pudorosos de mezclar la historia con la política, han negado la autenticidad del "Plan de Operaciones".[42]

Con criterio certero, Piñero, Puiggrós, Rosa y otros autores han demostrado, por el contrario, su completa legitimidad, y la mano de Moreno en su espíritu y en su texto. Sin este "Plan de Operaciones", elemento capital de la revolución sofocada, toda la cuestión de Mayo se vuelve indescifrable, planea en el aire y sólo se explicaría como producto de una alianza entre importadores porteños y exportadores ingleses. Es precisamente el propósito que guía a las apasionadas exégesis de los cipayos.

Moreno y el intervencionismo de Estado

El punto de vista de los revolucionarios de Mayo, expresado por Moreno en su "Plan", algunas de cuyas proposiciones se llevaron a la práctica, nace de una comprensión profunda de nuestra realidad. El destino de la revolución española era incierto. El Virreinato del Río de la Plata debía desenvolver su política con sus propias fuerzas. Pero en este inmenso territorio semidesierto, poblado de indios, gauchos, artesanos primitivos, inmensos rebaños de cabezas de ganado realengo y algunas pocas ciudades predominantemente comerciales, el puerto de Buenos Aires había venido a convertirse en la cabeza del movimiento comercial del Virreinato.[43]

---

42 Ricardo Levene, *Ensayo histórico sobre la Revolución de Mayo y Mariano Moreno*, A. Martínez, Buenos Aires, 1925.

En esta obra, lo mismo que en los artículos publicados por Groussac en *La Biblioteca*, se desconoce la legitimidad del Plan. El propósito no es erudito, sino político. Disociar a Moreno del Plan es indispensable para despojar a la Revolución de Mayo de su carácter latinoamericano y subordinarla al librecambismo británico. Puiggrós, en la obra ya citada, deshace por completo la impostura seudocientífica.

43 Alberdi, ob. cit., p. 128.

Su sistema económico reposaba esencialmente en la actividad de los comerciantes monopolistas españoles, en los criollos e ingleses ligados al contrabando y en los ganaderos que deseaban vender a Europa sus excedentes. No existía virtualmente burguesía industrial, ni capitales, ni técnicos para montar un aparato productor realmente nacional y poderoso. En tales condiciones Moreno concibió el “Plan de Operaciones”. No se trataba tan sólo de un esquema de la defensa militar y política de la revolución. Implicaba ante todo una concepción económica de índole americana poseída de un carácter eminentemente creador.[44]

En dicho Plan, Moreno propone expropiar a 5 o 6.000 personas pudientes (prestamistas, ganaderos, grandes comerciantes monopolistas) a fin de obtener un capital de 200 o 300 millones de pesos “*que serían puestos en diferentes giros en el medio de un centro facilitando fábricas, ingenios, aumento de agricultura, etc.*”.

> Una cantidad de 200 o 300 millones de pesos —decía— puestos en el centro del Estado para la fomentación de las artes, agricultura, navegación, etc. producirán en pocos años un continente laborioso, instruido y virtuoso, sin necesidad de buscar exteriormente nada de lo que necesite para la conservación de sus habitantes, no hablando de aquellas manufacturas que, siendo como un vicio corrompido, son de un lujo excesivo e inútil, que deben evitarse principalmente porque son extranjeras y se venden a más oro de lo que pesan.[45]

Como vemos, lejos de soñar con un Estado modesto, desinteresado, “libre” y generoso, tal como convenía a los ingleses, Moreno proyectaba compensar la debilidad de las fuerzas económicas nacionales con el fortalecimiento del Estado, asignando a éste una función de empresa, de banquero y de industrial, con el fin de echar las bases para un capitalismo nacional todavía inexistente. La idea de expropiar las fortunas parasitarias no podía ser más audaz para esa época y su medio. Continúa siendo válida en nuestros días. Obsérvese que Moreno establecía expresamente la limitación de importar aquellas “manufacturas” de tipo suntuario, por las que tanta predilección sienten los núcleos oligárquicos de ayer y hoy.

Moreno prohibía en su “Plan” a cualquier particular explotar minas de plata o de oro, tarea que reservaba para la Nación y cuya violación se castigaba con la pena capital. Con el propósito de impedir la emigración de metálico, prohibía asimismo por el plazo de 15 a 20 años vender cualquier clase de establecimiento, salvo por causas bien claras para el Estado. Por otra parte

---

[44] En *Mariano Moreno y la revolución nacional*, Norberto Galasso analiza en detalle la significación del Plan de Operaciones (ob. cit., Coyoacán, Buenos Aires, 1963).

[45] Mariano Moreno, ob. cit., p, 297.

quedaba vedado a los extranjeros, en virtud de la razón anterior, negociar con otros países sin intervención y control estatal, de donde se infiere que Moreno era un totalitario *avant la lettre*. Este conjunto de medidas permitiría al Estado, bien munido de fondos, «*procurar todos los recursos que sea menester introducir, como semillas, fabricantes e instrumentos, y comenzando a poner en movimiento la gran máquina de los establecimientos para que progresen sus adelantamientos*».[46]

Moreno, adversario del librecambismo

Al mismo tiempo, nuestro joven jacobino propone el envío de agentes secretos al Brasil que, disfrazados de comerciantes, organizarán la insurrección de Río Grande primero y luego la de todo el territorio para incorporarlo al complejo político de la revolución haciéndoles «*gustar de la dulzura de la libertad y derechos de la naturaleza*», declarando simultáneamente la abolición de la esclavitud. Prosa rousseauniana a un lado, convengamos en que Moreno no era un contemplativo y que la "libertad", la "dulzura" y la "naturaleza" poseían para él un sentido bien específico.

En el orden de la política estratégica, Moreno (ese mismo Moreno que los camafeos escolares nos presentan con el aire de un demócrata rooseveltiano) estimaba que convenía mantener temporalmente buenas relaciones con Inglaterra, ofreciéndole ventajas comerciales «*aunque suframos algunas extorsiones*»,[47] pues frente a la reacción absolutista que podía levantar cabeza en la España convulsionada, convenía apoyarse en alguna potencia extracontinental. No dejaba de observar, sin embargo, que Inglaterra es una de las naciones «*más intrigantes por los respetos del señorío de los mares (...) por dirigirse siempre todas sus relaciones bajo el principio de la extensión de miras mercantiles, cuya ambición no ha podido nunca disimular su carácter*»;[48] aunque señalaba también la conveniencia de indisponerla contra Portugal, para facilitar la maniobra de Buenos Aires de incorporarse Río Grande del Sur. Y este famoso "librecambista", ya en el poder, dirá en su "Plan" que era preciso acusar a las autoridades españolas y a Cisneros de «*haber destruido la felicidad pública*» al otorgar «*franquicias del comercio libre con los ingleses, el que ha ocasionado muchos quebrantos y perjuicios*».[49]

En suma, Moreno planteaba una verdadera política revolucionaria, no porteña, como ocurrirá

---

46 Ibíd., p. 301.
47 Ibíd., p. 303.
48 Ibíd., p. 302.
49 Ibíd., p. 289.

inmediatamente después de su caída, sino nacional americana. Moreno sostuvo el monopolio del comercio exterior, fundamental ayer como hoy para la defensa económica de un país semicolonial; el control de cambios y del tráfico de oro y divisas; la expropiación de las grandes fortunas improductivas y su utilización por el Estado para el desarrollo de la industria nativa, de la educación técnica, de la agricultura y de la navegación; el monopolio estatal de la industria minera; la expansión americana del movimiento revolucionario y la aplicación de medidas severas para exterminar los focos de la contrarrevolución.

Frente a todas las fuerzas regionales que pugnaban efectivamente por el comercio libre —ganaderos, importadores, exportadores y comerciantes porteños—, Moreno se levantó como la encarnación misma de la revolución continental que buscaba construir una nación con España, si era posible, y sin España de todos modos. De ahí que Moreno aparezca en nuestra escena histórica, al nacer los argentinos a la vida pública, como el teórico y el estadista del intervencionismo estatal, propulsor del capitalismo por métodos revolucionarios.

La caída de Moreno por obra de la tendencia saavedrista, cuya ideología liberal conservadora se adaptará perfectamente a las necesidades de la burguesía comercial porteña probritánica, cierra el capítulo auténticamente revolucionario de Mayo. El coronel Saavedra, militar cándido y engreído, obtuso y temeroso de Dios, dirá en una carta a Chiclana que «*el sistema robesperiano que se quería adoptar en ésta, la imitación de la revolución francesa que intentaba tener por modelo, gracias a Dios que han desaparecido…*».[50]

San Martín estaba, por el contrario, muy lejos de esa aversión que Saavedra experimentaba hacia la figura del "Incorruptible" de la Revolución francesa, y que veía reencarnada en la figura de Moreno.

El organizador de la victoria de los Andes no era un liberal conservador de estirpe borbónica del género de Saavedra o Rivadavia, sino un revolucionario intrépido, educado en la tradición de 1789. Por esa razón pudo escribir a su confidente Guido:

Más vale andar con ojotas que el que nos cuelguen. En fin, amigo mío, todo es menos malo que el que los maturrangos nos manden, y más vale privarnos por tres o cuatro años de comodidades que el que nos hagan morir en alto puesto y, peor que esto, es el que el honor nacional se pierda. Hasta aquí llegó mi gran plan. Ojalá tuviésemos un Cristóbal o un Robespierre que lo realizase, y a costa de algunos años diese la libertad y esplendor de que es tan fácil nuestro suelo.[51]

---

[50] Levene, ob. cit., II, p. 173.

[51] "Carta a Tomás Guido", fechada en Mendoza el 14 de mayo de 1816, cit. en Eduardo B.

¡Qué lejos se coloca este San Martín del héroe abstracto dibujado por los historiadores oficiales, o del varón antijacobino del revisionismo rosista!

Al caer Moreno, comienza la crisis monetaria. El gobierno de Buenos Aires, presionado por los ingleses y los comerciantes, autoriza en 1811 la libre exportación de oro y de plata amonedados. Esta medida no sólo descapitaliza al país, sino que eleva los precios de los artículos de consumo. Ya en el primer Triunvirato, cuyo inspirador es su secretario Rivadavia, heredero político del saavedrismo, se permitirá el ingreso al país del carbón europeo, se rebajarán los derechos aduaneros para los tejidos extranjeros y se abrirán las puertas de la Aduana a numerosos artículos que entraban en competencia ruinosa con los productos de nuestras industrias territoriales. Los comerciantes extranjeros eran, a su vez, igualados en derechos con los comerciantes criollos. Se sancionaba de este modo la preeminencia del capital comercial inglés sobre Buenos Aires y del poder económico del Puerto sobre el Interior.[52]

La pandilla del barranco

Edificada sobre las barrancas que caían suavemente al río barroso, la pretenciosa ciudad era conocida desde los tiempos coloniales, en las cortes europeas, por el oficio predilecto de su "gente decente": el contrabando y su comercialización. Los burgueses de mostrador se destacaban por su habilidad para burlar las disposiciones fiscales y la prohibición de comerciar con extranjeros; sabían hacerlo tan bien como manejar fructuosamente la vara de medir. Toda esta clase mercantil, cuyos apellidos de campanillas resonarán incesantemente en nuestra historia política, habíase ganado en la Europa de comienzos del siglo XIX un mote muy significativo: se la llamaba la "pandilla del barranco". Curioso nombre, en verdad, que tan bien calzaba a la burguesía comercial de la naciente ciudad-puerto.

Santísima Trinidad de Buenos Aires era, en las primeras décadas del siglo, una desordenada aldea de calles sin empedrar, carente de arquitectura digna de mención, ceñida de quintas y envanecida por un patriciado comercial o ganadero de reciente cuño americano y de vagos cuanto pregonados orígenes peninsulares.[53] Los negros hormiguereros o pasteleros y las morenas

Astesano, *La movilización económica de los ejércitos sanmartinianos*, El Ateneo, Buenos Aires, 1951, p. 92.

52 José María Rosa, *Defensa y pérdida de nuestra independencia económica*, Haz, Buenos Aires, 1954, p. 52.

53 Santiago Calzadilla, *Las beldades de mi tiempo*, Estrada, Buenos Aires, 1944, p. 10.

lavanderas, que alegraban la costa munidas de sábanas de Irlanda, los artesanos de los más diversos gremios, esclavos en su mayoría, constituían en realidad la base social de la economía doméstica. Por las calles pantanosas veíase pasar a los vendedores de plumeros, generalmente de humilde color, a los afinadores de pianos, y también al viento reseco de la barbarie más temida por la sociedad porteña: a galope, y siempre de paso, algún gaucho misérrimo (pero con cabestro de plata) arrancado a la pampa o la pulpería de las orillas por algún azar, echaba sobre las parroquias céntricas su sombra dolorosa y siniestra.[54]

Los señores distinguidos de la grey aldeana hacíanse acompañar por un esclavo y su farol. Construidas de barro, pero con grandes patios cubiertos de árboles añosos, las residencias contaban con habitaciones enormes, decoradas sobriamente, con la escasez de refinamiento que posteriormente asimilóse a la virtud gentilicia: tiempo después de la Revolución de Mayo, las grandes familias adornaron sus hogares con toda clase de chirimbolos procedentes del mundo entero. A la severidad española, no perdida del todo, sucedió un afán de deslumbramiento que abrazó por entero a la sociedad porteña, embriagada de aspiraciones cosmopolitas. Así tuvieron su entrada, alrededor de 1830, en los hogares de pro, esteras de la India, delicados muebles norteamericanos, pianos franceses, cristales y relojes ingleses.[55] En muchos hijos de familias linajudas prendió el embrujo de Europa por medio de la "filosofía", como llamábase genéricamente a las cosas del espíritu, o de las luces. Los libros sellaban el encantamiento: Leminier o Rousseau, los enciclopedistas o la conflagración romántica, el socialismo utópico, sus mitos ingenuos y, globalmente, la variada literatura histórica y política europea impregnaron de una coquetería nueva a la juventud y también la hicieron pensar en el país, aunque sin comprenderlo del todo. En ese cuadro nació la generación de Mayo, tan halagada como incomprendida por la posteridad.

Algunas familias porteñas se habían emparentado después de las invasiones inglesas con oficiales británicos, anclados definitivamente en el Río de la Plata. La afición por los extranjeros rubios estaba muy difundida en esa aristocracia mercantil de Buenos Aires, como la llamaría Rosas, cuyos intereses se fundían muy naturalmente con la metrópoli inglesa.[56] Un autor evocará algunos de los salones de la época, presididos por las bellezas en boga. La señorita Melchora

---

[54] Un Inglés, *Cinco años en Buenos Aires*, Solar, Buenos Aires, 1942, p. 94.

[55] Samuel Trifil, *La Argentina vista por viajeros ingleses: 1810 - 1860*, Gure, Buenos Aires, 1959, p, 58.

[56] José Antonio Wilde, *Buenos Aires desde setenta años atrás*, Espasa Calpe Argentina, Buenos Aires, 1948, p. 154.

Sarratea “*estaba tan bien enterada de los asuntos públicos y privados*”, que era “*tenida como entusiasta partidaria de los* whigs*, el partido político liberal de las Islas Británicas*”. Como se ve, la señora Victoria Ocampo ha tenido distinguidas predecesoras. Ana Riglos, por su parte, perteneciente a la familia de don Miguel de Riglos, llamado “lord inglés” por sus amigos “*era siempre la más cortejada en la tertulia y la más querida por la mayoría de los marinos ingleses. Pero, nadie manejó los negocios de Downing Street con mayor suceso y brillantez que lo hiciera Mariquita Sánchez, ejerciendo su diplomacia femenil en su espléndida mansión solariega en la calle Empedrados*”.

La Aduana ya daba varios millones de pesos en concepto de pagos de derechos. La clase comercial de Buenos Aires se capitalizaba rápidamente y nuevos refinamientos aparecían en la ciudad pampeana, que se elevaba como un faro de civilización a un paso del salvaje. Pianos y armonios ingleses se instalaban en los salones y animaban las tertulias. “Los ainglesados” formaban legión, las modas inglesas imperaban. Se bailaba mucho y bien: el minué, la contradanza española, la contradanza francesa, y también el cielito y la montonera. En los comedores y dormitorios aparecían lámparas con caireles de cristal de roca; las niñas se perfumaban con el agua de Murray y en los saraos se servían las comidas criollas en vajilla de oro china.[57] Los tenderos refinaban sus gustos.

Pero mientras la política librecambista enriquecía a Buenos Aires, arruinaba el interior del país; entretanto, se abría un abismo entre la capital y las provincias. Si Buenos Aires, Montevideo, Entre Ríos, Santa Fe y Corrientes tenían costas marítimas o fluviales y productos para la exportación (cueros, tasajos, lanas), las provincias mediterráneas vivían únicamente de los recursos del mercado interno y de sus industrias territoriales, nacidas de la insuficiencia industrial española, que nunca había podido abastecer a las colonias americanas. Como el monopolio virreinal cerraba el paso a los productos ingleses competitivos, las industrias argentinas del interior florecieron.[58] Grandes sectores de nuestra población autóctona reposaban en esa producción industrial incipiente. Los vinos, aguardientes y frutas secas de Cuyo, los tejidos cordobeses, los minerales, algodones y ganados de Catamarca y La Rioja, los alcoholes, suelas y tejidos salteños constituían el fundamento económico de todo el interior argentino.[59] Pero la

[57] Wilde, ob. cit., p. 82.
[58] Ricardo Levene, *Investigaciones acerca de la historia económica del Virreinato del Río de la Plata*, Universidad de la Plata, La Plata, 1928, tomo XI, p. 129.
[59] Juan Álvarez, *Estudios sobre las guerras civiles argentinas*, Círculo Militar, Biblioteca del Oficial, Buenos Aires, 1938, 3ª ed., p. 24.

derrota de la tendencia revolucionaria morenista nacional en Buenos Aires y el pase del control gubernativo a manos del grupo comercial porteño originaron una caudalosa corriente de mercaderías inglesas que amenazaron las bases mismas de la economía provinciana. En 1817 un periódico de Buenos Aires decía:

> Un ligero conocimiento del país basta para comprender que dentro de muy pocos años de independencia más de 10 millones de sudamericanos se vestirán de efectos europeos (…) consta por un cálculo moderado que actualmente, unos con otros consumimos de 30 a 40 pesos anuales de aquellas mercaderías. Luego el consumo anual montará a 300 o 400 millones de pesos. Suma que en verdad espanta.[60]

Pocas cifras nos mostrarán la esencia de las guerras civiles inminentes: un poncho inglés costaba 3 pesos; el mismo artículo elaborado en los telares criollos tenía un valor de 7 pesos. Si una vara de algodón británico podía comprarse por casi 1 ｼ de real, el producto provinciano resultaba a 2 ｾ reales. Los productos de las ferreterías de Sheffield, de las alfarerías de Worcester y Staffordshire y de los telares de Manchester inundaban irresistiblemente el mercado argentino, con la imitación exacta y estandarizada de los artículos criollos.[61]

Ya en el debate sobre librecambio y proteccionismo planteado por la consulta del virrey Cisneros en 1809, el síndico del Consulado, Yániz, en nombre de los comerciantes monopolistas españoles, considera puntos de vista que si bien eran esgrimidos en interés del monopolio, expresaban la indiscutible realidad económica del interior industrial.

Yániz argumentaba que

> sería temeridad querer equilibrar la industria americana con la inglesa. Estos sagaces maquinistas nos han traído ya ponchos, que es el principal ramo de la industria cordobesa y santiagueña, y también se le ha asegurado al síndico que han traído estribos de palo dado vuelta a uso del país (…) Los pueden dar más baratos, y por consiguiente arruinarán nuestras fábricas y reducirán a la indigencia a una multitud innumerable de hombres y mujeres que se mantienen con sus hilados y tejidos, en forma que por dondequiera que se mire no se verá más que desolación y miseria.[62]

La provincia-metrópoli

La oligarquía porteña podía disponer a su antojo de la dirección de la política económica, pues

---

60 Rosa, ob. cit., p. 58.
61 ﾁlvarez, ob. cit., p. 25.
62 Rosa, ob. cit., p. 38.

su poderosa palanca eran el puerto y la Aduana de Buenos Aires. Quien la controlara sería librecambista o proteccionista, abriría las puertas al asfixiante comercio extranjero o administraría las rentas aduaneras en beneficio de la nación entera. De ahí que el problema de la ciudad de Buenos Aires, de su puerto, su aduana y su crédito público, fuera señalado notablemente por Alberdi como la cuestión cardinal del destino argentino. Alberdi la resumía así: para poner en manos del virrey todos los recursos financieros y políticos del poder, el rey fijó la capital de su residencia en Buenos Aires, entregándole el gobierno de dos cosas diferentes: la provincia-metrópoli, o sea, de Buenos Aires y la ciudad de Buenos Aires unidas, y el cargo de virrey de todo el Virreinato.

Como la ciudad donde vivía el virrey era el único puerto de entrada y salida del territorio para el intercambio comercial, el virrey concentró en sus manos toda la renta derivada del puerto, el crédito y el tesoro público formado por ese movimiento de todas las provincias, que Buenos Aires fiscalizaba por su situación geográfica. De esta manera, la monarquía española se aseguraba de un golpe el control político general del Virreinato, agrupando en una sola mano todo su caudal financiero.

Así planteadas las cosas, según Alberdi, existían dos dependencias: una interior y doméstica de las provincias del país con respecto a la provincia-metrópoli. La otra era exterior del país entero, con respecto a España.

La esencia de todo el drama argentino (y la fuerza motriz de la balcanización de las provincias del Sur) fue, unida a la política británica, la siguiente, según escribe Alberdi:

> Las leyes coloniales españolas, para hacer efectivo el monopolio de esa parte de América dieron por único puerto a todas las provincias del Plata la ciudad de Buenos Aires, en que residía el virrey general.
>
> Esa legislación debía hacer de Buenos Aires la tesorería de todas las provincias argentinas, el día que la renta de aduana viniese a ser la principal renta general. Así sucedió y ese día llegó con la revolución de 1810 contra España. La revolución contra España, suprimiendo el Gobierno general del Virrey, residente en Buenos Aires, y dejando, por esa supresión, a las provincias aisladas para su gobierno interior, dejó a la provincia de Buenos Aires poseedora exclusiva y única del puerto, de la aduana y de la renta de todas las otras provincias argentinas, por todo el tiempo en que ellas estuviesen sin gobierno general y común.
>
> Prolongar indefinidamente este estado de cosas, era equivalente a dejar en manos de Buenos Aires todos los recursos de los pueblos argentinos. La tentación era irresistible y Buenos Aires cayó en ella. Convertir esta prolongación en sistema permanente de Gobierno fue el pecado y la falta de Buenos Aires, no su invención. ｿQuién fue el primero que reconoció y se apercibió que ese estado de cosas constituía la fortuna local de Buenos Aires? Nadie: las cosas mismas lo dieron a conocer, y hace honor a Buenos Aires el que ninguno de sus hombres

públicos hubiese tenido la idea de hacer una política de la falta de gobierno. He aquí el modo como Buenos Aires se apercibió de que ese desorden cedía todo en su provecho local exclusivo, aunque en daño y ruina de la Nación. Derrotada varias veces por las provincias litorales en sus luchas republicanas de supremacía política, Buenos Aires se encontró en sus derrotas y, a pesar de ellas, más fuerte y rica que sus vencedores y, naturalmente, a la cabeza de ellos.

Viéndose caer de pie en todas sus caídas, no tardó en apercibirse de que la causa de ese fenómeno consistía simplemente en que sus pies calzaban una plancha de oro, cuya gravedad bastaba para enderezar su cuerpo como por sí mismo, luego que sus vencedores la abandonaban caída en el suelo. Esa plancha de oro era el impuesto de aduana que todas las provincias vertían en su puerto.[63]

La Revolución de Mayo, que asumió la soberanía popular en nombre del rey prisionero, y luego la independencia, en 1816, anularon la dependencia exterior. Pero la interior, es decir, la sumisión de las provincias interiores con respecto al bloque provincia bonaerense-ciudad porteña, continuó. Destruida la política nacional de Moreno, que contemplaba los intereses generales, y entronizada en el gobierno de Buenos Aires la tendencia rivadaviana probritánica, la oligarquía porteña se adueñó de esa máquina virreinal. Usufructuó la provincia-metrópoli y negose a repartir las rentas aduaneras y el control político nacional con el resto de las provincias argentinas. Así nació la idea porteña de que la ciudad-puerto y la provincia bonaerense eran inseparables y que el producto de la Aduana pertenecía exclusivamente a Buenos Aires. Nadie pudo convencer con razones a estos nuevos virreyes de que la opulencia porteña y bonaerense se derivaba de rentas aduaneras que eran el fruto del intercambio engendrado por la actividad de todo el país. Instalada como un recaudador en las puertas del Plata, la oligarquía porteña se embolsaba la riqueza argentina.

Mientras Buenos Aires se perfumaba y bailaba el minué, el interior era reducido a la desesperación; diezmadas por las guerras de independencia, arruinadas por la invasión de mercaderías británicas y usurpadas sus rentas por la orgullosa metrópoli, las provincias argentinas se replegaron. Surgieron entonces jefes armados al mando de tropas irregulares que defendieron como pudieron "las autonomías" provinciales y resistieron la política absorbente de Buenos Aires. Los caudillos aparecieron cuando Moreno había dejado de existir y con él una política genuinamente nacional.

Así nació el "federalismo", resultado del despojo de la riqueza argentina por una sola

---

63 Juan Bautista Alberdi, "Crisis permanente en las Repúblicas del Plata", en *Obras selectas*, Buenos Aires, 1920, tomo VII, pp. 137 y 138.

provincia. El monopolio del rey fue suplantado por el monopolio de la oligarquía porteña. La metrópoli bonaerense hizo del país su propia colonia. Aludiendo a las maniobras oligárquicas para usurpar el poder nacional desde Buenos Aires, ya en 1810 Moreno había escrito lúcidamente sobre los fines que lo habían impulsado para convocar y constituir un Congreso constituyente, el mismo que los saavedristas y rivadavianos expulsaron:

> La convocación del Congreso no tuvo otro fin que reunir los votos de los pueblos para elegir un gobierno superior de estas provincias, que subrogase al del Virrey y demás autoridades que habían caducado. Buenos Aires no debió erigir, por sí mismo, una autoridad extensiva a los pueblos que no habían concurrido con su sufragio a su instalación.[64]

Esa fue la razón por la cual derribaron a Moreno los saavedristas y rivadavianos. Saavedra, Rivadavia y Mitre probarían el carácter antiargentino y antilatinoamericano de la burguesía comercial porteña, que es una sola y misma cosa.

La aparición histórica del gauchaje

El triunfo del librecambismo y la orientación oligárquica después de la caída de Moreno señalan la aparición histórica del gauchaje en nuestra vida política. Este hombre clásico de nuestras llanuras será el héroe central de la historia argentina. Por extensión, gaucho será desde las guerras civiles todo nuestro criollaje, esa aleación racial formada por el vástago de español y de indio, cuando no indio puro, que constituirá el tipo étnico fundamental del país, antes de complementarse con la irrigación sanguínea de la vieja Europa. En su remoto origen, el gauderio, predecesor del gaucho, nace en la infinita pampa.[65] El adelantado Pedro de Mendoza había arrojado a las praderas inmensas sus yeguadas, que desaparecieron como tragadas por el desierto sin fin. Las siete vacas de la Conquista también se desvanecieron durante un siglo. Multiplicadas en la fertilidad de los pastos y las lluvias, la pampa fue un mar de cueros, la veta inextinguible de la ganadería.

El rey comenzó, en el principio del siglo XVIII, otorgando derechos de vaquerías a algunos beneficiarios. El ganado era hacienda cimarrona, sin dueño, y los hombres que merodeaban en la

---

64 Mariano Moreno, ob. cit., p. 249.

65 Horacio C. E. Giberti, *Historia económica de la ganadería argentina*, Raigal, Buenos Aires, 1954, p. 30. (Véase también Emilio A. Coni, *Historia de las vaquerías del Río de la Plata*, Madrid, 1930.)

pampa carneaban una vaca para comer sin rendir cuenta a nadie. El sol y la lluvia, los animales cerriles y la holganza, el paisaje tremendo, la astucia derivada del conflicto con la naturaleza, la desconfianza y el desprecio hacia la ciudad febril y mercantil, la soledad, la fuerza y la destreza física que todo el medio le imponía hicieron del gaucho un admirable ejemplar humano. Conoció al caballo, libre como él, y lo hizo su lugarteniente y su camarada, su torre vigía, su carro de combate. Inventó sus armas, heredó otras del indio salvaje y se acopló a la naturaleza hostil hasta dominarla con una sabiduría que a los civilizados pareció milagrosa. Un viajero dice que オ *sencillas, no salvajes, son las vidas de esta "gente que no suspira" de las llanuras* サ.[66] La relación entre el hombre y la Naturaleza no estaba viciada de hipocresía social y se daba en forma pura; la majestad del escenario y el ocio lo inclinaron a la meditación poética, al proverbio y a la seducción de la música.

Darwin preguntará en Mercedes a dos hombres por qué no trabajaban: オ *Uno me respondió, gravemente, que los días eran demasiado largos;y el otro, que por ser demasiado pobre* サ.[67]

Hasta que la Revolución de Mayo conmueve toda la estructura tradicional, el gauchaje había vivido bajo la divisa: "la pampa y las vacas para todos". La propiedad privada no tenía en los campos de Buenos Aires fronteras muy precisas; las alambradas no existían y la posesión efectiva de los ganados, aunque pertenecían a dueños nominales cuyos títulos eran herencia de viejos privilegios reales, rara vez se alcanzaba plenamente.[68]

En estas condiciones, el gaucho era el señor de la pampa; desjarretaba una vaca cuando tenía hambre, vendía su cuero en la pulpería más próxima o lo cambiaba por los más indispensables artículos de consumo, sus "vicios".

Los más civilizados de estos seminómades se empleaban temporariamente en la yerra o esquila de las estancias o se dedicaban al contrabando. Concluida esa faena de ocasión, el gaucho siempre tenía a su inmediato alcance la carne asegurada, la pampa y su aventura oceánica.

El comercio libre destruyó el viejo estilo de vida del gauchaje. Miles de gauchos dedicados al contrabando fueron anonadados por el nuevo régimen legal. La dorada edad del cuero también tocaba a su fin. El desarrollo de la industria saladeril, que se expandió poderosamente con las

---

66 Carlos Alberto Leumann, *La literatura gauchesca y la poesía gaucha*, Raigal, Buenos Aires, 1953, p. 206. (Véase en el apéndice de la ob. cit. la "Noticia histórica de los gauchos", un ejemplo de lo más notable escrito en el género.)

67 Carlos Darwin, *Diario de viaje de un naturalista*, cit. en VVAA, *El gaucho a través de los testimonios extranjeros (1773-1870)*, selección, prólogo y notas de Eduardo Jorge Bosco, Emecé, Buenos Aires, 1947, p. 30.

68 チlvarez, ob. cit., p. 68.

facilidades de exportación, transformó a la carne vacuna en la parte más preciada del animal. La norma tradicional de sacrificar vacas libremente fue quebrantada; si antes de la Revolución el gaucho carneaba una vaca para comer y sólo existía la obligación tácita de entregar su cuero al propietario, la comercialización más completa del vacuno acarreó la situación que Juan Álvarez define así: “*trabajar algunos meses en el saladero y comprar la carne que se pudiese, al precio pagado por los consumidores del extranjero*”.[69]

El criollo pampeano se sintió acorralado por el hambre. El gobierno de Buenos Aires, cuyos descendientes históricos, como Güiraldes, escribirían un siglo después, desde París, sutiles evocaciones del gauchaje, dictó un decreto en 1812 declarando libre de derechos la exportación de carnes; simultáneamente fijaba un impuesto del 20% a la que se consumiese en el mercado interno. Una política semejante, que estrangulaba a los gauchos, no podía imponerse sin una acción represiva.

En 1815 aparece el famoso decreto sobre la “vagancia”: todo individuo de la campaña que no fuese propietario, sería considerado sirviente y quedaba obligado a reconocer un patrón, que le otorgaría una “papeleta”, a ser visada cada tres meses, bajo pena de ser considerado “vago”.[70] Se consideraba vagancia transitar el territorio sin permiso del juez de paz. Como es lógico suponer, dicho juez era un agente de los ganaderos, propiciadores de la monstruosa ley. Los gauchos declarados “vagos” sufrían cinco años de servicio militar, o dos de conchabo obligatorio la primera vez y diez la segunda, en caso de no resultar aptos para las fatigas del ejército. Este decreto preparó la consolidación económica y política de la oligarquía bonaerense.

Amparados en la ley de la vagancia, los terratenientes acapararon las mejores tierras, usurparon los campos de los labradores empobrecidos que trabajaban más de 2.000 quintas productoras de trigo y otros cereales, y las transformaron en campos de pastoreo cercanos al puerto exportador. Muchos campesinos criollos, arruinados por la voracidad terrateniente, engrosaron las montoneras provincianas o se hicieron guerreros del ejército privado de Rosas, el gran estanciero que surgiría poco más tarde. Si esto último evitó la formación de montoneras en la provincia de Buenos Aires, fue porque la riqueza de la provincia-metrópoli permitió sostener en sus opulentas estancias a grandes peonadas y soldados, que usufructuaron a su modo la situación de privilegio que toda la provincia ejercía sobre el país agotado y hambriento.

---

[69] Ibíd., p. 73.

[70] Véase Jacinto Oddone, *El factor económico en nuestras luchas civiles*, La Vanguardia, Buenos Aires, 1937, en que se estudian las relaciones entre la ley de vagancia y la guerra gaucha.

La rebelión gauchesca

La carne tuvo un precio fundamentalmente determinado por el mercado exterior. El sacro Registro de propiedad de ganaderos terratenientes, con el poder político en sus manos, se irguió sobre la pampa, hasta ayer sin límites. Los otros gauchos, los criollos pastores del litoral, se organizaron en montoneras; también exportadora y librecambista, asimismo ganadera, esa región carecía del privilegio porteño de la Aduana y del movimiento comercial bonaerense; los estancieros litorales no podían mantener ni ejército de línea ni ofrecer un nivel de vida al gauchaje. La montonera, la guerra civil y el saqueo fueron el único recurso que los gauchos litorales encontraron para sobrevivir.[71]

El criollaje de las provincias mediterráneas, ahogado por la invasión comercial inglesa, que destruía sus industrias territoriales, y por la miseria fiscal del terruño, en virtud de la absorción de las rentas nacionales por Buenos Aires, opuso sus lanzas a los ponchos ingleses y su federalismo a la prepotencia porteña. Todo el país se levantó para luchar.

¿Qué había ocurrido, al fin, en los primeros años de la Revolución de Mayo? Al resultar frustrada la tentativa revolucionaria nacional de Moreno, el partido morenista encontró un nuevo jefe en la persona de Bernardo Monteagudo. Acorralado por la fracción rivadaviana, fue desterrado y debió desplegar su genio como ministro de San Martín y de Bolívar. Cayó asesinado por la reacción de Lima.[72]

Hacia 1814, con la caída de Napoleón la revolución liberal española agonizaba. Regresa al poder Fernando VII, anula todas las conquistas constitucionales del movimiento popular hispano y restaura la España negra, más cruel que nunca.[73] El destino de América se define y la independencia aparece como inevitable: es la independencia con respecto a la reacción feudal entronizada. Nace así a la vida política autónoma un inmenso continente socialmente inmaduro para ejercerla como un poder soberano.

Al no existir un foco económico centralizador en América hispana, una burguesía industrial capaz de congregar férreamente los particularismos regionales, la nación latinoamericana tiende a disgregarse, siendo inútiles todos los intentos de San Martín y Bolívar por salvar la unidad en la

---

71 Álvarez, ob. cit., p. 74.

72 Véase Bernardo Monteagudo, *Obras políticas*, La Facultad, Buenos Aires, 1916, p. 252; en especial, su E*nsayo sobre la necesidad de una federación general entre los estados hispano americanos y plan de su organización*, p. 76.

73 Palacio, ob. cit., p. 212.

independencia. La grandiosa posibilidad de la nación latinoamericana es ahogada y el siglo XIX asistirá a su trágica balcanización. Los distintos grupos económicos de las regiones se lanzan a su propia lucha, azuzados por Gran Bretaña, que verá en esa disgregación la mejor garantía de su dominación imperial. Una precocidad pérfida asociaba a la plutocracia norteamericana a esta tarea. Pues ya en los albores del siglo XIX los Estados Unidos puritanos y ahorristas que Alexis de Tocqueville observara entre admirado y desdeñoso, desempeñaban un papel decisivo en las intrigas diplomáticas para la fragmentación de América Latina.74[74] En las luchas que inmediatamente se suceden triunfan los sectores económicos regionales predominantes. En el Río de la Plata serán ganaderos y comerciantes.[75]

Destruido el fundamento político peninsular en cuya llama ardiente se habían forjado, los hombres de la generación revolucionaria americana mueren, desaparecen, emigran o consagran su espada a la independencia continental, como San Martín, que niégase a intervenir en los conflictos interiores a punto de estallar. El poder político converge en las manos de los sectores económicamente consolidados de cada región. En Buenos Aires, la dictadura del puerto encenderá la guerra civil.

---

74 William R. Manning, *Correspondencia diplomática de los Estados Unidos concerniente a la independencia de las naciones latinoamericanas*, La Facultad, Buenos Aires, 1932.

75 Bernardo Frías, *Historia del general Güemes y de la provincia de Salta o sea de la Independencia argentina*, Rómulo D'Uva, Salta, 1973, tomo V, p. 26 y ss.

Las masas y las lanzas

Los hermanos Robertson pertenecían a esa falange de viajeros ingleses que el Imperio derramó generosamente sobre el Nuevo Mundo; eran comerciantes, diplomáticos y espías, todo a su vez, el ojo viajero de una raza enérgica y experta. Sus recuerdos, memoriales e informes han permitido reconstruir el pasado argentino en detalles sugerentes que muchos hijos del país desdeñaron evocar, pues un pueblo sólo comienza a escribir memorias en su madurez histórica. Un día los hermanos Robertson llegaron a la tierra purpúrea y describieron irónicamente la persona del gran caudillo oriental:

> ソ Qué creéis que vi? 。Pues al Excelentísimo Protector de la mitad del Nuevo Mundo, sentado en un cráneo de novillo, junto al fogón encendido en el piso del rancho, comiendo carne de un asador y bebiendo ginebra en guampa! (…) Tenía alrededor de 1.500 secuaces andrajosos en su campamento, que actuaban en la doble capacidad de infantes y jinetes.[76]

Esta visión puramente europea y ahistórica de la originalidad nativa en las horas iniciales de un pueblo ya era inadecuada para los hijos de Albión: cuando todavía vagaban por las islas británicas bárbaros con hacha de piedra, los árabes habían recreado la matemática y la astronomía y los vástagos de la América desconocida concebían religiones solares, acueductos, artesanías, músicas y una literatura legendaria.

Si los ingleses así juzgaban la poderosa figura de Artigas, resulta inaudito que los propios latinoamericanos de la posteridad hayan adoptado los juicios de los mercaderes extranjeros que nos conocieron, y que la historia argentina, frente a sus caudillos populares, viva prisionera de las interesadas mistificaciones ajenas. Pero la noción misma de verdad es un producto variable de la historia en movimiento. Las clases sociales dominantes son las que imponen en cada época su regla de valores. Está muy lejos de nuestro ánimo ejercer el método de señalar los “errores” de apreciación en que incurren los historiadores de ayer y de hoy sobre la historia de los argentinos. Cada juicio transmite diáfanamente los intereses sociales y políticos de quien los expresa. De ahí la importancia que reviste describir con toda objetividad las opiniones de las diversas escuelas

---

[76] J. P. y G. P. Robertson, *Cartas del Paraguay*, cit. en José Luis Busaniche, *Estampas del pasado*, Hachette, Buenos Aires, 1959, p. 301.

históricas, que son, en último análisis, escuelas de partido.

La época de las masas y las lanzas abraza setenta años de nuestra historia, el ciclo capital de nuestras disensiones civiles. Observemos incidentalmente que nuestras "guerras civiles" lo son sólo hasta cierto límite. La participación en ellas de Buenos Aires, asociada estrechamente a los intereses extranjeros, confiere a estos conflictos un sentido que trasciende los marcos estrictamente internos. Preferiríamos llamar a estas luchas "guerras nacionales", tanto por sus participantes, como por sus fines.

En pocos momentos de la historia universal, que tantos héroes dramáticos ha proporcionado a la literatura, se encontrarán episodios más seductores y criaturas tan poseídas de *epos* novelesco como los que encierra nuestra propia historia. Sólo la paciente mediocridad oficial y sus medallones escolares han podido infundir a los argentinos desde su infancia una indiferencia tan profunda hacia el pasado de su pueblo como el que se advierte con toda evidencia en nuestros días. Esta opacidad requiere una explicación. Yacen razones profundas en ella, que surgirán naturalmente de este relato a su debido tiempo. La consideración oficial de la palabra "caudillo" la ha relegado a una sinonimia puramente injuriosa. Los héroes de las masas y las lanzas han sido lapidados por la oligarquía triunfante. Gauchos, caudillos y montoneros fueron degradados a la condición de ladrones de ganado, de meros delincuentes armados, indignos de análisis. Las arengas ecuestres de los próceres adictos bastaron para narrar una historia confusa y heroica, simplificada hasta el hastío con fórmulas en las que todo el mundo ha dejado de creer: barbarie o civilización, Mayo y Caseros, organización nacional o anarquía, libertad o despotismo.

Veamos por orden el juicio de la historia oficial y de sus variantes modernas. Para Mitre, el más importante agente de la oligarquía porteña, la historia no constituía una ciencia aérea sino una rama literaria de la política militante. En una carta a Vicente Fidel López decía:

> Los dos, usted y yo, hemos tenido la misma predilección por las grandes figuras y las mismas repulsiones contra los bárbaros desorganizadores como Artigas, a quienes hemos enterrado históricamente.[77]

En cuanto a López, historiador de más amplio vuelo y vitalidad, porteño asimismo, escribía:

> Los caudillos provinciales que surgieron como la espuma que fermentaba de la inmundicia artiguista, eran jefes de bandoleros que segregaban los territorios donde imperaban a la manera de tribus para mandar y dominar a su

---

77 Vicente Fidel López, *Manual de la historia argentina*, Rosso, Buenos Aires, 1928, p. 243.

antojo, sin formas, sin articulaciones intermedias, sin dar cuenta a nadie de sus actos, y constituirse en dueños de vidas y haciendas.[78]

De las opiniones de Mitre y López se han nutrido la literatura histórica oficial, los textos de los tres ciclos de la enseñanza argentina y las cátedras de historia del Colegio Militar de la Nación; en cuanto al Colegio Naval, la formación histórica de los cadetes no hubo menester de textos ni de cátedras: hecho inaudito, carecen en sus programas de cursos sobre historia argentina. Ahora bien, los partidos políticos y tendencias políticas del país han vivido esclavizados de esta mortal leyenda. El doctor Juan B. Justo, fundador del Partido Socialista, escribió en "La teoría científica de la historia":

Las montoneras eran el pueblo de la campaña levantado contra los señores de las ciudades (…) pretendían paralizar el desarrollo económico del país y mantenerlo en un estancamiento imposible.[79]

Tal era el político científico, "maestro" del socialismo. Teórico de la antigua izquierda en el ciclo inmigratorio, Justo arrastró toda su vida el lastre positivista y su respeto por los hechos consumados. Adolecía de una incapacidad orgánica para entender a América Latina en toda su barbarie creadora y para emplear un método crítico capaz de develar el enigma de esa barbarie. Se había formado bajo la influencia dominante de las cooperativas belgas y del parlamentarismo inglés, de las vacas australianas y de los pollos yanquis, con un respeto reverencial a la estadística y un indisimulado desprecio por las razas oprimidas. Era un Kipling prosaico, un admirador pequeñoburgués del Hombre Blanco. Sus ideas históricas las tomó prestadas del mitrismo, como casi todos los partidos y tendencias políticas del país. Socialistas, stalinistas, radicales, liberales y hasta ciertos nacionalistas rindieron homenaje a esa convención inviolable que excluía a Mitre de las disputas históricas.[80]

---

78 López, guiado por una total ceguera porteña, añade: « *Artigas fue un malvado, un caudillo nómade y sanguinario, señor de horca y cuchillo, de vidas y haciendas, aborrecido por los orientales que un día llegaron hasta resignarse con la dominación portuguesa antes que vivir bajo la ley del aduar de aquel bárbaro* » (López, ob. cit., tomo IV, p. 451).

79 Juan B. Justo, "La teoría científica de la historia y la política argentina", en *La realización del socialismo*, La Vanguardia, Buenos Aires, 1947, p. 166.

80 El profesor José Luis Romero es un socialista de izquierda que asocia curiosamente su devoción por Juan B. Justo con la simpatía hacia la Revolución cubana.

En lo que respecta a su propio país, el profesor Romero es más moderado. Opina del pueblo armado de las provincias lo siguiente: « *Para las masas populares, los intereses*

Pero esta “incapacidad orgánica” de Justo para entender el país se derivaba de que las ideas dominantes de su tiempo estaban impuestas por la hegemonía angloporteña en el Río de la Plata.

Los comunistas de la Argentina, por ejemplo, serían inexplicables desde el punto de vista puramente político si se desconoce su posición ante la historia nacional. Toda política es el coronamiento de una concepción total del país donde se aplica, la concreción actual de un pasado en ella implícito y en cierto sentido la continuación moderna de una lucha lejana. Si se desea saber, por ejemplo, cuáles son las razones fundamentales que movieron al Partido Comunista a sostener a Braden en 1945, será preciso conocer su opinión oficial sobre las montoneras criollas de hace un siglo, predecesoras naturales de los argentinos del siglo XX que intervinieron decisivamente en las jornadas de octubre de 1945. Juan José Real ha expresado la posición formal del Partido Comunista, o dicho en otros términos, la visión mitrista del stalinismo.

En su *Manual de historia argentina*, Real expone las ideas históricas oficiales del Partido Comunista. La identidad entre los stalinistas y el mitrismo es completa. Para Real el general Juan Bautista Bustos es un hombre “fatídico” (p. 138); en cuanto a la guerra civil del año XX,

> el pueblo asiste indiferente y asqueado a estas luchas (p. 311); han errado los que han atribuido a los acontecimientos del año XX altas finalidades político-sociales y un contenido democrático popular que no tenían. Fue un episodio —nada glorioso, nada popular— de la lucha que se desarrollaba entre las fuerzas porteñas que habían luchado contra la Primera Junta… (p. 27).

---

comarcanos constituyeron los únicos que adquirieron fuerza y realidad, y la idea de la nación que pesaba tanto sobre los hombres de Buenos Aires no surgió en su espíritu pese a los insistentes clamores de la capital. Y pronto, cuando apuntó la oposición entre la comarca y Buenos Aires, la nación pareció una mera superestructura creada por esta última para mantener sus privilegios. Esta estrecha concepción del patriotismo originó una tendencia localista y disgregadora que fue aprovechada con habilidad por los caudillos para asegurar su predominio, agitando la bandera de las autonomías locales contra la prepotencia de Buenos Aires ǂ. De modo que este izquierdista profesor toma partido por la burguesía porteña contra las masas del interior, por el Puerto contra la Nación, por el separatismo porteño contra la Unión Federal. (V. José Luis Romero, *Las ideas políticas en Argentina*, Fondo de Cultura Económica, México, 1959, 3 I ed., p. 101. La primera edición de esta obra lleva fecha de 1946. Pero el profesor Romero no ha cambiado de opinión. En Cuba es castrista, y mitrista en la Argentina. Es un perfecto modelo universitario en el género, un izquierdista *for export*.)

Ridiculiza la magnitud de nuestras guerras civiles, y después de mencionar el número de combatientes de Ramírez y López (1.600 hombres), agrega:

> A eso se reducían las famosas “masas” que tanto han dado que hablar en nuestra historia. Estas “masas” se irán achicando a medida que la guerra civil se desarrolle (p. 282).

En historia, como en política, el stalinismo persiste en no ver a las masas, ni en 1820, ni en 1945. Es una verdadera obsesión.[81]

A estos “marxistas” liberales se impone oponerles el pensamiento de Alberdi, un liberal del que pueden aprender mucho los verdaderos marxistas:

> Los pueblos, en aquella época, no tenían más jefes regulares y de línea, que los jefes españoles. No podían servirse de éstos para hacerse independientes de España: ni de los nuevos militares que Buenos Aires les enviaba, para hacerse independientes de Buenos Aires.
>
> Alguna vez, temiendo más la dominación de Buenos Aires que la de España, los pueblos se valían de los españoles para resistir a los porteños, como sucedió en el Paraguay y en el Alto Perú; y en seguida echaron a los españoles sin sujetarse a los porteños. Más de una vez Buenos Aires calificó de reacción española lo que, en ese sentido, sólo era reacción contra la segunda mira de conquista. ソ Qué hacían los pueblos para luchar contra España y contra Buenos Aires, en defensa de su libertad amenazada de uno y otro lado? No teniendo militares en regla, se daban jefes nuevos, sacados de su seno. Como todos los jefes populares, eran simples paisanos las más veces. Ni ellos ni sus soldados, improvisados como ellos, conocían ni podían practicar la disciplina militar. Al contrario, triunfar de la disciplina, que era el fuerte del enemigo, por la guerra a discreción y sin regla, debía ser el fuerte de los caudillos de la independencia. De ahí la guerra de recursos, la montonera y sus jefes, los caudillos; elementos de la guerra del pueblo; guerra de democracia, de libertad, de independencia. Antes de la gran revolución no había caudillos ni montoneras en el Plata. La guerra de la independencia los dio a luz, y ni ese origen les vale para obtener perdón de ciertos demócratas. El realismo español fue el primero que llamó caudillos, por apodo, a los jefes americanos en que no querían ver generales.[82]

De izquierda a derecha, y en la práctica viva que no miente, la historia argentina resulta así polarizada en la literatura ultrajante fundada por Sarmiento. Los partidos de hoy reproducen la visión histórica de los partidos de ayer, fundados en las mismas clases sociales de la ciudad-

---

81 Véase Juan José Real, *Manual de historia argentina*, Fundamentos, tomo I, Buenos Aires, 1951. Asimismo, véase Alvaro Yunque, *Breve historia de los argentinos*, Buenos Aires, Futuro, 1957; apología stalinista del partido unitario.

82 Alberdi, *Grandes y pequeños hombres del Plata*, ob. cit., p. 131 y ss.

puerto. Mitre, López, Juan B. Justo, los comunistas actuales, ninguno falta en este cuadro de unanimidad asombrosa. El panorama se completa si incluimos en él a un nacionalista protoporteño, admirador de Juan Manuel y de la cultura grecorromana. Héctor Sáenz Quesada describe así, irónicamente, el país

> tal cual era: pampa y travesía; gauchos melenudos de pies de loro y plebe africana de goteras adentro; aldehuelas insolentemente erigidas en capitales de provincias; el General Peñaloza jugando al monte con sus coroneles echados sobre su poncho, y en el cuarto vecino, híjar por medio, su mujer y el chinerío, durmiendo la siesta en camisa; los Taboada, sobrinos de Ibarra, dueños de la única tienda de Santiago, impidiendo con las milicias que se instalen competidores; el tío analfabeto de Artigas peleándose borracho en las pulperías; Otorgues vejando a Montevideo hasta la desesperación; el capitán Guerra de Dolores, tendiendo el recado una noche bajo un algarrobo y despertándose al día siguiente sin percatarse que estaba en plena Plaza Mayor de La Rioja; el solazo, el viento, la sabandija, el mío mío, el desaliño, el degüello y el carcheo. Y la ciudad porteña, con vista al mar y a la civilización, defendiendo con su "gente decente", a pesar de todo, la cultura europea contra la guaraní, la quechua o la sudanesa…[83]

El fundamento profundo de esta coincidencia entre tendencias en apariencia tan dispares, debe buscarse en que el sistema oligárquico —de ayer y de hoy— encontró en la ciudad de Buenos Aires su plataforma material, su nexo con el capital extranjero y con su poderosa influencia cultural. La ciudad-puerto, desde los tiempos de la pandilla del barranco, concentró en sus límites la mayor parte de la riqueza y la cultura del país, del cual se nutría, y este hecho fue decisivo para la modelación de los partidos políticos y la falsificación de la historia. Foco de civilización vuelto de espaldas al país hambriento, Buenos Aires fue durante más de un siglo la Shangai, la Calcuta, Río o Saigón de América Latina, plataforma dilecta de los intereses antinacionales. Para perpetuar sus privilegios presentes, los partidos debieron modificar el pasado, y al difamar a las masas populares de ayer, justificar su alejamiento de las masas populares de hoy; unos con argumentos liberales, otros con grotescas imitaciones verbales del materialismo dialéctico, pero todos unidos en el designio de proscribir de la vida histórica real a la multitud creadora. Ayer gaucha, montonera o "bárbara", luego simple peonaje realengo y hoy clase obrera industrial, esas masas populares argentinas reactuaron sobre la historia escrita y dejaron su marca en la historia verdadera, aquella que está por escribirse y que la inteligencia revolucionaria debe generalizar sin miedo en una nueva formulación que abrace al país desconocido.

---

[83] Véase revista *Diálogo*, Buenos Aires, 1954.

Para describir la época terrible de las masas y las lanzas, revélase necesaria la exposición somera de la situación política por que atravesaban las viejas Provincias Unidas del Río de la Plata cuando la independencia las enfrentó a su nuevo destino.

Cómo escribían una Constitución los unitarios

El Congreso Nacional reunido en Tucumán en 1816 había declarado la independencia de las Provincias Unidas. La Santa Alianza levantó la cabeza con la caída de Napoleón; la restauración de Fernando VII señaló el triunfo de la España negra. La desarticulación producida en América Latina por las fuerzas centrífugas regionales ante la crisis del proceso revolucionario en España, hacía de la declaración de la Independencia un acto trágico e inevitable. Pero ni la Asamblea del año XIII ni el Congreso de 1816 habían resuelto el problema cardinal. Este era, como hemos señalado, la cuestión del puerto, de la Aduana y del crédito público. Después de tres años de tumultuosas sesiones, durante las cuales se entrechocaron tenazmente los intereses regionales irreconciliables, el Congreso reunido en Tucumán decidió trasladarse a la ciudad porteña. Esta medida obedecía al propósito de los ganaderos bonaerenses y de la burguesía comercial porteña de obtener una influencia decisiva en sus resoluciones. Se trataba de marcar con el sello de sus privilegios el espíritu y la letra de la futura Constitución.[84]

Durante nueve meses discutiose agriamente el texto que debía organizar la vida argentina. La Constitución del año 1819 fue el factor desencadenante de la crisis del año 20, que ya germinaba desde la caída de Moreno. El librecambismo ruinoso de los porteños, la política centralista que los rivadavianos llamarían “unitaria”, y la posesión de las rentas en manos de Buenos Aires habían convertido la primera década posrevolucionaria en el prólogo de la guerra civil. La Constitución de 1819 le confirió un carácter oficial. Sancionado el 22 de abril, este documento era aún más antidemocrático que la antigua Ordenanza de Intendentes de la época colonial española: dejaba en manos de los directores supremos del Estado, radicados en Buenos Aires, una suma de poderes todavía mayor que la que detentaban los virreyes imperiales.[85]

Basta decir que los cabildos del interior carecían de facultades para designar las autoridades provinciales. Si éste era el rasgo político de la Constitución unitaria del año 19, su fundamento económico no hacía más que reafirmar la injusta exigencia de la ciudad de Buenos Aires, y de los comerciantes y hacendados en ella radicados, de mantener en sus manos exclusivas el control del

---

[84] Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*, Suelo Argentino, Buenos Aires, 1950, p. 304.

[85] José Luis Busaniche, *Domingo Cullen*, Ferrari, Buenos Aires, 1939, p. 18.

puerto único, es decir, las palancas fundamentales de la renta perteneciente a todo el pueblo argentino.[86]

La *Gaceta* de Buenos Aires expresaba editorialmente, el 15 de diciembre de 1819, la voluntad de la provincia-metrópoli de conservar el viejo privilegio real:

> Los federalistas quieren no sólo que Buenos Aires no sea la capital sino que, como perteneciente a todos los pueblos, divida con ellos el armamento, los derechos de aduana y demás rentas generales: en una palabra, que se establezca una igualdad física entre Buenos Aires y las demás provincias, corrigiendo los consejos de la Naturaleza que nos ha dado un puerto y unos campos, un clima y otras circunstancias que la han hecho físicamente superior a otros pueblos y a la que por las leyes inmutables del orden del universo, está afectada cierta importancia moral de un cierto rango.

Y agregaba:

> Los federalistas quieren en grande lo que los demócratas jacobinos en pequeño. El perezoso quiere tener iguales riquezas que el hombre industrioso; el que no sabe leer, optar por los mismos empleos que los que se han formado estudiando; el vicioso, disfrutar el mismo aprecio que los hombres honrados.[87]

He aquí toda la doctrina de la pandilla del barranco.

El militar y el estanciero

En ese momento se desempeñaba como Director Supremo de las Provincias Unidas el general Juan Martín Pueyrredón, perteneciente al patriciado ganadero. Hombre acaudalado, Pueyrredón poseía vastas extensiones de tierras en la provincia de Buenos Aires e innúmeras cabezas de ganado. El Director Supremo estaba estrechamente asociado al general San Martín, que representaba el jacobinismo revolucionario proveniente de la revolución democrática española (era su último representante en tierra americana), mientras Pueyrredón se había hecho intérprete ya de la campaña bonaerense. Dichos intereses comenzaban a eliminar de la política porteña cualquier otra consideración. San Martín encarnaba la ideología de toda la Revolución americana, en su condición de político militar desvinculado de los ganaderos y comerciantes. La crisis entre San Martín y Pueyrredón se plantea en 1819 —año decisivo—. Este desencuentro entraña el

---

86 Mariano Pelliza, *Historia argentina*, Lajouane, Buenos Aires, 1889, tomo I, p. 225 y ss.

87 Ƒ lvarez, ob. cit., p. 38.

desgarramiento de aquella juventud continental vinculada a los revolucionarios españoles. Al fracasar la revolución democrática en España con la restauración de Fernando el Cretino, la independencia de América fue un acto defensivo ante la España negra.[88]

La destrucción del foco de centralización nacional radicado en España abrió la era de nuestra balcanización. América Latina se fragmentó bajo la influencia de los intereses económicos regionales. Los estancieros del Plata y los comerciantes porteños se apoderaron del puerto y la Aduana, sucediendo en ese monopolio al rey; y se olvidaron de la patria grande. Pueyrredón vacilaba entre la extensión de la Revolución americana y los mezquinos intereses portuarios que volvían la espalda al continente.

Los horrores de la guerra civil proyectaron su sombra amenazante: la Constitución unitaria engendraba el caudillaje y la montonera. Buenos Aires creaba la barbarie, la ciudad "unitaria" impulsaba el separatismo.[89] Al no poder participar de las rentas nacionales, las provincias debieron aislarse para sobrevivir; impedidas por la prepotencia porteña de controlar el puerto nacional y frenar la ola de mercaderías extranjeras, las provincias levantaron aduanas interiores y protegieron así, con métodos "bárbaros", las industrias territoriales.[90] El "federalismo" no reconoce otras causas. Buenos Aires convertiría esta palabra célebre en la piedra de toque de un malentendido secular.

La aprobación de la Constitución unitaria de 1819 originó la caída del director Pueyrredón. Nombrado Director Supremo el general Rondeau, su ministro de Guerra, el doctor Tagle, decidió utilizar las fuerzas del ejército sanmartiniano principalmente radicadas en Cuyo y el ejército del Norte dirigido por Belgrano, con el objeto de aplastar el levantamiento de los montoneros. Con sus caudillos al frente, las cohortes gauchescas se alzaron contra esa Constitución que tendía a perpetrar el monopolio porteño.

La resistencia de San Martín a "desenvainar su espada en nuestras guerras civiles" —mientras cambiaba secretamente correspondencia con los caudillos—, decidió al doctor Tagle a sustituirlo

88 Ricardo Levene, *El genio político de San Martín*, Kraft, Buenos Aires, 1950, p. 116 y ss.

89 Ingenieros, ob. cit., p. 9.

90 Juan Álvarez, *Ensayo sobre la historia de Santa Fe*, Buenos Aires, 1910, p. 250: "*Reapareció un pasado lejano. Volvieron las aduanas interprovinciales, y los derechos de tránsito, y volvieron los municipios a odiarse como se habían odiado en los primeros tiempos del coloniaje: no pudiendo vivir del tráfico exterior fuerza era volver a la explotación mutua. Prácticamente el comercio con Europa vía Buenos Aires quedó para Santa Fe tan dificultado como bajo Felipe II. Debió popularizar a Artigas su decisión de comerciar con Inglaterra vía Banda Oriental* (tratado de 1817)".

en el mando del ejército de Cuyo.[91] Su reemplazante fue el general Marcos Balcarce.

Así se desinteresaban los agentes de la oligarquía porteña de la Revolución americana en Chile y Perú. Sin embargo, una partida de montoneros santafesinos pertenecientes a las fuerzas de Estanislao López apresó a Balcarce, permitiendo este hecho, nada fortuito, que San Martín tuviera tiempo de trasladarse a Chile. Salvó de este modo su ejército, sustrayéndolo al despotismo porteño para lanzarlo a la propagación de la Revolución latinoamericana.

Véase cómo uno de los historiadores argentinos más reputados, don Vicente Fidel López, juzga el episodio:

Si el Gral. San Martín hubiera querido obedecer a su gobierno nunca jamás se habría presentado una ocasión más favorable para salvar el orden público y el organismo nacional. Todo era cuestión de aplazar un año la frenética ambición de expedicionar sobre el Perú, que lo devoraba. Con sus tropas unidas a las del ejército de Tucumán y a las de la capital, podría haber concentrado diez mil hombres sobre Santa Fe y Entre Ríos y ahogar en el Uruguay, entre la frontera argentina y las tropas portuguesas, todos los caudillos montoneros sin dejar uno solo capaz de caminar en dos pies.[92]

San Martín procedió justamente de manera inversa: mantuvo sus contactos con la montonera, en la que veía, con su fina intuición política, al pueblo en armas.

San Martín mantuvo incesante correspondencia con los caudillos. Rechazando las exigencias porteñas de batir a las montoneras, escribe a Artigas: «*Mi sable jamás saldrá de la vaina por opiniones políticas*». (Véanse testimonios de la admiración sanmartiniana por las virtudes militares de Güemes y Artigas en la obra de Levene.)

Estanislao López correspondía en los mismos términos a San Martín. Después de Guayaquil, retirado de la vida pública y residiendo en Mendoza, San Martín es objeto del odio del grupo rivadaviano. Con su esposa enferma, el triunfador de Maipo proyecta viajar a Buenos Aires. Estanislao López le escribe:

Sé de una manera positiva, por mis agentes en Buenos Aires, que a la llegada de V. E. a aquella capital, será mandado juzgar por el gobierno en un Consejo de Guerra de oficiales generales, por haber desobedecido sus órdenes de 1819 haciendo la gloriosa campaña de Chile, no invadir Santa Fe, y la expedición libertadora del Perú. Para evitar ese escándalo inaudito y en manifestación de mi gratitud y la del pueblo que presido, por haberse negado V. E. tan patrióticamente en 1820 a concurrir a derramar sangre de hermanos con los cuerpos del

91 Levene, ob. cit., p. 123.
92 López, ob. cit., p. 338.

Ejército de los Andes que se hallaban en la provincia de Cuyo, siento el honor de asegurar a V. E. que a un solo aviso estaré con mi provincia en masa a esperar a V. E. en el Desmochado para llevarlo en triunfo hasta la plaza de la Victoria.[93]

Los generales se hacen caudillos

La desobediencia de San Martín garantizó la libertad de Chile y del Perú, y arrojó una significativa luz sobre el sentido profundo de nuestras guerras civiles. Su correspondencia con el caudillo Estanislao López, de Santa Fe, revela en todo caso que el libertador del Nuevo Mundo no veía en el caudillaje alzado la encarnación de fuerzas caóticas y diabólicas. Del mismo modo, sus juicios posteriores sobre Rivadavia y el clan unitario porteño indican que en el pensamiento sanmartiniano no se confundían el liberalismo de la Revolución hispanoamericana con el librecambismo rivadaviano y sus socios británicos. San Martín era el político continental de una gran nación posible. Rehusó poner su espada al servicio de los ganaderos y comerciantes de Buenos Aires y pagó esa decisión con su muerte política y militar.[94]

Años después, San Martín escribió al chileno Pedro Palezuelos:

Tenga usted presente lo que se siguió en Buenos Aires por el célebre Rivadavia, que empleó en sólo madera para hacer andamios para componer la fachada de lo que llaman Catedral, sesenta mil duros; que se gastaban ingentes sumas para contratar ingenieros en Francia y comprar útiles para la construcción de un canal de Mendoza a Buenos Aires; que estableció un banco en donde apenas habían descuentos; que gastó cien mil pesos para la construcción de un pozo artesiano al lado de un río y en medio de un cementerio público y todo esto se hacía cuando no había un muelle para embarcar y desembarcar los efectos, y por el contrario, deshizo y destruyó el que existía de piedra y que había costado seiscientos mil pesos fuertes en tiempo de los españoles; que el Ejército estaba sin pagar y en tal miseria que pedían limosna los soldados públicamente; en fin, que estableció el papel moneda, que ha sido la ruina del crédito de aquella República y de los particulares. Sería de no acabar si se numerasen las locuras de aquel visionario y la admiración de un gran número de mis compatriotas creyendo improvisar en Buenos Aires la civilización europea con sólo los decretos que diariamente llenaban lo que se llamaba Archivo Oficial.

Belgrano, por su parte, acató la orden del Directorio. Débil, bondadoso, más intelectual que soldado, este abogado que la Revolución hizo general, y que dio al país las grandes victorias de Tucumán y Salta, que carecía de camisas y hasta de comer algunos días, ya estaba enfermo de

---

93 Leoncio Gianello, *Estanislao López*, El Litoral, Santa Fe, 1955, p. 147.

94 Levene, ob. cit., p. 161.

muerte. Al bajar con el Ejército del Norte para deshacer las montoneras litorales, sus fuerzas, compuestas de soldados gauchos, fueron presas de una rápida descomposición. Los oficiales, provincianos en su mayor parte, comprendieron las razones de la lucha y se negaron a intervenir en ella. El carácter sórdido de la política porteña no era un secreto para nadie. Todo lo porteño trasuntaba comercio, dinero, codicia. Era muy difícil que las tropas fogueadas en las guerras continentales fueran persuadidas por los porteños de que el peligro estaba en las montoneras, es decir, en sus hogares, sus aldeas, sus hermanos. De este estado de ánimo nació el motín de Arequito.

Al llegar a la posta así llamada, en los límites de la provincia de Córdoba, el general Bustos, jefe del Estado Mayor del Ejército del Norte, sublevó gran parte de las tropas con el apoyo de sus más destacados oficiales: el coronel Alejandro Heredia, el comandante José María Paz, el capitán lbarra, que rehusaban plegarse a la guerra civil.[95]

Heredia, más tarde gobernador de Tucumán por muchos años, sería el protector de Juan Bautista Alberdi, le enseñaría los primeros rudimentos de latín y le dispensaría una beca; su amigo, otro general llamado Juan Facundo Quiroga, donaría el dinero que al gobernador tucumano le faltaba para facilitar los estudios del talentoso joven Alberdi. Este último, en compañía de Marco Avellaneda y Marcos Paz, dedicaría en 1833 una “Corona Lírica” al caudillo gobernador, considerado el mandatario más ilustrado de su tiempo. El bárbaro riojano pagando con sus onzas la educación del futuro autor *de* Bases…: este singular episodio fue desdeñado por Sarmiento en su mistificado *Facundo*. El otro sublevado de Arequito fue el comandante José María Paz. Entraría en la historia como el más notable estratega de su tiempo. Pero a lo largo de toda su vida se le reprocharía a Paz el “error de Arequito”. En vano protestaría en sus eximias *Memorias* sobre las razones que en esa hora creyó válidas. Para vengarse de su talento, para remachar sus capitulaciones posteriores ante Buenos Aires, la oligarquía lo considerará “unitario”, atribución errónea que en su momento examinaremos.

El motín de Arequito

El motín de Arequito no era producto de la iniciativa personal de Bustos, sino que reflejaba, como ya lo hemos indicado, la profunda desintegración del ejército frente al centralismo de Buenos Aires; así lo probaron los escuadrones del ejército de Los Andes acantonados en San Luis y San Juan, que se sublevaron simultáneamente.

---

95 José María Paz, *Memorias*, Almanueva, Buenos Aires, 1954, tomo I, p. 164 y ss.

Al frente de sus tropas, en Córdoba, Bustos fue proclamado gobernador de la provincia. En tal carácter convocó a una Asamblea de diputados provinciales, que al desconocer la Constitución aprobada en Buenos Aires, proclamaba:

Que como provincia soberana y libre no conocía dependencia ni debía subordinación a otra; que miraba como uno de sus principales deberes la fraternidad y la unión con todos y las más estrechas relaciones con ellos, en tanto que reunidos en congreso general se ajustaran los tratados de una verdadera federación en paz y en guerra a que aspiraba de conformidad con los demás pueblos.[96]

Sobre la personalidad del general Bustos han ofrecido Paz, Vicente Fidel López y otros, algunas precisiones, teñidas probablemente por las pasiones de la época. Dícese que no era un genio en materia militar; se distinguía por su pachorra vernácula, que para los porteños era materia de burla y no un resultado del atraso impuesto por Buenos Aires al interior. Aun los historiadores adversos reconocen que a pesar de todas las calumnias lanzadas contra el federalismo provinciano, en las cuales se incluyó a Bustos, resultó inocultable su apoyo a San Martín en la campaña del Perú.

López escribe que

aseguró su asiento con la parte del ejército acantonado en la ciudad, haciendo un gobierno autocrático, pero manso y bonachón en sus procederes, salvo algunos puntapiés o empellones, que era su manera habitual de corregir a los que le incomodaban, aunque fuesen sacerdotes.[97]

Santiago del Estero encontró su caudillo natural en el comandante Felipe Ibarra, participante en el motín de Arequito y combatiente de las campañas de la Independencia.

«*En Mendoza y demás pueblos* —escribe el general Paz en sus *Memorias*— *hubo también cambios de gobierno, reemplazando a los nombrados por el gobierno nacional, los elegidos por el pueblo.*»

El mismo general Paz ofrece preciosos testimonios de las razones profundas del levantamiento de las masas:

No será inoficioso advertir —escribe— que esa gran facción de la República que formaba el Partido Federal no

96 Rolando M. Rivière, *El gobernador Juan Bautista Bustos*, Imprenta de la Universidad, Córdoba, 1958, p. 30.

97 López, ob. cit., p. 339.

combatía solamente por la mera forma de gobierno, pues otros intereses y otros sentimientos se refundían en uno solo para hacerlo triunfar: primero, era la lucha de la parte más ilustrada contra la porción más ignorante; en segundo lugar, la gente del campo se oponía a la de las ciudades; en tercer lugar, la plebe se quería sobreponer a la gente principal; en cuarto, las provincias celosas de la preponderancia de la capital, querían nivelarla; en quinto lugar, las tendencias democráticas se oponían a las miras aristocráticas y aun monárquicas que se dejaron traslucir cuando la desgraciada negociación del príncipe De Luca.[98]

En efecto, todo confluía para hacer del gobierno directorial de la ciudad de Buenos Aires el poder más impopular del país. Sobre la Constitución de 1819 Rivadavia había escrito desde Europa que había merecido オ *los unánimes elogios de los sabios* ヸ. 。Mal argumento para los caudillos!

El Congreso unitario, en las manos firmes del doctor Tagle, hombre de la fracción rivadaviana antinacional, en pleno ejercicio de la diplomacia secreta, negociaba una alianza de las Provincias del Río de la Plata con el Reino de Portugal, contra España. Contemplábase en esas negociaciones la posibilidad de coronar como monarca de estas provincias al príncipe De Luca o anexar el territorio argentino al Imperio portugués. Debe tenerse presente, para apreciar bien el significado de esta política, que desde el siglo XVI hasta el siglo XX Portugal ha sido lugarteniente internacional del Imperio británico, cuya política disgregadora encuentra su mejor ejemplo en la escisión de la península ibérica.

Las tratativas de una solución monárquica o anexionista del destino común del pueblo argentino no pudieron ser mantenidas mucho tiempo; contribuyeron a extender una ola de indignación general en todas las provincias.

Al mismo tiempo, y como resultado de esta política, el Directorio porteño abandonó el destino de la Banda Oriental a las tropas portuguesas que luchaban contra Artigas. El gran caudillo oriental que al frente del gauchaje de las campañas había combatido la dominación española, enfrentábase así, simultáneamente, a dos fuerzas: el centralismo bonaerense, que lo obligó a levantar la bandera del federalismo para defender su patria grande, y las tropas lusitanas, que pretendían anexar la Banda Oriental al Brasil para controlar el Río de la Plata y el Paraná.[99]

En la descripción de esta política porteña debe apreciarse brevemente su significado esencial: jaqueo a la Revolución americana encabezada por San Martín; intrigas y cabildeos para instalar al príncipe De Luca en el trono del Plata; abandono de la provincia oriental al control británico-

98 Paz, ob. cit., pp. 165-176.
99 Eduardo Acevedo, *José Artigas*, Barreiro y Ramos, Montevideo, 1933, p. 835.

portugués para estrangular a Artigas; movilización de los ejércitos libertadores contra las provincias interiores sofocadas por la dictadura portuaria. Tales son los resortes decisivos de la crisis del año 20.[100]

A la insurrección de las provincias ya citadas deben agregarse los acontecimientos de Tucumán: al alejarse el ejército de Belgrano llamado por el Directorio para aplastar a las montoneras del litoral, un terrateniente tucumano, don Bernabé Aráoz, al frente de las masas rurales, se levanta contra el centralismo portuario y es elegido gobernador de la provincia.

El mismo papel desempeña Güemes en Salta, que asociado a San Martín defendía el norte argentino contra la presión de las tropas españolas. Mientras Aldao se erigía en caudillo de Mendoza, don Estanislao López, al frente de sus montoneras, controlaba Santa Fe, y Pancho Ramírez ejercía su influjo en Entre Ríos y Corrientes, estos dos últimos como lugartenientes de Artigas, Protector de los Pueblos Libres. Corresponde observar, sin embargo, algunas diferencias que separaban entre sí a las provincias interiores y a sus caudillos representativos.[101]

La dictadura del puerto único

Las montoneras —“gauchos que peleaban en montón”— aparecieron en los territorios litorales. Tanto el federalismo artiguista de la Banda Oriental como el federalismo de Estanislao López o Pancho Ramírez, no eran sino el acto reflejo de la absorción política realizada por los diversos gobiernos surgidos en Buenos Aires desde la Revolución de Mayo. El control de los ríos, el monopolio del puerto único, la confiscación de la renta aduanera que entraba en Buenos Aires y que pertenecía a todo el Virreinato del Río de la Plata, lesionaba gravemente los intereses de las provincias interiores.

Es preciso distinguir, no obstante, entre las llamadas provincias del interior y las provincias litorales. La Banda Oriental, Santa Fe, Entre Ríos y en cierto modo Corrientes, tenían con Buenos Aires un poderoso vínculo que era al mismo tiempo factor de disputa: las rutas fluviales que comunicaban a las provincias litorales con Buenos Aires y con el comercio exterior. La política de las fuerzas bonaerenses era discriminatoria. Utilizaban el puerto por derecho divino, despreocupándose del litoral. Esta actitud originó un movimiento de retracción y autodefensa de

---

100 Reyes Abadie, Bruschera, Melogno, *El ciclo artiguista. Documentos de historia nacional y americana*, Medina, Montevideo, 1951, tomo II, p. 523 y ss.

101 Diego Luis Molinari, ¡*Viva Ramírez!*, Coni, Buenos Aires, 1938, p. 27 y ss. (Véanse Leandro Ruiz Moreno, *El general Don Francisco Ramírez*, Nueva Impresora, Paraná, 1955, p. 125; y Santiago Moritán, *Mansilla, Ramírez, Urquiza, Peuser*, Buenos Aires, 1945, p. 128.)

las provincias mencionadas, que levantaron la bandera del federalismo como divisa política para proteger con las armas su modo de existencia. Debe tenerse en cuenta que la región del litoral se caracteriza por sus llanuras óptimas para la producción ganadera, ligadas a vías navegables con salida al Atlántico.

El Río de la Plata —escribe Juan Ǻlvarez— es la arteria por donde se comunican con Europa enormes zonas de territorios brasileños, bolivianos y paraguayos, además de las provincias argentinas de Corrientes, Entre Ríos y Santa Fe. Sujetar los productos de tan inmensa región al puerto único de Buenos Aires —desprovisto en aquella fecha de muelles y hasta de aguas hondas— era empresa que sólo por la fuerza podía imponerse, y en efecto, sólo duró lo que el éxito de las armas que la afianzaron.[102]

Debe establecerse como verdad inconmovible que el llamado federalismo de las provincias litorales, incluida la Banda Oriental, nació como consecuencia directa del centralismo porteño, fuerza motriz del enervamiento y desintegración del antiguo Virreinato del Río de la Plata.

Desde el punto de vista puramente económico, he aquí una descripción elocuente del antagonismo entre Buenos Aires y el interior:

La revolución y la emancipación política habían producido irreparables pérdidas al interior. Fue imposible, por ejemplo, revivir el tráfico de mulas que se realizaba entre el litoral y Perú, o restablecer el comercio con Bolivia, Chile o Perú en su nivel prerrevolucionario. Las provincias podían ejercer cierto grado de fiscalización de los mercados internos. Podían reducir al mínimo el impacto de las importaciones sobre las industrias vernáculas y realizar de este modo un ajuste ordenado de la estructura económica. En las industrias de vino y cognac de Tucumán y las provincias de Cuyo, las fábricas de artículos de cuero de Santiago del Estero y Córdoba, la industria textil de Córdoba y finalmente en las industrias de artesanía, en todos esos sectores de la economía nacional una política de protección podría mitigar al menos el proceso de la declinación económica. Esta política, suponiendo que fuera de alcance nacional, no sólo podría salvar de la ruina la industria nativa, sino también permitir una gradual modernización de los equipos industriales del interior. Porque era razonable suponer que teniendo los beneficios asegurados las industrias locales estarían en condiciones de buscar con buen éxito los recursos monetarios y el personal técnico necesarios para elevar el nivel de la producción industrial. La protección haría subir indudablemente el precio de los artículos de consumo, pero también provocaría un cambio en la distribución de los ingresos nacionales favorables al interior, logrando de ese modo una economía nacional más equilibrada. Pero una política comercial proteccionista en escala nacional era irrealizable, precisamente por las mismas razones que condujeron al interior a solicitarla. El dominio por parte de Buenos Aires del puerto marítimo del país fue el factor decisivo. Buenos Aires sólo aceptaría el proteccionismo con la condición de que

102 Ǻlvarez, ob. cit., p. 46.

ella saliera ganando con la medida tanto como el interior. Pero eso estaba descartado. De todas las provincias de la Confederación, Buenos Aires era la que menos interés tenía en alentar una política comercial restrictiva.[103]

Los caudillos, expresión política de las masas de la campaña, se transformaron en generales. Y los antiguos guerreros de la Independencia, de regreso a la tierra natal, se convirtieron en caudillos de sus provincias respectivas. La leyenda de su barbarie no ha resistido el análisis, aunque sus triunfos militares fueron simétricos a su muerte literaria, consumada por la pluma del unitarismo rivadaviano o mitrista, generalmente a sueldo de las escuadras extranjeras o de los tenderos enriquecidos de Buenos Aires. Por eso José Gervasio de Artigas ha sido estigmatizado en nuestra literatura histórica como la encarnación del salvajismo gaucho. Al frente de los peones y gauchos de la provincia oriental se levantó para resistir con las armas en la mano, primero a los españoles, luego a los portugueses y al mismo tiempo a la burguesía comercial del puerto de Buenos Aires y Montevideo, compuesta en su mayor parte de extranjeros. Considerose siempre como un caudillo argentino. Su grandioso papel será examinado en las próximas páginas.

Pancho Ramírez, Supremo Entrerriano

El general Francisco Ramírez, por su parte, era descendiente del marqués de Salinas, don Juan Ramírez de Velazco, conquistador y fundador de ciudades, gobernador de Salta y Tucumán.

"Cabalgador mancebo", con la sangre guaraní dibujándole el rostro anguloso y viril, montado con gracia nativa en un alazán hermosamente puesto, Ramírez no era justamente el "bárbaro" de la leyenda porteña. † *No fue Ramírez* —escribe un cronista— *un "aprendiz de carpintero", como dijo Vicuña Mackenna, ni "chusquero", como afirma Andrade, y mucho menos "caudillo bárbaro", según expresión de López; fue un caudillo caballeresco, capaz de concebir ideas y desarrollarlas; organizador por instinto, se recomienda en la historia de nuestra revolución social como el caudillo de más carácter y disciplina en su ejército.*‡

Casada en segundas nupcias, su madre alumbró a sus medios hermanos; uno de ellos, José Ricardo López Jordán, su compañero de empresa y padre del que fuera más tarde Ricardo López Jordán, el sucesor de Urquiza en el federalismo entrerriano.[104]

Ramírez participó en las luchas por la Independencia junto al general Rondeau y como auxiliar del ejército de Belgrano en su campaña del Paraguay. Transformado en jefe de la provincia de

---

[103] Mirón Burgin, *Aspectos económicos del federalismo*, Hachette, Buenos Aires, 1960, p. 164 y ss.

[104] Moritán, ob. cit., p. 116.

Entre Ríos, toda ella bajo la influencia artiguista, abundante en ganadería y asfixiada por el monopolio bonaerense, Ramírez organiza un gobierno regular en medio de una inaudita penuria de medios que la rica provincia de Buenos Aires no había conocido nunca.[105]

Sus cualidades militares han sido juzgadas por una autoridad inapelable. El general Paz afirma en sus *Memorias* que

> no está de más advertir que el Gral. Ramírez fue el primero y el único entonces de esos generales caudillos que había engendrado el desorden que puso regularidad y orden en sus tropas. A diferencia de López y Artigas estableció la subordinación y adoptó los principios de la táctica, lo que le dio una notable superioridad.[106]

En lo que atañe a López, carecía de sangre aristocrática, lo que no lo hacía mejor ni peor. Estaba íntimamente asociado a la lucha contra los indios en la frontera del norte santafesino. Fue soldado de Belgrano en el Cuerpo de Blandengues que estuvo en el Paraguay, aprendiendo luego por sí mismo, en numerosas campañas, los secretos y trucos de la guerra civil. Su prestigio en los puestos militares de Santa Fe lo llevaron a ejercer patriarcalmente el gobierno de la provincia desde 1819. Guerrero nato, Julio Irazusta le atribuye el perfeccionamiento técnico de la guerra gaucha, mediante la invención de la infantería montada, guerra que, como ya se ha dicho, es prototípica de los países escasamente desarrollados y que fue la expresión del pueblo en armas.[107]

La similitud de las condiciones económicas y geográficas de las provincias del litoral con la de Buenos Aires, establecía desde su origen una diferencia con la situación de las provincias mediterráneas. Para Entre Ríos, Santa Fe y Buenos Aires, por ejemplo, los intereses ganaderos dictaban una política librecambista. La divergencia del litoral con Buenos Aires radicaba en que la ciudad porteña pretendía apropiarse en su exclusivo beneficio del comercio exterior y los beneficios de la Aduana nacional situada en Buenos Aires.[108]

---

105 Ibíd., p. 130.

106 Paz, ob. cit., tomo I, p. 179.

107 Julio Irazusta, *Ensayos históricos*, La Voz del Plata, Buenos Aires, 1952, p. 101.

108 Theodorick Bland, norteamericano, informaba a su gobierno en 1817: ‟*Si observamos la situación de los pueblos de la unión y las diversas vías de comunicación que los ligan por tierra o por agua, resultará la ventajosa posición de Santa Fe como puerto de entrada y depósito para todo el país hacia rumbos Oeste y Norte. Con tales ventajas había empezado a funcionar y el comercio afluía allí. Pero Buenos Aires se interpuso y declaró que ningún tráfico podía hacerse por Santa Fe sin haber seguido la vía de la misma ciudad de Buenos Aires. Tan odioso e injusto monopolio debía sublevar el espíritu del pueblo y constituir una prueba de la verdad de los principios sostenidos por Artigas. Por lo tanto, resolvió desligarse de Buenos Aires y actualmente figura como aliado de Artigas*”.

Con esas rentas, Buenos Aires sostenía una flota de guerra para estrangular el río y un ejército de línea bien equipado para enfrentar al litoral embravecido. Esta última región (y bien lo veremos a lo largo de 70 años) oscilaba continuamente entre el interior y Buenos Aires, a la que amenazaba con plegarse a provincias mediterráneas en un frente nacional, si los porteños no le otorgaban ventajas especiales. Según lo demostrarían los acontecimientos posteriores, el litoral practicará siempre una política oportunista y traicionará al interior en cada momento decisivo: Ramírez, López, Urquiza.

Antagonismos entre el litoral y el interior

Las provincias mediterráneas, en cambio, no tenían productos exportables. Combinaban una próspera manufactura con la economía natural. Como lo hemos indicado en el capítulo precedente, las artesanías e industrias domésticas constituían ya durante la época colonial el fundamento económico de las provincias interiores: olivares y minerales en La Rioja, los vinos de Cuyo, la elaboración del cuero en Corrientes, los tejidos cordobeses, las sedas y tejidos de Salta, etc., requerían una legislación protectora, capaz de amparar y propulsar el desarrollo de la producción artesanal incorporándole todos los adelantos técnicos.

El antagonismo entre las provincias litorales y mediterráneas constituyó uno de los factores del predominio ulterior de Rosas, que supo apoyarse alternativamente en unos y otros caudillos, según las regiones que representaran. En el año terrible, la política despótica de Buenos Aires no podía soportarse un día más. La crisis va a estallar. Todo ese año gira alrededor de la lucha contra Artigas y el artiguismo, el más temible enemigo de la burguesía porteña. El programa de la confederación sudamericana y el caudillo que lo sostenía dominan la primera década revolucionaria.

Artigas y la nación en armas

A Alberto Methol Ferré,
Carlos Real de Azúa, Vivián Trías, José Claudio Williman
y Washington Reyes Abadie

El eclipse de los grandes revolucionarios latinoamericanos del siglo XIX no pudo ser más patético. Sólo es comparable al silencio posterior que sepultó sus actos. Bastará indicar que Bolívar, habiendo concebido la idea de crear una gran nación, desde México al cabo de Hornos, concluyó dando su nombre a una provincia y, para condensar más aún el infausto símbolo, murió vencido en su propia aldea.

Abandonado por el gobierno de Rivadavia, San Martín renuncia a completar su campaña continental y se retira de la vida pública. Olvidado, muere en Francia treinta años más tarde. En el caso de Artigas, la ironía se vuelve más trágica y refinada aún. Desde hace un siglo, su estatua evoca a un prócer del Uruguay. Había luchado por la Nación y la posteridad le rinde tributo por haber transfigurado la Nación en provincia y la provincia en Nación. Su carrera se despliega en sólo una década, y agoniza en el desierto paraguayo, en la soledad más total, a lo largo de otras tres. Se trata de la víctima más ilustre de una impostura porteña a la que es preciso poner término, pues alude a un hombre clave de nuestra frustración nacional.

El derrumbe del Imperio español arrojó a la historia mundial a las semidormidas colonias americanas. Por todas partes brotaron los doctores de Chuquisaca, los hijosdalgo iluministas, los tenderos, gauchos, soldados o hacendados que descubrieron una patria inmensa y una época digna de ella. Bolívar abandonó los salones de la Europa galante para empinarse en el Janículo y jurar desde la colina romana la libertad del Nuevo Mundo. El primero de los unificadores, Miranda, embriagado por el Himno de los Ejércitos del Rin, desembarcó en las costas venezolanas para blandir una nueva bandera. San Martín peleó con los franceses en Bailén, y se lanzó enseguida al océano para defender la revolución que, vencida en España, se afirmaba en América. Moreno leía a Rousseau para concebir luego la estrategia jacobina del “Plan de Operaciones”. En la Banda Oriental, en fin, aparecía José Gervasio de Artigas, de antigua y linajuda familia, hacendado y oficial de Blandengues, ese cuerpo armado del paisanaje que la guerra de fronteras forjó en la lucha contra el indio.

La singularidad de Artigas reside en que fue el único americano que libró en el Río de la Plata casi simultáneamente una lucha incesante contra el Imperio británico, contra el Imperio español, contra el Imperio portugués y contra la oligarquía de Buenos Aires.[109]

Esta rara proeza no agota su significado. Obsérvese que es Mariano Moreno el primero que llama la atención en documentos oficiales sobre la valía militar de Artigas, ya reputado en la Banda Oriental desde los tiempos de los españoles. Su base social es la campaña oriental, de donde nace, en la sociedad primitiva de la Colonia, una especie de aristocracia del servicio público, según la calificación del historiador inglés John Street, formada por « *las familias de los primeros pobladores, cabildantes, estancieros modestos y soldados* ». Los estancieros apoyaron inicialmente a Artigas, dice Real de Azúa, para « *resistir a los pesados tributos exigidos por Montevideo para la lucha contra la Junta de Buenos Aires; evadir la nueva "ordenación de los campos" y la revalidación de los títulos que las autoridades españolas pretendían imponer* ».[110]

Su más ancha base, que se hundía en las profundidades del pueblo oriental, estaba constituida por los gauchos, peones, indios mansos y el mundo social agrario que la acción de los Blandengues de Artigas había defendido de las depredaciones de los bandidos, « *vagos, ladrones, contrabandistas e indios Charrúas y Minuanes* », que infestaban la campaña oriental, según diría el diputado por Montevideo a las Cortes de Cádiz, exaltando la figura de Artigas en España. Pero su marco histórico es el movimiento de nacionalidades típico del siglo. Artigas pertenece a la generación revolucionaria de San Martín y Bolívar.

La desarticulación del Imperio español libró a sus solas fuerzas a las provincias ultramarinas. Sus jefes más lúcidos se propusieron conservar la unidad en la independencia, asumiendo la idea nacional que los liberales levantaban sin éxito en la España invadida. Los americanos reaccionarios combatieron junto a los godos contra nosotros, y con nosotros usaron las armas los españoles revolucionarios que vivían en América. Tal fue el dilema. A diferencia de San Martín, que se asignó la misión de extender la llama revolucionaria a través de los Andes y sólo le cupo luchar contra los realistas, lo mismo que Bolívar y Moreno, Artigas se erigió en caudillo de la defensa nacional en el Plata y al mismo tiempo en arquitecto de la unidad federal de las provincias del Sur. Defendió la frontera exterior, mientras luchaba para impedir la creación de fronteras interiores. Fue, en tal carácter, uno de los primeros americanos y, sin disputa, el más grande caudillo argentino.

---

109 Véase Emilio Ravignani, *Historia constitucional de la República Argentina*, Peuser, Buenos Aires, 1926.

110 Carlos Real de Azúa, *El patriciado uruguayo*, Asir, Montevideo, 1961, p. 18.

En este hecho reside todo el secreto de su grandeza y la explicación de su "entierro histórico" —según las palabras de Mitre—. Cuando Buenos Aires sustituye a España en la hegemonía sobre el resto de las provincias, todas ellas se levantan contra Buenos Aires. Pero de todos los caudillos es Artigas el que más hondo y lejos ve el conjunto de los problemas históricos en juego. Escribir su historia sería en cierto modo reescribir la historia argentina y, por ende, reescribir este libro, pues también nosotros hemos pagado tributo a la falsía de nuestro origen y también nosotros, víctimas solidarias de la balcanización, hemos "balcanizado" a Artigas, amputándolo de nuestra existencia histórica para confinarlo a la Banda Oriental.

Entre Mitre y López, las dos figuras mayores de la historia oficial, han hecho del Artigas histórico lo mismo que la burguesía porteña logró hacer con el Artigas vivo. Escribe Mitre:

> El caudillaje de Artigas, o, sea el "artiguismo" localizado en la banda oriental, y dominando por la violencia o por afinidades los territorios limítrofes, obtuvo por la primera vez carta de ciudadanía, y se le reconoció el derecho de resistencia. El artiguismo oriental, dueño de Entre Ríos y Corrientes, sintió dilatarse su esfera de acción disolvente, aspiró por la primera vez a dominar los destinos nacionales, con sus medios y sus propósitos. Divorciado de la comunidad argentina sin principios vitales que inocularle, sin más bandera que el personalismo, ni más programa que una confederación de mandones, en que la fuerza era la base, empezó a chocarse con los régulos argentinos de la orilla occidental del Uruguay…

Las veloces lecturas romanas de Mitre no le dejaron una idea bien clara de quién era Régulo, pero la superficial condenación de los caudillos ha hecho escuela.

El mismo Mitre no puede menos que admitir la influencia real de Artigas en las Provincias Unidas:

> A Santa Fe siguió Córdoba, que se declaró independiente; arrió la bandera nacional, que quemó en la plaza pública, enarbolando la de Artigas, se incorporó a la Liga Federal, poniéndose bajo la protección del caudillo oriental, y se adhirió a la convocatoria del Congreso de Paysandú, promovido, sin programa político y con objetos puramente bárbaros y personales. De aquí la primera resistencia de Córdoba a concurrir al Congreso de Tucumán.[111]

El programa revolucionario del artiguismo

---

[111] Bartolomé Mitre, ob. cit., Anaconda, Buenos Aires, 1950, p. 383. (Ya citado en nota 9, pero bajo otro sello editorial. *[N. de E.]*)

Como primera aproximación, bastará que en esta edición indiquemos lo esencial del artiguismo.[112] Los argentinos ignoran que entre 1810 y 1820 el artiguismo era el poder político dominante en gran parte de nuestro actual territorio. Aclamado por los pueblos reunidos en la Liga Federal como "Protector de los Pueblos Libres", Artigas ejercía su influencia en las provincias de la Banda Oriental, Misiones, Corrientes, Entre Ríos, Córdoba y Santa Fe. El gobierno directorial de Buenos Aires sólo alcanzaba a dominar la provincia-metrópoli y un puñado de provincias, donde ya empezaba a fermentar, por lo demás, la idea federal. ¿Qué significaba esto? Pura y simplemente que el federalismo expresó la reacción general de los pueblos del interior ante las despóticas tentativas de Buenos Aires por subyugarlos a su política exclusivista. Pero el magno peligro para los intereses de la burguesía porteña y montevideana consistía en el artiguismo, que aspiraba a organizar la Nación con la garantía de plenos derechos para cada una de las provincias que concurrieran a formarla. El riesgo de una poderosa Confederación sudamericana que sucediese al Virreinato en las fronteras históricas, era demasiado considerable para la política británica.

He aquí la concepción del "uruguayo" Artigas: Convención de la Provincia Oriental, firmada por Rondeau y Artigas, 19 de abril de 1813. Texto de sus dos primeros artículos:

> Art. 1º -La Provincia Oriental entra en el Rol de las demás Provincias Unidas. Ella es una parte integrante del Estado denominado Provincias Unidas del Río de la Plata (…) Art. 2º -La Provincia Oriental es compuesta de Pueblos Libres, y quiere se la deje gozar de su libertad; pero queda desde ahora sujeta a la Constitución que organice la Soberana Representación General del Estado, y a sus disposiciones consiguientes teniendo por base inmutable la libertad civil.

Año 1813. Proyecto de Constitución artiguista:

---

112 El presente capítulo sobre Artigas no estaba incluido en las dos primeras ediciones. *[N. de A., 3ª edición.]*

La 1ª edición de *Revolución y contrarrevolución en la Argentina* (Amerindia, Buenos Aires, 1957) salió en un solo tomo. El autor se refiere en esta nota a la edición publicada en dos tomos por Plus Ultra (Buenos Aires, 1965). Dichos tomos comprendían cinco libros con los siguientes títulos: I. *Las masas y las lanzas*; II. *Del patriciado a la oligarquía*; III. *La bella época*; IV. *El sexto dominio*; V. *La era del bonapartismo*. En ediciones posteriores (cinco tomos), los títulos de los tomos IV y V fueron reemplazados por *La factoría pampeana* y *La era del peronismo*, respectivamente. *[N. de E.]*

Art. 1º -El título de esta confederación será: Provincias Unidas de la América del Sud. 2º -Cada provincia retiene su soberanía, libertad o independencia y todo poder, jurisdicción y derecho que no es delegado expresamente por esta confederación a las Provincias Unidas juntas en Congreso.[113]

Si ése era el programa expreso de Artigas, el de Gran Bretaña consistía justamente en el esquema inverso.[114] No podía admitir que un solo Estado controlara la boca del río. Se imponía separar al puerto y campaña de Montevideo para dejar a las provincias libradas al monopolio del puerto bonaerense.

«*Río de Janeiro era entonces el baluarte portugués de la política inglesa; y así se produce la invasión portuguesa planeada por el general Beresford, el mismo actor de las invasiones inglesas al Río de la Plata en 1806. Se debía consolidar a Buenos Aires segregando rápidamente al Uruguay. Con esta separación las Provincias Unidas estaban inexorablemente condenadas al puerto único de Buenos Aires*», escribe Alberto Methol Ferré.[115]

Los portugueses invaden la Banda Oriental, ocupan la provincia y derrotan a Artigas por completo en Tacuarembó el 22 de enero de 1820.

Buenos Aires había firmado en 1818 un convenio con Portugal, cuya cláusula 5º decía:

Libertad recíproca de comercio y navegación entre ambas partes con exclusión de los ríos interiores, salvo el caso de que los portugueses penetrasen a ellos en persecución de Artigas y sus partidarios.

He aquí la opinión que merecía al brigadier Pedro Ferré la lucha de Artigas:

---

113 Véase Reyes Abadie y otros, ob. cit., tomo I, p. 197.

114 De Artigas a Felipe Gaire:

«*Mi muy estimado pariente:*

Las circunstancias hoy en día no están buenas. Los porteños en todo nos han faltado; no tratan más que de arruinar nuestro país; de este modo será de Portugal o del inglés; ellos están muy lejos de la libertad; yo hoy en día me veo en grandes aprietos porque todo el mundo viene contra mi. Los amigos me han faltado en el mejor tiempo, yo he de sostener la libertad e independencia de mi persona hasta morir.

José Artigas»

115 Alberto Methol Ferré, “Artigas o la esfinge criolla”, en *Marcha*, Montevideo, mayo de 1961.

Mientras las provincias estuvieron sujetas a Buenos Aires, no había imprenta en ellas. De aquí es que han quedado sepultados en el olvido el Gral. Artigas y la independencia de la Banda Oriental; sus quejas por la persecución que sufría por este patriotismo; las intrigas del gobierno de Buenos Aires para perderlo, hasta el grado de cooperar para que el portugués se hiciera dueño de aquella provincia antes que reconocer su independencia; como entonces sólo hablaba Buenos Aires aparece Artigas en sus impresos como el mayor salteador. (Así aparecen todos los que se han opuesto a las miras ambiciosas del gobierno de Buenos Aires.) Si alguna vez se llegan a publicar en la historia los documentos que aún están ocultos, se verá que el origen de la guerra en la Banda Oriental, la ocupación de ella por el portugués, de que resultó que la República perdiera esa parte tan preciosa de su territorio, todo ello tiene su principio en Buenos Aires, y que Artigas no hizo otra cosa que reclamar primeramente la independencia de su patria y después sostenerla con las armas, instando en proclamas el sistema de federación, y entonces, tal vez resulte Artigas el primer patriota argentino.[116]

Tacuarembó asesta un golpe decisivo al potencial bélico de Artigas en la Banda Oriental. Se tendrá presente que las tropas portuguesas que invaden la Banda se componían de unos 15.000 veteranos, perfectamente armados y fogueados en la guerra contra Bonaparte. Artigas, por su parte, sólo contaba con una provincia que en esa época apenas tenía una población total de unos cuarenta mil habitantes en la campaña y unos veinte mil en la ciudad de Montevideo, que por supuesto le era hostil. Tan sólo unos ocho mil hombres componen su tropa principal, armada de bayonetas y sables de latón e impedida de practicar la guerra de montonera, a la manera de Güemes en Salta, por las particularidades de la topografía oriental. Por lo demás, ya en 1820 la clase de estancieros y en general todo el "patriciado" lo había abandonado, por la proyección revolucionaria de su política agraria:[117] si la burguesía comercial de Montevideo lo rechazó

116 Pedro Ferré, *Memoria del brigadier general Pedro Ferré - Octubre de 1821 a diciembre de 1842*, Coni, Buenos Aires, 1921, pp. 70 y 71.

117 En el Reglamento Provisorio de la Provincia Oriental para el fomento de su campaña y seguridad de sus hacendados, dado a conocer desde el Cuartel General, el 10 de septiembre de 1815, se lee en el artículo 6 ｺ: ｫ *Por ahora el Sr. Alcalde Provincial y demás subalternos se dedicarán a fomentar con brazos útiles la población de la campaña. Para ello revisará cada uno, en sus respectivas jurisdicciones, los terrenos disponibles; y los sujetos dignos de esta gracia, con prevención que los más infelices serán los más privilegiados. En consecuencia, los negros libres, los zambos de esta clase, los indios y los criollos pobres, todos podrán ser agraciados con suerte de estancia, si con sus trabajo y hombría de bien propenden a su felicidad y a la de la Provincia* ｻ. En el artículo 12 ｰ se estipulaba: ｫ *Los terrenos repartibles son todos aquellos de emigrados, malos europeos y peores americanos que hasta la fecha no se hallan indultados por el jefe de la Provincia para poseer sus antiguas propiedades* ｻ. Y, por fin, en el artículo 19 ｰ se dice lo siguiente: ｫ *Los agraciados, ni podrán enajenar, ni vender estas suertes de estancia, ni contraer sobre ellos débito alguno, bajo la pena de nulidad hasta el arreglo formal de la Provincia, en que ella deliberará lo conveniente* ｻ (Reyes Abadie y otros, ob. cit., tomo II, p. 446 y ss.).

siempre con todas las fuerzas, en virtud de su política industrial proteccionista,[118] los estancieros no tenían más remedio que aborrecer al caudillo que elevaba su política por encima de la patria chica y que en el caos de la guerra civil y la invasión extranjera ponía todos los recursos de la provincia en juego.[119] Esto se verá muy claramente cuando, después del desastre militar de Tacuarembó, numerosos estancieros y comandantes de campaña, hasta entonces partidarios de Artigas, capitulen ante Lecor y acepten la dominación portuguesa de la Provincia Cisplatina, como lo había hecho ya la burguesía montevideana, que recibió al jefe portugués bajo palio y lluvia de flores. En un oficio que jefes y oficiales de Canelones dirigen al general Lecor, poniéndose a sus órdenes, se lee una alusión al reparto de tierras iniciado por Artigas: «*Bajo el sistema adoptado por Don José Artigas, no se tendía sino a destruir la propiedad de la provincia…*».

Con respecto a la política agraria de Artigas, Methol Ferré dice lo siguiente:

> No hay duda que la reforma agraria artiguista tuvo enormes proyecciones y puedo apuntar que aún en 1884 a P. Bustamante le sorprendía la osadía de quienes reclamaban derechos invocando "donaciones" de Artigas. Y de muestra final baste indicar que todavía hoy el Banco Hipotecario del Uruguay no considera válidas las salidas fiscales originadas en mercedes de tierras del gobierno de Artigas, y sí acepta, por ejemplo, las provenientes del ocupante portugués Barón de la Laguna.[120]

Sólo en los cronistas, memorialistas y olvidados historiadores de provincias, custodios de la

---

118 Según el Reglamento Provisional de derechos aduaneros para las provincias confederadas de la Banda Oriental del Paraná, Cuartel General, 9 de septiembre de 1815 (v. Reyes Abadie y otros, ob. cit., tomo II, p. 389), los derechos de importación estaban graduados para estimular la industria nacional, con tasas de un 40% para la introducción de ropas hechas y calzados; caldos y aceites, un 30%, y un aforo de un 25% para todo efecto de ultramar, salvo el azogue, las máquinas, los instrumentos de ciencia y arte, libros e imprentas, pólvora y azufre y armamento de guerra, lo mismo que oro en todas sus formas. Todos los frutos procedentes de América tenían solamente un derecho de un 4% de introducción. Para la exportación hacia el interior, estaban los productos libres de derechos. Artigas decía al gobernador de Corrientes a este respecto, el 10 de septiembre de 1815: «*Con este motivo mandé a ese gobierno un reglamento provisorio con los derechos correspondientes a formar el equilibrio comercial con las demás provincias y asegurar un resultado favorable con las demás*» (ob. cit., p. 391).

119 Además, en las Instrucciones orientales para los diputados de 1813 se lee: «*17 I - Que todos los dichos derechos impuestos y sisas que se impongan a las introducciones extranjeras serán iguales en todas las Provincias unidas, debiendo ser recargadas todas aquellas que perjudiquen nuestras artes o fábricas, a fin de dar fomento a la industria de nuestro territorio*» (ob. cit., p. 371).

120 Methol Ferré, en art. cit.

patria vieja, se encuentran hoy recogidos los testimonios fidedignos del pasado. Uno de ellos es el salteño Bernardo Frías, historiador del norte argentino y de Güemes. Su obra fundamental consta de ocho tomos. Comenzó a publicarse en 1902. Pero sólo llegaron a editarse en 60 años los cinco primeros tomos, todos agotados. Los restantes permanecen inéditos. Escribe el doctor Frías:

Era de este modo Artigas el único gobernante argentino que acudía en defensa de la integridad nacional, y como este deber obligaba en primer término al gobierno de la Nación antes que a un jefe de provincia, y el gobierno de la Nación se mantenía como extraño, sin tomar parte en la defensa común, comenzaron a alarmarse los pueblos, sospechando que el gobierno de Pueyrredón iba de acuerdo con el Brasil. Con esta sola actitud pasiva que asumía el gobierno, quedaba descubierto el crimen de marchar de acuerdo y aliado con el extranjero para aniquilar a un gobernador de provincia. Artigas, que lo comprendió antes que ninguno, se volvió al director para decirle: "Confiese Vuecelencia que sólo por realizar sus intrigas puede representar ante el público el papel ridículo de un neutral. El Supremo Director de Buenos Aires no puede ¡no debe serlo! Pero sea Vuecelencia un neutral, un indiferente o un enemigo, tema justamente la indignación ocasionada por sus desvíos, tema con justicia el desenfreno de unos pueblos que sacrificados por el amor de la libertad, nada les acobarda tanto como perderla".[121]

El doctor Frías, en su notable obra, expone detalladamente la infamia porteña. En lugar de ayudar a Artigas contra los portugueses, toleraba la codicia de los comerciantes de Buenos Aires, que aprovisionaban Montevideo contra los intereses de la Nación. Frías llama a Pueyrredón el "Iscariote argentino".

La derrota porteña en Cepeda

La derrota de Tacuarembó asimismo reconoce otra causa capital: la connivencia de los directoriales de Buenos Aires —con Pueyrredón a la cabeza— con los portugueses, y que perseguía el objetivo de entregar a Portugal la Banda Oriental para destruir a Artigas y quebrar en el litoral la influencia de sus lugartenientes Ramírez y López. Mientras Pueyrredón practicaba esa política de suicidio nacional, en la que revelaría su profunda perfidia la burguesía porteña, ordenaba a San Martín y a Belgrano, generales de los ejércitos de Cuyo y del Norte, que bajaran a las provincias del Centro a aniquilar la montonera. San Martín, que mantenía correspondencia con Artigas y los caudillos litorales, rehusó "*desenvainar su sable en la guerra civil*" y marchó a la conquista de los Andes; Belgrano obedeció la orden: su ejército se rebeló en el motín de Arequito.

121 Frías, ob. cit., tomo IV, p. 217 y ss.

En ese momento, según observa Acevedo,[122] Artigas ha perdido la Banda Oriental, pero su influencia en las provincias argentinas es más fuerte que nunca. Sufre una defección: su lugarteniente Fructuoso Rivera, el que será luego conocido como “don Frutos”, o bautizado por Rosas, el “Pardejón Rivera”, se arregla con los portugueses y abandona al Protector de los Pueblos Libres.

En tiempo de Artigas, los diputados en Salta fueron elegidos al grito de “ 。Mueran los porteños!”. Cuando el irlandés Campbell, jefe de la escuadrilla de Artigas, llegó a Santa Fe, fue recibido por el vecindario a los gritos de “。Viva la Patria Oriental!”. Por su parte dice Herrera:

> ソ No saben que el nombre de porteños es odiado en todas las Provincias Unidas o Desunidas del Río de la Plata?, escribía Fray Cayetano Rodríguez al doctor Molina. Los cordobeses pidieron que se borrase el nombre de porteños en las calles, plazas, colegios y monasterios.[123]

Derrotado por los portugueses en su tierra natal, Artigas pone en ejecución un meditado plan.

Traicionado por los porteños y ya que se revelaba imposible vencer a los portugueses con las provincias rioplatenses divididas y con la pérfida Buenos Aires en contra, se imponía primero derrotar a Buenos Aires, organizar la Nación y volver su poderío unificado hacia la reconquista de la Banda Oriental.

Al dirigirse a las provincias convocándolas a la lucha contra Buenos Aires, Estanislao López invitaba a los cordobeses a marchar, prometiéndoles オ *los más felices resultados y la protección invencible del inmortal Artigas, vencedor de riesgos y minador de bases de toda tiranía y el héroe que cual otro Hércules dividiría con la espada sus siete cabezas* サ.[124]

La batalla entre las fuerzas artiguistas de Santa Fe y Entre Ríos contra el ejército del nuevo director Rondeau se libró en la cañada de Cepeda el 1 コ de febrero de 1820. La montonera triunfó de manera decisiva. Pero la victoria y la traición marcharon juntas. Con Cepeda caía el régimen directorial y el Congreso de Tucumán, instrumentos porteños. El nuevo gobernador de Buenos Aires fue don Manuel de Sarratea, y como habría de ocurrir durante más de medio siglo, Buenos Aires compensaría sus fracasos militares con los recursos financieros de su puerto. Este será, en definitiva, todo el drama.

El pánico invadió a la ciudad de Buenos Aires:

---

122 Acevedo, ob. cit., p. 841 y ss.
123 Puiggrós, *Historia económica...*, ob. cit., p. 70.
124 Acevedo, ob. cit., p. 880.

Se esperaba por unos momentos un saqueo a manos de cinco mil bárbaros desnudos, hambrientos y excitados por las pasiones bestiales que en esos casos empujaban los instintos destructores de la fiera humana que como "multitud inorgánica" es la más insaciable de las fieras conocidas: cosas que debe tener presente la juventud, expuesta por exceso de liberalismo a creer en las excelencias de las teorías democráticas que engendran las teorías subversivas del socialismo y del anarquismo contra las garantías del orden social".[125]

Así juzga López ese momento.

Ramírez acampó con sus hombres en el pueblo de Pilar, a unas quince leguas de la ciudad. Desde allí planteó sus exigencias a los mercaderes aterrorizados. En primer lugar, Ramírez exigía la disolución del Congreso y del Directorio. Todo fue rápidamente aceptado. La Constitución, lo mismo que el Directorio, se desvaneció ante las lanzas federales.

La segunda exigencia consistía en la publicación de los documentos producidos por la diplomacia secreta del Congreso recién extinguido; este acto demostró que se había llegado a un acuerdo con los franceses para imponer en el Río de la Plata al príncipe De Luca, miembro de la Casa de Borbón y cuya corona estaría bajo el protectorado del gobierno de Francia.

El Tratado del Pilar, suscrito el 26 de febrero del año 1820 por los gobernadores de Buenos Aires, Entre Ríos y Santa Fe, entre una nube de lanzas, establecía, además, la libre navegación de los ríos Paraná y Uruguay. Esta última era una reivindicación fundamental para los caudillos litorales, obligados a destruir por la fuerza de las armas el monopolio porteño del gran río.

Un historiador adversario ha dejado un evocador testimonio de ese instante de la vida argentina:

Después del tratado, Sarratea se permitió volver a Buenos Aires acompañado de Ramírez, de López y Carrera y de numerosas escoltas de hombres desaliñados, vestidos de bombachas y ponchos sin que pudiera distinguirse quiénes eran jefes y quienes soldados. Toda esta chusma ató los redomones en las verjas de la Pirámide y subió al Cabildo de Mayo donde se les había preparado un refresco de beberaje en festejo de la paz. Fácil es conjeturar la indignación y la ira del vecindario al verse reducido a soportar tamañas vergüenzas y humillaciones.[126]

Pero el Tratado del Pilar desató las pasiones del localismo porteño. Sumida en el más espantoso desorden, la ciudad fue teatro de las disputas de todas las facciones por el poder. En un

---

125 López, ob. cit., p. 341.
126 Ibíd., p. 344.

mismo día se sucedieron tres gobernadores; ganaderos, comerciantes y militares discutieron ásperamente la situación creada por la montonera. ﾉ Transigir con ella, cumplir el convenio del Pilar? ｡ Qué locura! ﾉ Abrir el río a esa plebe andrajosa? ﾉ Qué político porteño podría ser tan insensato?[127]

En los círculos áulicos de la burguesía portuaria, sin embargo, sabíase que las concesiones de Sarratea, inaceptables para Buenos Aires, no habrían de cumplirse. El Tratado del Pilar, por el contrario, constituía una puñalada en la espalda de Artigas.

Ramírez traiciona al Protector

Sarratea era uno de los más antiguos e irreconciliables enemigos de Artigas. López atribuye a este personaje "procedimientos desparpajados y moralidad poco segura" además de "viveza pervertida", "principios morales poco delicados", "extraña mezcla de buen carácter y de cinismo, de habilidad y desvergüenza". Y agrega: "Trapalón y entremedio, como decía T. M. de Anchorena, y movido siempre por una incorregible afición a tretas y manejos embrollados, no era tan malo que pudiera ser tenido por un malvado de talla para despotizar por la fuerza y por la sangre, ni por peligroso siquiera fuera de los enjuagues y escamoteos que lo hacían despreciable más bien que perverso".[128]

Con tal gobernador es que los lugartenientes de Artigas celebraron el Tratado del Pilar. Dicho convenio violaba las órdenes expresas del Protector, pues se limitaba a formular una platónica expresión de deseos en lo tocante a la ocupación portuguesa del territorio patrio, cuya reivindicación por las armas quedaba librada a la buena voluntad de Buenos Aires, justamente la provincia cuyos intereses le habían dictado facilitar dicha ocupación extranjera. No se trataba de ceguera diplomática de los lugartenientes de Artigas, como podría suponerse, sino la puesta en práctica de una política que se revelaría fatal durante mucho tiempo. La traición de Ramírez hacia Artigas, de López hacia Ramírez, de López hacia Quiroga, de Urquiza al partido federal luego, compendiaban la defección de los intereses litorales a la causa global del interior y de la unidad nacional. Esa defección encontraba su más profundo fundamento en el carácter librecambista de la política económica que dictaban a Entre Ríos y Santa Fe sus producciones exportables, similar en este aspecto a la provincia de Buenos Aires. Sus divergencias con la burguesía porteña radicaban en que esta última monopolizaba el puerto y cerraba los ríos interiores a la navegación comercial

---

127 Leoncio Gianello, Compendio de historia de Santa Fe, Castellví, Santa Fe, 1950, p. 123.
128 Acevedo, ob. cit. p. 888.

extranjera, exigida por dichas provincias y acaparada por Buenos Aires. Esta última —durante todo el período de Rosas— amansó a los caudillos litorales con dádivas, ganado y otras concesiones, para separarlas de las provincias mediterráneas; si bien es cierto que éstas eran el refugio del espíritu federal nacionalista, eran fatalmente incapaces de oponer una fuerza económica y militar suficiente para levantar ejércitos y poner fin al monopolio de Buenos Aires. Ramírez, López y Urquiza serían los pequeños caudillos del localismo, el “federalismo” aldeano agonizante después de la ruina del Protector de los Pueblos Libres.

Los documentos son abrumadores a este respecto: Pancho Ramírez pacta con Buenos Aires después de Cepeda, el 23 de febrero de 1820, a espaldas de Artigas, que se retiraba diezmado de la batalla de Tacuarembó, pero resuelto a reiniciar la lucha. Cuatro días más tarde, desde las orillas de la ciudad porteña, el fiel lugarteniente Ramírez se dirige afectuosamente al Protector, adjuntándole el texto del Tratado “*asegurándole que la alegría de este pueblo y su reconocimiento hacia el autor de tantos bienes es inexplicable*”.[129]

Pero cuarenta y ocho horas más tarde, el 29 de febrero, el mismo Ramírez exponía en un oficio “reservado” el plan de traición a su amado jefe. Dirigiéndose a su medio hermano Ricardo López Jordán y en su ausencia gobernador interino de Entre Ríos, le ordenaba confidencialmente que “*procure entablar relaciones amistosas con el general Rivera, con el gobernador de Corrientes, etc.*”. En otros términos, los caudillejos menores se disponían a distribuirse las satrapías locales del poder federal: uno, pactando con los portugueses; el otro, con Buenos Aires. En el mismo oficio “reservado” Ramírez confiesa el influjo que en Entre Ríos conservaba Artigas y expresa sus temores:

> Usted conoce las aspiraciones del General Artigas y el partido que tiene en nuestra Provincia: su presencia aún después de los continuos desgraciados sucesos de la Banda Oriental podría influir contra la tranquilidad (...) Procure V. por cuantos medios aconseje la prudencia conservar en el ejército los auxiliares de Corrientes atrayéndolos, pagándolos y haciéndoles ver se les lleva al sacrificio por una guerra civil, cuando quedando en nuestras banderas todo será paz y trabajar por la verdadera causa.[130]

Después de Cepeda, Ramírez, presa de inquietud por la previsible reacción del Protector de los Pueblos Libres, maniobra con la burguesía porteña para conseguir armas en pago de su inminente ruptura con Artigas. En una carta, también “reservada”, que dirige al chileno José

---

129 Reyes Abadie y otros, ob. cit., tomo I, p. 591.

130 Ibíd., p. 592.

Miguel Carrera, expone sin disimulos la situación:

En estos momentos sin tener recursos ningunos, cómo quiere V. que yo me oponga al parecer de Artigas cuando estoy solo y que él ya debe haber ganado la Provincia de Corrientes como estoy cierto que la lleva adonde él quiere. Nada digo de Misiones porque son con él.[131]

Aludiendo a la apatía del gauchaje por su política de acuerdo con Buenos Aires y de renuncia a la guerra con Portugal, Ramírez agrega estas palabras significativas:

ﾂ Cómo podré persuadir a los paisanos ni convencerlos en ninguna manera? Cuando los elementos precisos para la empresa fuesen en algún tanto proporcionados al número que yo solicité (a Buenos Aires) podría convencerlos; por lo de lo contrario, seré con el voto general de aquellos que sólo se conforman con la declaratoria de guerra a los portugueses.

Ramírez concluye su nota "reservada" confesando su capitulación ante la burguesía porteña:

No he anoticiado a la provincia del auxilio que se nos presta, porque me abochorno, y tal vez causaría una exaltación general en los paisanos.[132]

Se comprende el carácter reservado de semejantes testimonios. En estos documentos fundamentales se encuentran los hechos irrefutables que rodean el hundimiento de la Federación artiguista. Ramírez se dirigía a Sarratea el 13 de marzo, reclamando humildemente los "auxilios" que en virtud del acuerdo secreto firmado al mismo tiempo que el Tratado del Pilar, debía proporcionar la burguesía porteña al incorruptible teniente de Artigas.

Recordaba el carácter secreto de este convenio por el cual se entregarían a las tropas de

mi mando en remuneración de sus servicios e indemnización de gastos en la cooperación que había prestado para deponer la facción realista que tenía oprimido el país el auxilio de quinientos fusiles, quinientos sables, veinticinco quintales de pólvora, cincuenta quintales de plomo, que se repetiría según las necesidades que tuviese el ejército; teniéndose en consideración para este suplemento el interés propio de esta Ciudad como de todas las demás Provincias de la federación en mantener la libertad del territorio de Entre Ríos (...). Añadía: "En este concepto me veo precisado a suplicar a V. S. como lo hago, tenga bien en las circunstancias dar alguna extensión

131 Ibíd., p. 593.
132 Ibíd., p. 594.

a aquel tratado y facilitarme un auxilio capaz de subvenir a los primeros objetos que nos propusimos. Yo quedaría satisfecho con que se doblase el número y municiones que debieron dárseme la primera vez y que se diese a la tropa un vestuario y una corta gratificación al arbitrio de V. S. dando para ello las disposiciones más prontas que estén a su alcance pues no espero más para retirarme...".[133]

Quince días más tarde, las gestiones parecen haber tenido éxito y las armas y recursos del Puerto se ponen al servicio de Ramírez para enfrentar al Protector, y garantizar la "libertad de Entre Ríos", es decir, su localismo y, en consecuencia, su dependencia de Buenos Aires. El 28 de marzo, desde Pilar, Ramírez, escribe a Carrera:

El estado de cosas en mi provincia no puede ser peor, pues D. José Artigas no pasa por los tratados ni deja de mirar la opinión de los habitantes de ella para atraerlos a su partido (...) Por otra parte V. me dice que el armamento está seguro por la combinación de Monteverde y sabe que con esto ya puedo hablar a Artigas como debo.

Con la ayuda porteña, Ramírez podría, al fin, hablar con Artigas "como debía". La intriga estaba a punto de consumarse trágicamente. Pocos días más tarde Artigas escribe a Ramírez, le recuerda su situación de dependencia hacia él y lo acusa de haberse entregado con el Tratado del Pilar a la facción porteña. Califica al Tratado de "inicuo" y la firma de Ramírez al pie del documento prueba su apostasía y traición. Y agrega:

Recuerde que V. S. mismo reprendió y amenazó a don Estanislao López, gobernador de Santa Fe, por haberse atrevido a tratar con el general Belgrano sin autorización suya y que hizo anular esos tratados; lo que prueba que tratando ahora V. S. con Buenos Aires sin autorización mía que soy el Jefe Supremo y Protector de los Pueblos Libres, ha cometido V. S. el mismo acto de

insubordinación que no le consintió al gobernador López; y eso que V. S. tenía entonces y tiene ahora menos jerarquía en el mando y en la confianza de los Pueblos Libres de la que tengo yo (...) V. S. ha tenido la insolente avilantez de detener en la Bajada los fusiles que remití a Corrientes. Este acto injustificable es propio solamente de aquel que habiéndose entregado en cuerpo y alma a la facción de los pueyrredonistas, procura ahora privar de sus armas a los pueblos libres para que no puedan defenderse del portugués (...)

Artigas concluía su nota definiendo el contenido del Tratado de Pilar: "Y no es menor crimen haber hecho ese vil

133 Ibíd., p. 598.

tratado sin haber obligado a Buenos Aires a que declarase la guerra a Portugal y entregando fuerzas suficientes para que el Jefe Supremo y Protector de los Pueblos Libres pudiese llevar a cabo esa guerra y arrojar del país al enemigo aborrecido que trata de conquistarlo. Esa es la peor y más horrorosa de las traiciones de V. S.”.[134]

Con las armas porteñas en su poder, Ramírez eleva el tono ante Artigas y desnuda el fondo de su política:

¿Por qué extraña V. S. que no se declarase la guerra al Portugal? (...) ¿Qué interés hay en hacer esa guerra ahora mismo y en hacerla abiertamente? ¿O cree V. S. que por restituirle una Provincia que se ha perdido han de exponerse todas las demás con inoportunidad?[135]

En esa mera enunciación, y pese a la retórica “federal” de sus proclamas, Ramírez anticipaba la traición de Urquiza, que no mezquinó el cintillo rojo después de Caseros, pero que libró al hierro porteño las provincias federales.

Que la política antiartiguista de Ramírez era lisa y llanamente una traición a la causa de la unidad nacional, termina de probarlo acabadamente una nota de Fructuoso Rivera, escrita desde Montevideo el 5 de junio de 1820. De traidor a traidor, el diálogo entre el oriental aportuguesado y el entrerriano aporteñado alcanza una asombrosa claridad retrospectiva. Le pide a Ramírez la devolución de algunos oficiales portugueses en su poder y la “reposición del comercio”. Añade don Frutos que tales actos demostrarían por parte de Ramírez la

extremosa afección a la Provincia a su mando. Cooperarán a esto último con todo su poder las fuerzas de mar portuguesas cuyo Jefe tiene las competentes órdenes para ponerse a disposición de V. cuando lo crea necesario. Más para que el restablecimiento del comercio tan deseado, no sea turbado en lo sucesivo es de necesidad disolver las fuerzas del general Artigas, principio de donde emanarán los bienes generales, y particulares de todas las provincias, al mismo tiempo que será salvada la humanidad de su más sanguinario perseguidor.[136]

El choque entre las fuerzas de Artigas y Ramírez se produjo el 24 de junio en Las Tunas. Artigas fue aniquilado: el epílogo es rigurosamente homérico. Poseído de un miedo sobrecogedor al prestigio de Artigas, el caudillo Ramírez inicia una persecución inexorable del Protector para impedir que rehaga sus fuerzas en la huida. Rodeado de un puñado de oficiales e indios, Artigas es

134 Ibíd., p. 613.
135 Ibíd., p. 619.
136 Ibíd., p. 622.

obligado a luchar cada día: el 17, en la costa del Gualeguay; el 22, en las puntas del Yuquery, y así sucesivamente. ソEn qué fundaba Ramírez su temor ante su jefe fugitivo, rodeado tan sólo de una docena de hombres? En el hecho de que sólo el nombre de Artigas levantaba en masa al paisanaje de las provincias que atravesaba en su retirada. Ramírez sabía muy bien que si le otorgaba dos semanas de tiempo, Artigas pondría de pie un nuevo ejército. La persecución tenía el objetivo preciso de eliminar a Artigas u obligarle a abandonar el territorio de las provincias. Las tropas improvisadas en esa marcha forzada hacia el interior eran deshechas hora por hora por Ramírez antes que pudieran armarse y luchar. Desde el Paraná hasta la frontera paraguaya transcurre esa lucha donde Artigas se desangra y con él la esperanza postrera de la Patria Grande. En el umbral de la provincia gobernada por el doctor Francia, jaqueado, traicionado y vencido, Artigas mira por última vez la escena y entra a galope a la larga prisión guaraní.

Muchos años más tarde, cuando la Banda Oriental se transforma por la presión británica en la República del Uruguay, el viejo Protector de los Pueblos Libres dirá: オ*Ya no tengo patria*サ. ノse era todo su secreto. La patria se había perdido en la balcanización y con Artigas desaparecían simultáneamente los unificadores: Bolívar y San Martín.

Francisco Ramírez había traicionado a su jefe; pero, ソcómo había podido vencerlo? Mitre y Vicente Fidel López, feroces antiartiguistas, no lo ocultan en sus obras. Por las estipulaciones secretas anexas al Tratado del Pilar, sabemos que Buenos Aires había entregado armamento a Ramírez para resistir a Artigas. Pero no lo sabemos todo a ese respecto: Ramírez triunfó sobre los gauchos mal armados que seguían a Artigas オ*gracias al concurso de un piquete de artillería de seis piezas y un batallón de trescientos veinte cívicos que estaban a las órdenes del comandante Lucio Mansilla*サ.[137]

Agreguemos que Mansilla era porteño y estaba a las órdenes de Ramírez por autorización expresa del gobernador de Buenos Aires, Manuel de Sarratea; que el tesoro de Buenos Aires quedó exhausto; que se le entregaron 250.000 pesos a Ramírez para elevar el espíritu de su tropa; que los vestuarios de la ciudad porteña fueron vaciados para los soldados de Ramírez, con lo que éste quedó dueño del Paraná y pudo jaquear a Artigas.

He aquí a Ramírez dueño del litoral, en apariencia, ebrio de poder. El vástago entrerriano del Protector abandona enseguida la concepción confederal y nacional para proclamar la República de Entre Ríos. Intenta edificar la misma insularidad que Urquiza creará más tarde, indiferente al destino de las provincias federales. Pero desaparecido Artigas, Buenos Aires ejecuta la segunda

137 Acevedo, ob. cit., p. 902.

maniobra. Había empleado la traición de Ramírez para eliminar al Protector; ahora utilizará a Estanislao López para desembarazarse de Ramírez. En efecto, al negarse a cumplir Buenos Aires las estipulaciones del Tratado del Pilar que beneficiaban a las provincias litorales, se reinicia una crisis entre ambos sectores. El poder excesivo que con la derrota de Artigas había alcanzado Ramírez en Entre Ríos y Corrientes, mueve a la burguesía porteña a pactar nuevamente con Estanislao López, dejando a un lado las aspiraciones entrerrianas. Esta defección de López del frente común, lleva a Ramírez a amenazarlo con la invasión de Santa Fe. Se repite en este caso la intriga porteña contra Artigas.

A espaldas de Ramírez, Estanislao López firma con el nuevo gobernador de Buenos Aires, Martín Rodríguez, el Tratado de Benegas: en pago de su gesto por levantar el cerco de Buenos Aires y traicionar a Ramírez, el otro teniente artiguista recibía una compensación de 25.000 cabezas de ganado. Fue el estanciero Juan Manuel de Rosas quien intervino en la negociación para domesticar al caudillo de Santa Fe, revelando desde sus comienzos singulares condiciones de político.

Era el litoral librecambista e impotente quien inclinaba sus armas en el Tratado de Benegas. López reclama entonces la ayuda ofrecida por Buenos Aires para enfrentar a Ramírez. El coronel Lamadrid parte de la ciudad porteña con 1.900 soldados para apoyar a López. Las fuerzas coaligadas de Santa Fe y Buenos Aires deshacen al Supremo Entrerriano —que tal era el nombre orgullosamente asumido por el antiguo oficial de Artigas—. Al cabo de una despiadada persecución, Ramírez cae, al intentar salvar a su compañera Delfina, hermosa poirteña que cabalgaba junto a él en sus campañas; la muerte caballeresca se corona con el degüello. Sus vencedores cortan la cabeza del caudillo y la envían a Estanislao López.

El gobernador de Santa Fe escribió a su congénere de Buenos Aires: オ *La heroica Santa Fe, ayudada por el Alto y aliadas provincias, ha cortado en guerra franca la cabeza del Holofernes americano* サ.

López オ *envolvió la cabeza en un cuero de carnero y la despachó a Santa Fe, con orden de que se colocara en la Iglesia Matriz, encerrada en una jaula de hierro* サ.[138]

La estrategia del puerto de Buenos Aires se realizaba con el sistema de las complicidades sucesivas. El más grande caudillo argentino meditaba en la selva la quimera de su Nación infortunada.

---

[138] Ibíd., 904.

Los hombres de casaca negra

"La gente decente" de Buenos Aires tenía motivos para regocijarse. Artigas en su sepulcro verde, la cabeza de Ramírez en una jaula de hierro, el ladino López comprado con vacas, la ciudad podía respirar al fin, con su Aduana intacta y sus ríos cerrados. Justamente el señor Rivadavia, recién llegado de Europa, acababa de ser designado ministro de Gobierno del general Rodríguez, «*teniendo en cuenta la importancia de sus servicios y la extensión de sus luces*».[139] El júbilo reinaba en ese vecindario cuyas hijas pasearon sus miriñaques por las calles porteñas del brazo de los oficiales ingleses de 1806. Eran las mismas familias que apoyarían luego la presidencia espectral de don Bernardino. Esta aristocracia mercantil y vacuna asistiría más tarde a los saraos de Palermo durante el ciclo escarlata del ganadero restaurador, a quien aduló y execró, a quien derribó cuando pudo hacerlo, y cuya política de exclusivismo portuario erigió en religión suprema de Buenos Aires. Esta sería por un siglo la Salónica descaracterizada de que habló Lugones. Ceñida en nuestra época por el cinturón proletario, no ignora que los obreros de hoy son los herederos de aquella Patria Grande que volverá.

Lavalle llamaría a los unitarios "los hombres de casaca negra". Eran personajes totalmente persuadidos de su ciencia, taciturnos y severos, embanderados de latines, como don Julián Segundo de Agüero, con su prosapia curialesca, o sinuosos como don Salvador María del Carril. Rivadavia fue su jefe indiscutido. Hijo de un funcionario del rey, de la cepa paterna había heredado el empaque, la ausencia de humor y su respeto por los documentos oficiales. Su matrimonio con la hija del virrey Del Pino daría mayor vuelo a su arrogancia natural y a su gusto por el oropel.[140] Los tenderos, importadores y negociantes de Buenos Aires —una aldehuela batida por el barro del río maestro— se habían enriquecido con el librecambismo de la revolución frustrada. Sus vinculaciones con el comercio y la industria británicos estaban impuestas por la naturaleza misma de las cosas. El comercio libre era su doctrina. El puerto, la Aduana, el crédito público, su irrenunciable propiedad. Juan Agustín García escribiría: «*Buenos Aires fue comerciante desde su origen; nació con el instinto del negocio*».[141]

Esta ciudad improductiva, burocrática, mercantil, hipnotizada por Europa y sobre todo por

139 Mariano de Vedia y Mitre, *Historia de la unidad nacional*, Estrada, Buenos Aires, 1952, p. 198.

140 Piccirilli, ob. cit., 1952, p. 9.

141 Juan Agustín García, *La ciudad indiana*, Claridad, Buenos Aires, 1938.

Manchester, sería la principal plataforma para la expansión latinoamericana del poderoso Imperio que nacía a orillas del Támesis. La burguesía comercial de Buenos Aires necesitaba un político que la representase. Tal fue el papel de Rivadavia.

Se ha hablado del utopismo rivadaviano, pero la expresión no es feliz. Muy diversos apologistas se han referido a los ensueños e ilusiones de este hombre público. Nada más alejado del espíritu de Rivadavia que la credulidad maravillada del nativo elemental que muda, en la playa virgen, la soberanía de su pueblo por un puñado de abalorios. Rivadavia representó intereses bien específicos —el puerto de Buenos Aires y los comerciantes a él ligados—. Carecía de otro objetivo que no fuera la rápida asimilación de Buenos Aires al progreso comercial europeo. Juzgaba al resto del país —que jamás visitó— como una frontera ambigua y bárbara. Su cipayismo, la carencia de todo sentimiento nacional y su admiración, entre cándida y servil, por Inglaterra, no nacía de una peculiaridad de su carácter, sino del complejo de fuerzas económicas que encarnaba. No en vano Mitre lo llamaría «*el más grande hombre civil de la tierra de los argentinos*».

El hechizo de Europa

La intransigencia de Rivadavia en defensa de los intereses porteños, en cuyo holocausto se disponía a sacrificar al país entero, ocasionó su ruina política. Se propuso hacer de Buenos Aires una ciudad europea, penetrada del espíritu de las luces y de la eficacia del progreso. Sus ojos estaban iluminados por el espectáculo de una Europa opulenta y brillante, que digería voluptuosamente las prebendas obtenidas por la Revolución del 89 y por la férula de Bonaparte.

Pero si en 1815 la revolución plebeya respiraba todavía, bajo la Santa Alianza el propio Napoleón ya era un espectro. El oscuro indiano admiró en Europa la civilización burguesa y su ornamento jurídico, originados por la revolución estabilizada.[142] En las maletas del retorno importó aquellas instituciones y decretos que no eran sino la imagen abstracta de un proceso real. Aquel progreso había sido consecuencia de una revolución y Rivadavia lo ambicionaba para la ciudad de Buenos Aires, pero rechazaba la revolución genesíaca. Por el contrario, era el suyo un liberalismo “afrancesado” y conservador, infinitamente más próximo al despotismo ilustrado del absolutismo europeo en agonía, que al jacobinismo plebeyo de Moreno. Julio Irazusta y Ernesto Palacio han coincidido en filiar la naturaleza conservadora del liberalismo rivadaviano en el pensamiento del conde de Aranda y de Floridablanca, políticos del ciclo borbónico.

---

142 Rosa, ob. cit. p. 77.

Dicho liberalismo conservador deseaba infundir un espíritu moderno a España, sin democratizar desde la base la estructura de su vida política y social. Esa corriente ideológica se había transmitido a muchos funcionarios virreinales de América y a algunos sectores criollos atraídos ya por sus intereses a la órbita inglesa. De ahí que Rivadavia entrara a la posteridad como un reformador que jamás existió. Mientras Moreno, San Martín y Monteagudo tendían a representar en América del Sur las tendencias del liberalismo revolucionario y popular de que estaban imbuidas las Juntas Populares de la Revolución española, el partido de los unitarios rivadavianos, los Del Carril, los Agüero, los Manuel José García, los Valentín Gómez, traducían en Buenos Aires el estilo y los métodos del absolutismo ilustrado español, anacrónico ya en España, a mitad de camino entre el feudalismo y el capitalismo.

Pero una ideología es indisociable de la realidad; no se nutre del aire. El liberalismo borbónico de los rivadavianos encontró en la burguesía comercial de la ciudad-puerto el fundamento de su política. Como no podía ser de otro modo, estos intereses se fundieron en la política rioplatense del capitalismo británico. Así fue como Rivadavia encarnó por completo la vanidad, el esnobismo y la avidez de esa engreída sociedad de tenderos, exenta de toda grandeza, que había hecho de la ciudad de Buenos Aires su centro de operaciones y de Inglaterra su poderosa metrópoli. No sin razón Vicente López y Planes habría de caracterizar el período rivadaviano, en sus cartas a San Martín, como el “*período de la contrarrevolución*”.[143]

La burguesía comercial en el poder

Con el apoyo del joven estanciero Rosas, el general Martín Rodríguez era el gobernador de Buenos Aires. A diferencia de Rosas, que administraba personalmente sus establecimientos de campo, adquiriendo una vasta nombradía de “gaucho”, el general Martín Rodríguez pertenecía a ese género de ganaderos que sería tan corriente más tarde y que residía en la ciudad de Buenos Aires, delegando el gobierno de sus estancias en manos de mayordomos hábiles. Rodríguez era propietario de vastos campos; tanto por sus vinculaciones sociales como por sus gustos, estaba íntimamente ligado a la “gente decente” de la ciudad porteña; de ahí su entrelazamiento con la burguesía comercial “culta”, urbana, europeizante. En realidad, el gobierno de Martín Rodríguez, cuyos ministros fueron Bernardino Rivadavia, Manuel José García y el general Cruz, constituyó un bloque de dos clases, los ganaderos bonaerenses y los comerciantes porteños.

La dirección política de este bloque fue ejercida por Bernardino Rivadavia como ministro de

---

143 Frizzi de Longoni, ob. cit., p. 89.

Gobierno y como virtual representante de los intereses portuarios ligados a Gran Bretaña.[144]

Rodríguez era un hombre cortés, valeroso y mediocre, fascinado por los admiradores de las luces, como Rivadavia. Creía en la eficacia de estadista del ministro solemne, que le proporcionaba la pompa de un Estado en la ciudad aldeana, reservando a Buenos Aires el goce particular del puerto y la Aduana. De ahí que entregara virtualmente las riendas de su gobierno a don Bernardino. Obsérvese que si el hacendado Rodríguez prestaba su incondicional apoyo a Rivadavia, el ganadero Rosas respaldaba a Rodríguez: mientras el unitarismo rivadaviano hacía su experiencia en el poder, Rosas y los ganaderos vigilaban su política.

Los tres años de gobierno de Rodríguez presenciaron la muerte del caudillo Ramírez, la desaparición de la vida política de Artigas y la neutralización de Estanislao López en Santa Fe. Al mismo tiempo que el país vegetaba, despojado de sus rentas por los porteños enriquecidos, los portugueses ocupaban la Banda Oriental, antigua provincia argentina, incorporándola a los dominios lusitanos en América con el nombre de Provincia Cisplatina.

La política continental de la juventud revolucionaria, inspirada por San Martín y sus amigos, salvada en 1819 por la famosa desobediencia sanmartiniana, se desarrolló al margen del gobierno rivadaviano de Rodríguez. San Martín había liberado Perú al fin; Bolívar realizaba a su vez una campaña triunfal en el norte. Pero la situación de San Martín en Lima era extraordinariamente inestable, como pudo probarse más tarde con su renuncia histórica. En realidad, su situación dependía del Congreso Constituyente de Córdoba.[145] Convocado por el general Bustos, dicho Congreso debía constituir la República a pesar de la resistencia porteña. Obligado por su compromiso con López en el Tratado de Benegas, el gobernador Rodríguez aprobó el envío de diputados porteños a Córdoba, pero su ministro Rivadavia, enemigo de toda organización nacional que no estuviese controlada por Buenos Aires, conspiró contra el Congreso, utilizando los mismos argumentos que más tarde emplearía Rosas para postergar indefinidamente la unidad del país.[146]

La fundación de la República habría proporcionado a la empresa sanmartiniana las fuerzas

144 Ricardo Font Ezcurra, *Rivadavia y el proletariado*, Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas, Buenos Aires, 1942, p. 29 y ss.

145 Rivière, ob. cit., p. 23.

146 Vedia y Mitre, ob. cit., p. 200. Es sugestivo que para desalentar el Congreso de Bustos, Rivadavia emplee una argumentación similar a la que empleara Rosas más tarde: las provincias, antes de reunirse en Congreso Constituyente, debían "arreglar su sistema de rentas". Es que querían reunirse precisamente para "arreglarlo", o sea, ¡para disponer de las que gozaba Buenos Aires!

militares necesarias, no sólo para salvaguardar la independencia de América del Sur, sino también para conservar dentro de las fronteras políticas del naciente Estado las provincias del Alto Perú.

Pero Rivadavia hostigó la reunión: argüyó primero que las provincias interiores no estaban preparadas para la organización nacional. En tal sentido instruyó a los diputados porteños en Córdoba. Luego observó que antes que el país adoptara una organización definitiva, convenía esperar un año, para que las provincias ｫ a*rreglen su sistema de rentas* ｻ (afectando ignorar que la renta porteña era de todo el país). Finalmente se arrancó la máscara e incitó al gobierno de Buenos Aires a cancelar los poderes de sus diputados. Así hundía este “organizador de la República” al Congreso Constituyente de Córdoba de 1821.

Este hecho, en verdad, se encadenaba férreamente con la entrevista de Guayaquil y los desesperados pedidos de ayuda militar de San Martín a Bolívar.

En la misma medida en que ascendía en el cielo del Ría de la Plata la estrella política de Rivadavia, y con ella los intereses de los ávidos comerciantes y ganaderos, San Martín se eclipsaba para siempre. Abandonado en el Perú clerical y hostilizado por el gobierno porteño, sin recursos suficientes para resistir, San Martín formula su célebre renunciamiento, que es al mismo tiempo el fin de su vida pública. En esta trágica operación de recambio desaparecía en el destierro el más eminente representante de la generación americana que aspiró a convertir las antiguas colonias españolas en una gran nación. Los intereses regionales, particularmente porteños, antiamericanistas y librecambistas, europeizantes y pseudodoctos, contribuían a nuestra balcanización nacional. Así se quebró la unidad de destino de América Latina en esa hora fatídica.

El unitarismo de frac

Mientras esto ocurría bajo el gobierno de Martín Rodríguez y Rivadavia, ｿ cuál era la situación de la provincia de Buenos Aires y su capital? Desaparecidos los peligros inmediatos y los caudillos más combativos, ｫ *la alegría puso en contacto todos los espíritus* ｻ, escribe Vicente Fidel López:

> Ya no había amenazas internas ni externas. La España estaba reducida a la impotencia y envuelta en todas las miserias de la minúscula pobreza, de la crisis final y de la guerra civil. Artigas hundido en el báratro paraguayo “in profundis” y Ramírez, muerto. Nada ni nadie quedaba que pudiera perturbar la alegría de los que habían llegado a puerto después del terrible vendaval. Al menos, si alguien quedaba, no se le veía la cabeza ni se oía su voz. Bustos era un caudillo incómodo pero bonachón y pacífico. La provincia de Buenos Aires estaba pues, libre

y entregada al espíritu del progreso en todos sentidos.[147]

¡La provincia de Buenos Aires! López detalla en seguida los signos de este progreso: sistema representativo con Cámaras, elecciones, debates públicos, magistrados responsables, leyes económicas, progreso literario y artístico, publicación de la revista *Abeja Argentina*, el periódico *Argos*, la Sociedad Filarmónica, la Academia de Dibujo y Pintura, etc. Y agrega López:

> La provincia estaba toda entera como en una fiesta de familia: contados eran, quizá no pasaban de seis, los hombres de nombre o de influjo que no habían concurrido con los brazos abiertos y con el semblante amigable a estrecharse y poner su contingente en este esfuerzo común.[148]

Véase ahora, admirablemente retratado por la viviente prosa de López, el júbilo de la familia bonaerense, de espaldas al país y a América Latina, al respirar un breve período de paz, que era para Buenos Aires el período de los negocios pingües:

> El comercio inglés buscaba con avidez los cueros de nuestros ganados y los demás productos de nuestros campos. Con este fervor se levantaron viejos hacendados, los Míguez, Castex, Obligado, Lastra, Suárez, Acevedo, Anchorena y cien otros que pusieron en conocimiento de los hombres de gobierno bonaerense las condiciones y localidades de nuestros campos.[149]

Los ganaderos y comerciantes bonaerenses respiraban un poco al fin; ya no tenían necesidad de desprenderse de un solo peso de los ingresos aduaneros para pagar los ensueños de libertad americana de San Martín y otros ilusos como él, ni mucho menos comprometerse en la organización nacional que les arrebataría el control de esa aduana puesta en sus manos por la providencia. Rivadavia fue y debía ser su hombre, aunque por poco tiempo.

La Ley de Enfiteusis y su secreto

Los exégetas de Rivadavia han consagrado muchas vigilias a estudiar la Ley de Enfiteusis, que probaría el carácter visionario del reformador. Habríase propuesto don Bernardino echar las bases jurídicas de la distribución racional de la tierra, con el propósito de poblar la campaña de una

---

147 López, ob. cit., p. 356.
148 Ibíd.
149 Ibíd.

manera capitalista y asegurar un régimen agrario burgués, es decir, moderno. La enfiteusis daba al Estado el dominio de la tierra no escriturada, vale decir, la mayor parte del campo argentino, pues las comunidades indígenas, los labradores y los gauchos nómades no requerían para el usufructo de la tierra sino la posesión virtual. Los fines teóricos de la ley se disolvieron en las manos rapaces de los especuladores, terratenientes y ganaderos, únicos usufructuarios de la supuesta utopía rivadaviana. Fueron los Anchorena, Lezica, Díaz Vélez, Viamonte, Dorrego, los más grandes enfiteutas. Los campesinos colonizadores europeos que debían venir a trabajar las tierras públicas, según la letra de la ley, o fueron atemorizados y expulsados por los terratenientes y ganaderos de la época, o prefirieron llegar al país seis décadas más tarde, pues los prudentes gobiernos europeos no veían utilidad momentánea en emprender semejante aventura colonizadora que tampoco era exigida por la situación económico-social de esos países. Eran mucho más convenientes, en ese momento, la intriga diplomática, la balcanización, el empréstito tramposo.[150]

La Ley de Enfiteusis amplió el asalto de la tierra pública y marcó en realidad el nacimiento de nuestra oligarquía terrateniente. La distribución a voleo de la tierra encontró una causa accesoria en la pobreza fiscal, incapaz de sufragar los abultados presupuestos de sueldos militares creados por la guerra de la Independencia y los conflictos civiles. A falta de dinero, los militares obtuvieron tierras, casi inmediatamente enajenadas en manos especuladoras.

Bajo el gobierno de Rosas este sistema alcanzó gran desarrollo. En 1840, cincuenta familias bonaerenses poseían 160 estancias con un total de 2.093 leguas. La Sociedad Rural Argentina (nos referimos a la predecesora histórica y política de la actual, acerca de cuya existencia esta última guarda un decoroso silencio) fue una de las más activas participantes en esa operación de saqueo sin precedentes a una tierra que la ley destinaba a la colonización. La tentativa de la burguesía mercantil porteña de crear una agricultura capitalista estrechamente ligada a sus protectores británicos se habría desvanecido en la inmensidad pampeana.[151] En realidad, su política había fortalecido a esos «*apacentadores de vacas empeñados en apacentar hombres y pueblos*», según la vigorosa expresión de Sarmiento. Tal es la versión externa y las consecuencias de la famosa Ley de Enfiteusis. Su verdadero móvil obedecía a causas mucho más inmediatas. Cuando el gobierno porteño realizaba gestiones para obtener un préstamo de Inglaterra, se

---

150 Raúl Scalabrini Ortiz, *Política británica en el Río de la Plata*, Reconquista, Buenos Aires, 1940. (Sobre el tema, puede leerse con provecho: Emilio A. Coni, *La verdad sobre la enfiteusis de Rivadavia*, Imprenta de la Universidad, Buenos Aires, 1927.)

151 Véase Jacinto Oddone, *La burguesía terrateniente argentina*, Ediciones Populares Argentinas, Buenos Aires, 1956.

publicó un decreto misterioso que no era otro que la Ley de Enfiteusis. En sus estudios sobre las tierras públicas, Avellaneda afirma:

> El decreto del 17 de abril de 1822 marca una de las fechas más importantes en nuestra legislación agraria. Rompe inopinadamente con la tradición, lanzándose por un camino desconocido: decreta la inmovilidad de las tierras públicas bajo el dominio del Estado, prohibiendo que se extendiera título alguno de propiedad a favor de particular. ¿Con qué objeto se introducía una innovación tan trascendental? El Decreto no lo dice (...) El Decreto del 21 de julio del mismo año reiteró la prohibición en términos más explícitos. Uno y otro decreto guardaban silencio sobre el designio que los había inspirado pero éste no tardó en ser revelado. Un mes más tarde, el Gobierno solicitaba la autorización de la Legislatura para negociar un empréstito en Londres. Al proscribir la enajenación de las tierras, se había tenido por objeto el ofrecimiento en garantía a los prestamistas. Se inmovilizaba la tierra bajo el dominio del Estado, para que sirviera de base al crédito público.[152]

La famosa Ley de Enfiteusis, que erigió la fama de Rivadavia como estadista, era la cobertura legal de una garantía para un préstamo de los usureros ingleses. ¿Cuáles fueron las ventajas de esta operación?

La filantropía de la Banca Baring

La Banca Baring Brothers de Londres otorgó al gobierno de Buenos Aires un empréstito de un millón de libras esterlinas: como todos los empréstitos de los países adelantados a las regiones periféricas, lejos de estimular su desarrollo, fue el nudo inicial de la estrangulación argentina. En un ensayo sobre este negociado, Raúl Scalabrini Ortiz ha demostrado la naturaleza interna de la estafa. Por un millón de libras esterlinas, de las cuales se percibieron oficialmente a lo sumo 570.000, en su mayor parte en forma de letras de cambio sobre comerciantes ingleses de Buenos Aires (no en oro, lo cual hubiera constituido la única ventaja supuesta del empréstito), el país pagó la suma de 23.734.766 pesos fuertes.[153] No incluimos en las cifras el porcentaje más importante: la fabulosa moneda política con que el rapaz Imperio británico comenzó a extender y profundizar su dominio en el Río de la Plata.[154]

---

152 Nicolás Avellaneda, *Estudio sobre las leyes de tierras públicas*, La Facultad, Biblioteca Argentina, Buenos Aires, 1915, p. 68.

153 Scalabrini Ortiz, ob. cit., p. 67 y ss.

154 Real, ob. cit., p. 353. El stalinismo es rivadaviano, como cabe esperar: «*En aquella época, en que el capitalismo no se había transformado todavía en imperialismo, la contratación de un empréstito no determinaba de por sí la entrega de la riqueza nacional ni la colonización del país (...) En las condiciones reinantes en nuestro país en aquel entonces, el empréstito*

Al concluir el gobierno de Rodríguez, fue elegido gobernador de la provincia de Buenos Aires el general Juan Gregorio de las Heras, soldado de las campañas continentales, en las que había servido junto a Bolívar y San Martín. Su nombramiento, en medio de la era rivadaviana, debiose a que los grandes intereses bonaerenses advirtieron en el horizonte la inminente posibilidad de una guerra con el Brasil. La estrechez de Rivadavia, su ingénito pacifismo comercial, su declarado desprecio por la profesión militar, inconcebible en una época donde todo debía ser resuelto por las armas, rompieron circunstancialmente la unidad del gobierno y los puntos de vista de la Legislatura bonaerense. Las Heras fue designado gobernador; Rivadavia se resistió a participar en su gobierno, y fue nombrado ministro plenipotenciario y enviado extraordinario a las cortes de Inglaterra y Francia.

La guerra con el Brasil

En momentos en que Rivadavia partía para Europa, llegaban a Buenos Aires los diputados al Congreso Constituyente que el propio Rivadavia había preparado durante el gobierno del general Rodríguez. Se trataba de una tentativa porteña de imponer al país, bajo el manto de una Constitución, el predominio de la provincia-metrópoli.

Sin embargo, las provincias hicieron oír su voz en las sesiones de dicho Congreso. En enero de 1825 el Congreso se declaraba Constituyente y aprobaba una ley cuyas disposiciones establecían esencialmente lo siguiente: hasta la promulgación de la Constitución que habrá de reorganizar el Estado, las provincias se regirán interiormente por sus propias instituciones; la Constitución que sancionará el Congreso no será promulgada ni establecida en ellas antes de ser aceptada; hasta la elección del Poder Ejecutivo Nacional éste quedará provisoriamente encomendado al gobierno de Buenos Aires; dicho Poder Ejecutivo podía manejar las relaciones exteriores, celebrar tratados, pero no ratificarlos sin obtener previamente la sanción del Congreso. Estas limitaciones terminantes no le impedirían a Rivadavia, a su regreso de Europa, tomar la presidencia de la República por asalto.

Las Heras consagró sus esfuerzos a preparar un ejército nacional. Recibió el apoyo entusiasta de todas las provincias, hartas de la guerra civil y deseosas de reconquistar para la antigua hermandad rioplatense la Banda Oriental, que a partir de la derrota de Artigas había quedado en manos del Imperio del Brasil.

Mientras el gobernador Las Heras preparaba la guerra, el Congreso Constituyente residente en

---

Baring pudo contribuir a la solución de algunos problemas económicos ♰.

Buenos Aires y dominado por el grupo rivadaviano, cometía un crimen más contra la unidad política de las Provincias Unidas del Sur: por ley del 9 de mayo de 1825 otorgaba a los encomenderos y propietarios de minas e indios de las provincias altoperuanas, la "soberanía" de dichas provincias, facultándolas a constituirse en "Nación". Así se perdían las cuatro provincias del Alto Perú: La Paz, Chuquisaca, Potosí y Santa Cruz de la Sierra, por obra de la pérfida política centralista de la oligarquía portuaria. Al no incluir a las provincias altoperuanas en el seno de una política de integración nacional que contemplase sus intereses regionales, se produciría así otro acto debilitante de retracción y de autonomía seudonacional. La disgregación de las viejas colonias españolas en América proseguía.[155]

El factor desencadenante de la guerra con el Brasil fue la famosa expedición de los Treinta y Tres Orientales acaudillados por Lavalleja. Toda la simpatía del pueblo argentino acompañará esa aventura militar destinada a recoger en el seno de las Provincias Unidas del Río de la Plata a la Banda Oriental: Lavalleja barrió con los usurpadores y reunió el Congreso de Diputados en la Florida. El Congreso oriental declaró solemnemente disueltos los vínculos con que el Imperio brasileño había continuado la opresión portuguesa y

> reasumiendo la plenitud de sus derechos sancionó con fuerza de ley que la Provincia Oriental del Río de la Plata quedaba unida a las demás de este nombre en el territorio de Sudamérica por ser libre y espontánea voluntad de los pueblos que la componían, manifestada por testimonios irrefragables y esfuerzos heroicos desde el primer período de la regeneración política de las Provincias Unidas.[156]

Al mismo tiempo, la Banda Oriental enviaba como diputados al Congreso Nacional Constituyente de Buenos Aires, a don Tomás Javier Gomensoro y al doctor don Manuel Moreno, hermano del revolucionario de Mayo. Pero la diplomacia inglesa, inseparable de nuestra historia visible e invisible, tenía las dos manos puestas en este negocio. La influencia secular que Gran Bretaña ha tenido sobre Portugal se transmitió luego a la política brasileña, que jugó siempre un papel de elemento divisionista frente a toda tentativa de unidad sudamericana. Pero en este caso, Gran Bretaña tampoco estaba dispuesta a permitir que Brasil, ya bajo su forma imperial o

---

155 才 *Si no me hubieran intrigado, yo hubiera reunido 20.000 hombres, porque todos los caudillos, incluso Bustos, tenían confianza en mi palabra y a la cabeza de ese ejército, no digo en Río Grande, en Río de Janeiro, también hubiera puesto en amargos aprietos a los portugueses* 忖, dirá Las Heras. (V. Vivián Trías, *Las montoneras y el Imperio británico*, Uruguay, Montevideo, 1961, p. 64.)

156 Acevedo, ob. cit., p. 977.

republicana, alcanzase una excesiva influencia en las costas del Atlántico, capaz de contrabalancear decisivamente el poder argentino. De ahí que el Foreing Office no contemplara con simpatía la integración de la Banda Oriental a la Argentina, o de la Provincia Cisplatina al Imperio del Brasil.

Era de vital importancia para la política británica apoyarse en un puerto rioplatense, que no fuera ni brasileño ni argentino, sino "independiente"; dicho en otras palabras, los ingleses deseaban contar en nuestro estuario con un Gibraltar sudamericano. La "soberanía" uruguaya sería contemporáneamente para el imperialismo, la más plena garantía de su dependencia real.

Algunos historiadores han señalado que el apoyo otorgado por los ganaderos y comerciantes bonaerenses encabezados por los Anchorena, primos de Rosas, a la expedición de los Treinta y Tres Orientales, perseguía como objeto el de asociar algunos sectores de la Banda Oriental a los intereses de los saladeristas de la ciudad de Buenos Aires, tendiendo las líneas para enfrentar unidos al monopolio comprador europeo. Lo que resulta indiscutible es que la guerra con el Imperio fue una guerra nacional en todas las provincias argentinas. Ni los historiadores reaccionarios han pretendido negar este hecho. Los gobernadores de las provincias se desprendían hasta de las tropas del cuartel que tenían a su servicio, como Bustos en Córdoba y Arenales en Salta; pero el partido unitario rivadaviano no veía en este conflicto sino el peligro de la formación de un Ejército Nacional que escapara al control de Buenos Aires y de los intereses a ella asociados.

La fracción rivadaviana da un golpe de Estado

Declarada la guerra, la política unitaria porteña consistiría en terminarla cuanto antes. En tales circunstancias Rivadavia regresó al país. Fue inmediatamente rodeado: había llegado el momento de inventar el "sillón de Rivadavia". Para mostrar hasta qué punto se ha falsificado nuestra historia, basta decir que Rivadavia se hizo presidente mediante un golpe de Estado.

La trama interior de ese golpe no puede ser más edificante. El gobierno de Las Heras era una conjunción de militares de la campaña de la Independencia y de hacendados bonaerenses. Por su carrera, su formación y su pasado, los militares de la Independencia como Las Heras tenían de la política una visión nacional y latinoamericana; los hacendados bonaerenses, por su parte, aunque vendían sus productos en los mercados exteriores, eran, en primer lugar, productores directos de la única rama importante de la economía argentina de esa época. Ligados al país por sus intereses y su psicología, si frente a las provincias paupérrimas querían mantener privilegios portuarios y

aduaneros, poseían, en cambio, un desarrollado sentimiento nacional de carácter defensivo. La más perfecta encarnación de estos rasgos fue, años más tarde, Juan Manuel de Rosas.

En el seno del gobierno de Las Heras existía, sin embargo, un lazo de unión con ese poderoso grupo de intereses radicado en la ciudad de Buenos Aires, que era la burguesía comercial. El doctor Manuel José García, ministro de Gobierno, Hacienda y Relaciones Exteriores, era un agente de esa burguesía compradora, como llamaron los aventureros portugueses en Oriente a los mercaderes asociados al capital extranjero. Los perfiles sombríos de su vida pública no hacen sino reflejar el papel antinacional que ese sector económico-político ha jugado en la ciudad de Buenos Aires, a lo largo de nuestra historia. Frío, desapasionado, untuoso, indiferente al país, culto de ademanes, el doctor García había aceptado con contenido orgullo esa definición de “perfecto caballero británico” que le había discernido Lord Ponsonby, embajador de S. M. en Río de Janeiro y principal artífice de la balcanización rioplatense.

Este siniestro personaje fue la más perfecta expresión de la burguesía porteña. Su vida pública abarca desde las invasiones inglesas hasta el ofrecimiento formulado por Rosas, y no aceptado por García, de una embajada en el Perú. Pero su papel de agente inglés, de enemigo irreconciliable de Artigas y de los caudillos, no ha sido quizás superado. Mitre traza de García un retrato sugerente; como le ocurre con frecuencia a este historiador, los resultados se parecen a las batallas que libró. En su *Historia de Belgrano* hasta el propio Mitre debe admitir que García tuvo participación preponderante en la invasión portuguesa a la Banda Oriental. ¡Y era el diplomático argentino acreditado en la corte de Río! Se sabe, también por Mitre (ob. cit., p. 454), que el general Beresford, aquel británico de las invasiones de 1807, organizó en Río el embarque de las tropas portuguesas que se dirigían a la Banda Oriental, y que “*Herrera y García cooperaron en efecto más o menos directamente a su realización*” (ibíd., p. 455).

La Banda Oriental era una provincia “argentina” en el sentido de que formaba parte de las Provincias Unidas del Sur. Y el diplomático de Buenos Aires “cooperaba” a su pérdida, lo que no impide al mismo Mitre en la obra citada afirmar que se trataba de un “*patriota decidido, hombre de elevación moral, cabeza de inteligencia poderosa nutrida con estudios serios (...) era un verdadero hombre de Estado*” (ibíd., p. 455). En la misma página, Mitre señala, sin embargo, que García fue el enviado de Alvear para ofrecer en 1815 las Provincias Unidas a Inglaterra como colonias. También dice Mitre que García, en esta oportunidad, “*no retrocedía ante el protectorado del Portugal*” (de las Provincias Unidas). Por lo que puede verse, García era un viajante que estaba permanentemente dispuesto a vender su patria ante el mejor postor. Pero, para

Mitre, era una pura especulación patriótica, ya que se atreve a justificar a García diciendo que se elevaba “*a la región neutra desde la cual creía dominar el delirio de que estaba poseído su país (...) y establecía, como punto de partida, que las Provincias Argentinas eran impotentes para salvarse por sí solas*”. De donde García infería “*que necesitamos la fuerza de un poder extraño*” (ibíd., p. 457).

Toda la significación de la personalidad de Artigas y de la política antinacional de los porteños, desde García, Rivadavia y Mitre, está meridianamente expuesta en el propio Mitre. Todo argentino debería leer las siguientes páginas del general Mitre: desde la 453 hasta la 464, en la *Historia de Belgrano*. Esa lectura será suficiente para la vindicación del artiguismo y el oprobio de sus adversarios.

Pero volvamos al relato. En el gobierno de Las Heras vemos un complejo de fuerzas que no habría de volver a repetirse: los hacendados, la burguesía comercial porteña y los militares americanos de la generación de San Martín. Estos últimos, ya sin base propia, no podrán desarrollar una política independiente. Eran respetados como se venera y se utiliza a los grandes muertos.

La fracción rivadaviana en el Congreso Constituyente reunido en Buenos Aires, logró obtener, mediante maniobras electorales ilícitas, una circunstancial mayoría. Los rivadavianos estaban resueltos a terminar con la política de contemporización que Las Heras practicaba con los caudillos provincianos. Para Las Heras, el primer problema era la guerra con el Brasil y la adopción de una Constitución que respetase los diversos intereses en juego. Aunque la política de Las Heras no respondía a las exigencias de una orientación genuinamente nacional, que hubiera debido poner las rentas aduaneras al servicio de la Nación toda, procuraba al menos encontrar una solución de equilibrio provisional. Tal fue el espíritu de la primera ley dictada por el Congreso Constituyente a que hemos aludido. Para los rivadavianos, el dilema estaba concebido en otros términos. El primer problema era liquidar la existencia de los caudillos, los “anarquistas” y los “vagos” del interior argentino. En segundo lugar, buscar una paz a toda costa con el gobierno esclavista del Brasil, cuya pomposa corte de opereta en el trópico reproducía, en una versión burlesca, el despotismo ilustrado de los viejos absolutismos europeos. Dichos rasgos herían la imaginación de Rivadavia, que tampoco ignoraba las vinculaciones del Imperio brasileño con la todopoderosa Gran Bretaña. En verdad, Rivadavia era “brasilero”, como habría de llamarse setenta años más tarde al general Mitre, un rivadaviano de la mejor escuela.

Los resultados de las elecciones en algunas provincias que aún no habían enviado sus

representantes al Congreso Constituyente, hicieron ver a Rivadavia el peligro de quedar en minoría. Tomando la ofensiva, hizo aprobar en la sesión del 6 de febrero de 1826 una ley electoral que establecía la creación de un Poder Ejecutivo Nacional a cuya cabeza se encontraría el presidente de las Provincias Unidas del Río de la Plata.[157] El término de su mandato se establecería en el momento de dictarse la Constitución Nacional. La ley fue promulgada inmediatamente por Las Heras, gobernador de la provincia y encargado accidental del Poder Ejecutivo Nacional; envejecido y amargado, Las Heras se sintió incapaz de resistir la intriga facciosa. Al día siguiente Rivadavia era designado presidente de la República. Un historiador señaló que «*en vano fue observar que no habiendo constitución no podía haber Presidente y siendo Constituyente, el Congreso no podía elegir Presidente de una República inconstituida*».[158]

Así fue como Bernardino Rivadavia se hizo elegir primer mandatario de un país que lo rechazaba con todas sus fuerzas. Hace más de un siglo que oímos a sus epígonos declamar sobre la democracia.

Su política inmediata estuvo en estrecha relación con los métodos puestos en práctica para conquistar el poder. Ella desató una furiosa y desgarradora guerra civil que cubrió bien pronto todo el territorio argentino.

Los ganaderos rompen con Rivadavia

La audaz maniobra de Rivadavia conmovió al país hasta sus entrañas.

> El golpe resonó profundamente en las provincias —escribe Pelliza— al ver que el nombramiento de Presidente se efectuaba sin la participación que les correspondía. Esta burla singular arrojada a la faz de los gobernadores y caudillos soberbios sublevó con nueva acritud la moderada conducta que observaron hasta entonces, y lanzándose en las vías de una reacción prepararon la ruina de aquella presidencia y la disolución del Congreso.[159]

El famoso liberal ya estaba en el camino de la dictadura. Un mes más tarde la mayoría unitaria del Congreso Constituyente, inspirada por Rivadavia, aprobaba una ley por la que se designaba a la ciudad de Buenos Aires capital de la República. Pero cometía el fatal error de anexarle el

---

[157] Véase Emilio Ravignani, *Historia constitucional de la República Argentina*, Peuser, Buenos Aires, 1926.

[158] López, ob. cit., p. 366.

[159] Pelliza, ob. cit., tomo III, pp. 174 y 175.

territorio comprendido entre el puerto de las Conchas y el de Ensenada, con una línea en arco que subía hasta el puente de Márquez. El texto de la ley añadía que, con el resto del territorio bonaerense, se organizaría otra provincia por ley de la Nación. Mientras esto no se efectuara, el territorio de la provincia y el de la capital quedaban bajo el control de las autoridades nacionales designadas por sí mismas.

Estos actos adolecían de una increíble torpeza política. Al destruir la existencia política de la más poderosa provincia argentina, Rivadavia disolvía la alianza mantenida hasta entonces con los ganaderos bonaerenses. Éstos constituían, en realidad, su única base seria de sustentación. Por dicha medida, el general Las Heras, gobernador de la provincia de Buenos Aires, era expulsado de su puesto, anulados los mandatos de los legisladores bonaerenses y de los magistrados elegidos por el pueblo de la provincia y desarticulados los posibles instrumentos del propio poder presidencial. Si la federalización de la ciudad de Buenos Aires no le atraía en modo alguno el apoyo de los caudillos provinciales que deseaban organizar el país por medios democráticos, la amputación de la provincia levantaba en su contra a los ganaderos que constituían su clase dominante.

Desde ese momento, Rivadavia se agita en el vacío. El Congreso Constituyente aprobó una Constitución unitaria, violando así la voluntad expresa de las provincias interiores, que se sentían despojadas de su voluntad y sus derechos por la despótica minoría centralista de la ciudad porteña. Se trataba de hacer la unidad "a palos", según la fórmula de Julián Segundo de Agüero.[160]

La Constitución de 1826 no hacía sino reproducir la de 1819, contra la cual se había levantado el país entero. La resistencia opuesta por Dorrego, diputado representante de la provincia de Santiago del Estero, a cuyo frente estaba el caudillo Ibarra, acompañado por Manuel Moreno, diputado por la Banda Oriental, fue inútil. La Constitución fue aprobada a tambor batiente. Para medir el espíritu democrático que animaba a sus autores, bastará señalar que la Constitución suspendía los derechos electorales del doméstico a sueldo y del jornalero, proposición que fue impugnada por Dorrego y los federales democráticos.

La Constitución abstraía las condiciones reales del país en ese momento, cuyos caudillos militares defendían obstinadamente el derecho de las diferentes regiones a participar de las ventajas del crédito público y de la renta aduanera que detentaba entonces la ciudad de Buenos Aires.

---

160 Julio B. Lafont, *Historia de la Constitución Argentina*, F. V. D., Buenos Aires, 1953, tomo II, p. 64.

Simultáneamente desconocía los derechos políticos de las provincias, reduciéndolas a simples agentes de un poder central que nadie había elegido. El destino de esta Constitución, que destituía de hecho a los caudillos armados hasta los dientes, y que eran el único poder real de la época, no fue sino un testimonio suplementario de la completa ceguera de Rivadavia y su círculo áulico. El golpe de Estado que lo llevó a la presidencia de la República había encendido nuevamente la guerra civil. La trágica presidencia de Rivadavia demostraría a los ganaderos que la burguesía comercial porteña era incapaz de mantener los privilegios bonaerenses con el equipo unitario.

El país de Facundo

Los delegados del gobierno rivadaviano partieron orgullosamente hacia el interior. Llevaban ejemplares de la Constitución para depositarlas en manos de los caudillos. Antes aún de que los emisarios llegaran, Catamarca rechazaba dicho documento, retiraba su mandato y sus poderes a los diputados que la representaban en el Congreso Constituyente y declaraba abiertamente que dicha provincia no admitía otra forma de gobierno que la republicana federal.

Córdoba, bajo el mando del general Juan Bautista Bustos, separaba esa provincia de la República ilusoria de Rivadavia, y ordenaba al delegado de Buenos Aires, doctor Gorriti, abandonar el territorio de la provincia en el más breve plazo.[161]

En La Rioja estaba Facundo; allí enviaron al doctor Dalmacio Vélez Sársfield, para que entregara al temible caudillo una Constitución que lo destituía. Pero ya probaría Vélez en la circunstancia que no era lerdo y que llegaría a viejo. En vez de viajar a La Rioja se dirigió a Mendoza. Desde Cuyo probó el sistema postal: le envió una carta a Facundo, adjuntándole la Constitución. El sobre fue devuelto sin abrir, pero el futuro autor del Código pudo conservar la cabeza sobre los hombros.[162]

El doctor Tezanos Pintos fue encargado de depositar en manos del general Ibarra, gobernador de Santiago del Estero, la flamante Constitución. Una crónica regocijante cuenta que el enviado, hombre adicto a las normas, se presentó en la casa del gobernador, en una de esas tardes bochornosas de Santiago, con galera de pelo, levita abotonada, pantalones de grueso paño y puños almidonados. El caudillo lo recibió sentado en el umbral de su casa, descalzo, con chiripá y vincha, en camiseta y tomando mate.[163] Le ofreció un amargo al afanoso y estupefacto enviado porteño, pero se negó a recibir el desdichado pliego constitucional.

---

161 Rivière, ob. cit., p. 55.

162 Pedro de Paoli, *Facundo*, Ciordia y Rodríguez, Buenos Aires, 1952, p. 166.

163 Domingo Maidana, *Ibarra y el clero santiagueño*, Santiago del Estero, 1947, p. 15.

Entre Ríos desconocía por medio de su Legislatura la Constitución unitaria, agregando que estaba al mismo tiempo dispuesta a contribuir con sus fuerzas al sostenimiento de una guerra nacional contra el Imperio brasileño.

La guerra civil en el interior ya había sido preparada por la fracción rivadaviana de Buenos Aires, estrechamente vinculada a varios militares, entre ellos el general Lamadrid. Este oficial —un soldado sin seso, con un apetito de aventuras siempre despierto— había sido enviado poco antes por el gobernador Las Heras para organizar algunos cuerpos destinados a la lucha con el Brasil. Pero, en realidad, Lamadrid utilizó su mandato para dar un golpe de Estado en Tucumán. Depuso al gobernador Javier López y se instaló en la primera magistratura de esa provincia con el objeto de ofrecer a la secta unitaria porteña un importante punto de apoyo militar en el interior sublevado.

Instantáneamente se levantaron en armas Ibarra, Bustos y Quiroga, y con ellos, los pueblos de las provincias del norte. Es el momento en que revélase en escala nacional la personalidad política y militar del general Juan Facundo Quiroga. Sarmiento ha contribuido con el valor artístico de su Facundo a elaborar la leyenda fascinante y maligna de la barbarie de chiripá. No será un simple accidente que los estudiantes argentinos se nutran en esa versión oficial de nuestra epopeya gauchesca. No era Facundo ese gaucho de barba impresionante, oliendo a tabaco rústico y vino carlón, con habla carajeadora y bota reseca de potro, sediento de sangre, que Sarmiento dibuja en su panfleto célebre. Si el sanjuanino no conocía la pampa más que de oídas —lo que no impidió que su genio de escritor la describiese—, tampoco su versión de Facundo respondía al hombre real, ni a la verdad histórica. Como todos los caudillos argentinos, Facundo había hecho sus primeras armas en los ejércitos de la Independencia americana. Soldado del Regimiento de Granaderos a Caballo a las órdenes del general San Martín, capitán de milicias en La Rioja, colaborador del ejército de Belgrano, auxiliar con su padre de los ejércitos del Perú, benemérito de la patria, según un decreto de Pueyrredón, Juan Facundo Quiroga procedía de una familia de pequeños terratenientes de situación holgada, en relación con el carácter paupérrimo de los llanos esteparios; circunstancialmente, en la provincia de San Luis, Quiroga interviene en la represión del levantamiento de los prisioneros españoles que habitaban esa ciudad, y es factor decisivo en el aniquilamiento de esa conjuración.

Mientras las llamas de las guerras civiles devoran el país, el joven militar y terrateniente provinciano vive consagrado a las labores rurales, siguiendo con atención las alternativas de la política porteña. El doctor Castro Barros, sacerdote exaltado, le ha enseñado en su infancia a leer

la Biblia, cuya potente poesía enciende la imaginación del niño, y lo seduce hasta grabarla fielmente en su memoria.[164]

El ascendiente político de Facundo en La Rioja era fruto de esas condiciones apacibles, derivadas de la economía natural en una provincia mediterránea cuyos intereses no dependían del capital extranjero, y cuya ideología espontánea era, en consecuencia, la de un nacionalismo altivo, ingenuo y profundo. La Rioja, como las otras provincias interiores, carecía de productos exportables; su única posibilidad de progreso material e intelectual consistía en el desarrollo de sus fuerzas productivas, en las industrias y en la minería. Para Quiroga y sus comprovincianos más esclarecidos, la necesidad de organizar el país para restituir a sus pueblos el usufructo de la Aduana y del Tesoro Nacional era un problema de vida o muerte, no un tema de Derecho Constitucional.

El unitarismo de frac conocía Londres y París, pero sus hombres jamás habían puesto los pies en Córdoba o La Rioja. Despreciaban profundamente a esas provincias del interior precapitalista que yacían en la miseria bajo un paisaje bíblico. La política librecambista, impuesta por la burguesía comercial porteña desde la Revolución de Mayo, tendió férreamente a convertir el interior del país, la zona más rica de la época virreinal, en el territorio más pobre de la era republicana. Al pretender Buenos Aires degradarlo a simple mercado de los ponchos ingleses, el interior resistió ese destino con las armas en la mano.

De ahí derivaban la resistencia, la hostilidad y la desconfianza de las provincias mediterráneas hacia el núcleo dirigente de la privilegiada Buenos Aires.

¿Cómo no habrían de mirar por encima del hombro los abogados rivadavianos a esas provincias cuyos mandatarios se cubrían con los ponchos lugareños y donde la vajilla de plata era excepción? David Peña ha retratado vívidamente las costumbres políticas en las provincias de ese tiempo:

Después del gobernador, casi siempre un viejo gaucho militar, cargado de malicia y de un profundo conocimiento de la psicología del paisanaje, venía la Sala, es decir, la Legislatura, grupo manso de pocos e ilustrados vecinos hacendados, mineros, sacerdotes. El gobernador disponía de un secretario ministro, hombre de pluma y labia, a veces un desgajado de Montserrat o Charcas con sus latines a cuestas; otras, con su sable además del doctorado. (...) No siempre el Ministro era del lugar por lo mismo que se le requería doctor, en varias ocasiones hemos de ver una especie de ambulancia ministerial en tres o cuatro provincias afines. La justicia estaba en manos indiestras: un juez pedáneo, casi siempre anual, sometido a reglamento; un juez de paz acompañado de dos

[164] De Paoli, ob. cit.

vecinos hombres buenos y el alcalde de primer voto. Estos y otros servicios como los piadosos los desempeñaban los miembros de la Santa Hermandad que formaban Juntas ya en Buenos Aires, y en la última aldehuela.[165]

Estos vecinos, junto a los pastores y artesanos de los llanos, montaron a caballo cuando la mano vigorosa de Facundo levantó su lanza para defender a su gente amenazada por la barbarie porteña.

No se trataba solamente de la Constitución unitaria del año 26. En lo que a ésta respecta, el gobierno de La Rioja, con el apoyo de Quiroga, había resuelto desconocer a Rivadavia como presidente de la República. La Rioja fundaba su posición en que el Congreso general de Buenos Aires era sólo Constituyente y no podía nombrar presidente de la Nación. Asimismo, los riojanos resolvieron desconocer toda ley enviada de dicho congreso, hasta que no se sancionara legalmente la Constitución Nacional, por la opinión y el voto de todas las provincias argentinas.

Los ingleses en las montañas riojanas

La explotación minera de Famatina constituyó uno de los factores más decisivos de la crisis con Juan Facundo Quiroga. Tradicionalmente, la mina de Famatina había sido considerada una de las más importantes fuentes de mineral. Ya era el cerro un gran recurso desde la Revolución de Mayo, cuando la escasez de numerario se hizo angustiosa para los gobiernos revolucionarios. Posteriormente, cuando el drenaje en metálico efectuado de una manera sistemática por el comercio británico en Buenos Aires colocó a los gobiernos argentinos en una situación de completa dependencia del capital extranjero, el cerro de Famatina se reveló como un extraordinario proveedor para La Rioja y el país.

La desorganización general, del mismo modo que la ausencia de capacidad técnica, impidió una explotación adecuada. Un grupo de capitalistas riojanos obtuvo el apoyo del general Quiroga y posteriormente el aporte de capital de un sector de ganaderos bonaerenses, con el objeto de constituir una compañía que se denominó “Establecimiento de la Casa de Moneda y Mineral de Famatina”. Se adquirieron maquinarias, fue contratado personal y se comenzaron los trabajos, que proporcionarían a la provincia riojana una industria de primera magnitud para la época.

Fue en tales circunstancias que culminaron unas largas negociaciones llevadas a cabo por Rivadavia desde el año 1823. Al asumir la presidencia de la República, poco después de regresar Rivadavia de Londres, constituyose en la capital británica la “River Plate Minning Association”

[165] David Peña, *Juan Facundo Quiroga*, Americana, Buenos Aires, 1953, p. 68.

con el objeto de explotar la mina de Famatina, y de cuyo directorio formaba parte el presidente de la República con un sueldo anual de 1.200 libras esterlinas.[166]

Rivadavia demostró una vez más un menosprecio completo por la existencia de la compañía argentina y una crasa ignorancia de las condiciones políticas del país. Presidente de la República y accionista de la compañía británica, puso en ejecución la ley que creaba el Banco Nacional y en cuyo articulado se declaraban nacionalizadas todas las minas del país. En los articulados 78 y 80 de la ley que creaba esta institución controlada por mayoría absoluta de votos por los comerciantes ingleses, se establecía « *que sólo el Banco Nacional podrá cuñar moneda en todo el territorio del Estado* ». El artículo siguiente añadía « *que no podrá tampoco establecerse otro cuyo capital exceda de un millón de pesos* ». De acuerdo a la ley que creaba el Banco Nacional, quedaba de hecho anulado el contrato celebrado por el gobierno riojano con la sociedad de la cual era accionista Quiroga, dejando en manos exclusivas de Buenos Aires el manejo de esa explotación minera.

Para tranquilizar a los inversores británicos, Rivadavia escribía a la Casa Hullet Brothers de Londres: « *Las minas son ya por ley propiedad nacional y están exclusivamente bajo la administración del Presidente* ».[167]

Pero nacionalizar las minas en Buenos Aires era más simple que tomar posesión de ellas en La Rioja. Las lanzas riojanas mantuvieron a distancia a los mineros ingleses. La quiebra de la "Minning" no fue el único escándalo que envolvió la caída de Rivadavia.

La propia historia del Banco Nacional, a que hemos aludido, contribuirá a una mejor comprensión de la política rivadaviana en defensa de la burguesía comercial porteña.

En 1822, siendo Rivadavia ministro de Gobierno del general Rodríguez, se creó por decreto el Banco de Buenos Aires, con un capital de un millón de pesos. Este banco tenía tales caracteres de privilegio que su creación levantó grandes protestas.

A pesar de ser un banco particular, la ley le otorgaba la facultad de emitir papel moneda, derecho privativo de todo gobierno soberano.

Se ha demostrado irrefutablemente que dicho banco estuvo permanentemente bajo el control de las finanzas británicas. En 1825, sobre un total de 702 votos, los comerciantes ingleses contaban con 381. Antes de transformarse en Banco Nacional, bajo la presidencia de Rivadavia, los ingleses contaban con 589 votos sobre un total de 838. Scalabrini Ortiz, en su estudio sobre el

---

166 Para una exposición completa de la gestión financiera de Rivadavia, véase Scalabrini Ortiz, ob. cit. Las infortunadas gestiones mineras han sido resumidas por Rosa, ob. cit., cap. III.

167 López, ob. cit., tomo X, p. 231.

tema, ha demostrado hasta la evidencia el carácter subordinado de esta institución típicamente rivadaviana, que ponía en manos de una potencia extranjera el manejo de la moneda argentina, precediendo en más de un siglo al funesto Banco Central de Pinedo y Prebisch.[168]

Refiriéndose a la renuncia del comerciante Sáenz Valiente al directorio de dicho banco, Mr. Robertson, miembro asimismo del directorio, consigna en un acta del 27 de setiembre de 1824 que

> el señor Sáenz Valiente protestándole la mayor franqueza le había expresado que el motivo que él tenía para no admitir dicho honor, era que creía lo que generalmente se decía en el pueblo y es que en el banco los extranjeros ejercen una influencia perniciosa para el país, a cuyo abuso él no quería contribuir.[169]

En 1836, con el poder político bonaerense en manos de los ganaderos, el Banco Nacional cerró sus puertas. Rosas restituyó al gobierno de Buenos Aires el derecho de emitir papel moneda. En su mensaje del año 1837 este gobernante afirmaba que

> el capital con que se levantó el Banco fue todo una ficción y desde los primeros momentos de su giro los billetes tuvieron el carácter de inconvertibles; el Banco Nacional hecho árbitro de los destinos del país y de la suerte de los particulares dio rienda suelta a todos los desórdenes que se pueden cometer con influencia tan poderosa.[170]

La tierra purpúrea que Inglaterra perdió

Las masas y las lanzas estaban de pie. La indignación general de los caudillos contra el despótico poder porteño, erigido sobre arena, llevó al espíritu de Rivadavia la convicción de que sólo una paz a toda costa con el Brasil podría permitirle desviar las tropas argentinas comprometidas en la guerra nacional para sofocar la guerra civil. Esta necesidad interior de la burguesía comercial porteña respondía perfectamente a los planes de la diplomacia británica en el Río de la Plata.

El general Alvear había obtenido un decisivo triunfo en la batalla de Ituzaingó. Se estaba a sólo un paso de reintegrar la Banda Oriental al seno de las Provincias del Río de la Plata. El más negro pesimismo reinaba en la corte de Río. Las tropas brasileñas estaban desconcertadas y eran impotentes para resistir un nuevo empuje argentino. Esa fue una hora histórica. En tales

---

168 Scalabrini Ortiz, ob. cit., p. 65 y ss.
169 Ibíd., p. 61.
170 Ibíd., p. 69.

circunstancias, Rivadavia decidió enviar a su ministro, el doctor Manuel José García, a negociar apresuradamente la paz ante la corte imperial de Río de Janeiro. Esta actitud inesperada, en la que el vencedor pide la paz al vencido, llenó de asombro y regocijo al emperador.

El sesgo favorable que había tomado el curso de la guerra para las armas argentinas no podía satisfacer a la política inglesa, por otra parte. Era una vieja opinión del ministro de Colonias británico, que el Río de la Plata no podía quedar bajo el control de un solo país. También el Imperio del Brasil, influido por los ingleses, se oponía tradicionalmente a la consolidación de un poderoso Estado en la cuenca del Plata. Para Gran Bretaña era de alto interés imperial introducir una cuña en el río, llave del interior sudamericano, en forma tal que su comercio y su diplomacia controlasen un puñado de pequeños Estados para desplegar su juego de dominación sobre todos ellos. En un alarde de franqueza cínica, Lord Ponsonby había confesado al argentino José María Roxas y Patrón:

> El gobierno inglés no ha traído a la América a la familia real de Portugal para abandonarla, y la Europa no consentirá jamás, que sólo dos Estados, el Brasil y la Argentina, sean dueños exclusivos de las costas orientales de América del Sur desde más allá del Ecuador hasta el Cabo de Hornos.[171]

Educado en la escuela europea, por la que sentía una típica admiración colonial, Manuel José García, antiguo contertulio en Río de Janeiro de Lord Stranford, fue el agente natural de la política inglesa de fragmentación nacional en el Sur. Rivadavia exigía la paz enseguida. La sorpresa del emperador brasileño no tuvo límites al comprobar que los ejércitos argentinos victoriosos enviaban un diplomático para mendigar una paz a cualquier precio al día siguiente de ganar en Ituzaingó una batalla decisiva contra el Imperio.

Así fue como el Imperio derrotado impuso condiciones draconianas al país vencedor. Brasil planteó la exigencia de retener bajo su férula a la Banda Oriental; también reclamó la isla Martín García. Pero este pedido del Brasil tampoco podía complacer a la política británica, que sólo deseaba debilitar lo suficiente a los antagonistas para imponer su propio objetivo: la creación de un Estado independiente en el Río de la Plata. Muy bien debió comprender este propósito el cónsul norteamericano Forbes, que en una carta dirigida a su gobierno en junio de 1826 afirmaba:

> Lo que yo había predicho se cumple: se trata nada menos que de la erección de un gobierno independiente y

---

171 Ibíd., p. 107.

neutral en la Banda Oriental bajo la garantía de Gran Bretaña (...) es decir, sólo se trata de crear una colonia británica disfrazada.[172]

La intransigencia del emperador del Brasil era explicable. Esperaba aprovechar las divergencias intestinas del pueblo argentino para conservar en su poder la Banda Oriental.[173] Pero esta actitud irritó a Canning, primer ministro británico. El embajador brasileño en Londres, vizconde de Itaballana, informaba a su gobierno acerca de una conversación con Canning, en la cual el ministro inglés le afirmó su voluntad de intervenir como mediador en el conflicto.

Quiere serlo tan a toda fuerza —escribía el embajador— que me intimó que si el Brasil no hiciese la paz con Buenos Aires dentro de un plazo de seis meses, es decir, si no cede la Banda Oriental, la Inglaterra se declarará a favor de Buenos Aires y contra el Brasil.[174]

Los ingleses sabían cómo apretar. Amenazaron al Imperio con negarle recursos financieros, paralizar los empréstitos y retirar la tripulación de la flota brasileña, compuesta en su mayor parte por marinos británicos. Pero contra todo lo previsto por el Brasil, los ingleses y los propios argentinos, el ministro García accedió a las más absurdas exigencias del emperador del Brasil y firmó el Tratado.

La violencia de la indignación en Buenos Aires y en todo el país aterrorizó a Rivadavia, que sentía vacilar la tierra bajo sus pies; viose obligado en ese momento a desautorizar a García, acusándolo de haber traspasado sus instrucciones y se negó a ratificar el Tratado. García, veterano agente británico, se defendía afirmando que en las instrucciones verbales que había recibido se le había recomendado que

el principal interés era salvar a la República de los gobiernos bárbaros que dominaban las provincias que amenazaban extenderse a la capital. Y que en la alternativa de ver perdida la cultura social y política del país o tener el ejército para salvarla, había creído que a esto último le obligaba su deber y su patriotismo, tanto más que cuanto a sus ojos los orientales no eran ni serán jamás argentinos.[175]

Bloqueado por los caudillos en armas, jaqueado por los ganaderos bonaerenses, abandonado

[172] Ibíd., p. 106.
[173] Palacio, ob. cit., p. 289.
[174] Scalabrini Ortiz, ob. cit., p. 106.
[175] López, ob. cit., p. 372.

por la propia ciudad de Buenos Aires, reducida a polvo la estructura institucional que fundara en el vacío, incapaz de hacer la paz con el Brasil, y sin poder dominar a las provincias, Rivadavia renunció, desapareciendo para siempre de la escena política argentina. El juego maestro de Gran Bretaña se revelaba en toda su amplitud. La frase jactanciosa de Canning podría comprenderse luego: «*He hecho surgir a la vida un Nuevo Mundo, para restablecer el equilibrio del antiguo*».[176] La grandeza de Europa debía fundarse en el sometimiento y dispersión de América Latina. A la primera edición de su libro admirable, Guillermo Enrique Hudson puso como título *La Tierra Purpúrea que Inglaterra perdió*. Luego, por intuición, o significativo azar, esa obra que tan magistralmente describe el campo de la Banda Oriental, se llamó simplemente *La Tierra Purpúrea*. No sabremos nunca si el artista sospechó tardíamente que en verdad Inglaterra había ganado una nueva partida en la historia de nuestra balcanización.

El dorreguismo como tendencia

El sector federal liberal de los ganaderos bonaerenses, encabezado por Dorrego, frente al caos originado por la política rivadaviana, formuló entonces un proyecto de ley aceptando la renuncia de Rivadavia y decretando la suspensión de las sesiones del Congreso Constituyente. La provincia de Buenos Aires se reconstituía como Estado, procedía a la elección de su Legislatura y al nombramiento de su gobernador.

Tras una breve presidencia interina del doctor Vicente López y Planes, el coronel Manuel Dorrego fue elegido gobernador de Buenos Aires.

La vergonzosa caída de Rivadavia con la erección de la Banda Oriental como “Estado independiente”, si no era un triunfo brasileño, era en cambio una victoria británica, y sobre todo, una derrota argentina. Hundió en el descrédito nacional más completo al partido rivadaviano porteño. Los ganaderos se persuadieron de que era imprescindible cambiar la política de Buenos Aires. Aceptaron la gobernación de Dorrego como una solución de emergencia, pero ése no era su hombre.

Manuel Dorrego había sido un destacado oficial de las guerras de la Independencia. El voluble Dorrego, altivo, desenfadado, imaginativo, era un cabal argentino del Buenos Aires de su tiempo. Oficial notable de San Martín y de Belgrano, orador chispeante, amigo de gauchos y adorado por la plebe, Dorrego gustaba de la política, manejaba libros, era un soldado intrépido.

Ante la política abiertamente antiargentina de la burguesía comercial, Dorrego recibió el

[176] Vedia y Mitre, ob. cit., p. 215.

apoyo pasivo de los hacendados bonaerenses, que no podían criar sus vacas en paz frente al fantasma de la guerra civil azuzado por la política rivadaviana. Dorrego contaba asimismo con el apoyo de las peonadas, gauchos, artesanos y capas populares de la población porteña y bonaerense, de las cuales se había hecho intérprete. No debemos olvidar, por otra parte, que el caudillo Ibarra lo había designado como diputado por Santiago del Estero en el Congreso Constituyente rivadaviano. Dorrego y su grupo estaban en condiciones de llegar a un entendimiento con los caudillos del interior para la organización nacional.

Por otra parte, los intereses de Buenos Aires eran tan poderosos y tan obsesivo su localismo portuario, que nadie en esa ciudad de 1828 se habría atrevido a defender una política nacional como la exigida por las provincias interiores.[177] Dorrego fue la suprema expresión de una tendencia que buscaba un acuerdo, por más precario que fuese, con el interior nacionalista. De ahí la cólera redoblada con que los ingleses y los rivadavianos enfrentaron su política, y la indiferencia con que los ganaderos lo dejaron morir.

Rosas, que haría de la tumba de Dorrego el escalón de su carrera hacia el poder, ya lo había traicionado en 1820, cuando apoyó al general Rodríguez, jefe del partido unitario en ese momento. Volvería a abandonarlo en la trágica jornada de Navarro al no prestarle apoyo militar frente a Lavalle. En esos dos gestos se cifraba toda la política de los estancieros. Los dueños de vacas no querían hacer política directamente, eran hombres de empresa: esperaban tranquilamente las pariciones anuales. La política era una miseria inevitable que los ganaderos más lúcidos —los Anchorena— pesaban en su valor aunque despreciaban su brillo, pues se consideraban por encima de ella. Unitarios o federales, lo mismo daba: los ganaderos querían para sí la capital, el puerto, la aduana. Toda perturbación al negocio era un crimen de Estado. Si Rosas apoya en el año 20 al gobernador unitario Rodríguez, será porque confía en él para mantener alejados a los montoneros. Su vocación política despertará ante el fracaso de los rivadavianos, que al convertir al país en un tembladeral de lanzas, arriesgaban el todo por el todo. Los provincianos, frente a la persecución despiadada de Rivadavia (que más tarde consumaría Mitre), podrían unificarse y avanzar sobre Buenos Aires. Ante este peligro, los ganaderos se harán “federales” con Rosas.

Al asumir el cargo de gobernador de la provincia, Dorrego dirige una circular a todas las

---

[177] En la *Memoria del brigadier general Pedro Ferré*, ob. cit., p. 54, el jefe correntino, aludiendo a una conversación sostenida con el porteño Roxas y Patrón sobre el proteccionismo reclamado por el interior, dice lo siguiente: “*Hablando conmigo sobre el particular me dijo francamente, que estaba persuadido que si consentía tal arreglo en favor de las provincias hasta los muchachos de Buenos Aires lo apedrearían por las calles. Todo esto le creí al señor Rojas porque con esa misma opinión nacen y se crían los hijos de Buenos Aires*”.

provincias. En ella da cuenta de la experiencia catastrófica de la administración rivadaviana en los negocios nacionales. Inmediatamente los caudillos hicieron llegar su confianza a Dorrego, con excepción de Salta, donde se había refugiado el último pelotón unitario.

El principal problema para el nuevo gobernador, que contaba con las simpatías nacionales, consistía en resolver la guerra con el Brasil. Se trataba de rematar las negociaciones diplomáticas que habían entrado en una impasse con el rechazo de Rivadavia de la incorporación de la Banda Oriental al Imperio brasileño. Ya la diplomacia inglesa habíase lanzado febrilmente al asalto. Los antecedentes de Dorrego intranquilizaban al Foreing Office.

Lord Ponsonby escribía a Dubley:

> Mi propósito es conseguir medios de impugnar al coronel Dorrego, si llega a la temeridad de insistir sobre la continuación de la guerra después de tener a su alcance los justos medios para hacer la paz.[178]

El agente británico parecía estar muy bien informado no sólo de la decidida oposición de Dorrego a enajenar una de las Provincias Unidas a las intrigas inglesas, sino aun con respecto a la situación del interior. El mismo Ponsonby escribe a Canning poco más tarde:

> Me parece que Dorrego será desposeído de su puesto y poder muy pronto. Sus amigos personales comienzan a abandonarlo. El partido opuesto a él parece esperar sólo noticias de Córdoba para proceder contra él.[179]

Los ejércitos argentinos habían obtenido una rotunda victoria sobre el Imperio esclavista. Pero eran incapaces de seguir adelante, primero por ineptitud y hostilidad del gobierno de Rivadavia hacia la guerra con el Brasil y luego por la falta de fondos del gobierno de Dorrego. En ese momento, los ingleses presionaban simultáneamente a Dorrego y al emperador del Brasil para encontrar en la independencia uruguaya una solución de transacción. Lord Ponsonby dice abiertamente a ese respecto:

> Es necesario que yo proceda sin un instante de demora y obligue a Dorrego, a despecho de sí mismo, a obrar en abierta contradicción con sus compromisos secretos con los conspiradores y consienta en hacer la paz con el Emperador (...) La mayor diligencia es necesaria (...) no sea que esta república democrática en la cual por su verdadera esencia no puede existir cosa semejante al honor, suponga que se pueda hallar en las nefastas intrigas

178 Scalabrini Ortiz, ob. cit., p. 112.
179 Ibíd., p. 113.

de Dorrego medios de servir su avaricia y su ambición.. [180]

El cinismo de este bandolero de rapé, agente de un Imperio construido sobre la base del robo, la estafa y el crimen, no reconocía límites. En su notable estudio sobre la historia de la segregación del Uruguay, Raúl Scalabrini Ortiz nos cuenta de qué modo Dorrego se encontró paralizado por obra de los accionistas ingleses del Banco Nacional. (Nada menos que "nacional" se llamaba el banco manejado por Londres.) El infaltable Ponsonby informa con fruición el 5 de abril del año 1828:

No vacilo en manifestar que yo creo que ahora el coronel Dorrego está obrando sinceramente a favor de la paz. Bastaría una sola razón para justificar mi opinión que a eso está forzado (...) Está forzado por la negativa de la Junta de facilitarle recursos, salvo para pagos mensuales de pequeñas sumas (...) y están forzados por la certidumbre de que si resisten a una paz honorable y ventajosa serán derrocados...[181]

Ponsonby fue más lejos aún y desnudó cínicamente el fondo de su pensamiento. No sólo amenazó al gobernador de Buenos Aires. Anunció también la decisión británica de intervenir en América cuando le conviniera. Dorrego se había hecho aborrecible no sólo al partido rivadaviano y a los ingleses por su popularidad en las provincias federales y entre las clases más humildes de la provincia, sino por su amistad con Bolívar y Sucre, en quienes había visto la posibilidad de obtener una alianza para formar una unión hispanoamericana de repúblicas y poner fin, al mismo tiempo, a la ocupación portuguesa en la Banda Oriental. Veamos aquí en toda su perfección al deslenguado Ponsonby. Antes de viajar a Río, escribe a Dorrego:

Vuestra Excelencia no puede tener ningún respeto por la doctrina expuesta por algunos torpes teóricos de "que América debería tener una existencia política separada de la existencia política de Europa"; el comercio y el común interés de los individuos han creado lazos entre Europa y América, lazos que ningún gobierno, ni tampoco acaso ningún poder que el hombre posea, puede ahora disolver. Y mientras esos lazos existan, Europa tendrá el derecho y ciertamente no carecerá de los medios ni de la voluntad de intervenir en la política de América, por lo menos en la medida necesaria para la seguridad de los intereses europeos.

La minoría de los accionistas del Banco Nacional, único banco emisor de papel moneda de

180 Ibíd., p. 113.

181 Véase documentación completa en Luis Alberto de Herrera, *La misión Ponsonby*, 2 tomos, Barreiro y Ramos, Montevideo, 1930.

Buenos Aires, estaba formada por comerciantes porteños, socios menores de la banca inglesa. La mayoría de esos mismos accionistas eran directamente comerciantes británicos. Con ese nudo corredizo sobre el cuello del gobierno de Dorrego, Lord Ponsonby ahogó la continuación victoriosa de la guerra sobre el Imperio esclavista. Dorrego se vio obligado a firmar la convención de paz por cuyos términos se establecía en el Río de la Plata la fundación de un Estado independiente, formado por la antigua provincia oriental del Virreinato. Dicho Estado constituiría durante un siglo y medio de historia rioplatense el Gibraltar sudamericano.

Esta capitulación no salvó al gobernador de la venganza del partido rivadaviano ni del odio mortal de la diplomacia inglesa.[182] Por el contrario, obligado a hacer la paz con el Brasil por la presión de la diplomacia británica, Dorrego ordenó el regreso al país de los ejércitos en campaña. Esta desmovilización le costó la cabeza.

Los unitarios y el crimen de Navarro

El 1 ℶ de diciembre de 1828 llegaba a Buenos Aires una división del ejército de la campaña del Brasil, al mando del general Juan Lavalle. Era Lavalle un bravo de palabra fácil, “cabeza alocada”, según San Martín, un soldado embriagado de coraje; su arrojo era tan legendario como su falta de equilibrio intelectual. No fue difícil al núcleo doctoral de los rivadavianos, recién expulsados del gobierno, seducir el espíritu del fogoso general porteño. Los Del Carril, los Agüero, los Valentín Gómez —ese grupo severo, sombrío y libresco— conocían las fibras vulnerables de Lavalle y fue bastante simple persuadirlo de que todos los horrores y culpas de la anarquía tenían como responsable a Dorrego, ese demagogo amigo de la chusma que tendía su mano a la montonera bárbara. Lavalle no quiso oír más. Con su división de veteranos volteó al gobernador de la provincia, lo persiguió en los campos de Navarro y lo hizo prisionero.

Sin perder un minuto, la secta rivadaviana, conspirando en la ciudad para reconquistar el poder, le escribe dos cartas a Lavalle, que meditaba vacilante, en su tienda de campaña, sobre la suerte del gobernador. Una de ellas la firma Juan Cruz Varela:

> Después de la sangre que se ha derramado en Navarro, el proceso del que la ha hecho correr, está formado; ésta es la opinión de todos sus amigos de usted, esto será lo que decida la revolución; sobre todo si andamos a medias (...) en fin, usted piense que doscientos y más muertos y quinientos heridos deben hacer entender a usted cuál es

---

[182] López, ob. cit., tomo X, p. 336 y ss. Con claridad inobjetable, López describe la política británica en la guerra con el Brasil y la creación de una Banda Oriental independiente.

su deber.[183]

Salvador María del Carril, segundón de Rivadavia, sanjuanino de origen y porteño de adopción, ｵ *carácter débil para los poderosos, petulante para los inferiores, infatuado en su valer, y desdeñoso del ajeno* ｻ, según cuenta en sus recuerdos Vicente G. Quesada, escribió la segunda carta a Lavalle. Impulsándolo a ejecutar a Dorrego, este hombre sinuoso decía en su misiva secreta que

una revolución es un juego de azar en el que se gana hasta la vida de los vencidos cuando se cree necesario disponer de ella. Haciendo la aplicación de principios de una evidencia práctica, la cuestión parece de fácil resolución.[184]

Perturbado, enceguecido, arrastrado por una oscura fatalidad, Lavalle fusila “por su orden” al capitán general de la provincia de Buenos Aires. Afronta solo, con su clásica arrogancia de granadero, el juicio de la historia. Pasarán muchos años antes que se descubran en su archivo las comprometedoras cartas de Del Carril y Varela.

Lavalle confesaría en 1839, ante un grupo de oficiales, toda la verdad:

Los hombres de la casaca negra, ellos, ellos, con sus luces y su experiencia me precipitaron en ese camino, haciéndome entender que la anarquía que devoraba a la Gran República presa del caudillaje bárbaro, era obra exclusiva de Dorrego. Más tarde, cuando varió mi fortuna se encogieron de hombros (...) Pero ellos, al engañarme, se engañaban también, porque no era así.[185]

La terrible decisión de Lavalle, lejos de consolidar al partido unitario, lo manchó de sangre. La oligarquía ganadera retiró su apoyo a los hombres de casaca negra.

Sobre el drama de Navarro se elevó la divisa punzó de Juan Manuel de Rosas.

---

183 La suerte de Dorrego, prisionero de Lavalle, no se decidió oficialmente. Su ejecución fue obra del partido unitario, reunido secretamente en una casa particular bajo la forma de un consejo de los Diez: Del Carril y Agüero instigaron epistolarmente al general vencedor para que ejecutara al gobernador. (V. López, ob. cit., tomo X, p. 367 y ss.)

184 Este piadoso doctor Del Carril diría treinta años más tarde en una carta al general Rudecindo Alvarado: ｵｿ *Ha visto usted que nuestro país no adelanta nada, que está tan bruto como antes? Al diablo con él. Si fuese mi hijo le daría de patadas; si fuera mi esclavo o mi caballo, lo mandaría degollar.* ｿ *No le parece tenazmente estúpido e incorregible?* ｻ (ﾁngel Justiniano Carranza, *Lavalle ante la justicia póstuma*, Hachette, Buenos Aires, 1941, p. 59).

185 Carranza, ob. cit., p. 85.

Paz y Facundo: la tragedia mediterránea

Entre Rivadavia, jefe de la burguesía comercial porteña, y Rosas, caudillo de los ganaderos bonaerenses, cuyas coincidencias y antagonismos examinaremos en el próximo capítulo, se alza un tercer factor que ha sido con frecuencia oscurecido en nuestra literatura histórica. Nos referimos al complejo de provincias mediterráneas y a sus dos jefes más destacados: el general José María Paz, hombre de Córdoba, y el riojano Juan Facundo Quiroga.

Desgarrado entre el polo unitario o federal, parece que el país debe optar entre Rivadavia o Rosas, ambos porteños. Así se nos presenta el conflicto de ayer y nada hay más falso que este esquema afortunado.

A un siglo de los acontecimientos que lo tuvieron como héroe, el general Paz es conocido por sus seductoras *Memorias*, por su genio militar y por su condición de unitario. En gracia a esta última filiación, la moderna oligarquía tolera su inclusión en el panteón de los próceres. ¿Paz, unitario? Es que en virtud de su oposición a Rosas serán también unitarios y "antinacionales" don Pedro Ferré, gobernador de Corrientes, el Chacho o Manuel Leiva, según el criterio de ciertos "revisionistas".[186] Estos hombres eran argentinos provincianos y sus diferencias con Rosas serían producto de la dictadura portuaria de Buenos Aires, que Rivadavia ejerció y que Rosas mantuvo.[187]

Para estimar en todo su valor la personalidad de Paz, será preciso considerarlo como el vástago más notable que produce la Córdoba del siglo XIX; hombre de filosofía y de matemáticas, cursa sus años de estudiante en el Colegio Seminario de Loreto, en las horas postreras del dominio español en América. Cuando los sacerdotes americanos leían a Voltaire y a Rousseau, Córdoba también se escindía entre ultramontanos y revolucionarios. Era esta provincia la región económica más considerable de nuestras provincias interiores. Centro de importantes industrias artesanales, Córdoba constituía ya el nudo de comunicaciones intelectuales y políticas del país en formación. En sus familias principales se gestaba una burguesía provinciana que no podía alcanzar un verdadero desenvolvimiento sino a través de la unidad del país y del progreso

---

[186] Véase el importante trabajo de Roberto Zalazar, *El Brigadier Ferré y el federalismo*, Corrientes, 1963 (sin mención de Editorial *[N. de E]*), que ilumina desde el revisionismo socialista de la historia nacional la gran figura de Ferré.

[187] Federico Palma, *Manuel Leiva, pregonero de la organización nacional*, Colmegna, Santa Fe, 1946.

económico.

José María Paz, a quien ya hemos visto participar con Alejandro Heredia y el general Bustos en el motín de Arequito, se destacará como el más notable representante de la burguesía cordobesa culta. Paz será siempre un provinciano, distinción capital en nuestro siglo XIX para situarse claramente en el caos de las luchas civiles.

Si Paz se levantó en Arequito contra la orden del gobierno porteño de movilizar el ejército de Belgrano contra las montoneras santafesinas de Estanislao López, hará lo propio cuando Rosas en el poder se niegue a nacionalizar las rentas de la Aduana y postergue la organización nacional, reclamadas por las provincias. Vemos en su actitud una perfecta consecuencia, y en esa posición no está solo: el tucumano Alberdi dará más tarde una expresión teórica completa a las reivindicaciones nacionales del interior a pesar de las formidables contradicciones de su historia intelectual.

El álgebra y la lanza

Pero la tragedia de ambos, que en último análisis fue la del país, consistió en la imposibilidad de crear un frente del interior. Este sólo podía ser el resultado de un pacto entre el álgebra y la lanza, entre Paz y Quiroga, entre la burguesía intelectual y las masas armadas opuestas al núcleo corruptor de Buenos Aires. Únicamente así podría imponerse la unidad de los argentinos. En este orden de ideas, la sagacidad de Rosas, reflejo del formidable poder bonaerense, fue insuperable y sus intrigas divisionistas obtuvieron el éxito derivado de la impotencia económica provinciana.

Las tentativas de un acuerdo entre las provincias mediterráneas y el litoral librecambista fueron consideradas como el peligro más grande por Buenos Aires: Rosas lo comprendió admirablemente y toda su estrategia estuvo dirigida a corromper a López a cambio de vacas y sinecuras, a engolosinar a Quiroga con promesas, a enredarlo en sus maquinaciones y a desmoralizarlo por medio del juego y de la sociedad porteña. A ese Facundo mundano, que se vestía en Buenos Aires en la sastrería francesa de Dudignac y Lacombe, a ese Facundo no lo retrató Sarmiento. Pese a todo, Quiroga, aunque a veces pareció flaquear ante los arrumacos de Rosas, no ocultó durante su estada en Buenos Aires, poco antes de ser asesinado, su independencia frente al Restaurador. Sus contactos con los federales "lomos negros", partidarios de la organización nacional, y sus veladas amenazas, fueron un buen testimonio.[188]

---

[188] *Correspondencia entre Rosas, Quiroga y López*, Hachette, Buenos Aires, 1958 (con una excelente introducción de Enrique Barba; v. p. 15).

En su interesante estudio sobre Paz, Juan B. Terán escribe:

> Paz estaba más cerca de algunos federales que de Rivadavia: de los federales que querían el congreso general que dictaría la constitución; por ejemplo, de Heredia, de Tucumán, o de Leiva y Ferré, de Corrientes. Corrientes se puso al frente de Rosas justamente porque se empeñaba en la reunión del Congreso de Santa Fe de 1838, en lo que Rosas vio un sacrilegio. Rosas condenó el tratado que Quiroga hizo firmar en Santiago a tres provincias, pocos días antes de ser asesinado, porque lo consideró un acto preparatorio de la Constitución.[189]

El tratado firmado en Santiago del Estero por Quiroga era la respuesta a la famosa carta fechada en la Hacienda de Figueroa, enviada por Rosas a Facundo. Constituían dos políticas opuestas. Si Rosas, como Rivadavia, se oponía a la organización nacional y al reparto entre todas las provincias de las rentas porteñas, Quiroga persistía en esa solución para ahogar las chispas de la guerra civil, encendida por el monopolio de Buenos Aires. Rosas afirmaba que el país no podía emprender la tarea de organizarse hasta que se tranquilizara. Pero la convulsionada República tomaba las armas precisamente porque la palabra "organización", que Rosas ridiculizara, no tenía otro significado que la liquidación del predominio bonaerense. La "constitución" era, ante todo, la Capital y la Aduana.

Para enjuiciar el papel de Paz, no basta con su actitud en el motín de Arequito, que el partido unitario recordará como un baldón sobre su nombre, justamente porque en ella revelaba el ilustre manco su espíritu nacional. Es preciso iluminar su carrera a través de sus relaciones personales con los caudillos provincianos que como Heredia, gobernador de Tucumán, o Ibarra, gobernador de Santiago, habían sido sus camaradas de armas en las luchas por la Independencia. Heredia declaraba en una carta que si había aceptado el gobierno tucumano era para «*poder hablar con influencia por el único hombre que ha sido mi confidente en esta vida y por el guerrero con quien a la par he corrido todos los peligros de la vida, pendiente la guerra de la Independencia*». Ibarra le dirá en una carta: «*Debes persuadirte que tus glorias me interesan demasiado*».[190]

Muchos caudillos federales del tiempo de Rosas, aun manteniendo con éste relaciones oficiales, verán en la espada y el talento de Paz la esperanza de una organización nacional. Por otra parte, para comprender la actitud de los caudillos provinciales frente a Rosas, son esclarecedoras las palabras que el general Rojo diría a Paz: «*Los gobiernos federales como*

---

[189] Juan B. Terán, *José María Paz*, Cabaut, Buenos Aires, 1936, p. 171.
[190] Ibíd., p. 173.

Benavídez se acogieron a Rosas más que por adhesión a él por temor a Lavalle ｻ.[6]

Rosas representaba a los ganaderos bonaerenses, coincidentes con los comerciantes en la posesión exclusiva del puerto. Difería de esos últimos (Rivadavia y Lavalle) en la táctica frente a las provincias. Rosas las abandonaba a su suerte; Lavalle y los unitarios, empujados por las fuerzas del comercio inglés, buscaban arrasarlas militarmente e imponer su política económica a sangre y fuego. De ahí que las exhaustas provincias, sin dejar de resistir a la dictadura portuaria, en general, pudieron llegar a un acuerdo vacilante con Rosas, imposible de lograr con Lavalle.[191] Estas contradicciones aparecen en su más fuerte relieve cuando Paz vence a Quiroga en La Tablada.

Lavalle, que acaba de fusilar a Dorrego, es en apariencia un aliado natural de Paz contra los caudillos. Sin embargo, había una gran distancia entre ambos hombres. Paz, ｫ *cultísimo, de inteligencia sutil y analizadora,* escribe Ibarguren, *encarnaba el espíritu provinciano, moderno y prudente, cauteloso y discreto, a diferencia del unitario porteño, arrebatado y romántico, fogoso y suficiente* ｻ.[192]

Pero las diferencias no eran sólo psicológicas, como parece creerlo Ibarguren.

La victoria de Paz sobre el ejército gauchesco de Facundo llenó de esperanzas al partido rivadaviano de Buenos Aires, caído en el más absoluto descrédito por la inmolación de Dorrego y el epílogo de la guerra con el Brasil.

Entre Lavalle, triunfador en Buenos Aires, y Rosas, poderoso ganadero bonaerense, temido por los unitarios como la cabeza más visible que empezaba a destacarse del partido federal bonaerense, se produce un acercamiento. Llegarán a un pacto para tranquilizar a la ciudad estremecida de horror después del asesinato de Dorrego. Lavalle dirá, en una proclama, que ｫ *no había encontrado sino porteños dispuestos a consagrar su brazo en honor de la patria* ｻ.[193] Ibarguren opina que en tales momentos Lavalle estaba ｫ *más cercano de Rosas que de Paz* ｻ.[194] Este acercamiento reflejaba un circunstancial frente único de estancieros y comerciantes de

[6] Ibíd., p. 173.

[191] Las aduanas "secas" eran la plaga de la economía en el interior. La Legislatura de Córdoba se quejaba en 1832 de que ｫ *en La Rioja se privaba a todo comerciante de extraña provincia, el vender por menos sus efectos: en Santiago [exigían] 10 pesos por carreta de las que transitaban; que en la actualidad el concurso de Córdoba está perjudicado, pues lo que empleaban antes en ésta, dejando 30 o 40 mil pesos, lo hacían ahora en Buenos Aires* ｻ (Burgin, ob. cit., p. 185).

[192] Carlos Ibarguren, *Juan Manuel de Rosas*, Frontispicio, Buenos Aires, 1948, p. 149.

[193] Ibíd., p. 143.

[194] Ibíd., p. 149.

Buenos Aires, ante el peligro de que los gauchos del interior llegaran a un eventual acuerdo con el cordobés Paz.

Al proponer un acuerdo, Lavalle escribía a Rosas: オ *Desde que el gobernador López evacuó el territorio de la provincia y desde que en la actual lucha no hay sino porteños, no he excusado medio alguno que pueda llevarnos a la conciliación* ヸ.[195] Lavalle se refería a Estanislao López, el santafesino aliado de Rosas. El mismo autor citado observa que para llevar a efecto este acuerdo, ni Lavalle consultó a Paz, ni Rosas a López. ソ Federalismo o unitarismo, o más bien provincianos y porteños, proteccionismo y librecambio, Nación y Puerto?

A su vez, Paz proponía a López un pacto, sin consultar a Lavalle. El brigadier Ferré, una de las más originales y fuertes personalidades de nuestra historia, relata en sus memorias que

> el gobernador López y yo recibimos una invitación del general Paz para una entrevista. (...) Nos aseguraba de su buena fe de un modo que no dudamos de ella, y últimamente nos decía: "Soy un provinciano como ustedes y este título no debe hacerles esperar de mí sino el deseo del bien que nuestros pueblos necesitan y reclaman...".[196]

Ibarguren cita a ese respecto una frase de Paz a Lavalle: オ *Cualquiera que sea la acepción en que usted ha usado la voz "argentino" también debo yo decir que lo soy* ヸ[197]

La capitulación de López

La lucha de predominio entre Quiroga y López fue explotada y estimulada por Rosas con su reconocida habilidad. El jefe mediterráneo y el caudillo litoral trabajaban a espaldas de Rosas por constituir el país: uno, con base en el norte y Cuyo, y el otro, apoyándose en las provincias litorales. Pero ninguno de los dos contaba con fuerzas suficientes para realizar esa tarea por sí mismos. En obstaculizar la unidad de los aliados consistió la política de Rosas.

Estanislao López estaba naturalmente predispuesto al compromiso, según hemos indicado, por el carácter exportador de su región que lo acercaba hasta cierto punto a Rosas, con quien coincidía —como Urquiza más tarde— en el criterio librecambista de los ganaderos. Los hombres

---

195 Ibíd., p. 150.

196 Ferré, ob. cit., p. 56, añade: オ *Es preciso conocer el valor de la palabra provinciano entre nosotros. Permítaseme explicarla para que sirva de advertencia al que componga un diccionario argentino. La voz provinciano o provinciana se aplica en Buenos Aires a todo aquel o aquella natural de nuestra República que no ha nacido en Buenos Aires (...) De poco tiempo a esta parte he observado que los naturales de Buenos Aires se llaman ellos exclusivamente argentinos* ヸ.

197 Ibarguren, ob. cit.

del litoral (excepción hecha de Corrientes) eran ganaderos pobres, pura y simplemente. Acabarían siempre subordinados políticamente a Buenos Aires: tal es la historia de esa región desde Estanislao López y Urquiza hasta Lisandro de la Torre. A este respecto, el correntino Ferré ha incluido en sus memorias una frase esclarecedora. Recordando una conversación con López, repite las palabras que oyó al santafesino, aludiendo a Rosas: «*Conozco que este hombre nos pierde, pero yo no sé qué influencia tiene sobre mi*».[198]

No se busque aquí ningún enigma moral. La "influencia" de Rosas que subyugaba a López era el poder económico de Buenos Aires, que el Restaurador utilizó siempre para atar las manos del caudillo de Santa Fe.

Quiroga habría de lamentarse varias veces no haber negociado con Paunero, enviado de Paz, para obtener un acuerdo. En realidad, la intensidad de la lucha civil había aniquilado a los núcleos intelectuales de las provincias, dando el más absoluto predominio a las masas y a sus caudillos. La unión de Paz, Quiroga y López —la burguesía intelectual, las masas mediterráneas y el litoral montonero— habría asegurado la unión argentina medio siglo antes de verificarse y quizás habría cambiado el destino nacional. Pero López fue separado por Rosas del frente del interior y Quiroga muere cuando se dispone a emprender la gran tarea: Paz debió actuar sin base alguna, llevado por el signo de su genio militar, y obligado por las circunstancias a entrar en coaliciones circunstanciales con la emigración unitaria, sin dejar por eso de ser hostilizado por ella y sin que el notable jefe ignorase la irremediable impotencia de su situación.

Al señalar que los unitarios y Florencio Varela seguían en su viejo propósito de desintegrar el país, Paz escribía a Domingo de Oro:

> Es curiosa la coincidencia que se echa de ver entre el empeño del señor Varela y el plan que siguieron desde mucho antes los gobiernos de Buenos Aires; consistía en lisonjear a las provincias litorales acordándoles hasta subsidios pecunarios a fin de que separasen sus pretensiones de las mediterráneas.[199]

---

198 Ferré, ob. cit., p. 58. «*La Federación era una palabra sin sentido. La realidad era el poder tiránico de la Aduana de Buenos Aires, que con los recursos de toda la Nación tenía humillada a las provincias.*» (V. Carlos Pereira, *El pensamiento político de Alberdi*, Madrid, 1919, p. 18.)

199 Terán, ob. cit., p. 297. En dicha carta el general pone la mirada en el punto esencial del problema: los unitarios esgrimían la fórmula de la "libertad de los ríos", a lo que se plegaban los rosistas en nombre de la "soberanía argentina" sobre nuestro sistema fluvial. Pero tanto los primeros como los últimos rehusaban en redondo nacionalizar la Aduana de Buenos Aires, que era lo importante.

En estas palabras clarividentes se encierra el secreto de la política rosista y la tragedia mediterránea.

La genuina voz del interior nacionalista explicará claramente la dualidad histórica de los intereses porteños:

Dos son los partidos que han aparecido en público en Buenos Aires. El primero es el de los unitarios, que tuvo su principio el 25 de mayo de 1810. Estos quieren que el país se constituya, pero al gusto de ellos, es decir, bajo el sistema de unidad y con una constitución a su paladar, para que siendo el gran pueblo la Capital, estén todos los demás sujetos a él, sin voluntad propia, ni cosa que se parezca, y como dependiente de una capital ilustrada no dejen tener empleado alguno que tenga el sueldo de 5 pesos para arriba que no sea también ilustrado; y como en los pueblos no hay sino carpinteros, estancieros, comerciantes y otros así, que no han cursado las escuelas, que creen todo cuanto cree y enseña la Iglesia Católica Romana y otras cosas semejantes, no debe, por descontado, ninguno de éstos ser gobernador, ni carcelero y, si es eclesiástico, ni cura, ni canónigo ni obispo. Todos estos empleos deben salir de Buenos Aires, proveídos en Doctores en aquella Universidad, tanto mejor si han estudiado el materialismo en el curso del doctor Agüero. ソ Es ésta una anécdota? No lo es, pues esto mismo ocurrió mientras estuvieron las provincias sujetas a Buenos Aires en los primeros años de la Revolución y detrás del Ejército de la Patria que iba arrojando a los españoles iba una gran división de pueblos porteños para ocupar los empleos que aquéllos dejaban. A Potosí fueron hasta para porteros de la Casa de Moneda, y lo han hecho tan mal en todas partes, que han tenido que echarlos a todos a la fuerza.

El otro partido, es el de los federales, su autor Don Juan Manuel de Rosas, bajo el plan que tengo dicho, que lleva adelante con toda firmeza y que hasta ahora le va saliendo bien, porque todas las cosas le son favorables. Este partido, o más bien, diré Rosas, no quiere por ahora, que los empleados de los pueblos sean porteños, ni se fija en que los gobernadores sean doctores o carniceros, lo que se empeña es en que sean dependientes suyos personalmente, en que no se unan entre sí para que no se le vuelvan respondones, en que las provincias se arruinen cada vez más hasta que no tengan un caballo en que andar y que todo lo reciban de Buenos Aires, por favor, mientras llegue el tiempo de darles la ley, que será la de unidad tan rigurosa cuanto sea preciso para que no alcen cabeza jamás. Entre tanto él está satisfecho con estar autorizado para la paz, guerra y relaciones exteriores, que las ha extendido hasta ejercer por ellas el patronato de la Iglesia argentina. Cuida muy bien que no se hable de Constitución, ni de Congreso y mucho menos de rentas nacionales, y en esto es en lo único que se mete en la economía interior de cada provincia con el mayor disimulo posible, para que en lo exterior se entienda que los pueblos están en el pleno goce de sus derechos, y en una confederación estrechísima (...) Ambos partidos de Buenos Aires se dirigen a un solo objeto, aunque por distintos caminos, éste es el de dominar a las provincias, procurar la ruina de éstas, y el engrandecimiento de Buenos Aires, para que como a un único rico, las demás le sirvan de peones; y esto ha sido y es el sentimiento de todos los porteños manifestado hasta la evidencia desde la Revolución de Mayo hasta el día de hoy, y juzgo lo será siempre.[200]

---

200 Ferré, ob. cit., pp. 69 y 70.

Tal es el punzante resumen del brigadier Ferré, al que no es posible agregarle o quitarle una sola palabra.

En cuanto al general Paz, la posteridad valorará su nombre como autor de las *Memorias*, una de las piezas más perfectas de nuestra literatura, espejo asombrosamente verídico de nuestras disensiones civiles y cuyo último tomo ha desaparecido, se cree que en las manos de algún unitario de manos hábiles.

En la ancianidad, Paz transará: será ministro de Guerra y Marina del gobernador Valentín Alsina. Su lucidez jamás desmentida, no obstante, le advertirá el significado de la política porteña a que lo arrastra su capitulación. A los unitarios que reclaman la libre navegación de los ríos para halagar a las provincias litorales y abrir el camino al comercio extranjero, Paz respondería en una carta que la «*libre navegación de los ríos nada significa si no se nacionalizaban las aduanas exteriores y se suprimían las interiores*».[201]

El fracaso de su vida pública se corona con su enfrentamiento final con el gobierno urquicista. Era el dramático eco en su vida personal de la derrota del interior mediterráneo ante la todopoderosa Buenos Aires.

---

201 Terán, ob. cit., p. 299.

El nacionalismo ganadero

Cuando Rosas asumió el poder, Buenos Aires no era la "Gran Aldea": apenas una factoría pampeana, rica de color y movimiento, penetrada de ambición. El núcleo urbano se componía de un puñado de manzanas, dispuestas junto al codiciado río. Casas chatas y anchas construidas en sólidos muros de adobe —barro y agua—, no era ésa una ciudad para un virrey del Perú barroco. La vida pública transcurría alrededor de la Plaza Mayor; la Recova acogía a las pasteleras negras, procedentes del barrio del Tambor, donde vivía la población africana: mozambiques, minas, mandingas y banguelas, tales eran las "naciones" negras, con sus reyezuelos y sus cortes, que transmigraban a la tierra nueva los tantanes y la alegría visceral de la patria selvática.

La "gente decente" habitaba cerca del Fuerte. Sus residencias eran simples y cómodas, arregladas las habitaciones con un gusto un poco ingenuo, más revelador de solvencia que de alcurnia. París o Londres señalaban las modas a las beldades que Santiago Calzadilla conoció y amó. Sedas, tisús, muebles dorados, vajilla de oro y plata, nada faltaba en los hogares de los comerciantes, ganaderos, importadores y terratenientes de que se componía la mejor sociedad aldeana.

La pampa entraba en la ciudad, pues la Recoleta y el Congreso de nuestros días no eran sino rancheríos y tunales. En esas orillas vivía el mundo de extramuros, congregado en innumerables pulperías, frecuentadas por indios semiamansados, gauchos y negros. Veinte años después, todavía, la

> Avenida Alvear y las de Callao, Rivadavia, Santa Fe, sólo eran tortuosos y polvorientos callejones con cerco de pita. El Retiro, un cuartel siniestro; la Recoleta, un sauzal poco frecuentado; Flores, una posta rural; Belgrano, un campo casi desierto; Barracas, unos saladeros; la Boca del Riachuelo, unos bañados.[202]

A un paso del centro se multiplicaban los pantanos, en plenas rutas de tránsito; las lluvias producían escenas de heroicos rescates, cuando las chatas se hundían hasta los ejes. Algunas vecinas viejas comentaban entonces los tiempos del virrey, cuando en la calle de las Torres (luego Federación y más tarde Rivadavia) se colocaron centinelas para evitar que se ahogaran hombres y

---

[202] Ricardo Rojas, *El profeta de la pampa*, Losada, Buenos Aires, 1951, p. 406.

caballos.

Como el río sacudía el caudal de barro y su espuma negra sobre la ciudad, el señor Rivadavia, en su furia importadora, había traído de Europa, en sus tiempos, a Mr. Bevans, un ingeniero hidráulico perteneciente a la secta de los cuáqueros, que debía construir un muelle y contener las aguas. El proyecto quedó después en el Archivo del gobierno, como aquel otro célebre decreto rivadaviano que ordenaba al personal subalterno de Bevans vestir ｫ *casaca de color azul turquí con cuello y vueltas de terciopelo negro y vivos de color grana, botones dorados, pantalón ancho, etc., etc.... cuyo diseño será dado por el ministro de gobierno* ｻ.[203]

Con el sombrero calado hasta las orejas y el severo traje sectario, Mr. Bevans, desocupado, paseó por las calles de Buenos Aires su mirada despreciativa, y el río continuó cubriendo de cascajo, arena y peces muertos el bajo de la ciudad. Allí iban a morir los caballos cansados, y de ese cementerio marino los arrastraban a la cincha, de tanto en tanto, fúnebres jinetes.

Cerca de 4.000 ingleses y cuarenta casas mayoristas, propiedad de británicos, señalaban la presencia, en la ciudad del Plata, del lejano Imperio. El ingeniero Bevans, cuyo nieto Carlos Pellegrini tan importante papel jugaría en nuestra política, escribía a sus hijos: ｫ *Vivimos en un barrio poblado en su mayoría por ingleses; oímos hablar en igual proporción inglés y español a las gentes que pasan por nuestras ventanas* ｻ.[204] Más de 2.000 comercios al menudeo, un centenar de talleres y otras tantas manufacturas constituían toda la actividad industrial y mercantil urbana, adherida vitalmente a esa costa sin puerto, a cuyo horizonte apuntaban ansiosamente los catalejos de los socios de la Sala de Comercio Británica. ｫ *Ser inglés entonces ｡qué pichincha!* ｻ, diría más tarde Lucio V. Mansilla. Pocos eran los porteños admitidos en esa Sala tan exclusiva: sólo un puñado de barraqueros y comerciantes fuertes gozaban de las ventajas de una entidad tan poderosa: Del Zar, Santa Coloma, Sáenz Valiente, Almagro, entre otros asociados a los intereses británicos. Un autor que firma “Un Inglés”, ha escrito sus recuerdos del Buenos Aires de la época:

> A veces los criollos demuestran cierta envidia a los ingleses. Suponen que tenemos el monopolio de los negocios y le sacamos la moneda al país. Estos torpes alumnos de economía política no entienden que en los negocios las obligaciones son mutuas y que a menudo debemos comprar materia prima a precios irrisorios.[205]

---

203 Agustín Rivero Astengo, E*nsayo biográfico sobre Carlos Pellegrini*, en *Obras de Pellegrini*, Jockey Club de Buenos Aires, 1951, tomo I, p. 32.

204 Ibíd., tomo I, p. 23.

205 Un Inglés, ob. cit., p. 55.

Toda la “flor de la canela”, como dice Calzadilla, se envanecía de la amistad de los ingleses, cuyos barcos exportaban los cueros crudos y regresaban con pianos de cola. Se hacía música y se aprendía a bailar pavanas, cuadrillas y gavetas en casa del maestro británico Mr. Guillermo Davis. Esa aristocracia mercantil a la que Rosas haría ceñir en sus sienes la insignia colorada, miró con disgusto, entre inquieta y curiosa, el ascenso al poder del millonario agauchado que le arrebataba el gobierno, la confinaba a sus salones y le garantizaba en cambio, el control del puerto, puesto en peligro por el insensato de Rivadavia. O Rosas, o la plebe provinciana sobre la ciudad. Había que elegir, y el puerto bien valía una misa federal.

La política porteña: unitarismo y rosismo

El conflicto entre las dos políticas —Rivadavia o Rosas— no fue sino la lucha entre las necesidades de la burguesía comercial porteña controlada por los británicos residentes, y la clase ganadera bonaerense. Estos dos grupos sociales fundaban su frente único en la posesión común del puerto de la ciudad de Buenos Aires, base del crédito público y del Tesoro Nacional. Si los comerciantes porteños y sus doctores encontraban la fuente del poder en la ciudad-puerto, modelada por Europa desde los orígenes contrabandistas del villorrio, los ganaderos eran amos de la provincia. Pero tanto la provincia como la ciudad formaban una unidad que en tiempos del rey llamóse la Provincia-Metrópoli.

Ya hemos visto que el partido unitario expresó a través de Rivadavia la más completa esterilidad para organizar al país de acuerdo a las conveniencias nacionales. La rebelión de los caudillos testimonió que las provincias mediterráneas y litorales no estaban dispuestas a admitir la dictadura portuaria de Buenos Aires. Tampoco aceptaban la penetración de mercancías europeas, destructoras de las economías regionales.[206]

---

206 Dice el inglés Parish: ｫ *El Río de la Plata debe considerarse como el más rico mercado que se nos ha abierto desde la emancipación de las colonias españolas, si consideramos no sólo la cantidad de las manufacturas que aquel país consume, sino también las grandes cantidades de materias primas de retorno proveyendo a nuestros manufactureros de nuevos medios de producción y provecho. También ha resultado ventajoso para nuestros intereses marítimos el no tener los hijos del país buques mercantes de su propiedad, obteniendo nuestros buques la conducción de ida y vuelta* ｻ, cit. por Adolfo Dorfman, en *Historia de la industria argentina*, Escuela de Estudios Argentinos, Biblioteca Servir, Buenos Aires, 1942, p. 46. Por su parte, Alejandro Bunge señala que ｫ *los tejidos británicos de algodón se difundieron luego de tal manera que en 1830 alcanzaban a 11 millones de yardas, con un valor de 325.000 libras esterlinas* ｻ. (V. Bunge, ｫ Las relaciones económicas argentinas con Gran Bretaña durante un siglo ｻ, en *Revista de Economía Argentina*, año XIX, núm. 224, febrero de 1937, tomo XXXVI.)

La caída de Rivadavia hizo ver a los ganaderos bonaerenses que se imponía un nuevo curso. La fracción rivadaviana, como representante de los intereses del Imperio británico, deseaba organizar al país para acoplarlo como gran mercado interior de las fábricas inglesas. Ambicionaba realizar el aforismo de Cobden: ｫ *Inglaterra será la fábrica del mundo y América su granja* ｻ. Desde ese punto de vista, Rivadavia y sus epígonos —ya lo veríamos después de Caseros con Mitre— no tenían más remedio que llevar adelante su “organización”. ﾉsta consistía esencialmente en la liquidación militar de los focos provinciales de resistencia, para limpiar el camino a la aniquilación de los elementos de la economía natural o de las industrias artesanales y domésticas. El poncho tejido en Glasgow no podía venderse en el interior sin arrasar los telares vernáculos. Para los ganaderos bonaerenses, en cambio, la organización nacional no constituía un asunto de vida o muerte, como en el caso de los agentes comerciales de Inglaterra en Buenos Aires, que forzosamente debían conquistar nuestro mercado interior. El mercado de los ganaderos estaba en Cuba y Estados Unidos. Sus vacas vagaban en las praderas bonaerenses, sus saladeros y sus curtiembres estaban radicados en la provincia epónima: ｿa qué agitar tanto la cuestión del interior, a qué provocarlo, a qué hablar de Constitución Nacional?

En 1825 el valor de las importaciones inglesas en el Río de la Plata asciende a 8.000.000 de pesos fuertes. Pero el valor de las importaciones no refleja el aumento de su volumen físico, pues la revolución industrial inglesa en pleno desenvolvimiento hace bajar continuadamente los precios de las manufacturas que exporta, barriendo a su paso las débiles industrias nacionales. En el período comprendido entre 1825 y 1850 el precio de los tejidos de algodón disminuye cuatro veces. Dice el inglés Parish que ｫ *los precios módicos de las mercaderías inglesas les aseguran una general demanda y ellos se han hecho hoy artículos de primera necesidad de las clases bajas de Sudamérica* ｻ. Agrega Moussy que los algodonales criollos prácticamente han desaparecido. Los célebres tejidos de Córdoba, que aventajaban por su calidad a los extranjeros, se extinguen. Y Dorfman:

> La extracción de metales preciosos (sobre todo bajo la forma de plata metálica y acuñada) es grande: en 1822 alcanza la suma de 1.350.000 pesos fuertes; en 1829, de 710.000; en 1837, de 670.000 pesos. Las cantidades señaladas son muy considerables para el exhausto erario de la República, que nunca contó, tal como ya lo hicimos notar en otro pasaje, con abundancia de dinero. Esa sangría, que obedece a la necesidad de saldar el intercambio negativo con Europa, impide la acumulación y formación de capitales en América que podrían destinarse a la mejoría técnica de establecimientos fabriles o a otros usos reproductivos.[207]

[207] Dorfman, ob. cit., p. 51.

Si los ganaderos tenían su mercado en el exterior y los comerciantes anglo-porteños en el interior, no existía ninguna fuerza económica que produjera y vendiese en el propio territorio argentino; vale decir, carecíamos de una burguesía industrial, y ahí residía toda la cuestión. Las industrias criollas eran demasiado primitivas e inconexas como para decidir la política económica nacional, y como por otra parte, el núcleo de poder estaba en Buenos Aires, eran incapaces por sí mismas de subordinar al interés argentino los recursos cuantiosos de la gran ciudad. Sin un elemento de centralización económica decisiva y sin un ejército nacional, las provincias aisladas sólo atinaban a rebeliones episódicas.

La política criminal de Rivadavia, que más tarde llevaría Mitre a la práctica con la ayuda de sus lugartenientes orientales y las bendiciones británicas, conducía inexorablemente a la guerra civil. Los riesgos de la provincia-metrópoli en un conflicto semejante eran incalculables. ソ No habría una fórmula hábil que permitiese a los apacentadores de vacas —ya arraigados, ya orgullosos de la bolsa y del nombre— la posesión de la Capital, la venta tranquila del tasajo y los cueros, las relaciones exteriores con las grandes potencias amigas? Quien diese con esa fórmula tendría el poder y la gloria.

El Restaurador comprendió que la única salida del caos era encontrar un modo de transacción con la política proteccionista de las provincias mediterráneas y un status con las provincias ganaderas del litoral, que, excepto Corrientes, coincidían con el librecambismo bonaerense. Al mismo tiempo renunció a la intervención armada en el interior, dejando a los caudillos el control de las situaciones lugareñas. Reservándose a través de mil maniobras distintas el dominio completo de Buenos Aires y de su puerto, de sus rentas y del crédito público de ellas derivado, llamó federalismo a dicha estrategia.[208]

La descripción circunstanciada de todo este plan es uno de los más notables espectáculos que pueda apetecer un interesado en la política argentina. Ella nos presentaría a un psicólogo de inteligencia penetrante en el manejo de la cosa pública, de los hombres y los acontecimientos. No estamos en presencia de un revolucionario jacobino como Moreno, ni de un jefe militar de la edad heroica, como San Martín, ni de un hombre como Rivadavia, atosigado de modas francesas y de

208 オ *Desde ese día data la política de un partido localista de Buenos Aires, empeñado en mantener el bloqueo de las provincias por medio de la conservación del régimen colonial de navegación interior porque de ese modo no se arrebataba a Buenos Aires el monopolio del comercio de los pueblos mediterráneos, y la recaudación y empleo de la renta nacional* サ (Olegario V. Andrade, *Las dos políticas*, Devenir, Buenos Aires, 1957, p. 54).

textos constitucionales mal traducidos. Con Rosas aparece el primer ejemplar argentino del político estanciero.

Personaje predilecto de nuestra literatura histórica, Rosas ha sido objeto de una caudalosa bibliografía. La escuela liberal y la escuela revisionista han proporcionado a los estudiosos una enorme masa de documentos. Pero como ocurre siempre en historia, la selección de los textos es una operación política o, dicho de un modo más prudente, de método interpretativo.

Producto de la actividad práctica de los hombres, la historia puede ser descifrada por los hombres. Antes que Marx, ya lo había observado Vico; pero los hombres que hacen libremente la historia, se desenvuelven en ella bajo condiciones que heredan. Y esta interacción entre la libertad y la necesidad, entre la voluntad y la ley, entre el pasado y el presente está impregnada por los intereses de clase que determinan no sólo a los héroes históricos sino también a sus cronistas y escoliastas. Por eso resulta tan vana la pretensión de una historia científica que ignore la trama económica de la sociedad y la superestructura política, cultural y jurídica que sobre aquélla reposa. Revisionistas y liberales han concluido por magnificar la estatura histórica de Rosas en su negativa común a examinar las bases sociales y regionales del personaje. Y su propia clase social —la ganadera bonaerense— lo traicionó al concluir su ciclo, abandonándolo a su suerte y lapidando históricamente a su más grande político.[209]

Los intereses políticos y económicos de su época se han traducido a la nuestra bajo nuevas formas. Esos intereses presionan para desfigurar a Rosas y establecer ante los contemporáneos una opción extorsiva: tirano sangriento o patriota insigne. Simplificaciones de este género ocultan al espectador el cuadro íntimo de la época que se intenta revelar.

Primo de los Anchorena, nacido en el riñón mismo de los grandes ganaderos bonaerenses, con su personalidad formada en el medio rural, se hizo "gaucho" por sus destrezas en las mil artes del jinete y por su astucia pampa. Rubio, esbelto, de un perfil cesáreo, frío, de una frialdad razonante, esta mezcla de gaucho y de patricio subió al poder en brazos de orilleros, aristócratas y negros: «*los compadritos lo elevaron*», diría Sarmiento. El indiscutible prestigio de Rosas en la campaña no ha sido desmentido jamás.

Recordemos que la ley de vagancia de 1815, dictada por los intereses ganaderos, ponía fuera

---

209 Juan Bautista Alberdi, *Escritos póstumos*, Francisco Cruz, Buenos Aires, 1901, tomo XVI: «*le oí decir* (a Rosas) *que Anchorena, al acercarse Urquiza a Buenos Aires, le dijo que si triunfaba Urquiza "no le quedaba más remedio que agarrarse de los faldones de la casaca de Urquiza y correr su suerte aunque fuese al infierno", y que en seguida lo abandonó. Recordó que toda su fortuna la había hecho bajo su influencia*».

de la ley al viejo gaucho nómade que no acreditase su condición de propietario. La modificación técnica y económica de la ganadería no sólo comercializa el cuero sino que obliga a industrializar la carne. Este proceso pone precio al producto y convierte el carneo libre en delito.

El gaucho debe optar entre ser enviado a la frontera cinco años para pelear al indio, o ingresar en la órbita de un gran estanciero. Rosas los protegió de las persecuciones desatadas por la ley de vagancia; a gran parte de ellos los transformó en peones de sus estancias, incorporándolos a un orden económico cristalizado. A la mayoría, más chúcara, la organizó en legiones militares, empleándolas indistintamente contra los indios o en las discusiones civiles. Ofreció así un oficio permanente a los que no tenían ninguno, y que por la expansión del sistema ganadero y de la propiedad de la tierra habían perdido el derecho de carnear sin trabas en la pampa. Las montoneras provincianas que hicieron la guerra de guerrillas a los ejércitos de línea unitarios, aún después de Caseros, no existieron en la provincia de Buenos Aires; en esta provincia los gauchos estaban organizados en los destacamentos disciplinados de Rosas.

Jefe militar de la campaña, protector de gauchos en desgracia, diplomático sagaz con la indiada, el prestigio rural de Rosas era inmenso cuando subió al poder, y lo sobrevivió. Por otra parte, la esencia de su política sería defender los intereses globales de la provincia de Buenos Aires, frente a los "trece ranchos". En tal sentido puede afirmarse que contó con el apoyo unánime de todas las fuerzas bonaerenses: del pueblo rural, por gaucho; de los artesanos urbanos, por proteccionista; de los estancieros, por ser uno de los suyos. A la burguesía comercial la dejó enriquecer, al mantener el monopolio del puerto, pero la apartó de la política sin miramientos.

Rosas y el capitalismo agrario

Juan Manuel de Rosas fue la primera expresión capitalista en la Argentina. Se trataba de un capitalismo agrario, ligado a la producción de cuero para la industria europea y de carne exportable destinada a ser consumida por los esclavos del Brasil, los Estados Unidos y las Antillas. Ésta fue la primera industria aparecida en la provincia de Buenos Aires, organizada de manera capitalista. Los métodos técnicos más avanzados de su época fueron puestos en práctica. Dicha actividad económica encontraba su origen en las remotas vaquerías, nacidas de las condiciones climáticas y geográficas del territorio bañado por el Río de la Plata. Las exigencias del mercado exterior le imprimirían gran desarrollo.

La sobreabundancia de ganado, cuya producción cíclica vegetativa constituía la admiración de los viajeros, fue el punto de partida para la formación de las grandes fortunas terratenientes de

este país. A la cabeza de esta nueva clase social se encontraba el grupo formado por Rosas, sus primos de la familia Anchorena, y su socio Terrero. Este núcleo organizó saladeros con el fin de emanciparse de la tutela excesiva de los compradores británicos de cueros y sebo. Intentábase aprovechar así la carne, que en esa época constituía un simple producto derivado. Persiguiendo el mismo propósito de independizarse del transporte británico, el grupo de saladeristas organizó su propia flota, compuesta de goletas y sumacas que viajaban al sur en busca de sal, y luego llevaban tasajo a la Banda Oriental y al Brasil. « *Es sugerente que éste no fuera embarcado sino por excepción en buques ingleses, debiendo realizar la casi totalidad del transporte en los pequeños barcos nacionales o en los navíos portugueses, holandeses o norteamericanos* », dice José María Rosa.[210]

Los saladeristas alcanzaron un peso político notable. Esto ocurrió después de una reñida lucha con algunos sectores de la burguesía comercial porteña, integrados especialmente por comerciantes británicos. Dichos grupos propugnaban el cierre de los saladeros bajo el pretexto del "encarecimiento de la carne". Su objeto era, en realidad, impedir la industrialización del animal, que otorgaba a los ganaderos una mayor capacidad de maniobra frente a los ingleses y a su monopolio comprador.

En su calidad de capitalista —el más grande de su tiempo—, Rosas fue en tal sentido un hombre de progreso, si se lo compara, con esa "aristocracia mercantil" porteña interesada en las transacciones comerciales divorciadas de la producción misma. Rosas estaba directamente ligado a la pampa, a la fábrica de vacas, al cuero y al tasajo: capitán de empresa en un vasto y desolado país, el presunto "feudalismo" que le atribuyen desde Ingenieros hasta los comunistas rivadavianos, no resiste el análisis.[211]

Los miembros de la burguesía comercial de Buenos Aires eran los "refinados" europeizantes, embriagados por las luces del Viejo Mundo y aislados no sólo de la vida real de la campaña bonaerense, sino también del conjunto de las provincias interiores. Estas diferencias funcionales entre los ganaderos y los comerciantes se expresaban en el orden de la ideología, de los partidos y de la psicología de sus políticos representativos.

Cuando se juzga el "criollismo" de Rosas, preténdese frecuentemente explicarlo como una "táctica" del caudillo, evidenciada en su confidencia famosa a Santiago Vázquez, algo así como el

---

210 Rosa, ob. cit., p. 62.

211 Ingenieros, ob. cit., tomo III, p. 63. En relación al stalinismo mitrista, véase el trabajo de Juan José Real en *Revista de Historia*, Buenos Aires, 1957, núm. 2, p. 63, bajo el título "Notas sobre caudillos y montoneras".

discurso de Perón en la Bolsa de Comercio en 1944. En realidad, el secreto de este criollismo o "gauchismo" no se reduce a aquella explicación. Trátase al mismo tiempo del reconocimiento de un hecho real: los ganaderos bonaerenses no eran sólo los primeros agentes del capitalismo agrario desarrollado por obra de la complementación económica entre nuestra pampa y los mercados exteriores. Aunque no descendían de los soldados de la Conquista sino de la inmigración española del siglo XVIII, eran productores directos de una mercancía arraigada a la tierra, de ahí sus costumbres vernáculas y su original psicología. Sin duda, Rosas era infinitamente más "criollo" que esos tenderos, contrabandistas y comerciantes de Buenos Aires. Extasiados por las novedades ultramarinas, los hijos de estos últimos estudiaban en Europa. A su regreso soñaban con implantar en nuestras llanuras una sociedad que retratara en pequeño aquel universo luminoso y civilizado.

Pero la crisis del Imperio español nos había dejado sin la posibilidad de un desarrollo industrial independiente. La región pampeana predominó sobre las otras. Sus vacas sellaron nuestro destino de territorio periférico del "taller industrial europeo". En esa situación era imposible una política nacional definida y coherente. No existía en las Provincias Unidas una fuerza que nucleara a su alrededor a todo el país en la lucha por un mercado interior único, por un desarrollo industrial moderno y por la creación de una nación unificada e independiente.

La única base auténticamente nacional estaba constituida por nuestras provincias mediterráneas, que careciendo de artículos exportables sólo podían desarrollar su economía mediante una política de índole nacionalista, es decir, proteccionista. Pero estas provincias, que levantaron sus armas contra la absorbente Buenos Aires, y que se expresaron en la tacuara de Facundo, carecían de la fuerza suficiente para resistir el gran movimiento de pinzas que la historia tendió alrededor de su cuello: el litoral exportador, pariente pobre de Buenos Aires, y como Buenos Aires, librecambista, se alió casi constantemente con la provincia-metrópoli para traicionarlas. En esta alianza reposó permanentemente la política de Rosas.[212]

Al fin y al cabo, Facundo fue asesinado por agentes de Reinafé, lugarteniente de Estanislao

---

[212] Burgin, ob. cit., p. 166: "*Había una cosa evidente: que Buenos Aires no tenía nada que ofrecer salvo servicios de intermediarios, los cuales con un régimen proteccionista serían en gran parte innecesarios. El porvenir económico de Buenos Aires dependía por lo tanto, más bien del fortalecimiento de sus relaciones comerciales con Europa que de la expansión de las provincias del interior. La adopción de una política de protección, como la que pedía el interior, presentaba para Buenos Aires la perspectiva de restablecer las condiciones que regían antes de la revolución. Por lo tanto, a Buenos Aires no le quedaba otra alternativa que la de mantener abierto el puerto*".

López, patriarca de la Federación y gobernador de Santa Fe. López había cambiado hacía años los derechos de la primogenitura por 25.000 vacas; el autor del soborno había sido el joven Rosas, que se iniciaba en la política argentina amansando con ricos presentes al más fuerte de los caudillos litorales. Se trataba del mismo Estanislao López que había traicionado y degollado a su compadre Ramírez, mientras ambos traicionaban a Artigas, de acuerdo con Buenos Aires. Así habíamos venido a parar del Protector de los pueblos libres al Restaurador del privilegio monárquico de una gran provincia. De Artigas, que sólo luchaba por una Patria grande, a Rosas, que ni siquiera quería organizar una nación pequeña.

El interior, foco de nacionalismo genuino, quedó aislado en virtud de la alianza entre el litoral exportador y la opulenta Buenos Aires.

Los tres sectores de la economía argentina

¿Cuáles eran los sectores fundamentales del país cuando Rosas llegó al poder? Tenemos en primer lugar a las provincias mediterráneas: su debilidad económica era incontestable. En cuanto a las provincias litorales, su producción ganadera era similar a la de la pampa bonaerense; pero les faltaba el puerto y la Aduana, y tendían en consecuencia, a una política de compromiso crónico con los ricos librecambistas porteños. No quedaba sino el frente de Buenos Aires, y dentro de él, sus dos fuerzas fundamentales: los ganaderos de la provincia y los comerciantes e importadores de la ciudad.

Rosas tomó el poder en nombre de los ganaderos y creó un equilibrio que, por inestable que fuese, duró casi veinte años. Para mantenerse en él debió doblegar la resistencia de la burguesía comercial porteña. Le permitió que ganara dinero, aunque le quitó toda participación política en los asuntos públicos. Subvencionó a los caudillos, los enfrentó entre sí, los corrompió, o los aniquiló en una paciente labor de décadas. Para su clase conservó el control de la Aduana, patrimonio de todos los argentinos. En esto último coincidía con los unitarios y la burguesía comercial porteña.

Al mismo tiempo, el sistema político de Rosas se veía obligado a defender en escala nacional al conjunto de la Confederación, frente a las amenazas y bloqueos organizados por las potencias europeas colonialistas, en alianza con la emigración unitaria. Las tentativas de Florencio Varela ante las cortes europeas para obtener el reconocimiento de un nuevo Estado que estaría formado por Entre Ríos y Corrientes, simbolizaron la sistemática política unitaria de balcanizar el viejo territorio argentino. A falta de una burguesía industrial con visión nacional de nuestros problemas,

los ganaderos ocuparon ese lugar dominante y su jefe los defendió, primero a ellos, luego a su provincia y en último análisis al país. Rosas encarnó un nacionalismo defensivo, restringido, bonaerense, insuficiente sin duda, pero el único posible para la clase estanciera bonaerense.

No caeremos en la simpleza de explicar la política y la personalidad de Rosas apelando únicamente a sus fundamentos económicos de clase. En la vida política de Rosas, en sus actitudes de altivez o desprecio por las intrigas del capital extranjero y sus lacayos unitarios, se encierra parte del espíritu nacional, que los ganaderos del siglo pasado encarnaban en alto grado. Este "espíritu", del mismo modo que las "ideas", actúa como un factor derivado pero independiente en el proceso histórico del que es, en muchas ocasiones, agente activo y fundamental. Dicho "nacionalismo bonaerense" defensivo reconoce diversas causas: propiedad de los medios de producción, tradición española, vinculación estrecha a la pampa, relación con el extranjero en condición de socio menor, no de mero instrumento.

Tales elementos sociales y psicológicos de los ganaderos en tiempos de Rosas, se combinaban con un porteñismo exclusivista y un acentuado odio oligárquico frente a las provincias. Esto último ha predominado históricamente sobre aquel "nacionalismo defensivo". En una carta a Rosas, su primo y mentor Tomás de Anchorena, le decía el 4 de diciembre de 1846:

> En 1814 en el común del pueblo (del interior) más que odio a Buenos Aires había espíritu de desunión en cada pueblo respecto de los demás, un egoísmo el más completo para no contribuir a la guerra y sostén de nuestra independencia, que todas, todas querían se hiciese en contra de Buenos Aires y el efecto era que todos pedían congreso general, que también debía costearlo sólo Buenos Aires porque él sólo era o debía ser, como dijo un diputado en el Congreso de Tucumán que creo fue el doctor Aráoz, la vaca lechera de toda la república, entretanto que otro diputado cuico de Chuquisaca dijo en Congreso, que era un andrajoso sucio con el que ningún pueblo se quería vestir. Entonces el que un porteño hablase de federación era un crimen. A mí me miraban algunos diputados, cuicos y provincianos con gran prevención, porque algunas veces les llegué a indicar que sería el partido que tendría al fin que tomar Buenos Aires para preservarse de las funestas consecuencias a que lo exponía esa enemistad que manifestaban contra él.[213]

El amable Anchorena llamaba "cuicos", o sea, monos, a los diputados aindiados, o sea, criollos.

La profunda desfiguración que los vencedores de Caseros imprimieron a nuestra historia hizo

---

[213] Enrique M. Barba, "Orígenes y crisis del federalismo argentino", en *Revista de Historia*, Buenos Aires, 1957, núm. 2, p. 4.

de Rosas un monstruo ávido de sangre y sediento de exterminio. Contemporáneamente, la influencia imperialista en la cultura argentina aniquiló toda posibilidad de examinar nuestro pasado desde un punto de vista nacional. Digamos de paso, que las palabras "nacional" o "nacionalismo" han llegado a ser execradas por el intelectual cipayo, que influye en el pequeño burgués de Buenos Aires, de manera hasta hoy decisiva. La sola mención de Rosas exalta sus sentimientos dramáticos. El imperialismo se ha cuidado de mantener despierto el odio a esa figura, en la medida en que encarnó en muchos momentos de hace cien años la voluntad de resistencia nacional a las potencias extranjeras. El "rosismo", por su parte, ha pretendido ennoblecer la significación de Rosas. Así se lo transforma en un patriota beato y duro, para emplearlo en las luchas políticas del presente. Es aquí donde se impone diferenciar de una manera tajante a Rosas como criatura histórica del pasado argentino, que exige un análisis objetivo del "rosismo", en tanto es un movimiento ideológico con implicaciones políticas actuales.[214]

La Ley de Aduanas y la ausencia de una política dinámica

La inauguración de la política librecambista en Buenos Aires no pertenece al año 10, sino al año 11; no a Moreno, sino a Rivadavia, importador y eminencia gris de los triunviros. El segundo gobierno de Rosas, iniciado en 1835, imprime un profundo viraje a la estrategia bonaerense frente al interior nacionalista. No había otra salida, por otra parte, si es que los hacendados de Buenos Aires querían evitar una nueva oleada de caudillos y montoneros sobre la orgullosa ciudad.

Como Rosas expresaba en cierto modo una tendencia nacional —sobre todo en relación con el unitarismo ciego y colonialista—, el odio faccioso ha llegado a negar, en nuestros días, la función desempeñada por la Ley de Aduanas de 1835. Por ignorancia pura y por un sospechoso antirrosismo, argúyese que dicha ley —dictada por Rosas y que siendo forzosamente emanada de la Legislatura bonaerense tenía, sin embargo, alcances nacionales— no beneficiaba sino a los artesanos de la provincia de Buenos Aires, descuidando el florecimiento de las industrias artesanales del interior.

Recaemos aquí en uno de esos casos de "antirrosismo" cipayo, tanto o más pernicioso que el "rosismo" idolátrico del nacionalismo clerical. La verdad es que la mencionada Ley de Aduanas

---

[214] En el capítulo consagrado a estudiar la "década infame" (1930 - 1943), dedicaremos un intermedio a la evaluación del "rosismo" como tendencia política. (V. el tomo IV de esta obra.)

El autor se refiere a su obra *El sexto dominio* (retitulada luego *La factoría pampeana*), título del tomo IV de *Revolución y contrarrevolución…* ob. cit. Próximamente, Peña Lillo / Continente editará el tomo II, *Del patriciado a la oligarquía (1862 -1904). [N. de E]*

expresa uno de los más interesantes aspectos de la política rosista.

> Rosas comprendió —escribe Juan ﾁlvarez— que no era posible limitar a los estancieros la protección oficial y en su mensaje de 1835 hizo público que la nueva Ley de Aduana tenía por objeto amparar la agricultura y la industria fabril, porque la clase media del país, por falta de capitales no podía dedicarse a la ganadería, en tanto que la concurrencia del producto extranjero le cerraba los restantes caminos. Coinciden a esta política los aplausos de las provincias del interior cuyos gobiernos volvieron a confiar al de Buenos Aires, la dirección de la guerra y las relaciones exteriores de la Confederación, conservando para sí las aduanas mediterráneas, garantía del ultraproteccionismo local. Conservose de tal modo —observa el mismo autor en otra parte de su trabajo— un mercado interno para los vinos, los aguardientes, los tejidos y los cueros manufacturados por las fábricas criollas.[215]

ｿA qué aplausos se refiere Alvarez? Que la política manifestada por la Ley de Aduanas no giraba en el vacío lo corrobora precisamente el apoyo unánime de las provincias mediterráneas. Un año más tarde de aprobarse dicha ley, la Legislatura de Salta aprobaba otra de homenaje a Rosas. Afirmábase en uno de sus considerandos que la Ley de Aduanas

> expedida en la provincia de su mando consulta muy principalmente el fomento de la industria territorial de las del interior de la República; que el comercio interior es por ella descargado de su peso considerable, a que será consiguiente su fomento y prosperidad (...) Que ningún gobierno de los que han precedido al actual de Buenos Aires, ni nacional ni provincial, han contraído su atención a consideración tan benéfica y útil a las provincias del interior.

En el mismo sentido se manifestaba la provincia de Tucumán, que en una ley similar aludía a la reglamentación aduanera de Rosas que ｫ*ha destruido el erróneo sistema económico que había hundido a la República en la miseria, anonadado a la agricultura y a la industria*ｻ, etc. Igualmente alababa la provincia de Catamarca la mencionada ley, que ｫ*refluye poderosamente en el aumento de la industria territorial*ｻ.[216]

Hasta la sanción de la ley aduanera, la industria territorial argentina había estado bajo la amenaza del liberalismo económico vigente en los gobiernos porteños desde 1811. No sólo se estrangulaba al interior nacional por el monopolio del puerto y de la Aduana, sino por las tentativas unitarias constantes de inundar el interior con las mercaderías extranjeras, privando a

---

215 ﾁlvarez, ob. cit., p. 91.

216 Rosa, ob. cit., p. 133.

las poblaciones criollas de sus recursos tradicionales de subsistencia. El estímulo otorgado por esta Ley de Aduanas, que la mayor parte de nuestros historiadores pretende ignorar, produjo una reanimación de nuestra industria artesanal.[217]

Fue perceptible el mejoramiento de las condiciones de vida de gran parte del pueblo argentino. Hasta Caseros, navegaban por nuestros ríos goletas y barcos de fabricación nacional, construidos en los astilleros de Corrientes o Santa Fe. Una personalidad insospechable de "rosismo" o de "federalismo", el doctor Vicente Fidel López, ha dejado un claro testimonio sobre el tema. López, que al día siguiente de Caseros abrazó la causa nacional frente al mitrismo porteño, localista y escisionista, fue uno de los primeros argentinos de su generación que se lanzó a batallar en defensa de la industria. En un debate de la Cámara de Diputados en 1873, decía López con nostalgia:

> Residía yo en 1840, en Córdoba. Y lleno de gusto de ver los tejidos de lana que allí se hacían, me he vestido perfectamente bien, hasta con elegancia, con las telas que mandaba hacer a mi gusto a las gentes del pueblito. Estoy informado que hoy, ya no se puede hacer esto.[218]

La ley a que hacemos referencia prohibía la importación de ponchos, ceñidores, flecos, ligas y fajas de algodón o lana, jergas, jergones, y sobrepellones para caballos. La tarifa protectora también incluía la prohibición de importar velas de sebo, peines y peinetas de carey, artículos de hueso, etc. Se protegía el cultivo del tabaco y se gravaban fuertemente los sucedáneos del mate (café, cacao, té). En el ramo de la herrería se establecían prohibiciones aduaneras semejantes: la platería, la lomillería y la talabartería eran igualmente amparadas, de la misma manera que se restringió la importación de carruajes y de ruedas, los artículos de zapatería y los productos agrícolas que se producían en el país.

En cuanto a las exportaciones, las distinciones fiscales eran precisas. A las exportaciones en general se les aplicaba una tasa del 4%, únicamente con fines rentísticos. A los cueros, en cambio, requeridos por la industria extranjera, se les cobraba por su exportación un impuesto equivalente

---

217 Hecha esta concesión, transitoria por lo demás, Rosas pudo consagrarse al progreso de su provincia. "*Los federales porteños no repitieron el error de sus adversarios. Proclamaron el principio de la autonomía económica y política de las provincias; negaron que tuvieran la intención de intervenir en los asuntos internos de las demás provincias, pero al mismo tiempo insistieron en reclamar la más completa libertad para organizar el destino económico de Buenos Aires. Este destino residía en la ininterrumpida prosperidad de la industria pastoril, y nadie lo entendió mejor que Rosas*" (Burgin, ob. cit., p. 317).

218 López, Diario de Sesiones del 27 de junio de 1873, p. 261 y ss.

al 25% de su valor. Los productos bonaerenses enviados al interior eran librados de todo gravamen.[219]

La carne salada que era transportada en buques argentinos estaba exenta de derechos de exportación, como se hacía con la lana y el carbón de Santa Fe y de Corrientes. Con el objeto de favorecer el comercio de las provincias interiores argentinas con Chile, los productos chilenos que llegaban por tierra no pagaban derecho alguno. Es frecuente observar en los historiadores oficiales una completa prescindencia en cuanto a las circunstancias técnicas del régimen de Rosas. Se olvida maliciosamente que la primera máquina de vapor —la del molino de San Francisco— fue establecida en 1846. Ya Martín de Moussy, el famoso viajero, anotaba que Buenos Aires « *consume los artículos manufacturados en su capital, que es un gran taller industrial* ».[220]

Es en esa época que se introducen los primeros vacunos Shorton, comienza el alambrado de los campos y adquiere caracteres nítidamente capitalistas la producción pecuaria. A la caída de Rosas existían en Buenos Aires 106 fábricas, entre ellas fundiciones, molinos de viento, de jabones, de licores, de cerveza, de pianos, de carruajes, carpinterías, ferreterías, talabarterías, lomillerías, mueblerías, etcétera.

Todos los viajeros de la época coinciden en señalar la excelencia de los tejidos y zapatos elaborados en Córdoba y Tucumán. Las pieles de cabra curtidas en Córdoba eran exportadas por su calidad a Francia. Este último país debió prohibir su importación para proteger sus industrias

---

219 H. S. Ferns, *Britain and Argentina in the Nineteenth Century*, Oxford Press, Londres, 1960, p. 251 y ss.

Este autor escribe: « *Cuando Rosas se embarcó en una política proteccionista en 1835 con el objeto de conciliar los pequeños intereses comerciales de las provincias del interior, el gobierno británico no hizo objeción. Informando sobre las nuevas tarifas de 1835, el coronel inglés Griffiths en verdad pudo encontrarlas buenas como medio de estimular a la industria local y las empresas agrícolas* ».

Las noticias de la ampliación de las tarifas, incrementadas en 1837, en Buenos Aires, no fueron recibidas con calma en el Foreing Office. Palmerston dijo al gobierno británico que él no había « *reclamado el derecho de objetar formalmente, pero deseaba informar al Gobierno de Buenos Aires sobre las virtudes del libre comercio y la locura de las altas tarifas, y señalar los perniciosos efectos sobre el comercio de ese país que seguramente resultarían de tales medidas* ».

220 Martín de Moussy, *Description of the Confederation Argentine*, cit. por Rosa, ob. cit., p. 127.

locales. La ebanistería tucumana exportaba a Chile, Bolivia y Perú. En ese tiempo adquiere volumen el cultivo industrial de la caña de azúcar, que abastecía a las provincias de Santiago del Estero, Catamarca y Salta. Lo mismo puede decirse de los cigarros, las suelas y demás artesanías salteñas. Catamarca abastecía a su vez a las provincias hermanas con algodón, que llegó a ser famoso por su calidad.

Las tejedurías domésticas puntanas tenían también un mercado de consumo en Mendoza y otras provincias. En 1850 los viñedos mendocinos llegaban a abarcar más de 500 hectáreas y los vinos y aguardientes sanjuaninos eran conocidos en los mercados de todo el país.

Ferré, Rosas y Carlos Antonio López

La situación de Corrientes tenía características especiales. Como observa Juan Álvarez, era litoral por su topografía, pero podía considerarse una provincia del interior por las dificultades de navegación, que la obligaban a desarrollar sus industrias locales: prosperaba con sus carpinterías de ribera, sus cultivos de tabaco, de almidón, sus soberbios naranjales. Justamente el interior habría de encontrar en la vigorosa y rica personalidad del brigadier Pedro Ferré, el más penetrante expositor del proteccionismo industrial.

Decía Ferré en 1824:

> Tenemos otras provincias —y son varias— cuyas producciones hace mucho tiempo que dejaron de ser lucrativas; que viven exclusivamente de ellas; que no pueden tampoco, aun con capitales, abrazar otras que su territorio no permite. Más claro y más cierto: han de ser favorecidas por la prohibición de la industria extranjera, o perecer. Pero, sufrirán mucho en la privación de aquellos artículos a que están acostumbrados, ciertos pueblos. Sí, sin duda alguna un corto número de hombres de fortuna padecerán, porque se privarán de tomar en una mesa vinos y licores exquisitos (...) las clases menos acomodadas no hallarán mucha diferencia entre los vinos y licores que actualmente beben, sino en el precio, y disminuirán el consumo, lo que no creo ser muy perjudicial. No se pondrán nuestros paisanos ponchos ingleses; no llevarán bolas y lazos hechos en Inglaterra; no vestiremos ropa hecha en la extranjería, y demás renglones que podemos proporcionar, pero en cambio empezará a ser menos desgraciada la condición de pueblos enteros de argentinos y no nos perseguirá la idea de la espantosa miseria a que hoy son condenados. Y aquí es tiempo de notar que sólo propongo la prohibición de importar artículos del comercio que el país produce, y no lo que puede producir, pero que aún no fabrica.[221]

La capital de la República aún debe su estatua al gran representante de nuestros pueblos

221 Ferré, ob. cit., p. 372.

artesanos.

Si bien Rosas rechazó las exigencias del comercio importador y del capital extranjero, interesado en el mercado interno argentino, promulgando la Ley de Aduanas de 1835, no es menos cierto que nada hizo para tecnificar nuestras primitivas industrias territoriales y buscar en el país una nueva base de sustentación acorde con el desarrollo mundial del capitalismo. El "nacionalismo" de Rosas estaba limitado por la restringida base de clase en cuyos límites se movía.

La misma Ley de Aduanas fue anulada por Rosas a partir de los bloqueos de 1838:

> La nueva política fue lanzada de manera nada manifiesta. En diciembre de 1841 el gobierno ordenó al recaudador general que permitiera la importación de artículos cuya entrada al país no estaba autorizada por la ley arancelaria de 1835. Los artículos que hasta entonces figuraban en la lista de importaciones prohibidas, serían admitidos mediante el pago de un derecho del 17%. La decisión del 31 de diciembre de 1841 cerró un importante capítulo de la historia arancelaria bonaerense (...) El gobierno porteño se vio obligado una vez más a abandonar principios por conveniencia, a "traicionar" los intereses económicos de las clases medias tanto de la provincia como del interior y el litoral (...) [La política proteccionista] ya no era practicable. En parte por decisión propia y en parte por imposición de las circunstancias, Buenos Aires se había vuelto a separar de las restantes provincias que integraban la Confederación. En su esfuerzo para rehabilitar su propia economía Buenos Aires abandonó las necesidades y aspiraciones de las provincias. En este sentido Rosas quedó prisionero del egoísmo económico de su partido. [Después de la anulación virtual de la Ley de Aduanas] las provincias volverían a considerar su actitud hacia el régimen de Rosas a la luz de las exhortaciones lanzadas por Ferré diez años antes. Desde su punto de vista no había mucha diferencia entre Rosas y Rivadavia, entre el federalismo porteño y el unitarismo. Rosas se convirtió tanto como Rivadavia en el representante de Buenos Aires, defensor de sus intereses especiales, presto y dispuesto a sacrificar las más vitales necesidades de las provincias.[222]

Los ganaderos de Buenos Aires eran el sector económicamente más fuerte del Río de la Plata, pero su fuente de ganancias se encontraba en el mercado exterior; su visión de los problemas nacionales no iba más allá del Arroyo del Medio. Por eso fue que su político más agudo dictó la Ley de Aduanas para neutralizar a las provincias interiores, pero le hubiera resultado inconcebible volcar los recursos aduaneros a fin de echar las bases de la era maquinista capaz de transformar al país.

Mantuvo el viejo status; indiferente al avance técnico de la industria, no habría de seguir el camino genial de Carlos Antonio López, caudillo paraguayo, que con una base de operaciones

---

[222] Burgin, ob. cit., p. 311 y ss.

infinitamente menor que la de Rosas, supo mantener a raya la provocación imperialista y construir en el corazón de la selva la primera potencia sudamericana.[223] Rosas era, al fin y al cabo, un estanciero godo, políticamente un reaccionario de los pies a la cabeza, insensible al progreso, que él, sin embargo, encarnó en un momento, en su condición de gran empresario; su prodigioso talento político estuvo esencialmente orientado a la conservación de la base regional de su poder. No le interesó otra cosa. Sus ideas políticas generales demostrarían una completa indigencia en su larga agonía de desterrado, en el odio a la Comuna, a la clase obrera y al movimiento general de su siglo. Pero en la Vuelta de Obligado todos los argentinos estuvieron con él.

Los mercaderes de opio bloquean el Río de la Plata

La historia del segundo imperio colonial de Francia empieza con el reinado burgués de Luis Felipe. La diplomacia británica había reducido la capacidad de maniobra de Francia en el teatro continental. Desde su reducto insular, los ingleses manejaban Europa, y a través de Europa, el comercio mundial. Cuando Francia decide intervenir militarmente en el Río de la Plata, esta aventura marítima no respondía solamente a una política de prestigio, como algunos autores han pretendido insinuar, sino a la etapa de exportación de mercancías que precede a la aparición del imperialismo. El bandidaje francés en Argel y en México sería probado también por los argentinos.

Estas empresas de rapiña tenían para Francia —la famosa Francia "eterna", "democrática" y "socialista", según los cipayos francófilos— hasta un justificativo moral. Los europeos acariciaban una idea bastante curiosa de nuestra América del Sur. Aún a principios del presente siglo, Gustavo Le Bon generalizaba una opinión muy difundida en el Viejo Mundo, afirmando:

> Los pueblos de todas las repúblicas españolas de América son ingobernables. No hay educación ni hay institución que pueda surgir de la anarquía. La anarquía de esos países tiene un carácter sangriento. Todos ellos naufragan en la insolvencia. No tienen voluntad ni moralidad. Su inmoralidad excede cuanto pueda imaginarse y llega hasta el punto de que las ciudades aquellas son inhabitables. Si no retrogradan a la pura barbarie, es porque los alemanes y los ingleses se encargan de la industria y el comercio de esos dos países. Su decadencia es espantosa.[224]

Es fácil presumir la opinión que les merecíamos a los compatriotas del doctor Le Bon en 1830. El resultado de las invasiones inglesas de 1807 no desanimó, sin embargo, al gobierno

---

223 Julio César Chávez, *El Presidente López*, Ayacucho, Buenos Aires, 1955, p. 291.

224 Cit. en Carlos Pereyra, *Rosas y Thiers*, Padilla y Contreras, Buenos Aires, 1944, p. 238.

francés. Thiers, el sanguinario ministro que en el ocaso de su vida política habría de reprimir la Comuna de París, y que fuera uno de los artífices de la intervención francesa en el Río de la Plata, declararía virtuosamente en el seno de la Asamblea de París que 才 *cuando se trata de nuestro comercio y de nuestros nacionales es necesario que seamos como los ingleses, que por un marinero herido han emprendido grandes guerras* ㅑ.[225]

Carlos Pereyra, eximio historiador mexicano, observaría que las mismas potencias que ocuparon Hong Kong, construyeron un ferrocarril en Port Arthur o limpiaron los cofres y vitrinas de los palacios del Asia como bandidos de guante blanco, eran las que venían a imponer la civilización con la boca de sus cañones en la América del Sur.

Al principio comenzaron los franceses; y luego se agregaron los ingleses, temerosos de que Francia adquiriera excesiva influencia en el Plata. Las dos cancillerías europeas trabajaron duramente desde 1838 a 1849. Los británicos, como siempre, se quedaron con la parte del león.

El primer bloqueo contra Rosas fue organizado en 1838 por la escuadra francesa al mando del almirante Leblanc. Los pretextos y exigencias eran fútiles: reclamación por la detención de súbditos franceses, e igual tratamiento que a los ingleses. El fondo de esa política, como hemos visto, ya no era tan inocente. Ha quedado un testimonio irrecusable de los propósitos reales del bloqueo: los cónsules franceses y el almirante Leblanc firmaron en Montevideo un acuerdo con la "Comisión Argentina", formada por los unitarios emigrados ligados al comercio de importación. Se trataba de una alianza contra las Provincias Unidas, a cuyo frente se encontraba Rosas. Una de las actas decía textualmente:

> Y considerando (...) 3 ᄀ: la conveniencia de no dejar escapar esta ocasión favorable, sea de llevar a Rosas a pactar con nosotros, sea de ocasionar su caída, y por consiguiente, de establecer la influencia de Francia a la vez en Buenos Aires y en Montevideo, y de preparar aquí a nuestros compatriotas y nuestro comercio un porvenir tranquilo y próspero...[226]

La clausura de los ríos

El curso de los acontecimientos demostró que la reivindicación de la libre navegación de los ríos era la razón central del bloqueo extranjero. Rosas la rechazó, aunque este asunto habría de

---

225 Ibíd., p. 227.

226 John F. Cady, *La intervención extranjera en el Río de la Plata*, Losada, Buenos Aires, 1943, p. 45. En esta obra puede consultarse todo el proceso diplomático que rodeó la agresión europea y el papel del grupo unitario.

jugar un papel extraordinariamente importante en la organización de los bloqueos internacionales y finalmente en su caída política.

Las contradicciones anglo-francesas en nuestro estuario no impidieron que en el bloqueo internacional contra la Argentina las dos potencias se pusieran de acuerdo. Inglaterra había logrado por medio del ministro Canning, en la época de Rivadavia, la independencia artificial de la Banda Oriental del Uruguay. Así quedó en el Río de la Plata una plataforma “neutral” que el imperialismo ha utilizado desde ese tiempo como base de operaciones para contener la influencia argentino-brasileña en esta región del planeta. La “internacionalización” del Uruguay es uno de los hechos más monstruosos de la historia latinoamericana.

El investigador norteamericano John F. Cady, en su notable obra *La intervención extranjera en el Río de la Plata*, observa lo siguiente:

> El Foreing Office estaba prácticamente inundado de cartas, memoriales y solicitudes, en los que se sostenía que para el bien del comercio británico y la causa de la civilización sudamericana, debía mantenerse en su integridad la independencia del Estado Oriental. Por sobre todo, debía arrancarse de las manos funestas de Rosas el control de la navegación de los ríos.[227]

La vulnerabilidad del régimen en este aspecto era evidente ante los ojos de todos. Si los unitarios rivadavianos y algunos jóvenes de la generación de Mayo radicados en Montevideo pudieron llegar a un convenio con los agentes de las potencias imperiales contra Rosas, fue precisamente porque contaban con el descontento y la inquietud de las provincias litorales argentinas. Rosas, de la misma manera que los gobiernos unitarios anteriores, mantenía el control del puerto, negándose a nacionalizar los ingresos aduaneros. Repartidas proporcionalmente con las demás provincias estas rentas, habrían constituido el fundamento inmediato de la organización nacional, desapareciendo los recelos y las contradicciones que oponían la Capital al resto del territorio.[228]

Debe tenerse en cuenta que los puertos de Paraná, Santa Fe y Corrientes sólo se beneficiaban con el tráfico de las goletas que realizaban desde Buenos Aires el comercio de trasbordo. Pero

---

227 Ibíd., p. 119.

228 Burgin, ob. cit., p. 355: “*Buenos Aires quería, y hasta ansiaba, cargar con la responsabilidad de dirigir las relaciones exteriores del país y lo concerniente a la guerra y a la paz;pero se negó a responsabilizarse por el bienestar económico y social del país. Ahí residía la trágica inconsecuencia del sistema que Rosas construyó con tanta paciencia y defendió con tanta obstinación*”.

estaban impedidas de hacer por sí mismas el intercambio de sus productos exportables, coincidentes con los de la campaña bonaerense.[229]

Este monopolio constituyó para el Restaurador, no sólo el pivote de su poder económico, sino también la razón de su derrota. La provocación de las potencias europeas y las tendencias separatistas de la Mesopotamia argentina encontraban en este régimen voraz su verdadero fundamento.

De la misma manera, el Paraguay había sido aislado completamente por el sistema de los intereses porteños, que Rosas no modificó.

Dicho sistema negaba a la provincia paraguaya toda posibilidad de importar o exportar sus productos si no era pagando tributo al puerto de Buenos Aires; esta obligación impuesta a los paraguayos no era contrabalanceada por ningún beneficio de carácter nacional, porque según se ha dicho, los porteños se embolsaban las entradas de esa aduana. El Paraguay de López era forzado así a declarar su independencia, como una tentativa de amparar su economía. Rosas rehusaba reconocer esa independencia; esa política empujaba al Paraguay a un frente con las provincias argentinas perjudicadas e incluso con los unitarios, debilitando así la unidad argentina y contribuyendo a la balcanización del Sur.

> Durante la campaña contra el general Paz, ocurrió un suceso de la mayor importancia para Entre Ríos. El gobernador Crespo abrió los puertos de la provincia al comercio con Montevideo, corriendo el peligro de enfurecer a Rosas, como sucedió (...) El gobernador Crespo, fundándose en los tratados entre las provincias litorales, siguió permitiendo el comercio de importación y exportación con aquella plaza (...) A su regreso de Corrientes, el general Urquiza recibió una nota enérgica del ministro Arana, exigiéndole que le explicara la resolución del gobernador Crespo. El general Urquiza contestó sosteniendo la teoría, que en realidad era la verdadera, establecida por el gobernador Crespo (...) Debido a esa política comercial del gobierno de la provincia, ésta tuvo en diciembre del año 1848 un sobrante de renta en su tesoro, efectiva de cuatrocientos veintiséis mil doscientos sesenta pesos y un medio real...[230]

---

229 Herrera, ob. cit., p. 163, cit. Ruiz Moreno: ｫ*La clausura de los ríos de la confederación se había conservado como en la época del dominio de los reyes de España para las banderas extranjeras. Sólo el comercio de Buenos Aires era accesible al comercio exterior. Durante la dictadura de Rosas se consideraba una ofensa a la independencia nacional (americana decía Rosas) la entrada de un buque mercante extranjero a un puerto de Entre Ríos, Santa Fe o Corrientes*ｻ.

230 Martín Ruiz Moreno, *Contribución a la historia de Entre Ríos*, cit. por Herrera, ob. cit., p. 209.

El Estado-tapón

Las potencias europeas encontraron de este modo varios puntos de apoyo contra Rosas en las provincias argentinas, como directo resultado del monopolio aduanero porteño. La primera base extranjera en el Río de la Plata era el Estado oriental, obra de Rivadavia. Téngase presente que Montevideo era una plaza fuerte inglesa y francesa, cuyos connacionales constituían la mayor parte de la población permanente. Thiers diría abiertamente en el Parlamento, en una interpelación a Guizot, que Uruguay era «*una verdadera colonia francesa*». Había en Montevideo 20.000 extranjeros, entre ingleses, franceses e italianos. Esta importante colonia europea era dueña de la ciudad y ocupaba los puestos claves del comercio de importación y exportación; mantenía asimismo una estrecha vinculación con las grandes empresas coloniales y sus metrópolis respectivas.[231]

Cuando el general Oribe, caudillo federal uruguayo, aliado de Rosas, pone sitio a Montevideo para reconquistarla como capital histórica de la Banda Oriental, el comercio extranjero y los emigrados unitarios se hacen cargo de la defensa. En su folletín famoso, Alejandro Dumas llamará al sitio "La Segunda Troya". Tan popular ora la causa de Montevideo en París, que los novelistas en boga adoptaban las epopeyas mercantiles de sus connacionales, en los teatros más remotos del globo, como tema para sus obras. Las fuerzas defensoras, en efecto, estaban integradas en su aplastante mayoría por esos mismos comerciantes y sus hijos. Dice Cady:

> El dominio de Oribe sobre el Uruguay, con excepción de los dos pueblos, era indiscutible. Tenía más de 6.000 orientales bajo sus órdenes, además de 8.000 de sus fuerzas argentinas. En cambio, de las fuerzas que se oponían a los orientales de Oribe, sólo 400 eran soldados nativos y los 3.100 restantes eran extranjeros.[232]

La Legión Extranjera que defendía la ciudad comercial contra las masas orientales y argentinas, estaba integrada por unos 3.000 milicianos vasco-franceses y un grupo más reducido de 700 italianos al mando de José Garibaldi.[233]

La leyenda garibaldina en el Plata merece una observación, pues estuvo muy lejos de desempeñar el papel que le atribuye la historia póstuma. Muy diferente fue el significado de su lucha por la independencia y la unidad de Italia. En el Río de la Plata cumplió una función inversa, contribuyendo a impedir la unidad nacional sudamericana. El propio José Luis Bustamante,

---

231 Julio César Vignale, *Oribe*, Impr. Letras Edit., Montevideo, 1942, p. 217 y ss.
232 Cady, ob. cit., p. 164.
233 Ibíd., p. 130.

conmilitón de Fructuoso Rivera —ambiguo caudillo rural que se adaptaba al poder dominante sin someterse, en realidad— escribía: «*Garibaldi saqueó la Colonia y Gualeguaychú escandalosamente*».[234] Sarmiento, admirador del célebre guerrero, señalaba:

> Garibaldi no vino a enseñarnos a ser libres ni a darnos ejemplo de heroísmo. Apenas se muestra y ya todos ven en él al caudillo de la masa de italianos poco manejables por los elementos aventureros de que se componía.[235]

Importa precisar este aspecto de las luchas rioplatenses, puesto que los corifeos del partido unitario profrancés habrían de fijar con caracteres indelebles en la historia escrita los términos de una antítesis imposible: si los unitarios y la coalición extranjera representaban la civilización, Rosas y el federalismo provinciano o bonaerense encarnaban la barbarie. El más ilustre exégeta de esta patraña fue Sarmiento.

La verdad es que en el sitio de Montevideo —que los cipayos de nuestros días consideran una cabal muestra de batalla griega "por la libertad"— participan las huestes garibaldinas. Nadie mejor que Garibaldi puede ilustrarnos acerca de los Héctores y Patroclos que formaban en sus filas. En sus *Memorias* escribe el héroe:

> La gente que me acompañaba era una verdadera chusma cosmopolita compuesta de todo y de todos los colores y naciones. Los americanos eran en su mayor parte negros libres y mulatos y generalmente mejores y de más confianza. El resto estaba compuesto de esa clase de marineros aventureros, conocidos en la costa americana del Atlántico con el nombre de "Fréres de la Cote", clase que había formado el contingente a los filibusteros y a los tratantes de negros.[236]

A este respecto bastaría agregar que la bandera de la legión garibaldina era una enseña negra. En su centro aparecía el Vesubio en erupción, reposando sobre una calavera y dos tibias cruzadas. El propio gobierno oriental, que no padeció nunca de prejuicios "nacionalistas", fue impotente para obligar a estos defensores de la soberanía montevideana a usar la bandera uruguaya.[237]

---

234 Pereyra, ob. cit., p. 184.

235 Juan B. Tonelli, *Garibaldi y la masonería argentina*, Rex, Buenos Aires, 1951, p. 10.

236 Garibaldi, *Memorias*, cit. por Tonelli, ob. cit., p. 12.

237 Rául Frischauer, *Garibaldi. El héroe de dos mundos*, Claridad, Buenos Aires, 1944, p. 107. (Véase el ensayo apologético de Amaro Villanueva, *Garibaldi en Entre Ríos*, Cartago, Buenos Aires, 1957, en el que rinde tributo a Garibaldi por su «*lucha contra las tiranías feudales en América*», p. 17. Amaro Villanueva es un erudito en el arte de cebar mate. Escribió un libro sobre este tema apasionante. Pero al mismo tiempo, este escritor entrerriano es un stalinista

La Vuelta de Obligado

La política británica en el Río de la Plata constituyó un modelo clásico de duplicidad imperialista. Las enormes dificultades interiores y exteriores que la resistencia de Rosas ocasionaban al ministerio inglés, obligaron a los hombres de Londres a buscar una solución al conflicto. Mientras Mandeville en Buenos Aires apoyaba suavemente las exigencias de Rosas (interpretando las necesidades del comercio inglés residente), el comodoro Purvis apoyaba la causa de Montevideo, donde también vivían comerciantes de esa nacionalidad. Esta evidente contradicción de la política británica no existía sino para la candidez sudamericana.

La política dual de los ingleses les permitía defender simultáneamente sus intereses en ambas márgenes del Plata, contribuir a la división uruguayo-argentina, aparentar neutralidad en todos los casos, y sacar ventajas en los dos puertos. Al mismo tiempo, utilizaba los servicios de la legión francesa que luchaba en Montevideo, arrojando sobre el prestigio de Francia todo el peso del odio argentino.

Los intereses comerciales que traficaban con la región del Plata presionaban al gabinete británico para que solucionara en cualquier forma el conflicto. La lucha de Rosas con Montevideo había paralizado el comercio rioplatense.[238]

> Peel viose en 1844 —escribe Cady— ante el pedido insistente de plazas como las de Liverpool y Manchester, que urgían al gobierno británico para que conjuntamente con el de Francia, adoptase medidas para limitar las restricciones puestas al comercio en el Plata. Solicitaban también se pusiera fin a los disturbios en el Uruguay y se asegurara el acceso de los comerciantes británicos a los mercados del Paraguay y regiones del interior.[239]

Respaldando estas reclamaciones, estaban diez memoriales de los centros industriales de Yorkshire, Liverpool, Manchester, Leeds, Halifax y Bradford, suscriptos por 1.500 banqueros, comerciantes e industriales de las ciudades citadas. La opinión generalizada en Gran Bretaña, por otra parte, era que ni siquiera el comercio libre con Buenos Aires y Montevideo tendría plena importancia sin las comunicaciones con el interior sudamericano. En esta apreciación del gobierno y la industria británicos, encontraremos más adelante la clave de la trágica guerra del Paraguay.[240]

---

garibaldino. Curioso criollismo.)

238 Cady, ob. cit., p. 132.

239 Ibíd., p. 141.

240 Ibíd., p. 173.

Los ingleses planeaban en su correspondencia diplomática la balcanización, como lo demuestran las investigaciones contemporáneas en los archivos del Foreing Office. Un agente británico escribía a Londres:

> El reconocimiento del Paraguay, conjuntamente con el posible reconocimiento de Corrientes y Entre Ríos, y su erección en estados independientes, aseguraría la navegación del Paraná y del Uruguay. Podría así evitarse la dificultad de insistir sobre la libre navegación que nosotros hemos rechazado en el caso del río San Lorenzo.[241]

El cinismo de esos caballeros no dejaba nada que desear.

De esa manera se llegó hasta la invasión internacional de los ríos argentinos, que originó el heroico combate de Obligado. Las cadenas extendidas por Mansilla sobre el Paraná, a guisa de barrera, fueron destruidas por los cañonazos de la imponente flota anglo-francesa. Al pasar, saquearon Gualeguaychú, bombardearon e incendiaron el puerto de Colonia y se apoderaron de la isla Martín García. La hostilidad general, la ausencia de fuerzas de tierra y el carácter de guerra nacional que la descarada intervención internacional otorgaba a la resistencia de Rosas obligaron a los piratas civilizados a retroceder primero y a negociar después.

Según el investigador norteamericano ya citado,

> la tentativa resultó un fracaso desde el punto de vista comercial, pues muchos de los barcos regresaron con sus cargamentos completos. La consecuencia más importante fue exaltar el patriotismo del pueblo argentino hasta un grado sin precedentes.[242]

El descrédito más completo rodeó a los unitarios, artífices de la coalición de las potencias europeas. Los ministros de las grandes metrópolis miraban por encima del hombro a esos "nativos" desaprensivos y pedigüeños. Los argentinos de todas las provincias los abrumaban con su desprecio. El general San Martín ofrecía la espada de la Independencia a Rosas.[243] A su vez, el gobierno títere de Montevideo dependía por completo de la buena voluntad de los grandes imperios. A cargo de la Tesorería de Francia, se firmaba un tratado que disponía el pago de un subsidio mensual a beneficio de las autoridades de Montevideo por 40.000 pesos fuertes.

---

241 Véanse Ernesto Quesada, *La época de Rosas*, Del Restaurador, Buenos Aires, 1950, p. 161 y ss.; Roberto de Laferrère, *El nacionalismo de Rosas*, Haz, Buenos Aires, 1953, p. 23; I. B. Mackinnon, *La escuadra anglo-francesa-en el Paraná* (1846), Hachette, Buenos Aires, 1957, p. 136.

242 Cady, ob. cit., p. 176.

243 Julio Irazusta, *Vida política de Juan Manuel de Rosas a través de su correspondencia*, Huemul, Buenos Aires, 1961, tomo V, p. 108.

Después del levantamiento del bloqueo internacional contra Rosas en el Río de la Plata (1848) las defensas de Montevideo habían quedado tan desguarnecidas frente a los ejércitos gauchescos del general Oribe, que la escuadra francesa debió enviar a tierra 400 infantes de marina para ｵ *servir a las baterías casi desiertas* ｻ.[244]

A todo este espectáculo la tradición mitrista unitaria y cipaya llamó la "Segunda Troya". El ministro de Relaciones Exteriores del gobierno de Montevideo, desesperado por la situación, gestionaba inútilmente ante los gobiernos europeos el otorgamiento de una ayuda militar y política más efectiva.[245]

> Propuso que dichas potencias —dice Cady— asumieran el protectorado conjunto del Uruguay por un período indeterminado, alegando que la libre navegación de los ríos podía lograrse si todas las partes interesadas se unían para tal fin.[246]

Pero los ingleses y franceses tenían ya las manos ocupadas en otras gestiones; sus rencillas domésticas les eran gravosas, y por otra parte, ya habían probado las lanzas rioplatenses. Era evidente que no se trataba de un paseo militar. El cortés ofrecimiento fue rechazado, todo lo cual no impidió que estas almas dóciles que deseaban ser colonizadas ingresasen firmemente a la mitología escolar de los héroes nacionales.

En 1849 los intervencionistas firmaban con Rosas un tratado por el cual se reconocía que la navegación fluvial argentina estaba únicamente sujeta a sus leyes y reglamentos; las potencias se obligaban a evacuar la isla Martín García, devolver los barcos argentinos apresados y saludar la bandera nacional.[247] Esta victoria de Rosas no constituyó, en realidad, sino una tregua hasta Caseros.

Buenos Aires y el federalismo provinciano

El litoral había sido la zona crítica de la política rosista. Los historiadores liberales explican las guerras civiles contra Rosas en virtud del espíritu de "libertad" contra la "dictadura". Pero los historiadores "revisionistas" caen en una explicación no menos abstracta y errónea: se trataría de las intrigas unitarias, de la falta de patriotismo, del "oro francés" o del maquiavelismo brasileño.

---

244 Cady, ob. cit., p. 255.
245 Ibíd., p. 256.
246 Ibíd., p. 257.
247 Manuel Gálvez, *Vida de Don Juan Manuel de Rosas*, Tor, Buenos Aires, 1949, 3 ｪ ed., p. 289.

En realidad, las provincias litorales disponían de producciones coincidentes con la de Buenos Aires (Entre Ríos, Santa Fe) o estaban interesadas tanto en el comercio internacional como en el mercado interno (Corrientes). La clausura que Rosas imponía a los ríos interiores afectaba no sólo los intereses de las potencias europeas sino primordialmente a las provincias litorales. En el monopolio exclusivo de la Aduana porteña, se encuentra el origen de las inquietudes políticas del litoral, de sus tentativas crónicas para resistir el poder de Rosas, y de sus eventuales alianzas con el capitalismo extranjero.[248]

La opulenta provincia de Buenos Aires negaba al litoral el derecho de comercio con los europeos; eso tiene, sin duda, un tinte muy nacionalista. Pero Buenos Aires practicaba infatigablemente ese mismo comercio internacional que la enriquecía.[249] Ya esto es más difícil de explicar a los “revisionistas”.

ｿ Cómo juzgaban los políticos provincianos de la época esta actitud de Buenos Aires bajo Rivadavia, Rosas o Mitre?

Don Manuel Leiva, uno de los más destacados hombres públicos del interior (ministro de Estanislao López, de Cullen, de Ferré, de Urquiza), escribía a un colega catamarqueño palabras muy claras.

> Buenos Aires es quien únicamente resistirá a la formación del Congreso, porque en la organización y arreglos que se meditan pierde el manejo de nuestro tesoro con que nos ha hecho la guerra, y se cortará el comercio de extranjería que es el que más le produce; pero por esas mismas razones los provincianos debemos trabajar en sentido contrario a ellos, para que nuestro tesoro nos pertenezca y para poner trabas a ese comercio que insume nuestros caudales, ha muerto nuestra industria y nos ha reducido a una miseria espantosa. Nada importan, mi amigo, la paz y tranquilidad, si la industria territorial, que es manantial fecundo de riqueza, ha de quedar sin protección, siguiendo el problema si el tesoro de la Nación nos pertenece a todos o sólo a los señores porteños como hasta aquí y nuestros puertos desiertos.[250]

---

248 Burgin, ob. cit., p. 314: ｫ *En los asuntos que afectaban al “status" económico de las provincias los actos del gobierno de Buenos Aires no eran diferentes de los que haría un gobierno unitario. En realidad Rosas era mucho más peligroso que Rivadavia, porque, a diferencia de este último, poseía los recursos políticos y materiales necesarios para imponer la voluntad de Buenos Aires, y mientras la hegemonía política y económica de Buenos Aires siguiera siendo indiscutida las provincias no podrían esperar ninguna concesión de la administración porteña* ｻ.

249 Luis Alberto de Herrera, *La clausura de los ríos*, Montevideo, 1920, tomo IV, p. 7.

250 Palma, ob. cit., p. 47. Se trata de una carta de Leiva dirigida a don Tadeo Acuña, ministro de Catamarca. Esta carta cayó en poder de Quiroga, quien la remitió a Rosas. ｡Buena lanza y mala cabeza! Ya tendría Facundo que arrepentirse por sus concesiones hacia Buenos Aires.

Buenos Aires dábase así el lujo de apropiarse de la renta aduanera del país, de estrangular el litoral y de reivindicar la bandera de la soberanía nacional frente a la alianza con los europeos creada por su exclusivismo.

Caseros y el Imperio británico

La crisis final del régimen rosista estalló como una consecuencia directa de los efectos económicos del bloqueo internacional. El enfrentamiento de Rosas con las potencias europeas lo obligó a aflojar el control aduanero del puerto de Buenos Aires. La Mesopotamia argentina conoció en esos días una prosperidad sin precedentes

> Gracias al conflicto, los estancieros de esa región, en especial los entrerrianos, ven abrirse un gran porvenir ya que su ganadería cobra poderoso impulso al amparo de un comercio directo —sin intervención bonaerense— con las grandes potencias europeas. Las aguas del Paraná y Uruguay eran surcadas por naves que traían mercaderías manufacturadas y llevaban cueros, tasajo, astas, cerdas, tabaco y yerba.[251]

Según el periódico de Entre Ríos *El Federal Argentino*, entran en los puertos de dicha provincia 2.144 buques en 1851 y salen 1.887. Entre Ríos exportó 574.693 astas, 24.369 quintales de carne salada, 16.605 arrobas de cerda, 216.867 arrobas de grasa vacuna, 368.620 cueros vacunos, etcétera.[252]

Entre Ríos aparecía ante los ojos de toda la República como la principal beneficiaria del bloqueo internacional. Lo que era más importante aún: se reveló bien claramente la base económica de la negativa de Rosas en abrir los ríos. Todos los caudillos comprendieron en el acto que si Rosas los cerraba, no era por aversión a la "extranjería", sino exclusivamente porque aspiraba a que sólo Buenos Aires gozase de ese comercio. La conclusión del bloqueo internacional derivó nuevamente todo el tráfico del comercio exterior al puerto de Buenos Aires. Rosas quedó con las manos libres para arrebatar a las provincias litorales los beneficios de ese comercio. Urquiza no tenía más remedio que rebelarse contra el puño de hierro del dictador porteño.

Los saladeros entrerrianos debieron aceptar, por imposición de Rosas, el papel inconvertible

---

[251] Horacio C. E. Giberti, *Historia económica de la ganadería argentina*, Hachette, Buenos Aires, 1961, p. 139.

[252] Ibíd., p. 140.

de su Banco, pues Rosas les prohibía la extracción de toda clase de moneda metálica, al mismo tiempo que les ratificaba a las provincias litorales la prohibición de comerciar con el extranjero en otro puerto que no fuera el de Buenos Aires. Receloso de las maniobras urquicistas, Rosas prohibió asimismo la extracción de pólvora, material necesario para fabricar cal y que constituía, después de la ganadería, la más importante actividad económica de Entre Ríos.[253]

Como el cierre de los ríos era perjudicial a los saladeros de las costas del río Uruguay y Paraná, Rosas subvencionaba a veces a las provincias afectadas, Entre Ríos y Santa Fe. En otras ocasiones, ahogaba el descontento por medio de las armas, sin suprimir la contradicción.[254] Las provincias litorales encontrarían en la burguesía comercial uruguaya —alerta siempre a las tentativas absorbentes de Rosas— una firme aliada contra el puerto rival de Buenos Aires.

El régimen de producción comenzaba por otra parte a sufrir profundos cambios técnicos. Con Rosas concluye históricamente la economía del saladero. La exportación de tasajo comienza su declinación en 1853. En efecto, dicho rubro declinará durante los cincuenta años posteriores, y el frigorífico, al comenzar el siglo XX, pondrá fin definitivamente al ciclo saladeril. Al caer Rosas se produce un auge notable del merino. La exportación de lanas, bajo el estímulo de la industria textil europea, alcanza cifras considerables. José María Jurado escribe:

> En el año de 1852 a 1853 las ovejas nos daban ya productos para la exportación equivalentes en su valor a la cuarta parte de lo que nos daban las vacas. Diez años después, de 1862 a 1863 daban a la exportación iguales valores las vacas que las ovejas.[255]

Los principales compradores laneros eran Francia, Inglaterra y Estados Unidos. El auge del merino mueve a los ganaderos a cambiar de producción y reemplazar en sus campos la vaca por la oveja.

Los mercados esclavistas americanos pierden interés por la carne salada argentina. Se imponía un cambio de orientación de la producción ganadera del país hacia los mercados consumidores de Inglaterra y Francia. En 1865 la esclavitud era abolida en Estados Unidos por el triunfo de la

---

253 Manuel E. Macchi, *Urquiza. Última etapa*, Castellví, Santa Fe, 1954, p. 46.

254 Burgin, ob. cit., p. 166: «*El aislamiento, lejos de vigorizar la situación económica de las provincias, intensificó la dependencia de Buenos Aires. Quizá por esta razón más que por ninguna otra querían las provincias terminar la organización nacional de un modo que les garantizara la autonomía económica y política y estabilizara al mismo tiempo las relaciones económicas interprovinciales*».

255 José María Jurado, *La estancia en Buenos Aires*, cit. por Giberti, ob. cit., p. 153.

burguesía industrial en la guerra civil, lo que obligó a los honrados cuáqueros del Norte a proporcionar a sus ex esclavos una alimentación superior al tasajo elaborado por nuestros saladeros. La completa extinción de la esclavitud en América Latina (Cuba en 1885 y Brasil en 1888) señaló el fin de la producción de tasajo argentino. La vieja estancia criolla se veía solicitada por un mercado de características nuevas. Los estancieros como Rosas, aferrados a su antigua técnica, eran superados por las exigencias modernas del mercado mundial; la clase ganadera de la provincia bonaerense fue encontrando demasiado costosa la dictadura del caudillo. Un abismo se abría entre su política hasta cierto punto nacional y los intereses de los ganaderos, cada vez más inclinados a una vinculación estrecha con el capitalismo extranjero y atentos a las particularidades específicas del comprador.

El ganadero argentino tendía a asociarse con el Imperio británico en formación. La burguesía comercial e importadora porteña, desplazada del poder político por Rosas, volvería a ser nuevamente la intermediaria entre el país y el capital extranjero.[256] El total abandono político y personal en que dejaron a Rosas sus primos, los Anchorena (que se lo debían todo), no sería sino el miserable testimonio del alejamiento de toda esta clase vacuna del hombre que la defendió y al que dejaron morir en el olvido, la miseria y el descrédito.

Caseros fue una batalla únicamente para las litografías escolares. Rosas comprendió muy bien que había sonado su hora. Entregó su ejército intacto a Urquiza —un ganadero entrerriano, viejo rosista e irritado competidor—. Sarmiento, que no podía con su genio retozón por momentos cínico y siempre incómodo a sus amigos, era el boletinero del Ejército Grande. Su indiscreción era proverbial. Se cuidó de hacer saber a “los de casa” que no hubo combate, sino por parte de los brasileños: «*en cuanto a la batalla para el público, puede leerse en el Boletín N° 26, novela muy interesante que tuvimos el honor de componer entre Mitre y y*o». Sarmiento, ya célebre por su audaz mistificación del *Facundo*, se había presentado en el cuartel general de Urquiza, junto con Mitre, haciéndose reconocer, ambos, imaginarios grados de tenientes coroneles. Su extranjerismo delirante proporcionó al Ejército Grande un inesperado espectáculo, que las legiones entrerrianas habrán apreciado intensamente. El propio Sarmiento describiría más tarde su atuendo de guerra:

---

[256] Manuel Leiva, cit. por Herrera, ob. cit., p. 79: «*Temen la constitución como si viesen estrellarse en ella y desaparecer sus antiguos planes de usurpación. Resisten la franqueza de los puertos, para que siendo uno el depósito general del tesoro, los demás pueblos, sumidos en la indigencia y la miseria, dependan de aquel y nada puedan por sí*».

Yo era el único oficial del ejército argentino que en la campaña ostentaba una severidad de equipo estrictamente europea. Silla, espuelas, espada bruñida, levita abotonada, guantes, quepí francés, paletot en lugar de poncho, todo yo era una protesta contra el espíritu gauchesco (...) Esto que parece una pequeñez, era una parte de mi plan de campaña contra Rosas y los caudillos, seguido al pie de la letra, discutido con Mitre y Paunero y dispuesto a hacerle triunfar sobre el chiripá, si permanezco en el ejército (...) y para acabar con estos detalles de mi propaganda culta, elegante y europea en aquellos ejércitos de apariencias salvajes, debo añadir que tenía botas de goma, tienda fuerte y bien construida, catre de hierro, velas de esperma, mesa, escritorio y provisiones de boca.[257]

El mexicano Carlos Pereyra observó que ｫ *lo único que le faltaba era música de Offenbach para inmortalizarse en todos los escenarios del universo* ｻ. En las *Memorias* del general César Díaz, dicho militar refiere la frialdad con que el pueblo de la campaña bonaerense recibió a las fuerzas de Urquiza. Al recordar una conversación sostenida con el vencedor de Caseros, escribe el general Díaz:

Se trató primero de la triste decepción que acabamos de experimentar respecto del espíritu de que habíamos supuesto animada a la provincia de Buenos Aires. El general se quejaba y con razón, de que no había encontrado en ella la menor cooperación, la más leve muestra de simpatía. "Si no hubiera sido, dijo, el interés que tengo en promover la organización de la república, ya hubiera debido concertarme aliado a Rosas, porque estoy persuadido de que es un hombre muy popular en este país". Y en efecto ｿ cómo explicar de otra manera el indiferentismo que habían ostentado ante nosotros las poblaciones que habíamos atravesado y la absoluta concurrencia de todos los habitantes de la campaña a las filas del tirano?
En cuanto a mí, tengo una profunda convicción, formada por los hechos que he presenciado, de que el prestigio de su poder en 1852 era tan grande o mayor tal vez de lo que había sido diez años antes, y que la sumisión, y que aún la confianza del pueblo en la superioridad de su genio no le había abandonado jamás.[258]

Con Rosas desaparecía el último representante de un nacionalismo defensivo de características semicoloniales que ya no podía sobrevivir. El dictador sabía muy bien que la provincia de Buenos Aires no lo había abandonado; pero rehusaba admitir que el país interior, sediento de organizarse, abrir los ríos y nacionalizar la Aduana, había aplaudido su derrocamiento. Fingió atribuir su

---

257 Manuel Gálvez, *Vida de Sarmiento*, Tor, Buenos Aires, 1952, p. 164. (Asimismo, véase Luis Alberto de Herrera, *La seudo-historia para el delfín*, El Siglo Ilustrado, Montevideo, 1947, tomo II, p. 22.)

258 Luis Alberto de Herrera, *Buenos Aires, Urquiza y el Uruguay*, Homenaje, Montevideo, 1943, p. 269.

derrota a los brasileños. Político de seguro olfato, pretendió abandonar la lucha envuelto en un nacionalismo verbal que rara vez practicó. Ante la inquietud del ministro inglés que lo asiló después de Caseros, el caudillo porteño dijo:

> Amigo, no tenga cuidado. Mire, aquí está la bandera inglesa que yo he enseñado a respetar. Aquí no vendrán, este pueblo yo lo he montado, le he apretado la cincha, le he clavado las espuelas, ha corcoveado, no es él quien me ha volteado, son los macacos.[259]

Criollísima la imagen, sin duda, pero no era una metáfora de gaucho, sino de estanciero.

Es preciso no olvidar que alrededor de Urquiza se nuclean las lanzas de los caudillos gobernadores, gran parte del federalismo popular de la campaña bonaerense y toda la intelectualidad de la época: Alberdi, el primero; Lucio Mansilla, Juan María Gutiérrez, Santiago Derqui, Manuel Leiva, y entre los jóvenes, José Hernández, el futuro autor de *Martín Fierro*. Todos eran (o llegarían a ser) federales antirrosistas, partidarios de los caudillos provincianos. Caseros era inevitable, en tanto faltaba en nuestro país una fuerza nacional basada en la industria, capaz de estructurar una economía propia, de contrabalancear el poder político bonaerense y de resistir al intento deformador de las potencias europeas. Rosas se fundaba en los estancieros, cada día más vinculados a los ingleses y para quienes el desarrollo de nuestra industria fue, al principio, indiferente, y a partir de 1852, inconveniente. La base misma del poder de Rosas tendía inexorablemente a disgregarse.[260]

La política británica frente a su régimen reveló una vez más su habilidad: al principio, al no poderlo derribar, negoció con él, sin renunciar en ningún momento a suprimirlo en una circunstancia favorable. Algunos simplificadores afirman que si bien es cierto que los unitarios eran protegidos de los franceses, Rosas lo era de los ingleses. En verdad, los ingleses (mucho más que los franceses) sostenían la independencia de la Banda Oriental para impedirle tanto a Rosas como al Brasil, controlar el puerto clave de Montevideo. Al mismo tiempo hacían sus buenos negocios con Buenos Aires. Disponiendo de la perspectiva necesaria, resulta evidente que les era mucho más beneficioso un gobierno librecambista de la burguesía comercial, que les abría sin restricciones el mercado argentino y sudamericano —tal como lo haría Mitre—, que la mano

259 Jorge M. Mayer, *Alberdi y su tiempo*, Eudeba, Buenos Aires, 1963, p. 400.

260 Burgin, ob. cit., p. 359: “*Ocho días después de la batalla de Caseros, Vicente López, gobernador provisional de Buenos Aires, se refirió al caído dictador llamándolo el salvaje unitario Juan Manuel de liosas. El epíteto no estaba del todo injustificado, porque en cierto sentido Rosas y el federalismo se habían divorciado mucho antes de Caseros*”.

fuerte de Rosas, obligado a contemporizar con las provincias mediterráneas proteccionistas.

Para derribar a Rosas se unieron fuerzas que inmediatamente después de Caseros debieron separarse: la burguesía comercial porteña, que exigía una política abierta con el Imperio británico; las provincias mediterráneas, que buscaban la organización nacional; las provincias litorales, ahogadas por la clausura de los ríos y el puerto único; Brasil, que deseaba la libre navegación para su comercio; y los propios ganaderos bonaerenses, interesados en sacudir el pesado puño de Rosas para un trato “más libre” con sus compradores europeos. [261]

Pero los vencedores reales de esta coalición fueron los ganaderos y comerciantes de Buenos Aires. La Argentina fue incorporada brutalmente al sistema de complementación económica de Gran Bretaña. Sobre las ruinas de las industrias provincianas se introdujo una economía de mercancías importadas. Bajo el manto purpúreo del Imperio comenzó a organizarse el granero de la era victoriana.

Desde cierto punto de vista esto era previsible. El régimen de Rosas se había vuelto un puro anacronismo. No era desde luego un gobierno realmente nacional, sino bonaerense. La oligarquía del puerto heredó un interior paralizado y una provincia más próspera que nunca. Pero la diferencia entre la política bonaerense de los ganaderos y la política porteña de los comerciantes se advertirá agudamente en el siniestro gobierno de Mitre.

---

[261] La coalición antirrosista de Caseros, que se disuelve inmediatamente después de la victoria, se fundaba en razones económicas evidentes. El cierre de los ríos “*afectaba por igual a las provincias mesopotámicas, a los saladeros ubicados sobre la margen oriental del río Uruguay, a las exportaciones de tabaco y yerba paraguaya, a los envíos de maderas y frutos brasileños y a las importaciones efectuadas por todas esas regiones*”. Cuando el revisionismo habla de un Urquiza “vendido al oro brasileño”, reduciendo así la magna cuestión a la avidez del estanciero entrerriano, olvida que el litoral argentino, la Banda Oriental, el Paraguay enclaustrado y el Brasil cabalgaron en Caseros contra el puerto de Buenos Aires, patrón del río maestro. (V. Giberti, ob. cit., p. 140.)

La provincia soberbia y rebelde

El triunfo de Urquiza se produce poco después del hundimiento de la Santa Alianza europea. El capitalismo mundial proseguía su expansión triunfante. Las naciones burguesas más desarrolladas, aquellas que no sólo fundaban su poder en el capital comercial sino en la potencia de su industria, como Inglaterra, buscaban mercados y zonas de influencia. Tan poderosa era la fuerza que las impulsaba, que no retrocedían ante el empleo de la violencia y de las expediciones militares. Bajo esta luz debe explicarse la guerra del opio en China, la formación de la flota prusiana para propagar el comercio en Asia, y las aventuras francesas en México. La doctrina inglesa de este movimiento europeo fue el librecambio.[262]

El desarrollo de la economía argentina se orienta, al sobrevenir Caseros, dentro del esquema creado por las necesidades del Imperio británico. Dicho en otras palabras, nuestro país será un complemento agrario de la gran industria inglesa. A la pampa ganadera se agregará, con el apoyo inmigratorio, la pampa agrícola.

Resulta evidente que Gran Bretaña necesitaba arrasar las condiciones precapitalistas del interior argentino. Nuestra economía natural se combinaba con cierto desarrollo de la producción artesanal de mercancías, que alimentaba el transporte de tracción a sangre y la vida comercial provinciana. Este conjunto de formas productivas, atrasado, sin duda, constituía el fundamento de la vida argentina en el interior.

Pero era un obstáculo para la importación de artículos ingleses a bajo costo producidos por sus grandes manufacturas. El monopolio industrial británico tenía un carácter mundial y era arrollador por su potencia, su flota y su diplomacia.

Privado el país de una fuerza nacional lo suficientemente unificada en sus objetivos para resistir al capital extranjero, Caseros abrió el camino para su penetración. La derrota de Rosas es

---

[262] Thiers, que treinta años más tarde se consagraría como el chacal de la *Commune*, pronunciaba un discurso en el Parlamento de París, en el cual invocaba los ejemplos anglo-yanquis para decidir a sus colegas a conquistar las provincias argentinas: ｵ *Hace algunos días, bajo nuestros ojos, los americanos del Norte, con tropas cuyo número no excedía de 5.000 hombres, han dado cuenta de México y han hecho la más bella conquista; los ingleses, con 4.000 hombres de tropa y 3.000 marineros, han dominado el Imperio chino* ｻ (exclamaciones en la derecha) (...) ｵｿ *Es cierto que Inglaterra, con 4.000 hombres de tropas europeas y 3.000 marineros, ha concluido con el Imperio de China, lo ha obligado a entregar y a aceptar el opio, el Opio?*ｻ (risas de aprobación). (V. Laferrère, ob. cit., p. 77.)

su fracaso para una política genuinamente nacional —y de todas las fuerzas económicas y sociales que Rosas encarnaba—. No sería un simple accidente que al día siguiente de su caída su primo Nicolás Anchorena tendiera sus brazos a los vencedores del día.

Algunos seudomarxistas y liberales han pretendido ver en la barbarie de la vieja Argentina y la era de "progreso" que supuestamente le sucede a partir de Caseros, una contradicción entre el feudalismo y el capitalismo moderno. Nada más equívoco que este aserto. La Argentina se incorpora plenamente a partir de Caseros al mercado mundial, subordinada a las necesidades del capitalismo inglés, en cuyo beneficio se destruye la economía precapitalista criolla. El desarrollo capitalista argentino es reprimido y el país se pliega a Europa como provincia agraria. La metrópoli industrial no será Buenos Aires sino Londres; a la oligarquía se le reservará solamente la función de proveedora de alimentos a bajo costo del consumidor europeo. Este hecho irrefutable destruye por la base la teoría de ciertos historiadores de "izquierda" tendiente a demostrar la legitimidad histórica de la política del mitrismo, esto es, de la burguesía comercial porteña, a la que atribuye el papel de "burguesía industrial".[263] La verdadera burguesía industrial que se apropia de los beneficios de la unificación "a palos" impuesta al país desde Caseros se encuentra en el exterior, no en el interior del mercado y la sociedad argentina. Es la burguesía británica; el comercio porteño será un simple agente comprador y exportador y el interior argentino una colonia cristalizada en el atraso.

En las luchas clásicas contra el feudalismo europeo, el capitalismo inglés o francés

---

[263] Real, en *Revista de Historia*, ob. cit., p. 64 y ss.: ｫ *El partido centralista unitario era expresión política e ideológica de la burguesía (...) El partido unitario centralista representaba lo nuevo, lo que surgía y se desarrollaba; el partido federalista, sus ideólogos y sus caudillos representaban lo que había entrado en crisis, lo que tendía a desaparecer; lo caduco. Lo nuevo eran las fuerzas económicas, sociales, políticas e ideológicas vinculadas al capitalismo mundial en auge y a sus correspondientes concepciones; lo viejo, lo caduco, eran las fuerzas vinculadas al feudalismo, en crisis, que se disgregaba bajo los golpes de la burguesía...*ｻ. Y añade: ｫ *Que Buenos Aires fuera el centro económico social más importante del país, fue en todo momento, históricamente, muy beneficioso para el país. Sin ese centro, la suerte de la guerra civil de independencia hubiera sido harto dudosa y la unidad nacional difícil si no imposible. La guerra de independencia y la unidad necesitaban para "imponerse" un centro económicamente desarrollado* ｻ. Para sostener su inaudita tesis portuaria, Real acude a Marx. Así ha quedado el marxismo de Stalin y sus sostenedores en nuestro país. Refiriéndose al problema de los ingresos de aduana, Real, en fin, afirma: ｫ *Y no puede ser indiferente que ellos se destinaran a montar los ejércitos de la independencia o a una obra de sentido y contenido nacional como la que intentó Rivadavia, o para beneficio exclusivo de los terratenientes-saladeristas porteños bajo el gobierno de Rosas* ｻ. He aquí en todo su esplendor la filosofía de la historia del stalinismo en la Argentina: Rivadavia, Mitre, Codovilla y Braden. Sin duda, no falta coherencia.

desempeñaron una función revolucionaria: derribaron el particularismo feudal, crearon un mercado nacional único, unificaron el sistema tributario y echaron las bases del Estado moderno.

En Francia y en Inglaterra ese desarrollo empujó al capitalismo a trascender los límites nacionales. Con el apoyo de sus conquistas coloniales del período mercantilista, Gran Bretaña inició su marcha forzada hacia el imperialismo. Su expresión más pura habrá de aparecer alrededor de 1880. Con el hierro y el fuego conquistó para su industria los mercados no capitalistas de los países americanos, asiáticos y africanos.

Rosa Luxemburgo ha demostrado que el desarrollo capitalista europeo era inconcebible sin su fusión con las economías atrasadas.[264] La subyugación de las colonias se planteará como una ley de hierro en la época del imperialismo. El desenvolvimiento de las fuerzas productivas dentro del marco de las fronteras nacionales exigió en su momento una política revolucionaria de contenido burgués: ésa fue la significación de Cromwell y Robespierre. Pero la consolidación política de la burguesía en Europa y las limitaciones de las fronteras nacionales generaron la política colonialista. La exportación de mercancías primero y de capital luego hace de todo el planeta el teatro natural de las tropelías metropolitanas. Las potencias del Viejo Mundo intervienen en el mundo semicolonial con métodos económicos, políticos y militares. Nadie que no sea un agente del imperialismo vería en esta intervención una lucha entre el capitalismo y el feudalismo y, en consecuencia, una lucha históricamente justificada para Europa. En términos políticos, en la lucha entre la democracia inglesa y los jefes religiosos de la India la causa del porvenir de la humanidad

---

[264] Véase Rosa Luxemburgo, *La acumulación del capital*, Cénit, Madrid, 1933.

"*El imperialismo es la expresión política del proceso de acumulación del capital en su lucha para conquistar los medios no capitalistas que no se hallen todavía agotados (...) Dado el gran desarrollo y la concurrencia cada vez más violenta de los países capitalistas para conquistar territorios no capitalistas, el imperialismo aumenta su agresividad contra el mundo no capitalista, agudizando las contradicciones entre los países capitalistas en lucha. Pero cuanto más violenta y enérgicamente procure el capitalismo el hundimiento total de las civilizaciones no capitalistas, tanto más rápidamente irán minando el terreno a la acumulación del capital*" (Rosa Luxemburgo, ob. cit., p. 433.)

En el momento de caer el régimen de Rosas, el imperialismo como expresión del capital financiero no se había construido históricamente, pero la lucha de los imperios coloniales por la hegemonía en los países atrasados preparaba justamente las condiciones económicas de su aparición.

(y aun, en términos económicos, del “desarrollo de las fuerzas productivas”) se encontraba del lado de la India. El carácter profundamente reaccionario de este “antifeudalismo” europeo ya no requiere demostración. Los civilizadores cierran el paso a los que necesitan civilizarse. Cuando algunos “teóricos” hablan del progreso posterior a Caseros, mencionan los ferrocarriles, el telégrafo, la producción agrícola, la inmigración. Ejemplos semejantes nos están diciendo que este progreso de un “agrocapitalismo” consistió en organizar la plataforma administrativa y técnica de la dominación imperialista. Su objetivo central era impedir el desarrollo autónomo de un capitalismo argentino, análogo al que había permitido el desarrollo completo de la civilización en Europa.

Un ganadero entrerriano en Buenos Aires

El estanciero Urquiza, vencedor de Rosas, gobernaría su provincia durante treinta años. La posteridad liberal que lo glorificó, verá con embarazo en el longevo gobernador al tipo paradigmático de la democracia argentina. De la necesidad de oponer al tirano Rosas un modelo salido de las páginas de Montesquieu, se hará la leyenda benévola de un paladín del progreso. Pero si se pasa de esta poesía jurídica a la realidad de la época, Urquiza es otro hombre.

El caudillo de Entre Ríos era un varón de maciza corpulencia, empacado y receloso, diestro jefe militar de una cólera fría, al que el dinero apasionó siempre y cuya personalidad vacilaba entre la prudencia política dictada por su ambición y los tempestuosos arrebatos de un temperamento sanguíneo. En 1851 se recordaba todavía —con un estremecimiento— entre los círculos unitarios que lo aclamaron al derribar a Rosas, las ejecuciones ordenadas después de la batalla de Vences, donde se degolló por la nuca o se despellejó por la espalda a centenares de prisioneros. La batalla de Caseros no purificó a Urquiza de sus hábitos de viejo degollador —que eran los del país entero, unitario y federal, mestizo, blanco o indio pampa, país en armas donde el salvaje se refrescaba en el desierto abriendo la yugular de las yeguas para beber con fruición el chorro escarlata—. Unitarios de levita, gauchi-doctores o gobernadores gauchos, brotaron todos de esa sociedad despiadada: ninguno de ellos escapó a sus violencias.

Urquiza, el padre de la Constitución, era hijo de una época donde todos los partidos se diezmaron recíprocamente: ソ quién había olvidado que las orejas saladas del coronel Facundo Borda fueron enviadas a Manuelita Rosas como un respetuoso homenaje de federales netos; que el unitario Lamadrid paseaba a la madre de Quiroga cargada de cadenas por las calles; que el coronel Bárcena degollaba en Córdoba con sus propias manos a cuatro prisioneros y ponía sus

cabezas, en fila, sobre un banco de madera?[265]

La caída de Rosas no había cambiado a Urquiza, ni al país. En el atardecer de Caseros hacía fusilar por la espalda al coronel Chilavert. A la misma hora el federal Martín Santa Coloma era degollado por su orden. Esa noche los soldados de la División de Aquino, que rehusaron combatir junto al Ejército Grande, eran fusilados y colgados de los árboles que perfumaban con sus copas tupidas la residencia de Palermo. Bajo esos frutos macabros desfilaron al día siguiente las damas aterrorizadas de la sociedad porteña, que visitaron al campeón de la libertad en el besamanos oficial.[266]

Antes de firmar la alianza internacional contra el Restaurador, no se le ahorró a Urquiza ninguna diatriba, ni calumnia alguna. Fueron las mismas que recibió de sus eventuales amigos porteños cuando alrededor de su persona se nuclearon en los años siguientes los intereses de la provincias interiores.[267]

Su levantamiento contra Rosas le atrajo la atención de todo el país; ya se sabía que Echeverría le había enviado su *Dogma socialista*, aplicando la tesis alberdiana de que el dictador porteño sólo podría ser abatido por un hombre salido de sus propias filas. Si Rosas sentía debilidad por los bufones, como buen déspota criollo, Urquiza amaba el lujo y los productos exquisitos. Encargaba su vajilla en París; en la porcelana ya venía grabado su nombre, como en la mesa de los príncipes.[268]

Todos los historiadores han coincidido en confirmar un hecho que emparentaba a Urquiza con Rosas: el orden policial perfecto que reinaba en la provincia de su mando. Era el rigor de un gran propietario, para quien el orden era fundamental en el mantenimiento de la prosperidad. Interesado en múltiples negocios, financista de otros ajenos, hábil militar y flexible político, el hombre que suplantó a Rosas se creía apto para gobernar a los argentinos de su tiempo. Sabría al día siguiente de Caseros qué no era tan fácil gobernar a los porteños. Probaría muy pronto la fuerza de la provincia soberbia y rebelde.

Entró en Buenos Aires, al frente del Ejército Grande, con los hombres del emperador, marchando un 20 de febrero, aniversario simbólico de la batalla de Ituzaingó —formidable

---

265 Mayer, ob. cit., p. 258.

266 Manuel Gálvez, *Vida de Sarmiento*, ob. cit., p. 170. Carta de Mitre a Mariano Sarratea: “*Tenemos con Sarmiento la lista de los asesinos y hemos jurado que ni uno solo ha de quedar vivo*”.

267 León Rebollo Paz, *Historia de la organización nacional*, Librería del Plata, Buenos Aires, 1951, p. 77.

268 Julio Irazusta, *Urquiza y el pronunciamiento*, La Voz del Plata, Buenos Aires, 1952, p. 8.

revancha de los esclavistas brasileños.[269]

Venía Urquiza con su rico uniforme de brigadier general, cubierto con un poncho blanco y adornada su cabeza con una galera de pelo; con ese atuendo desfiló por la calle Florida en un caballo que fuera de Rosas. La ciudad de tenderos y doctores sintió de golpe al provinciano gaucho; ya vio en el vencedor al enemigo inmediato. Toda la emigración unitaria y los jóvenes de Mayo, que ya no eran tan jóvenes, estaban de regreso. Muchos volvían sin haber olvidado ni aprendido nada. Inmediatamente se produjo un reagrupamiento en las fuerzas de Buenos Aires. Caído el poder centralizador de Rosas, un sector importante del rosismo porteño advirtió sin esfuerzo que sus divergencias con los unitarios eran circunstanciales, mientras que la contradicción con Urquiza (en tanto que representante de las provincias) era fundamental.

El localismo porteño fue el gran factor que superó todas las diferencias del pasado. Se trataba de perpetuar la supremacía del puerto sobre los "trece ranchos", espejo del pobrerío argentino. Los diarios porteños, con admirable facilidad, cambiaron de frente en una noche. El antiguo órgano rosista Agente Comercial reapareció bajo un nuevo título: *Los Debates*, bajo la dirección del joven coronel Mitre, furiosamente antirrosista y protoporteño. A su vez, el *Diario de la Tarde* pasó a ser dirigido por Dalmacio Vélez Sarsfield, tan famoso en su calidad de contertulio de Palermo, como lo sería más tarde por el Código Civil y por su aptitud sobrenatural para adaptarse a todos los gobiernos y sobrenadar victoriosamente todas las borrascas. Por supuesto, el viejo rosista y cordobés Vélez, entregado definitivamente a los porteños, también tomaría bajo su defensa la causa de Buenos Aires contra el país.[270]

---

269 Algunos autores niegan que las tropas brasileñas hayan desfilado por las calles de Buenos Aires justamente el 20 de febrero (Mayer, ob. cit., p. 405: ｵ *No hubo coincidencia en las fechas, ni Urquiza lo hubiera permitido* ｻ). Sin embargo, los historiadores brasileños consideran la batalla de Caseros una victoria del Imperio: ｵ *Sabemos perfectamente que no habiendo nunca un general argentino derrotado nuestras tropas en los suburbios de Río de Janeiro, y en esta, desfilado triunfalmente con ellas a banderas desplegadas, al compás de la música, aunque fuera junto a revolucionarios nuestros, no es nada agradable para nuestros amabilísimos vecinos que Porto Alegre haya conseguido esa gloria* ｻ. (*A guerra de Rosas*, por Barroso, en José María Rosa, *La caída de Rosas*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1958, p. 548.) Lo cierto es que al mediodía del día 20 de febrero, aniversario de Ituzaingó, desfilaron las fuerzas del Ejército Grande, incluidos los brasileños.

270 Benito Hortelano, comerciante español radicado en Buenos Aires, refiere en sus memorias que numerosos rosistas ｵ *cambiaron de casaca al triunfar Urquiza. Caballeros que habían arrastrado el carruaje de Manuelita entre gritos contra el loco Urquiza, rodeaban al triunfador por un momento para abandonarlo en seguida, fieles al localismo portuario: "Entre los que vi tirar del coche recuerdo a D. Santiago Calzadilla, al hijo, al doctor Agrelo, a Rufino Elizalde, a Gimeno, a D. Rosendo Labardeny a Toro y Pareja; yo también empujé de la rueda derecha al partir el carruaje. No recuerdo los nombres de otros muchos federales*

En sus *Memorias de un viejo*, don Vicente G. Quesada escribe: ｫ *Los unitarios, los emigrados y los rosistas se unieron contra el vencedor de Caseros* ｻ.[271]

La mayoría de los porteños —rosistas o unitarios— formaron un frente contra Urquiza. La razón era bien simple. Si el caudillo entrerriano encamaba los intereses del litoral, y reclamaba sobre todo la libre navegación de los ríos y la abolición de las restricciones de Rosas que afectaban particularmente a su provincia, la desaparición de Rosas movía a las provincias mediterráneas a cerrar filas en torno a Urquiza, pero siguiendo objetivos de amplio interés argentino. Para contar con el apoyo mediterráneo en las reivindicaciones del litoral, Urquiza debía hacerse intérprete en parte, de aspiraciones nacionales. Así, la gran cuestión cuyo planteo temían los porteños ante la presencia dominadora de Urquiza, era la Aduana porteña, el Tesoro Público y la ciudad-puerto. He ahí que cada paso dado por el vencedor con un sentido nacional despertara la desconfianza y la suspicacia de la ciudad portuaria. No olvidará el lector que la Aduana no sólo daba a Buenos Aires el irritante privilegio de origen real, expresado en una prosperidad y una cultura desconocidas para todo el resto del territorio argentino, sino que brindaba a sus gobernantes la posibilidad de defender ese privilegio con la organización de ejércitos de línea. Buenos Aires era, y lo sería por mucho tiempo, el principal foco antinacional del país.

Los últimos caudillos se reúnen en San Nicolás

Apenas llega Urquiza a Buenos Aires se producen los primeros incidentes. Uno de ellos es suscitado por una ley de olvido de agravios: ｫ *no hubo vencedores ni vencidos* ｻ, declara el caudillo federal ante el asombro de la vieja emigración rivadaviana. Al mismo tiempo, declara obligatorio el uso del cintillo punzó, de vieja tradición federal. Diez días después de Caseros, Urquiza dicta un decreto declarando tres días feriados en festejo del triunfo sobre ｫ l*as hordas del salvaje unitario Juan Manuel de Rosas* ｻ. Esta reiteración en el lenguaje execrado despierta nuevas aprensiones en la ciudad y crea simpatía en la campaña, pasada la euforia de las primeras horas.[272] Hechos más sólidos que los meros símbolos reivindicados vendrían muy luego a desatar la crisis entre la ciudad y el país.

---

que tiraron, porque no los conocía entonces y hoy son muy unitarios..." ｻ. (V. José Luis Busaniche, *Rosas visto por sus contemporáneos*, Kraft, Buenos Aires, 1955, p. 139.)

271 Vicente G. Quesada (Víctor Gálvez), *Memorias de un viejo*, Solar, Buenos Aires, 1942, p. 200.

272 Bernardo González Arrillo, *Vida de Rufino de Elizalde*, Francisco A. Colombo, Buenos Aires, 1948, p. 137.

El doctor Vicente López y Planes fue designado por la Legislatura, a insinuación de Urquiza, gobernador provisorio de la provincia de Buenos Aires. López era el respetado autor del Himno Nacional, magistrado honorable y gris, funcionario de Rosas, contemporáneo de las jornadas de Mayo. Tenía todas las características que hacen de un hombre, en nuestro país, un patricio, es decir, un hombre opaco "que no ofrece resistencias". Pero ya en el gabinete de Vicente López se filtró un agente de los intereses porteños: junto al anciano formado en los ideales de la Revolución de Mayo, estaba Valentín Alsina. Era un abogado penetrado de odio y de sed de revancha, rivadaviano petrificado en el desprecio a la barbarie autóctona y envanecido por el predominio de Buenos Aires. Alsina sería un precursor del estrecho y obtuso Carlos Tejedor que haría correr sangre argentina en el 80. Valentín Alsina intrigó desde el comienzo contra Urquiza.

El entrerriano se movió buscando un apoyo en las provincias interiores. Necesitaba una base nacional para contrarrestar el poder de Buenos Aires. La idea del Acuerdo de San Nicolás surgió de esa orientación. Encargado de las Relaciones Exteriores de la Confederación por decisión de los gobernadores de Buenos Aires, Corrientes y Santa Fe, Urquiza apresuró la convocatoria de los antiguos caudillos provincianos que mantenían su poder hasta la caída de Rosas, para reunirse en la ciudad de San Nicolás de los Arroyos.

Con dicha reunión, Urquiza esperaba restringir el área de las maniobras porteñas, cada vez más evidentes a través de Alsina y Mitre. Los hombres del Acuerdo, apuntalados por las lanzas nacionales, eran objeto de las intrigas y burlas aldeanas de la "gente decente" de Buenos Aires. No eran sino los "mazorqueros", émulos de Rosas y Urquiza, que concurrían a San Nicolás para obtener la organización nacional tanto tiempo esperada. Allí discutieron los representantes rurales de nuestra democracia elemental. Muchos de ellos eran sombras difusas de aquellos caudillos de la época de hierro: ya no vivían Artigas ni Facundo. Ocuparon su sitio, en la mesa del Acuerdo, Pablo Lucero, patriarca de la tierra puntana, y el general Benavídez, guerrero valeroso y bonachón, gobernador de San Juan, que caería asesinado en 1858 por los secuaces de la burguesía comercial enmascarados en el partido liberal. También dialogaron con Urquiza en San Nicolás, el general Celedonio Gutiérrez, gobernador de Tucumán, protector de la industria del azúcar, además de otros gobernadores elegidos entre la burguesía de provincia, como el riojano Manuel Vicente Bustos, don Domingo Crespo, de Santa Fe, y don Pedro Segura, de Mendoza.

Jefes populares o *primi inter pares* de aristocracias lugareñas —escribe José María Rosa—, los gobernadores de 1852 "representaban" en mayor o menor grado la realidad política de cada una de las provincias.

El autor citado agrega:

> Aquellos que debían su poder a la influencia de Rosas no pudieron resistir el cimbronazo del 3 de febrero: como López Quebracho de Córdoba, Saravia de Salta, o Iturbe de Jujuy, y fueron despojados por respectivas jornadas libertadoras de campanario.[273]

Los caudillos negociaron con Urquiza. Como dijo antes de la convocatoria el general Lucero: «*Si viene a hablar, hablaremos. Si viene a pelear, pelearemos*».[274]

El Acuerdo de San Nicolás precipitó una nueva crisis. Los gobernadores gauchos resolvieron, en primer lugar, otorgar a Urquiza, hasta la realización del Congreso Nacional Constituyente, el manejo de las Relaciones Exteriores de la Confederación; ratificaron el pacto federal de 1831, encargando a Urquiza su cumplimiento; él mismo debía proceder inmediatamente a organizar una Administración Nacional, suprimir las aduanas, declarar el libre tránsito de las mercaderías nacionales y extranjeras. En cuanto al próximo Congreso General, los diputados debían ser designados por cada provincia, no en virtud de su población, sino por una cifra fija de dos por cada una de ellas, con el objeto de evitar el predominio de cualquier región sobre las otras (es decir, de Buenos Aires).[275]

Al mismo tiempo, el general Urquiza quedaba al mando de todas las fuerzas militares existentes en el país, que serían consideradas como partes del Ejército Nacional.

La burguesía porteña rechaza el Acuerdo

Los acontecimientos se desencadenaron como un huracán. Los comerciantes, doctores e importadores de la ciudad porteña se pusieron de pie unánimemente contra el Acuerdo de San Nicolás. ¡Habrase visto tamaña insolencia de los trece ranchos!

En dicho acuerdo, los diputados de la Legislatura provincial bonaerense veían aproximarse el rescate de su Aduana para todos los argentinos. La libre navegación de los ríos les quitaría, por otra parte, el privilegio subsistente desde Rivadavia y Rosas. Rosistas y antirrosistas porteños se unieron contra la voluntad nacional.

El lenguaraz del clan portuario en la Legislatura fue el joven diputado Mitre. De muchacho

---

273 José María Rosa, *Nos, los representantes del pueblo*, Theoría, Buenos Aires, 1955, p. 19.
274 Julio Victorica, *Urquiza y Mitre*, Lajouane, Buenos Aires, 1906, p. 450.
275 Juan A. González Calderón, *La organización nacional*, Kraft, Buenos Aires, 1940, p. 65 y ss.

había sido jardinero en la estancia de Prudencio Rosas; luego estudió artillería en el sitio de Montevideo, donde compuso rimas de circunstancias. La ciudad cosmopolita le llenó la cabeza de ideas generales, lo hizo más porteño aún. Cuando llegó a Buenos Aires, después de Caseros, ya era un «pálido proscripto» profesional. Su énfasis declamatorio, aunque insustancial, encantó a la ciudad. Militar de notable ineptitud en un país de espadas, Mitre sería convertido por la Buenos Aires mercantil en su más vacuo tribuno.[276]

A su lado se sentaba el cordobés Vélez Sarsfield, verdadero cerebro del localismo, viejo taimado y ubicuo, puesto definitivamente al servicio de la oligarquía porteña.

Vélez había pertenecido al equipo rivadaviano: admirador juvenil de Julián Segundo de Agüero, diputado por San Luis al Congreso de 1825 antes de cumplir la edad reglamentaria, gozó de la privanza de Rivadavia; esa época y ese modelo conformaron por entero su carácter y sus ideas, lo que no le impidió vivir tranquilamente como abogado durante la época de Rosas, asesorar al señor de Palermo en algunos asuntos y convertirse en un poderoso ganadero de Arrecifes. Este último hecho explica que su condición social pesara más en sus opiniones que su origen mediterráneo.[277]

Frente a la exposición magistral del doctor Vicente Fidel López, que en su calidad de ministro urquicista defendía el Acuerdo, Mitre pronunció una de sus arengas más jactanciosas: el Acuerdo significaba una «*dictadura irresponsable, que constituía un poder despótico (...) a la cual se le pone en una mano la plata, y en la otra las bayonetas, y a cuyos pies se ponen el territorio, los hombres y las leyes!*». Tal era el hombre y su estilo.[278]

El favorito del público porteño aludiendo a López, no vaciló en echar una bravata, género en que adquirió celebridad: «*He pasado mi vida en los campamentos y mi oficio es echar a cañonazos las puertas por donde se entra a los ministerios*».[279]

---

276 Carlos D'Amico, *Buenos Aires, sus hombres, su política (1860 - 1890)*, Americana, Buenos Aires, 1952, p. 61.

277 Dalmacío Vélez Sarsfield, *Escritos y discursos*, Rosso, Buenos Aires, 1927, p. 46.
Vélez Sarsfield pronunció el principa] discurso contra el Acuerdo.

278 González Calderón, ob. cit., p. 88.

279 Victorica, ob. cit., p. 49.
El mismo Victorica refiere que el coronel Espínola, entrerriano, encontró al comandante Mitre durante la batalla de Caseros, refugiado con su batería detrás de un monte y habiéndole preguntado qué hacía allí Mitre le respondió: «*Estoy economizando sangre*» (ob. cit., p. 27). A decir verdad, los éxitos oratorios de Mitre fueron para sus contemporáneos más reales que los castrenses.

Los ruidosos aplausos de la barra de la ciudad imperial ya prefiguraban el golpe de Estado del 11 de septiembre. Esta revolución porteña separaría a la parasitaria Buenos Aires del resto de la República. La brutal coerción de la ciudad-puerto obligó al gobernador López y Planes a presentar su renuncia. Después de varias incidencias e interinatos, Urquiza se decidió a intervenir en el caos de la provincia y munido de su autoridad de director provisorio de la Confederación Argentina, asumió el mando en Buenos Aires: disolvió la Legislatura sediciosa. Mientras se organizaba el Congreso de Santa Fe que daría una Constitución al país, la agitación crecía en Buenos Aires. Fue en esas circunstancias que Urquiza nacionalizó las aduanas el 28 de agosto.[280]

Sólo su presencia y sus tropas evitaron el estallido contrarrevolucionario de la oligarquía porteña. Pero cuando el 4 de septiembre delega el poder en el general Galán y viaja a Santa Fe para participar en el Congreso General Constituyente, la suerte estaba echada. En la madrugada del 11 de septiembre —mes aciago en la historia argentina— se produce el previsto golpe de Estado. Tropas adictas a los intereses locales expulsan al general Galán y reconstituyen la disuelta Sala de Representantes. Es elegido gobernador propietario de la provincia don Valentín Alsina. En su gabinete figuraba el coronel Mitre.

Se abrazan unitarios y rosistas porteños

Mariano Pelliza ha evocado la personalidad de Valentín Alsina:

> Alsina antes que todo era un porteño. Ateniense del Plata, consideraba iletrado a todo el que no pertenecía a la Universidad de Buenos Aires y no había cursado latines en los colegios máximos del período colonial. El elemento dirigente, en la paz como en la guerra, a juicio suyo no podía ser otro que el urbano de la capital. Nada o muy poco concedía a las provincias, sujetas a caudillos irresponsables formados en la escuela siniestra de la dictadura y dictadores a su turno de pueblos atrasados.[281]

Inmediatamente de asumir el cargo, Alsina hace dictar una ley por la cual « *la provincia de*

---

280 Ramón J. Cárcano, *Urquiza y Alberdi*, La Facultad, Buenos Aires, 1938, p. 18.
Alberdi escribe a Urquiza: « T*odo dependerá de la suerte que haya tenido el decreto del 28 de agosto sobre aduanas extranjeras en lo interior de los ríos. A mi ver, ese decreto es la llave de todo. Él dará en gran parte a las provincias empeñadas en la obra de la Constitución los medios de ejercer el ascendiente que debió siempre Buenos Aires a la ventaja de ser la única aduana marítima de nuestra inconmensurable República* ».

281 Mariano Pelliza, *Historia de la organización nacional*, Buenos Aires, 1897, p. 9 y ss.

Buenos Aires no reconoce ni reconocerá ningún acto de los diputados de Santa Fe, como emanados de una autoridad nacional convocada e instalada debidamente ”.[282] Así fue como la provincia de Buenos Aires rompió con la Confederación Argentina.[283] Al retirar a Urquiza el manejo de las Relaciones Exteriores conferido por la voluntad de todas las provincias, se otorgaba a sí misma el carácter de Estado independiente y soberano, apto para entenderse con las potencias extranjeras a espaldas del país. Era la política rivadaviana, llevada hasta sus últimas consecuencias. En ningún momento la unidad argentina estuvo tan amenazada como en ese período que se extiende desde el motín del 11 de septiembre hasta el crepúsculo de Pavón. En esta última batalla Urquiza rendiría las armas nacionales a la soberbia portuaria. La fusión de los partidos bonaerenses fue instantánea, pues todos ellos gozaban del común privilegio.

Para penetrar la verdadera naturaleza del golpe del 11 de septiembre —la fatuidad porteña daría ese nombre funesto a una plaza central de la capital argentina— es preciso señalar la inquebrantable solidaridad que se estableció entre los antiguos rosistas y los unitarios emigrados, alrededor de la defensa de los intereses del puerto. El monstruoso triunfo es festejado con un acto público en el Teatro Coliseo. En su escenario se abrazan simbólicamente las figuras más representativas de esa hora: Lorenzo Torres, legislador servil de Rosas, su favorito en la Legislatura unánime, y Valentín Alsina, un rivadaviano valetudinario, porteño típico. Llamose a este encuentro el “abrazo del Coliseo”.[284] Todos se habían hecho antiurquicistas. Un cambio de frente tan radical obedecía a que la política del entrerriano abrazaba ciertos intereses nacionales. Urquiza tendía a sustraer forzosamente a Buenos Aires porciones de su anterior dominio. Por eso estalló el motín de los mercaderes.[285]

---

282 González Calderón, ob. cit., p. 129.

283 La batalla de Caseros había conquistado “ *la apertura de los ríos, que absurdamente persistió en cerrar el gobierno anterior, pero como esa restricción no procedía del error sino del interés de los importadores de Buenos Aires que lucraban con el monopolio (manteniendo un partido político local que disfrutaba de las entradas del puerto único), bien pronto la ciudad en masa se levantó contra el jefe triunfante cuyos proyectos resultaban peligrosos para la estabilidad económica de la familia porteña. Ese levantamiento (revolución de septiembre 11 de 1852) que respetaron los vencedores si importaba la segregación de una provincia no podía ya cerrar los ríos, cuya libre navegación estaba garantizada por un ejército considerable y por tratados hechos con una potencia extranjera (Brasil)*” (Álvarez, ob. cit., p. 321).

284 Jorge M. Mayer y Ernesto A. Martínez, Introducción a *Cartas inéditas de Alberdi a Juan María Gutiérrez y a Félix Frías*, Luz del Día, Buenos Aires, 1953, p. 25; González Calderón, ob. cit., p. 128; Victorica, ob. cit., p. 79.

285 Ferns, ob. cit., p. 283.

Escribe el autor británico: “ *Tal vez, lo mejor sea decir que la Argentina estaba*

Mientras el Congreso de Santa Fe sesionaba para dotar de una Carta constitucional a la República, el Estado de Buenos Aires (como se llamaba a sí mismo en sus documentos oficiales) organizaba la guerra. En posesión de los cuantiosos recursos proporcionados por la Aduana porteña, levantó un ejército a las órdenes del general Hornos, que invadió la provincia de Entre Ríos. Una escuadrilla lo condujo desde Buenos Aires. El general José María Paz, vencido, espectral, desdeñando su pasado, también había puesto su espada al servicio de los separatistas, haciéndose perdonar el motín de Arequito: ｡era ministro de Guerra de Buenos Aires! La intentona porteña fracasó y el Congreso de Santa Fe pudo terminar su labor. La Constitución Nacional fue jurada el 1 ｺ de mayo de 1853, excepto por la provincia de Buenos Aires.

El "Estado" de Buenos Aires abocose a la tarea de organizarse como "nación" independiente.[286] Pero al mismo tiempo, el general Hilario Lagos se sublevaba en la campaña bonaerense. Levantaba la bandera de la unidad nacional, con el apoyo del gauchaje federal, de la plebe rosista y de los sectores agrarios más independientes del comercio exterior.

La ciudad mercantil se dispuso a organizar una tercera Troya.[287] Apretando nerviosamente los cordones de la bolsa, los comerciantes llamaron a la defensa. Por el rabillo del ojo miraban a la Sacra Aduana, que los bárbaros querían nacionalizar. Se cavaron trincheras, se congregaron

---

*aburguesándose. Sarmiento hubiera dicho que se estaba civilizando. Un sociólogo moderno podría encontrar un término mejor. Pero no hay que equivocarse sobre lo que estaba sucediendo. En 1852 la firma Baring Brothers envió un agente a Buenos Aires, en un esfuerzo por cobrar la deuda emergente del Empréstito de 1824 que no había sido pagada. La Baring Brothers entregó al agente un hermoso rifle y un par de pistolas para regalar al vencedor de Rosas. Después de un breve período en Buenos Aires, el agente decidió vender los obsequios a un oficial de la Armada Real porque, como escribió en su diario, "estas cosas se han vuelto excesivas en este país (...) todos los dignatarios y dirigentes que yo he tenido que ver son cultos doctores en leyes y pacíficos ciudadanos. La era de los caudillos ha terminado: Gracias a Dios"*ｻ.

286 Renée Pereyra Olazábal, *Mitre*, Kraft, Buenos Aires, 1955, p. 89.

Arenga de Mitre; ｵ *Ciudadanos de Buenos Aires (...) Habéis sido despojados de vuestros soldados, de vuestros tesoros, parques y depósitos, declarados botín del vencedor* ｻ. La Aduana nacionalizada era el crimen supremo.

287 Pelliza, ob. cit., p. 195: ｵ *Buenos Aires, separada por obra de las facciones disolventes, quería vivir sola, formándose a su vez un estómago provisorio, que alimentara con el jugo abundantísimo de su aduana* ｻ.

milicias. Los diarios publicaban cotidianamente editoriales inflamados. El coronel Mitre se convirtió en esos días en el caudillo de la ciudad.

> A caballo una vez y con los pies bien afirmados en los estribos —dirá luego— me quité en media calle el frac negro de ministro y me puse la casaca militar que me trajo un sobrino de Rosas, que quiso ser mi ayudante. Otro sobrino de Rosas me alcanzaba mi espada y mis pistolas.[288]

En la defensa de Buenos Aires coinciden todos, el enemigo del tirano y los sobrinos de éste, que ya no era "tirano" sino "Rosas", al menos en ese momento.[289]

Pero al movimiento de Lagos le escaseaban los recursos que le sobraban a la ciudad-estado. Urquiza corrió en socorro de Lagos: por medio de una escuadra dirigida por un marino yanqui llamado John Halted Coe, bloqueó el puerto de Buenos Aires.

Como era lógico esperar, dicho marino era un *condottiero*: esta lucha civil no era la suya. Imposibilitado para romper el bloqueo que ahogaba su Aduana, el gobierno porteño acudió a una estrategia que el general Paz no pudo aceptar sin repugnancia. Esta consistió, lisa y llanamente, en sobornar al jefe de la escuadra. La Sala de Representantes autorizó al Poder Ejecutivo a emitir 76 millones de pesos para gastos. Este eufemismo cubría legalmente la operación incruenta de esta guerra de tenderos. El comodoro Coe se vendió por 26.000 onzas de oro.[290] Paz, que no era unitario, sino un argentino de Córdoba, en el ocaso de su vida frustrada comentó amargamente: ｵ *Este es el mayor sacrificio que pueda hacer por mi patria* ｻ.[291] ｿ Cuál era su patria? ｿ Buenos Aires?

Urquiza se encontró batido por los métodos fenicios de la ciudad experta en transacciones, que hacía un negocio de la política y de la guerra. El bloqueo marítimo estaba deshecho por la maniobra. El caudillo entrerriano diría en una proclama: ｵ｡*Esta es la primera vez que se trafica con la bandera gloriosa de la patria!*ｻ. No era la primera vez, ni sería la última. Mitre, Torres y Alsina, verdaderos artífices de la maniobra de soborno a Coe, sabrían disimular entre el papelerío

---

[288] Pereyra Olazábal, ob. cit., p. 89.

[289] Herrera, ob. cit., p. 33: ｵ *Con las rentas nacionales monopolizadas, invertidas en el propio provecho, se adquirieron los armamentos traídos para combatir a la confederación. Habla, en la carta citada, el gobernador Alsina: "Cuento que dentro de un mes llegará al menos la tercera parte de los fusiles buenos que encargamos a Europa"*ｻ.

[290] Victorica, ob. cit., p. 114; Palacio, ob. cit., tomo II, p. 162.

[291] Ramón J. Cárcano, *Del sitio de Buenos Aires al campo de Cepeda*, Coni, Buenos Aires, 1921, p. 211.

de la historia oficial su participación en la política corruptora.[292]

Las fuerzas del coronel Lagos, por su parte, se descomponían rápidamente: el Congreso reunido en Santa Fe terminaba de federalizar la ciudad de Buenos Aires. Los jefes y oficiales del ejército de Lagos sintieron despertar una vez más su pasión localista y comenzaron a pasarse a la ciudad sitiada. Eran porteños y en ese tiempo pesaba más en su ánimo la ciudad que el país.

Las trece provincias representadas en el Congreso de Santa Fe habían jurado la Constitución Nacional y elegido a Urquiza como primer presidente de los argentinos. Ante la negativa de Buenos Aires de ceder la capital, el gobierno de la Confederación fijó su sede en la ciudad de Paraná.[293]

Sería la capital más pobre que pueda imaginarse, sin recursos ni para pagar embajadores en el extranjero. Buenos Aires, en cambio, succionando la savia nacional a través de su monopolio portuario, enviaría varios agentes diplomáticos a Europa para gestionar su reconocimiento. En 1854 Buenos Aires se daba su propia Constitución y se organizaba como Estado independiente.

Mientras tanto, la burguesía comercial del puerto no perdía tiempo. Cinco meses después de desconocer la Constitución Nacional jurada en Santa Fe, la Legislatura del Estado de Buenos Aires se sumergía en un debate sobre la política económica que debía adoptar la provincia-nación. En esta discusión pudo advertirse que todos los legisladores, fueran de origen unitario o rosista, estaban en perfecto acuerdo para rechazar la idea misma de una industria argentina. En consecuencia, la tarifa de avalúos aduanera debía tener aforos bajos, con fines exclusivamente fiscales. El debate es ilustrativo. El antiguo legislador rosista Lorenzo Torres dirá lo siguiente:

> En el país no hay fábricas sino talleres en que los trabajadores alcanzarán si se quiere 500 hombres, y no es justo, por beneficiar a estos pocos, perjudicar a toda la población, haciendo que el pueblo todo compre más caro, lo que abriendo los puertos tendría más barato; los expresados talleres nada adelantan, pues están como ahora veinte años.[294]

Así opinaba el porteño federal y con él coincidía Mitre, porteño unitario:

> El sistema de protección es un terreno falso, en Inglaterra se creía que el aceite sería sustituido con el gas, y sin

---

292 Victorica, ob. cit., p. 114.

293 Cárcano, ob. cit., p. 154: “*Buenos Aires resistirá la organización nacional, porque pretende usufructuar exclusivamente la renta de aduana y el comercio de los ríos*”.

294 *Diario de Sesiones de la Sala de Representantes de la Provincia de Buenos Aires*, Imprenta de la República, Buenos Aires, 1853. (V. sesión del 31 de octubre de 1853, p. 112.)

embargo se vio que aumentó su valor, asi también con la baja de los derechos no disminuirá la renta.[295]

El legislador Mitre no quería dejar dudas sobre su pensamiento. Para la burguesía intermediaria, todo el sistema de aforos debía subsistir en su expresión mínima como fuente de ingresos gubernamentales y jamás como propulsor de la industria nacional: “*La Aduana no es instrumento de protección, sino fuente de rentas*”.[296]

El debate concluyó con la aprobación de un proyecto de Anchorena —el apellido secular de los vacunos—, por el cual pagarían un 15% de derechos los tejidos de lana, hilo y algodón, las obras de madera, de metales, el papel de todas clases, incluso el de imprenta, utensilios e instrumentos de ciencias y artes, las drogas y todos los demás artículos no comprendidos en las disposiciones de esa Ley de Aduanas. De jure quedaba derogada la Ley de Aduanas promulgada en 1835 y que Rosas había derogado en los hechos en 1841. Se iniciaba una era de librecambismo total.

El ministro de Hacienda formuló algunas tímidas observaciones sobre la necesidad de proteger algunas industrias locales, ni siquiera nacionales sino porteñas. Pero los abogados y estancieros de la Sala rechazaron, como puede verse, esa inicua pretensión. Con su estilo curialesco, Vélez Sarsfield decía:

Deben seguirse los principios fijos cuales los tienen la ciencia económica: jamás se traerá más de lo que podemos comprar, es imposible proteger a los pocos según se quiera, sin dañar a los otros, que son los más.

Este reciente ganadero agregaba en la sesión del 7 de noviembre:

En Inglaterra la protección es a la propiedad territorial, punto que allí es muy atendido. Entre nosotros, sí hay especialidades que deben consultarse, pues no merece protección el trigo. En nuestros campos el pasto es abundante, pero no hay árboles, que es lo que realmente reclama una protección decidida y si la Aduana grava el trigo no protege en realidad el territorio.

Ni industria, ni agricultura siquiera. El famoso civilista y embrollón de oficio sólo exigía propiedad territorial, poncho inglés y buena policía.

Billinghurst, otro legislador porteño, insistía:

---

[295] Ibíd. (V. sesión del 4 de noviembre, p. 57.)

[296] Ibíd., p. 117.

Nosotros llegaremos a exportar manufacturas dentro de mil años y los productores de agricultura y pastoreo dentro de 20, por lo que se ve que éstos son los ramos que merecen una protección preferente.

Un solo hecho bastará para iluminar la política porteña:

El primer censo de la ciudad de Buenos Aires —escribe Luis Alberto de Herrera— levantado el 17 de octubre de 1855, dio 54.332 habitantes y 38.063 extranjeros. Aunque ahora parezca inverosímil, lo cierto es que en el número de los nacionales sólo se incluyó a los porteños, contándose a los provincianos por extranjeros.

Sarmiento, que en ese momento era concejal de la ciudad rebelde y que si estaba aporteñado, era al fin sanjuanino, protestó contra un censo que ｫ consignaba una clasificación odiosa, colocando a los argentinos nacidos en las demás provincias entre los extranjeros ｻ.[297]

La idea de constituir la República del Plata, lanzada por Mitre, ve la luz en esos años de furioso separatismo.

ｫ *A este género de política desquiciadora* —escribe J. A. González Calderón— *pertenece el famoso artículo-comunicado que el coronel Mitre publicó en* El Nacional *9 de diciembre de 1856, sobre el que nuestros historiadores pasan ahora sobre ascuas, limitándose a hacer breves referencias.*ｻ[298]

Se trataba del artículo titulado ｫ La República del Río de la Plata ｻ, en el que se sugería abiertamente la separación definitiva y su organización como nación. Importantes pasos en esa dirección habían sido dados ya con el nombramiento de sesenta y dos cónsules en las principales capitales del mundo. Entre tanto, el gobierno de Paraná no podía pagar sus sueldos atrasados a Juan Bautista Alberdi. El solitario y torturado pensador argentino que defendía los intereses nacionales en Europa.[299]

Mitre fusila al general Costa, héroe de Martín García

De pronto, un nuevo suceso conmueve a los porteños y los obliga a recordar al resto del país. Un núcleo de militares y civiles emigrados de Buenos Aires por la persecución mitrista (combatientes en la sublevación de Lagos, habían sido borrados de las listas del Ejército) invade la

---

297 Luis Alberto de Herrera, *Buenos Aires, Urquiza...*, ob. cit., p. 352.
298 González Calderón, ob. cit., p. 365.
299 Mayer, ob. cit., p. 34.

provincia en pequeño número, haciendo pie en Zárate. Eran alrededor de 140 hombres. A su frente venía el general Jerónimo Costa, militar distinguido en la defensa de Martín García durante el bloqueo francés de 1838. Costa era de filiación federal e intentaba derribar al gobierno separatista porteño para unir la provincia al resto de la República. Presumiblemente traicionados, fueron atacados por fuerzas numéricamente superiores al mando del coronel Mitre. 。Triunfo espectacular!

El mismo día del desembarco el gobierno de Buenos Aires había dictado un decreto en acuerdo de ministros (Alsina, Mitre, De la Riestra), en el cual se calificaba al general Costa de "famoso criminal" y se ordenaba a las fuerzas porteñas pasar por las armas a todos los enemigos capturados. Se buscará en vano, en el largo gobierno de Rosas, un decreto semejante. Con la crueldad del inepto triunfante, Mitre ejecutó al grupo del general Costa y a Costa mismo.

De los ciento cuarenta sólo salvaron la vida quince hombres.[300] Esto ocurría en 1856. Debía transcurrir exactamente un siglo para que en la Argentina se volviera a fusilar por razones políticas, y los fusiladores del siglo XX también serían mitristas.

El diario oficialista, redactado por Sarmiento, llamaba a la espada de Costa "ruin y mohosa". Las bárbaras expresiones de alegría que el asesinato del general Costa arrancó a la prensa de Buenos Aires, pueden leerse en la obra de Julio Victorica *Urquiza y Mitre*. Se trata, como es lógico esperar, de un libro olvidado. Fuera de la primera edición de 1906, publicada por Lajouane y Cía., sólo José Ingenieros la reeditará en su colección "La cultura argentina" hace más de 50 años. ノse será el destino de los libros genuinamente argentinos en el último medio siglo.[301]

Después del asesinato del general Costa, Mitre fue premiado con un álbum y un banquete en el Club del Progreso. Los agiotistas del puerto saludaban a su salvador.

No habrá mejor testimonio sobre el estado del espíritu público en el Buenos Aires separatista de esos años, que reproducir unos párrafos entresacados de una carta de Sarmiento a su amigo tucumano Pepe Posse, el 15 de junio de 1856:

> No hablemos de Buenos Aires. Nada hay que esperar de él, precisamente porque todo lo tiene, sino es inteligencia y previsión. ソQué podéis esperar de un pueblo que sin gobierno, sin prensa útil, sin administración, sin ejército, casi, emprende a la vez la construcción de un muelle, un camino de hierro, un alumbrado de gas, una aduana, varios templos, diez leguas de empedrados, 1.500 edificios particulares, y que dobla las entradas de aduanas; tiene doce millones de depósitos particulares en el banco; y recibe tres mil inmigrantes por mes que

---

300 D'Amico, ob. cit, p. 75: オ*Fusiló de cabo arriba todo lo que cayó en sus manos*ヸ.

301 Hay una reedición reciente de Eudeba, Buenos Aires, 1969.

gastan 12 reales de plata diarios, y los trabajos se suspenden por falta de brazos? ﾘ Qué van a decirle de provincia, nación, Urquiza y puterías, a quien tiene a la Ida y a la Biscachianti en la Ŧpera luchando, con dobles entradas, a la compañía española y a la Hispanoamericana en el drama, y a más de dos clubs, y la filarmónica y exhibiciones en la Sociedad de Beneficencia, y comunión de los enfermos del Hospital a donde concurren por millares las señoras a derramar lágrimas de contento y de entusiasmo? ﾘ Qué contarle de miseria a un pueblo que, amenazado por los indios, que le arrebatan cien mil cabezas de ganado de un golpe, y deja que un agiotista compre doscientas mil onzas de oro, las sustraiga del mercado y las haga subir de 335 a 367 en quince días y bajar a 350 de ayer a hoy? ﾘ Vas a hablarle a este pueblo de Urquiza, el Congreso y todas esas majaderías?

Yo estoy aquí como en mi casa en Chile, estimado de todos, como estiman a cualquier otro. Más sensación hizo mi presencia en el Morro y en Río Cuarto que aquí. Estoy bien, saludo a todos, me saludan, me agasajan, se complacen que venga a habitar en este país. Si les digo que son unos malvados, me hallan razón y me ofrecen un habano. En seguida se habla de la Biscachianti, de Pórtela, del precio de las onzas de oro; de Urquiza, de vos, y de la Confederación nunca, o pocas veces, pues la conversación cae con este comienzo: “Con Urquiza nada puede hacerse”.[302]

El sanjuanino Sarmiento, como Paz, el cordobés, se había hundido en el pantano dorado de Buenos Aires. Bien lo veían, pero si hablaban, dejaban de comer. En el mismo epistolario de Sarmiento y Posse, el sanjuanino decía a su amigo: ｵ *Mi situación es la más precaria. No represento nada. No estoy con la opinión ni me atrevo a contrariarla porque al día siguiente no tendría ni un suscriptor* ｻ.[303]

｡ Y esto lo decía nada menos que Sarmiento, el más agresivo de los publicistas argentinos, el más independiente y el más “loco”! Tal era la atmósfera de opulencia y sordidez, de mercantilismo y frivolidad que se respiraba en la ciudad filistea. Que las cosas no cambiarían durante 30 años, lo probaría la crisis del 80.

El propio doctor Ramón J. Cárcano, cuya prudencia crítica hacia Mitre es conocida, no ha podido evitar un juicio objetivo sobre la política porteña, representada en la figura de Valentín Alsina. Para éste ｵ *la patria se reducía al suelo en que nació (...) sólo pensó en la “patria chica”, la bandera que veintitrés años después todavía levantó Tejedor, el último abencerraje de la política regional* ｻ.[304]

A este mismo Carlos Tejedor lo veremos actuar más tarde, en la revolución del 80, como representante de esos intereses localistas. Frente a la Confederación Argentina y su presidente

[302] *Epistolario entre Sarmiento y Posse*, Museo Histórico Sarmiento, Buenos Aires, 1946, tomo I, p. 61.

[303] Ibíd.

[304] Ramón J. Cárcano, *De Caseros al 11 de septiembre*, Mendelsky, Buenos Aires, 1918.

Urquiza, Tejedor demostraría que pertenecía a la escuela de Rivadavia, Mitre y Alsina: 才 *No hemos de consentir* —exclama— *ser gobernados por un chino, ni un japonés, ni en el estado actual, por un provinciano* ヸ.

Nuevos partidos porteños: pandilleros y chupandinos

El separatismo porteño había encontrado en el partido liberal a su expresión política más acabada. Este partido era la prolongación histórica del unitarismo clásico, si no por sus hombres, al menos por sus ideas. Del partido liberal saldría luego el mitrismo. Su plana mayor estaba formada por Valentín Alsina, Mitre, Obligado, Rufino de Elizalde, Vélez Sársfield, el uruguayo Juan Carlos Gómez. El propio Sarmiento, a regañadientes, militaba en el partido liberal, y era su más eficiente y temible periodista. 。Unitarios, resistas y “jóvenes” de Mayo, todos juntos!

Parecía que Buenos Aires íntegra era liberal, antinacional y antiurquicista. Pero no era así. En 1856 nace un nuevo partido que se agrupa alrededor del diario *La Reforma Pacífica*. Su inspirador es Nicolás Calvo, que no es porteño, sino más bien un “argentino de Buenos Aires”, como lo sería el joven José Hernández, quien aparecía en la vida política precisamente como “reformista”, es decir, del partido de Calvo. El espíritu faccioso inventa nombres pintorescos a los dos bandos. El partido liberal, oficialista, distinguido, patotero, cuyos partidarios atacan a sus oponentes en grupos, sería llamado “pandillero”. Los jóvenes amigos de Nicolás Calvo, que desean la unidad argentina en el seno de la Confederación, serán conocidos como los “chupandinos”; se les atribuye gusto por discutir en los almacenes y paladear el vino carlón.

La lucha entre “pandilleros” y “chupandinos” será muy áspera, porque se necesitaba gran valor en aquella Buenos Aires, cuya población entera se beneficiaba con el goce de la Aduana, para reclamar su nacionalización. La agudeza del conflicto entre los dos partidos se pondría de manifiesto en las elecciones de 1857.

Los diputados elegidos designarían al gobernador de la provincia; en este hecho radica la importancia del comicio. Con la ayuda de la policía, de la agresión y del aparato oficial, triunfa el partido liberal y Valentín Alsina es elegido gobernador. Esta designación era una virtual declaración de guerra a la Confederación Argentina. Resultaba derrotado, de este modo ilegal, el candidato “reformista” o “chupandino”, que era el general Escalada, suegro de San Martín. Acerca de los métodos “liberales” para ganar las elecciones, los cronistas de la época han dejado asombrosos testimonios probatorios de que Manuel Fresco y nuestra oligarquía contemporánea no han inventado nada. La Reforma Pacífica se refería a “la mazorca de Mitre”, y al gobernador

Obligado, que presidió las elecciones, como al “Nerón argentino”. El fraude electoral no conoció límites, ni tampoco la brutalidad impar de los procedimientos.

Desde el diario *El Nacional*, Sarmiento condujo una campaña de terrorismo verbal, simétrica a los golpes de mano que los “pandilleros” llevaban a cabo en cada parroquia. En una carta a Domingo de Oro, desbocado como siempre, el sanjuanino narrará con un regocijo cínico los detalles del fraude. La carta sería interceptada por Urquiza y publicada en Paraná, suscitando gran escándalo. Sarmiento decía, con su proverbial desenvoltura:

> Nuestra base de operaciones ha sido la audacia y el terror, que empleados hábilmente, han dado este resultado admirable e inesperado (...) algunas bandas de soldados armados recorrían de noche las calles de la ciudad, acuchillando y persiguiendo a los mazorqueros (...) en fin, fue tal el terror que sembramos en toda esta gente, con éstos y otros medios, que el día 29 triunfamos sin oposición.

Y añade, en una carta que no esperaba ver publicada:

> El miedo es como una enfermedad endémica en este pueblo; ésta es la gran palanca con la que siempre se gobernará a los porteños; manejada hábilmente, producirá infaliblemente los mejores resultados.[305]

El partido de Mitre cumplió al pie de la letra estas esperanzas de Sarmiento, que mientras escribía estas líneas era jefe del Departamento de Escuelas de Buenos Aires. Su busto solemniza actualmente los establecimientos de educación, para edificación de nuestros niños.

En ese momento Sarmiento trabajaba al servicio de los porteños, pero no ocultaba, en sus cartas a sus amigos provincianos, el juicio que le merecía la ciudad portuaria. En 1851 ya había escrito: “*Diréselo a Ud. en el oído, a fe de provinciano, porque el pueblo de Buenos Aires, con todas sus ventajas, es el más bárbaro que existe en América*”.

La presión llegó a ser tan intimidatoria para los porteños que ambicionaban la unidad nacional, que comenzó a producirse una corriente emigratoria de la ciudad; su punto de destino ya no era Montevideo, como en la época de Rosas, sino Paraná. En 1857 abandonan Buenos Aires más de 2.000 porteños; los más notables argentinos de su tiempo huirán del gran emporio mercantil. Entre los “hombres del Paraná” figuran Lucio V. Mansilla, Benjamín Victorica, Mariano Fragueiro, Juan María Gutiérrez, Vicente G. Quesada, Santiago Derqui, el general Guido, Nicolás

---

305 Gálvez, *Vida de Sarmiento*, ob. cit., p. 212.

Calvo y, desde Europa, Alberdi. Paraná era el centro de toda la inteligencia argentina.[306] Rafael y José Hernández y gran parte del partido “chupandino” irán a la capital provisoria de la Confederación en Entre Ríos.

El mismo Rafael Hernández, en un discurso de 1892[307] evocando el período nocturno del separatismo mitrista, recordará el odio y la hostilidad que la sola palabra “porteño” suscitaba en las sufridas provincias argentinas.

En Corrientes se llamaba *tahué* al porteño, es decir, “hombre de otra raza”; en Santa Fe circulaba un refrán que decía: ｫ *Porteño y víbora de la cruz no se pueden dejar vivos* ｻ; en muchas provincias, cuando en la presidencia de Mitre (1862-1868) se lanzaría a los ejércitos de línea para exterminar a los últimos caudillos, los porteños serían llamados “patas blancas”, por alusión a las polainas de ese color que llevaban los soldados de Buenos Aires en sus sangrientas expediciones.

La guerra económica entre la ciudad porteña y la Confederación

La situación entre la Confederación Argentina con asiento en Paraná y el Estado de Buenos Aires, carecía de un carácter estable. No podía tenerlo a riesgo de sancionar definitivamente el cisma porteño. Ahogada la Confederación por el monopolio aduanero de Buenos Aires, inicia una política llamada de los “derechos diferenciales”. El propósito de esa ley era transferir al puerto nacionalizado de Rosario todo el movimiento comercial que se hacía hasta ese momento por Buenos Aires, sin que rindiera ningún beneficio al pueblo argentino, aunque enriqueciera a la oligarquía porteña.

Tenga presente el lector que cada producto extranjero que ingresaba al país pagaba un arancel en el puerto de Buenos Aires, antes de buscar su mercado en el interior. Mediante este simple mecanismo, tributaba a la oligarquía enancada en el puerto un impuesto extorsivo. Buenos Aires, rica metrópoli, había convertido al resto del país en su colonia interior.

En un debate en la Legislatura de Buenos Aires en 1857, Rufino de Elizalde decía:

> El principio de la libre navegación de los ríos es una ley del estado (de Buenos Aires), no es un tratado y fue referente a la navegación únicamente del Paraná. Sin embargo, ese mismo decreto que establece la libre navegación hace reservas: por ejemplo, un buque de ultramar no puede entrar por las aberturas que se acercan a la costa; no todos los canales del mismo Paraná están abiertos a los pabellones extranjeros porque eso sería

306 Quesada, ob. cit., p. 191.
307 Rafael Hernández, discurso en la Legislatura de la provincia de Buenos Aires, 1892.

matar nuestra nación (la de Buenos Aires).

Lo que no decía el antiguo bufón de Rosas es que si se admitía la navegación únicamente por el Paraná Guazú, es porque este canal corre junto a la isla Martín García, cuyos cañones porteños mantenían bajo su control la navegación fluvial que podía favorecer el comercio con las provincias de la Confederación. Con Rosas o con Mitre, el bufón Elizalde permanecía invariable como bufón y como porteño.

La ley de los derechos diferenciales tendía a corregir la monstruosidad del monopolio. Pero su resultado fue mediocre. Los barcos extranjeros preferían descargar en Buenos Aires, para no exponerse a las dificultades de la navegación en el Paraná, porque la Confederación no había podido improvisar en el insignificante villorrio de Rosario un sistema comercial comparable al de Buenos Aires. Por otra parte, la guerra de Crimea, al bloquear el comercio exterior del zar, desvió hacia el Río de la Plata la demanda europea de materias primas. La exportación cobró enorme vigor; lejos de languidecer, la ciudad-estado florecía en su soledad. Nuevos edificios se levantaban y su fisonomía urbana se europeizaba, mientras la Confederación yacía en el agotamiento.

En tales circunstancias, no cabía sino la reiniciación de la guerra civil.

> Contra todo lo que era de esperarse —escribe Pelliza— el gobierno de la Provincia fue el que primero empezó a manifestar su mala voluntad a la Confederación, restringiendo el tránsito libre de que antes gozaban los frutos del país, retirándoles, por decreto del 1º de febrero de 1859, el boleto de depósito que antes aseguraba su libre exportación y sometiéndolos a los trámites que para su reembarco sufrían las mercaderías extranjeras.[308]

Ante esa ofensiva económica el gobierno de Paraná se dispuso a combatir. Poco tiempo antes la pandilla mitrista hará asesinar en San Juan al general Nazario Benavídez, firmante del Acuerdo de San Nicolás y prestigioso caudillo. La muerte de Benavídez conmoverá a la República en esa época: quitaba de en medio a un sostenedor de Urquiza en Cuyo. Mitre obsequiará un álbum a los asesinos, vinculados al partido liberal porteño. La ciudad estremecíase de gozo: ¡un bárbaro menos en el país devastado! Urquiza sintió el golpe. Su propio nombre era execrado públicamente en la prensa de Buenos Aires.[309]

---

308 Pelliza, ob. cit., p. 229.

309 Sarmiento escribía una carta al gobernador Pujol, el 9 de junio de 1857: «*Por ahora deje al cerdo de Urquiza engordar, con su estancia de Entre Ríos, el oprobio y la vergüenza de esa confederación*». (V. Herrera, ob. cit., p. 271.) El bufón Elizalde, en la sesión del 11 de mayo de 1859 de la Legislatura de Buenos Aires, propuso una ley según la cual todas las personas

Así provocó Buenos Aires el choque de Cepeda. Narraremos ahora cómo, habiendo perdido la batalla, disfrutó de la victoria la ciudad astuta: sabía hacer brillar el oro en las negociaciones, como el usurero ante el cliente aterido. Pero también sabía comprar cómplices, usar ganzúas y trampear a la historia. Docta en trucos leguleyos, era inhábil en el oficio de las armas. Le bastó su caja fuerte.

Urquiza y Mitre se enfrentaron en los campos de Cepeda, en el límite histórico que ligaba a la pampa bonaerense con el resto del territorio nacional: el Arroyo del Medio. Como siempre habría de ocurrirle en el manejo de la guerra, Mitre fue derrotado. La victoria nacional de Cepeda llevó a Urquiza a las puertas de Buenos Aires; desde San José de Flores negoció las condiciones que las armas argentinas imponían a la provincia separatista.[310]

La ciudad-estado bajó hipócritamente la cabeza, como en aquel otro Cepeda del año 20, viendo temblar las lanzas federales. Lo aceptó todo: la entrega de la Aduana sagrada, su incorporación a la unidad argentina, la humillación de la caballería entrerriana pastando en su periferia. Todo lo aceptó, porque la ciudad contrabandista sabía que finalmente no cumpliría nada o casi nada. Admitiría la “unidad nacional” tan sólo cuando pudiera imponer su ley a las provincias, no antes. Según el acuerdo de San José de Flores, ya demostrativo de la debilidad de Urquiza, se otorgaba a Buenos Aires el derecho de incorporarse a la Confederación Argentina, previa discusión de la Constitución del 53. Buenos Aires podía sugerir algunas reformas que consideraría una Convención Nacional Reformadora reunida al efecto. Al mismo tiempo, se le prohibía mantener relaciones diplomáticas de ninguna clase.

Pero esta unión nacida en Cepeda, era, según Mitre, “*la unión con presilla, que se podía soltar si tiraba mucho*”. Ya veremos que no era una simple frase. En el citado ensayo sobre Alberdi, Jorge M. Mayer dice:

> Los porteños no estaban dispuestos ni siquiera a aceptar la Constitución reformada. No podían permitir que se reuniera el Congreso y que se dictara la ley que nacionalizara las entradas de aduana, medida para ellos “escandalosa”. Tratados, convenciones, discursos y abrazos, habían sido un procedimiento dilatorio; su lema era “prepararse y esperar”.[311]

---

avecindadas en la provincia, adictas a la causa de Urquiza y que suscribieran petitorios o solicitaran la incorporación de esa provincia a la Nación, saldrían “d*el territorio del Estado, imponiéndoles las penas que por el derecho de guerra tienen los espías del enemigo*”.

310 Victorica, ob. cit., 287.

311 Mayer, ob. cit., p. 33.

La hora de Pavón se acercaba y con ella el crepúsculo de Urquiza.

Derqui y el drama de Pavón

Derqui, hombre del Paraná, ministro de Urquiza, cordobés, era un “argentino del interior”, como llamaría Lucio Mansilla a los intelectuales provincianos arrojados a la emigración por la furia de la guerra civil, y que no eran unitarios, sino “federales pobres”, federales lugareños sin Aduana. De ahí la pavorosa incomprensión que rodea la figura de Santiago Derqui. Despectivamente juzgado por algunos resistas contemporáneos, que lo incluyen en el saco unitario, Derqui es silenciado por la historia oficial.

Al ser elegido presidente de la Confederación Argentina en reemplazo de Urquiza, que ya había cumplido su mandato legal, Derqui representaba en Paraná la tendencia “nacional”, es decir, la del interior mediterráneo, a diferencia de Urquiza, que era el litoral ganadero y exportador. El triunfo de Derqui lo convirtió en la primera figura constitucional del país dividido. Lejos de constituir una ratificación práctica del acuerdo de Cepeda, su elección proporcionó un nuevo motivo de cólera a la insolencia oligárquica. ｡Un cordobés al frente de la República, un cordobés sin lanzas, ni vacas, ni ríos![312]

La inmensa debilidad de nuestras provincias interiores, único y verdadero núcleo del nacionalismo democrático argentino, se evidenciaba en la presidencia vacilante de Derqui, era su encamación viva. Todas las dificultades se acumularon sobre el presidente para volver imposible el ejercicio del poder nacional. La reincorporación efectiva de Buenos Aires era su obsesión: pero estaba más allá de sus fuerzas impedir el estallido de una guerra civil.

El incumplimiento de Buenos Aires al convenio de San José de Flores, particularmente en lo que se refiere a la nacionalización de su Aduana, sometía a la Confederación a la agonía financiera: el Congreso debió autorizar a Derqui para solicitar préstamos de 100 y 200 mil pesos en Santa Fe y Rosario. No había dinero ni para pagar a los empleados administrativos.[313]

---

312 León Rebollo Paz, *Derqui. El presidente olvidado*, Impr. López, Buenos Aires, 1949, p. 43.

313 Juan José Real, “Notas sobre...”, ob. cit., p. 70.

Este autor stalinista dice: ｫ*Las penurias del gobierno de Paraná no eran sólo motivadas por el monopolio aduanero de Buenos Aires; lo eran por la base económico-social en que se asentaba la capital de la Confederación*ｻ. ｡Qué amigos marxistas le irían a salir a la oligarquía porteña! Con semejante justificación histórica de la oligarquía, no necesitan siquiera explicar su alianza con Braden en 1945.

En ese momento, el comercio provinciano ligado económicamente a la ciudad porteña, dio un golpe de Estado en San Juan. En la acción participaron núcleos de tenderos y de empleados de comercio. Su inspirador era el diario *El Nacional*, dirigido por Sarmiento, ministro del gobernador Mitre. El Nacional instigaba al crimen político: clamaba por la supresión del coronel Virasoro, gobernador de San Juan impuesto por Urquiza. Este caudillo, como los demás, representaba la voluntad popular y era, a su modo, uno de los obstáculos finales para una verdadera penetración comercial del capital extranjero que se movía detrás de la oligarquía portuaria. No deben olvidarse en este relato ni por un solo momento estos poderosos resortes económicos, no siempre visibles, que constituyen el trasfondo histórico del drama argentino. Baste decir que el órgano oficial del gobierno porteño anunció con seis días de anticipación el asesinato del gobernador Virasoro. El ministro Elizalde pudo desmentir la acusación de haber entregado al ministro de Gobierno de Mitre, Sarmiento, un millón y medio de pesos para financiar el motín sanjuanino.[314]

El brutal asesinato de Virasoro fue la última advertencia; todo el país miró instantáneamente a Urquiza. Pero el entrerriano ya no quería ver ni oír. Esa vieja manía del separatismo pasivo de Buenos Aires, tipificada por Valentín Alsina, y que era al fin y al cabo la indiferencia ganadera frente al interior, empezaba a ser reemplazada por una política activa, sangrienta y exterminadora, propia de la burguesía comercial. Su expresión fue Mitre, similar en esta línea a Rivadavia. Mientras Alsina (Rosas) se volvían de espaldas al país interior (guardando estrechamente la Aduana), Rivadavia (Mitre) eran más “nacionalistas”, como se llamaría a sí mismo el traductor del Dante muy pronto. Es que estos últimos representaban al comercio importador y al capital extranjero, que pugnaban por “entrar” al interior. La presión de Europa era irresistible. La presidencia de Mitre nos ofrecerá testimonios de una elocuencia sangrienta.

Amenazado por todas partes, privado de recursos, huésped de Urquiza en Paraná, Derqui acudió al caudillo entrerriano, al que había nombrado comandante en jefe del Ejército, para comprometerlo en una política nacional. Urquiza vivía aletargado en el lujo barroco del Palacio de San José. Tenía 6.000.000 de pesos, 8 estancias, 150.000 vacas y un profundo hastío. Replegado en su feudo entrerriano, satisfechas ya las reivindicaciones que lo lanzaron a las armas en Caseros, ya no podía ni quería luchar. Una placidez indefinible paralizaba su brazo. La bandera nacional había caído de sus manos y Derqui —el interior mediterráneo— no podía recogerla. La vieja y

[314] Sarmiento, *Epistolario*, tomo I, p. 83.

fatídica alianza del litoral y Buenos Aires contra el interior (｡Estanislao López y Rosas!) pondríase nuevamente en práctica, enajenando en Pavón la posibilidad de una gran Argentina. Veamos el desenlace.

En el Congreso Nacional reunido en Paraná se presentaron los diputados elegidos por Buenos Aires; pero el Congreso rechazó estos mandatos, pues las elecciones se habían practicado de acuerdo a la ley provincial bonaerense, en lugar de efectuarse conforme a la ley nacional. ｿ Qué había detrás de esta diferencia formal? Por la ley provincial Buenos Aires estaba dividida en distritos y elegía un mayor número de diputados que las otras provincias, perpetuando así su condición de privilegiada. El Congreso Nacional rehusó aceptar a esos diputados, que regresaron a Buenos Aires.

La tensión aumentaba sin cesar, devorando todos los intentos de conciliación puestos en juego por Derqui. La prensa "libre" de Buenos Aires, manejada casi totalmente por periodistas uruguayos (como serían uruguayos los militares que en la presidencia de Mitre exterminarían a los últimos caudillos), creaba la atmósfera bélica. Mitre se autodenominaba abiertamente "gobernador del Estado de Buenos Aires". Mantenía la cartera de Relaciones Exteriores, expresamente anulada por el acuerdo de Cepeda, y obstaculizaba la nacionalización de la Aduana. La movilización de las fuerzas militares de la provincia alarmó a Derqui. Buenos Aires utilizaba los recursos aduaneros de todos los argentinos para resistir a la voluntad nacional.[315]

Las armas estaban desenfundadas; Urquiza, de mala gana, debió ponerse a la cabeza del Ejército Nacional. En una postrera y desesperada tentativa para evitar un choque con Buenos Aires, la Confederación propuso el nombramiento de una comisión negociadora. Sus miembros se reunieron en Santa Fe, a bordo de un buque de guerra británico. Estos ingleses no han faltado nunca en nuestras horas decisivas. Los delegados de Buenos Aires propusieron condiciones inaceptables, donde se evidenciaba la avidez mercantil de sus mandantes.

La provincia separatista proponía permanecer independiente durante cuatro años, al cabo de los cuales se gestionaría su incorporación a la Confederación. Al mismo tiempo, proponía que la Aduana quedara en poder de Buenos Aires, que subvencionaría a su vez a la República con

---

315 Saldías, cit. por Herrera, ob. cit., p. 25: ｫ *Con los cañones, fusiles y demás armamentos comprados en Inglaterra, había remontado la artillería y armado convenientemente hasta 7 batallones de infantería y otros tantos regimientos de caballería* ｻ (las fuerzas de Buenos Aires). Pelliza dice a su vez (*Historia de la organización nacional*, p. 309): ｫ *La pobreza de medios en el ejército confederal llegaba a tal extremo que el presidente Derqui vistió alguna parte de sus batallones cordobeses con franela amarilla, a fin de presentarlos siquiera uniformados en la próxima campaña* ｻ.

750.000 pesos mensuales. A cambio de los recursos totales del pueblo argentino, que Buenos Aires ilegalmente retenía, los mercaderes ofrecían una limosna para el rancherío provinciano. Aquí quedaba al desnudo, bajo una potente luz, toda la política de Mitre y su grupo. Pelliza lo enjuició claramente en su Historia: オ*Buenos Aires buscaba un pretexto para declarar la guerra*サ.

Los acontecimientos se desencadenaron. Los dos ejércitos se pusieron en marcha. Mientras Derqui giraba en el vacío, haciendo de presidente sin dinero, ni tropas, ni capital propia, Urquiza marchaba a la batalla disgustado, fuera de su cauce, pensando que una victoria decisiva en Pavón fortalecería el poder nacional de Derqui y sus cordobeses. Aplastar a Buenos Aires en ese minuto cardinal era plantear una política argentina de gran vuelo.

Pero el ganadero entrerriano, un hombre del litoral, acariciado por la idea de la agricultura, de las colonias gringas, de la exportación saladeril, fatigado de la guerra, no expresaba sino las limitaciones de su propia clase librecambista. La abulia de Estanislao López se reencarnaba en Urquiza. El enorme peso de Europa decidió toda la cuestión. Pavón demostró que Urquiza llevaba la muerte en el alma. No quiso luchar: esto no impidió a su poderosa caballería arrollar a Mitre que, según Carlos D'Amico —ex gobernador de la provincia de Buenos Aires— オ*nunca sabía qué hacer en el campo de batalla*サ. El coronel López Jordán —ascendido por Derqui a general en el terreno de la lucha— creía ya en la victoria cuando advirtió que su general en jefe se retiraba del combate. Urquiza se fue de Pavón "al tranco", dejando a Mitre persuadido de su propia derrota y en la más completa confusión. Sólo después de varios días advirtió Mitre que Pavón significaba la victoria de Buenos Aires y un trágico descalabro argentino. Durante mucho tiempo pagó el país la traición de Urquiza a la causa nacional de Derqui.

Urquiza se recluyó en Entre Ríos, desinteresándose del gobierno nacional. En un esfuerzo final por atraer al ganadero de San José a la lucha por la unidad argentina, Derqui renuncia a la presidencia. Ocupa su cargo el vice Pedernera.[316] Pero el ocaso de Urquiza ha llegado; el litoral se prepara a ser el granero del mundo europeo: ya no puede jugar un papel verdaderamente nacional. Tácito o expreso, el acuerdo de Mitre con Urquiza se probaría en los hechos.

La Legislatura de Entre Ríos, bajo la presión de Urquiza, deja sin base alguna al vicepresidente general Pedernera. Dicta una ley el 1 コ de diciembre de 1861 por cuyos términos esa provincia reasume el ejercicio de su soberanía. ソ Qué significaba esto? Era perfectamente claro: Urquiza asestaba una puñalada por la espalda a la Confederación y su gobierno legal, sustraía su provincia a la unidad nacional y libraba a su suerte al interior. En su trágico decreto del

[316] Luis Horacio Velázquez, *Vida de un héroe*, Peuser, Buenos Aires, 1958, p. 275.

1º de diciembre del mismo año, el general Pedernera declaraba disueltos los poderes nacionales que presidía, por cuanto se le privaba al gobierno de la administración de sus aduanas y rentas que ellas producían. Añadía que por ese mismo acto, Urquiza despojaba *“de la autoridad del Ejecutivo Nacional todas las fuerzas militares de la provincia y demás elementos bélicos”*[317] necesarios para afrontar la situación planteada después de la batalla de Pavón. La misma ley entrerriana establecía que dicha provincia se anexaba el territorio anteriormente federalizado; o sea, que Paraná dejaba de ser sede legítima de la Confederación.

Ante tales circunstancias, decía el general Pedernera: *“No le queda al Ejecutivo Nacional ni el suelo indispensable y necesario para continuar su difícil administración”*. En definitiva, *“no siendo posible reunir el Congreso Nacional por la premura del tiempo y por el estado de conflagración en que se encuentra la República (...) declárase en receso al Ejecutivo Nacional”*.[318]

Con esta actitud Urquiza dejaba libre el camino para que las fuerzas de la provincia bonaerense arrasasen el interior argentino. Abdica virtualmente, destruye la alianza con las provincias mediterráneas y se esfuma del escenario.

El federalismo entrerriano habrá de eliminarlo diez años más tarde, cuando la propia Entre Ríos recoja los frutos aciagos de la política urquicista.[319]

Ante la crisis de la Confederación, abandonado por todos, librado a la aquiescencia de los porteños sedientos de sangre gaucha, el general Pedernera disolvía el gobierno nacional. Su secretario, un mocetón barbudo llamado José Hernández, cantaría para siempre la potente tragedia que lo tuvo de testigo. El estratega victorioso a pesar suyo, se encargó del gobierno nacional provisorio: en 1862 era elegido presidente de la República el general Mitre. Se abría el ciclo de las guerras civiles más crueles de nuestra historia. El capital británico comenzaba el aniquilamiento de la industria territorial, la transformación del gaucho en peón de estancia, la incorporación argentina al sistema mundial de las grandes potencias. A este período tenebroso y mal conocido se le ha conferido la dignidad académica de titularlo “nuestra era de progreso”.

Al día siguiente de la batalla de Pavón y cuando Mitre se dispone a invadir con los ejércitos orientales nuestras provincias interiores, Sarmiento habrá de escribirle su carta famosa: *“No trate*

---

317 Martín Ruiz Moreno, *La presidencia del doctor Derqui y la batalla de Pavón*, Librería La Facultad, Buenos Aires, 1913, tomo II, p. 303.

318 Ibíd., p. 299.

319 *“No deje cicatrizar la herida de Pavón. Urquiza debe desaparecer de la escena, cueste lo que cueste. Southampton o la horca”*, Sarmiento a Mitre, 20 de septiembre de 1861. (V. Herrera, ob. cit.)

de economizar sangre de gauchos, es lo único que tienen de humano. Este es un abono que es preciso hacer útil al País».[320]

Los consejos de Sarmiento serán aplicados con ejemplar brutalidad por los jefes mitristas. Cuando la ralea civilizadora recibe la rendición de las fuerzas federales en Cañada de Gómez, después de Pavón, el general Venancio Flores —que más tarde adquiriría una aureola siniestra al invadir Uruguayana— pasó a degüello a todos los prisioneros. No era más que el comienzo de la presidencia de Mitre.

El destino personal de Santiago Derqui, refugiado en Montevideo, pobrísimo y olvidado, encarna esa hora del país, y de sus inermes provincias mediterráneas. Dos años después de presidir la República vive en una fonda montevideana a costa del dueño compasivo; con muchos meses de la pensión impaga, se le sostiene de lástima. El mandatario de la Confederación Argentina muere en la indigencia más completa en 1867, en Corrientes. Durante tres días sus familiares no sepultarán sus restos por carecer de dinero.[321]

Los ferrocarriles ingleses se extendían por las tierras montoneras. El Chacho ya había sido degollado.

---

320 Archivo del general Mitre, tomo IX, carta del 20 de septiembre de 1861.

321 Rebollo Paz, ob. cit., p. 120.